
LA
NOVIA
DEL
VAMPIRO
AMAYA DEL NOCTURNO

La Novia del Vampiro

Amaya del Nocturno

Copyright © 2025 Amaya del Nocturno

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en un sistema informático, o su transmisión por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin la autorización previa y por escrito del autor. Cualquier uso no autorizado constituirá una infracción a la legislación vigente en materia de propiedad intelectual.

La noche no reclama a los vivos ni a los muertos, sino a aquellos que caminan entre ambos mundos."

Contents

Title Page
Copyright
Epigraph
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo

Capítulo 1

Llegada a Viena

El tren emitió un último gemido metálico antes de detenerse por completo en la estación de Westbahnhof. Elena apretó los dedos enguantados contra el cristal empañado de la ventanilla, observando cómo la niebla otoñal se enrollaba entre las columnas de hierro forjado como serpientes de humo. Viena. Por fin.

La ciudad imperial se extendía más allá de los andenes en una promesa de edificios oscuros y agujas que perforaban un cielo del color de la ceniza. Era el 23 de octubre de 1887, y el aire olía a carbón quemado, a castañas asadas en algún puesto callejero distante, y a ese perfume indefinible de las grandes ciudades: una mezcla de piedra antigua, lluvia reciente y miles de vidas entrelazadas en el laberinto de calles empedradas.

Elena cerró los ojos un momento, permitiéndose sentir el peso de la fatiga que había acompañado cada kilómetro del viaje desde Barcelona. Tres días en compartimentos asfixiantes, tres noches mecida por el traqueteo incesante de las ruedas, tosiendo discretamente en pañuelos de encaje que ahora guardaba en su bolso manchados de pequeñas flores carmesí. La tuberculosis que le habían diagnosticado seis meses atrás no respetaba ni la juventud ni la belleza. Diecinueve años y ya marcada por la muerte.

—Señorita Montserrat, permítame.

La voz la sobresaltó. Elena abrió los ojos y encontró a una de las doncellas que viajaban con ella sujetando su maletín de mano. La mujer, rolliza y maternal, la observaba con esa mezcla de lástima y preocupación que Elena había aprendido a reconocer en los rostros ajenos. La mirada que decían: "Tan joven y tan enferma."

—Gracias, Bertha —murmuró Elena, aceptando el brazo que la doncella le ofrecía.

Descendieron al andén envueltas en el vapor que exhalaban las máquinas. El ruido era ensordecedor: silbatos, voces gritando en alemán, el estruendo de maletas cayendo sobre carretillas de madera. Elena sintió que el mundo giraba levemente y se aferró con más fuerza al brazo de Bertha. No podía desmayarse. No aquí, no ahora, no en su primera impresión de la ciudad que se suponía la salvaría.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó Bertha, deteniéndose.

—Sólo un mareo —mintió Elena, aunque su corazón latía demasiado rápido y el aire no parecía llenar completamente sus pulmones—. Pasará en un momento.

—Debe ser el doctor Ferrer —dijo Bertha, señalando hacia adelante—. Su tía me describió al caballero. Justo allí.

Elena siguió la dirección que indicaba el dedo rechoncho de la doncella y lo vio.

El doctor Alejandro Ferrer destacaba entre la multitud no por su estatura —era de complexión mediana, quizás un poco más alto que el promedio— sino por su porte. Vestía un sobretodo oscuro de lana fina y llevaba un sombrero de copa que sostenía con una mano mientras escudriñaba el andén. Llevaba lentes redondos con montura de plata que reflejaban brevemente la luz de los faroles de gas cuando giró la cabeza. Sus cabellos castaños, pulcramente peinados hacia atrás, mostraban algunas hebras prematuramente grises en las sienes. Tendría unos treinta años, calculó Elena.

Cuando sus ojos se encontraron, algo cambió en la expresión del doctor Ferrer. Una chispa de reconocimiento, seguida inmediatamente por algo más difícil de descifrar. ¿Preocupación? ¿Fascinación? Elena no estaba segura.

Alejandro se abrió paso entre los viajeros con la determinación de un hombre acostumbrado a los hospitales abarrotados. Al acercarse, Elena pudo ver mejor sus rasgos: una mandíbula firme, pómulos marcados, labios que parecían más acostumbrados a líneas serias que a sonrisas. Pero cuando la alcanzó, sonrió, y la transformación fue notable.

—Señorita Montserrat —dijo, con un español perfecto pero teñido de un leve acento que delataba años viviendo en el extranjero —. Bienvenida a Viena. Su tía, la condesa Markova, me pidió que viniera personalmente a recibirla.

Hizo una reverencia breve pero impecable. Elena extendió su mano enguantada y él la tomó con una delicadeza que parecía más propia de alguien manejando cristal fino que de un médico acostumbrado a cortar carne y hueso.

—Doctor Ferrer —respondió Elena, manteniendo la compostura pese al mareo que aún la acechaba—. Es usted muy amable.

—La amabilidad no tiene nada que ver, señorita. Su tía es una de mis pacientes más distinguidas, y cuando me escribió sobre su sobrina... —se detuvo, midiendo sus palabras—. Digamos que considero un privilegio poder ofrecer mis servicios médicos.

Sus ojos, notó Elena, eran de un castaño oscuro, casi negro bajo la tenue luz de la estación. Y no dejaban de observarla con una intensidad que resultaba a la vez profesional e inquietantemente personal. Elena sintió que esos ojos la catalogaban, la medían: el pálido enfermizo de sus mejillas, las ojeras que ningún polvo de arroz podía disimular completamente, los labios demasiado rojos —casi carmesí— en contraste con la palidez general de su rostro. Era la mirada de un médico viendo síntomas. Pero también era la mirada de un hombre viendo a una mujer.

—¿Cómo fue el viaje? —preguntó Alejandro, indicando con un gesto a un mozo que se acercara por el equipaje.

—Largo —admitió Elena—. Pero ver Viena hace que valga la pena.

—Espere a verla de día —dijo él, y algo en su tono sugería que no estaba completamente convencido de que eso fuera mejor—. Aunque debo confesar que la ciudad tiene cierto encanto bajo la niebla otoñal.

Bertha se ocupó de supervisar al mozo mientras este cargaba los baúles en una carreta. Alejandro ofreció su brazo a Elena con un gesto formal.

—¿Me permite?

Elena vaciló sólo un segundo antes de aceptar. El contacto, incluso a través de las capas de ropa y el guante, le pareció extrañamente íntimo. Alejandro era firme, sólido, tranquilizador. Olía a jabón de menta y a algo más antiséptico, probablemente carbólico del hospital. Un olor clínico que debería haber sido desagradable pero que de algún modo resultaba reconfortante.

Caminaron despacio por el andén hacia la salida. Elena notó que Alejandro adaptaba su paso al de ella, que era necesariamente lento. No comentó nada sobre su fragilidad evidente, lo cual ella agradeció. Estaba cansada de que la trataran como a una inválida.

—Su tía la espera en casa —explicó Alejandro mientras salían a la noche vienesa—. Lamentablemente, sus dolores reumáticos le impiden moverse con facilidad últimamente, especialmente con este clima. Pero está ansiosa por verla.

—No la he visto desde que era una niña —dijo Elena—. Apenas la recuerdo.

—Es una mujer notable —comentó Alejandro—. Fuerte, de carácter. Sobrevivió a dos maridos y mantiene uno de los salones literarios más prestigiosos de Viena. Le caerá bien, creo.

Afuera, la ciudad se revelaba en toda su extraña belleza crepuscular. Los faroles de gas proyectaban círculos dorados de luz que apenas penetraban la niebla. Un carruaje esperaba en la calle, tirado por dos caballos negros que resoplaban vapor por los ollares. El cochero, un hombre mayor con patillas grises y expresión impasible, bajó para abrir la portezuela.

Alejandro ayudó a Elena a subir. Sus dedos se cerraron brevemente sobre su codo, guiándola, y ella sintió el calor de esa mano incluso a través de la tela de su abrigo. Una vez dentro, Elena se hundió en los cojines de terciopelo gastado mientras Alejandro se acomodaba frente a ella. Bertha subiría en otro carruaje con el equipaje.

El vehículo se puso en marcha con una sacudida, y Elena miró por la ventanilla. Viena desfilaba ante sus ojos como un cuento de hadas oscuro: edificios barrocos con fachadas ornamentadas que parecían rostros observándola, callejones estrechos donde las sombras se acumulaban como agua negra, plazas adoquinadas

donde grupos de hombres fumaban bajo faroles solitarios. Todo tenía un aire de elegancia decadente, de grandeza que comenzaba a agrietarse en los bordes.

—¿Es su primera vez en Austria? —preguntó Alejandro.

—Sí —respondió Elena sin apartar la mirada de la ventana—. Mi padre viajó mucho por Europa antes de... antes de morir. Pero mi madre prefería España. Decía que el norte era demasiado frío, demasiado oscuro.

—¿Cuándo falleció su madre?

—Hace tres meses —la voz de Elena se volvió más suave—. La tuberculosis también. Lo mismo que se llevó a mi padre dos años antes.

Hubo un silencio. Elena sintió la mirada de Alejandro sobre ella, pesada de comprensión médica y compasión humana.

—Lo siento —dijo él finalmente—. Debe ser... difícil. Cargar con esa historia familiar.

Elena se volvió para mirarlo. Los ojos de Alejandro brillaban con algo que iba más allá de la cortesía profesional. Era pena genuina. Tal vez incluso una pizca de miedo, porque él, como médico, sabía exactamente lo que significaba que tanto padre como madre hubieran muerto de la misma enfermedad que ahora aquejaba a la hija.

—Los médicos en Barcelona no me dieron muchas esperanzas —dijo Elena, sorprendiéndose de su propia franqueza—. Seis meses, quizás un año. Por eso mi tía me invitó aquí. Pensó que... —se detuvo, sintiéndose repentinamente tonta.

—¿Pensó que el aire de Viena podría ayudar? —completó Alejandro con suavidad—. O que quizás la ciencia vienesa está más avanzada que la española.

—¿Y lo está?

Alejandro se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. Sus manos, Elena notó, eran elegantes pero también fuertes, con dedos largos y dedos de cirujano. Las manos de alguien acostumbrado a tocar, a explorar, a curar.

—No voy a mentirle, señorita Montserrat —dijo, y su voz tenía ahora una cualidad de fiereza controlada—. La tuberculosis es una

enfermedad terrible. Mata a más personas en Europa que cualquier otra dolencia. Pero también es cierto que estamos haciendo avances. Experimentos nuevos. Tratamientos que hace diez años habrían parecido imposibles.

—¿Como cuáles?

—Transfusiones de sangre para combatir la anemia —dijo Alejandro, sus ojos brillando con el fervor de un verdadero creyente —. Terapias de luz solar concentrada. Sueros experimentales derivados de... —se detuvo, como si se diera cuenta de que estaba yendo demasiado lejos—. Perdone. Me entusiasmo cuando hablo de mi trabajo.

—No se disculpe —dijo Elena, y se sorprendió al darse cuenta de que hablaba en serio—. Es... reconfortante. Escuchar a alguien hablar como si la muerte no fuera inevitable.

Alejandro la miró fijamente. El carruaje pasó bajo un farol y la luz dorada iluminó su rostro por un segundo, revelando una expresión que Elena no supo interpretar. ¿Determinación? ¿Deseo? Fuera lo que fuese, había intensidad en ella.

—La muerte siempre es inevitable, señorita Montserrat —dijo Alejandro en voz baja—. Pero cuándo llega... eso puede cambiarse. Y yo haré todo lo que esté en mi poder para cambiar su destino.

El modo en que lo dijo —con esa convicción absoluta, esa promesa casi desesperada— hizo que algo se removiera en el pecho de Elena. No era amor, todavía no. Pero era algo. Gratitud, quizás. O la necesidad desesperada de creer que alguien podía salvarla.

—¿Por qué? —preguntó Elena antes de poder contenerse—. No me conoce. ¿Por qué le importo?

Alejandro pareció sorprendido por la pregunta. Abrió la boca, la cerró, y luego sonrió con algo parecido a la tristeza.

—Porque soy médico —dijo—. Y porque su tía me lo pidió. Y porque... —se detuvo nuevamente, sus ojos buscando los de ella en la penumbra del carruaje—. Porque mirarla y no querer salvarla sería imposible.

El silencio que siguió fue denso, cargado de cosas no dichas. Elena sintió el calor subiéndole a las mejillas y agradeció la

oscuridad del carruaje. Alejandro se recostó en su asiento, rompiendo el momento.

—Llegaremos pronto —dijo, su voz retornando a un tono más profesional—. Su tía vive en el Innere Stadt, el primer distrito. Un palacete del siglo dieciocho. Muy hermoso.

Elena asintió y volvió a mirar por la ventana. Las calles se habían vuelto más anchas, los edificios más imponentes. Pasaron frente a una iglesia gótica cuyas agujas se perdían en la niebla, y Elena sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío.

El carruaje finalmente se detuvo frente a un edificio de cuatro pisos con fachada de piedra clara y ventanas altas con marcos dorados. Balcones de hierro forjado sobresalían como jaulas decorativas. Las cortinas de terciopelo oscuro estaban corridas en la mayoría de las ventanas, pero una luz cálida filtraba por los bordes.

Alejandro descendió primero y ofreció su mano para ayudar a Elena. Esta vez, cuando sus dedos se tocaron, Elena sintió algo más que simple contacto. Un pulso, una corriente, algo eléctrico que la hizo mirar rápidamente el rostro de Alejandro. Pero él mantenía una expresión perfectamente compuesta, como si no hubiera sentido nada.

Un mayordomo anciano abrió la puerta principal antes de que llegaran a ella. El interior del palacete era todo lo que Elena había esperado: lámparas de araña colgando de techos altos, alfombras persas gastadas pero todavía hermosas, paredes cubiertas de retratos de ancestros con expresiones severas. Olía a cera de vela, a flores marchitas y a ese particular aroma de las casas viejas donde cada habitación guarda secretos.

—La condesa la espera en el salón azul —anunció el mayordomo con voz temblorosa.

Alejandro acompañó a Elena por un corredor iluminado por apliques de gas. Sus pasos resonaban en el mármol. Elena sentía que el cansancio del viaje finalmente la alcanzaba; cada músculo de su cuerpo pedía una cama, sueño, olvido.

El salón azul hacía honor a su nombre: las paredes estaban tapizadas en damasco azul prusia, los sofás eran de terciopelo azul marino, y hasta las cortinas que enmarcaban las altas ventanas eran

de un azul medianoche. En el centro de todo ese mar cromático, sentada en un diván como una reina en su trono, estaba la condesa Ekaterina Markova.

Era una mujer que debía rondar los sesenta años pero que poseía el tipo de belleza que no se marchita sino que se transforma: huesos aristocráticos, piel pálida estirada sobre pómulos altos, ojos grises como hielo que todo lo veían. Llevaba el cabello blanco recogido en un moño elaborado, y sus dedos —cargados de anillos— descansaban sobre un bastón con empuñadura de plata.

—Elena —dijo, y su voz era sorprendentemente fuerte para alguien que supuestamente sufría de dolores reumáticos—. Acércate, niña. Déjame verte.

Elena obedeció, consciente de la mirada evaluadora de su tía. La condesa Markova la estudió de pies a cabeza con la meticulosidad de quien está acostumbrada a juzgar el valor de las cosas.

—Tienes los ojos de tu madre —dijo finalmente—. Y su boca. Pero hay algo más... algo que no sabría decir. ¿Tú qué opinas, doctor Ferrer?

Alejandro, que se había quedado discretamente cerca de la puerta, dio un paso adelante.

—Creo que su sobrina es una joven notable, condesa —dijo con cuidado—. Y que con el tratamiento adecuado...

—Sí, sí, con el tratamiento adecuado —lo interrumpió la condesa con un gesto impaciente de su mano enjoyada—. Dígame, Elena, ¿cómo te sientes?

—Cansada —admitió Elena—. Pero feliz de estar aquí.

—Mentirosa encantadora —sonrió la condesa sin malicia—. Estás aterrada. Puedo verlo en tus ojos. Vienes a una ciudad extraña, a vivir con una tía que apenas conoces, a ponerte en manos de médicos que experimentarán contigo como si fueras una rata de laboratorio. Tienes todo el derecho de estar aterrada.

—Tía Ekaterina —comenzó Elena, pero la anciana levantó una mano.

—Llámame simplemente tía. O Katya, si prefieres. Y no te preocupes, niña. El doctor Ferrer es un poco loco con sus

experimentos, pero es el mejor que conozco. Si alguien puede salvarte, es él.

Alejandro parecía incómodo con el halago. Se aclaró la garganta.

—Debería dejar que descansen —dijo—. Mañana vendré para hacer un examen médico completo, señorita Montserrat. ¿Le parece bien por la mañana? ¿Alrededor de las diez?

—Perfecto —respondió la condesa antes de que Elena pudiera hacerlo—. Y quédate a almorzar después, Alejandro. Tengo cosas que discutir contigo.

Alejandro hizo una reverencia y se despidió. Elena lo observó marcharse, notando por primera vez lo rectos que eran sus hombros, cómo caminaba con la confianza de un hombre que conoce su valor.

—Es guapo, ¿verdad? —comentó la condesa cuando la puerta se cerró.

—Tía...

—Y soltero. Y dedicado. Y obsesionado con curar enfermedades incurables. Exactamente el tipo de hombre que una joven en tu situación necesita.

Elena no supo qué responder a eso.

La condesa golpeó el suelo con su bastón, llamando la atención del mayordomo.

—Acompaña a mi sobrina a sus habitaciones. La suite rosa del tercer piso. Y dile a la cocinera que le suba una bandeja con caldo caliente y pan.

—Gracias, tía —dijo Elena sinceramente.

La condesa se levantó del diván con más agilidad de la que sus supuestos dolores reumáticos sugerían y se acercó a Elena. Por un momento, la anciana simplemente la observó, y Elena vio algo parecido a la tristeza cruzar esos ojos grises.

—Te pareces tanto a ella —murmuró—. A tu madre. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes. Ojalá...

No terminó la frase. En su lugar, tomó el rostro de Elena entre sus manos frías y la besó en la frente.

—Duerme bien, niña. Mañana comienza tu nueva vida.

La suite rosa resultó ser una habitación amplia en el tercer piso, con ventanas altas que daban a la calle. Los muebles eran antiguos pero bien cuidados: una cama con dosel y cortinas de gasa rosa, un tocador con espejo ovalado, un armario de madera oscura tallada con escenas de bosques y ciervos. Una chimenea pequeña ardía con fuego bajo, llenando el espacio de un resplandor anaranjado.

Bertha ya estaba allí, desempacando el equipaje con la eficiencia de años de servicio. La doncella ayudó a Elena a desnudarse, quitándole capa tras capa de ropa victoriana hasta dejarla en camisón de algodón blanco.

—Debe descansar, señorita —dijo Bertha, apartando las sábanas de la cama—. Se ve terriblemente pálida.

—Estoy bien, Bertha —mintió Elena—. Solo cansada.

Pero cuando finalmente se metió en la cama, sintió que cada hueso de su cuerpo suspiraba de alivio. Las sábanas olían a lavanda y a algo más antiguo, a naftalina quizás. Bertha apagó la mayoría de las lámparas, dejando solo una vela encendida en la mesita de noche.

—¿Necesita algo más, señorita?

—No, gracias. Puedes retirarte.

Bertha hizo una reverencia y salió, cerrando la puerta con suavidad.

Elena se quedó sola.

El silencio de la habitación era diferente al silencio de su casa en Barcelona. Aquí había ecos, susurros de vidas pasadas, el crujido ocasional de madera vieja asentándose. La chimenea crepitaba. En algún lugar distante, un reloj dio diez campanadas.

Elena cerró los ojos, buscando el sueño. Pero entonces lo sintió.

Una presencia.

No era algo que pudiera ver o escuchar. Era más profundo que eso, más visceral. Una certeza súbita de que no estaba sola. De que algo —alguien— la observaba.

Abrió los ojos de golpe y miró hacia las ventanas. Las cortinas estaban abiertas, revelando el cristal oscuro. Elena podría haber

jurado que vio movimiento allí, una sombra que no debería existir en el tercer piso.

Se incorporó lentamente, con el corazón latiendo más rápido. Se dijo a sí misma que era absurdo, que estaba en un tercer piso, que no podía haber nadie en su balcón. Pero la sensación no desaparecía. Al contrario, se intensificaba.

Alguien estaba allí fuera.

Alguien la miraba.

Elena salió de la cama con piernas temblorosas. El suelo de madera estaba frío bajo sus pies descalzos. Se acercó a la ventana paso a paso, cada centímetro recorrido aumentando la certeza irracional de que al llegar encontraría...

¿Qué?

No lo sabía.

Llegó a la ventana y apoyó las manos en el cristal frío. Afuera, Viena dormía envuelta en niebla. Los faroles de gas eran puntos dorados difusos en la oscuridad. La calle estaba vacía.

Pero entonces lo vio.

Al otro lado de la calle, en las sombras entre dos edificios, había una figura. Alta, envuelta en una capa oscura, completamente inmóvil. Elena no podía distinguir rasgos faciales a esa distancia y con esa luz, pero sabía —sabía con una certeza que le heló la sangre — que esa figura la estaba mirando directamente.

Mirándola a ella y solo a ella.

Y entonces, justo cuando Elena pensaba en gritar o apartarse o hacer algo, la figura inclinó la cabeza. Un saludo. Un reconocimiento.

Y desapareció.

No se alejó caminando. No se escabulló. Simplemente dejó de estar allí, como si la niebla se lo hubiera tragado.

Elena se apartó de la ventana, jadeando. Su mano voló al pecho, donde su corazón galopaba como un caballo desbocado. Se dijo a sí misma que había sido una ilusión, un efecto de la fatiga y la enfermedad. Que no había visto nada.

Pero en el fondo sabía la verdad.

Algo había comenzado esta noche. Algo oscuro y antiguo y peligroso.

Y fuera lo que fuese, sabía su nombre.

Elena cerró las cortinas con manos temblorosas y regresó a la cama. Se cubrió hasta la barbilla con las sábanas, como si eso pudiera protegerla. La vela parpadeó, proyectando sombras danzantes en las paredes.

Y en esas sombras, Elena creyó ver ojos.

Ojos que la observaban.

Ojos que esperaban.

Capítulo 2

El Baile de Máscaras

La mañana llegó envuelta en una luz gris que apenas penetraba las cortinas de terciopelo. Elena despertó desorientada, tardando varios segundos en recordar dónde estaba. Viena. El palacete de su tía. El tercer piso.

La figura en las sombras.

Se incorporó bruscamente, con el corazón acelerado, y miró hacia las ventanas. A la luz del día, todo parecía perfectamente normal. Las cortinas estaban cerradas tal como ella las había dejado. No había rastro de presencias sobrenaturales ni miradas invisibles. Solo una habitación rosa pastel ligeramente anticuada y el sonido distante de carruajes en la calle.

"Fue un sueño", se dijo a sí misma. "Nada más que el cansancio del viaje y mi imaginación desbocada."

Pero cuando apartó las sábanas, sintió una punzada de duda. Porque allí, en el alféizar de la ventana, había algo que definitivamente no había estado la noche anterior.

Una rosa.

Una rosa negra.

Elena se acercó con piernas temblorosas. La flor descansaba en el alféizar exterior, justo del otro lado del cristal. Era imposible que hubiera llegado allí por medios normales; estaba en el tercer piso, sin enredaderas ni árboles cercanos. Y sin embargo, allí estaba: perfecta, imposible, innegablemente real.

Sus pétalos eran de un negro tan profundo que parecían absorber la luz. El tallo estaba cubierto de espinas que brillaban con rocío matutino. O con algo que parecía rocío pero que, cuando Elena miró más de cerca, tenía un tinte ligeramente rojizo.

Antes de que pudiera decidir qué hacer al respecto, alguien llamó a la puerta.

—¿Señorita? —era la voz de Bertha—. El doctor Ferrer llegó para su examen. ¿Está despierta?

Elena miró la rosa una última vez, luego corrió las cortinas completamente.

—Sí, Bertha. Un momento, por favor.

Se vistió rápidamente con la ayuda de la doncella, eligiendo un vestido de día en tono malva con cuello alto de encaje. Bertha le recogió el cabello en un moño suelto, dejando algunos rizos castaños enmarcando su rostro. Cuando Elena bajó la vista hacia sus manos mientras se calzaba los guantes, notó que le temblaban ligeramente.

La rosa negra seguía en el alféizar. Visible desde dentro pero imposible de alcanzar sin abrir la ventana. Elena decidió no mencionarla. ¿Qué diría? ¿Que creía que alguien había trepado hasta el tercer piso en medio de la noche para dejarle una flor imposible? Sonaba a locura.

Tal vez lo era.

El examen médico tuvo lugar en un pequeño salón en la planta baja que la condesa había convertido temporalmente en consultorio. Alejandro llegó con su maletín negro de cuero y una expresión de seriedad profesional que contrastaba con la calidez de la noche anterior.

—Buenos días, señorita Montserrat —saludó con una pequeña reverencia—. ¿Cómo descansó?

—Bien —mintió Elena, acomodándose en la silla que él le indicaba—. ¿Y usted?

—Ocupado preparándome para hoy —respondió Alejandro, abriendo su maletín y sacando instrumentos que Elena reconoció de sus visitas a médicos anteriores: un estetoscopio, un termómetro, varios frascos pequeños—. Si no le importa, voy a realizarle un examen completo. Necesito establecer una línea base para poder monitorear su progreso.

—O mi deterioro —dijo Elena con una sonrisa amarga.

Alejandro levantó la vista, y algo en sus ojos se suavizó.

—Prefiero ser optimista, señorita Montserrat.

El examen fue meticuloso y sorprendentemente íntimo. Alejandro le pidió que respirara profundamente mientras presionaba el estetoscopio contra su espalda, escuchando el funcionamiento de sus pulmones. Sus dedos eran firmes pero gentiles, profesionales pero de algún modo personales. Cuando le tomó el pulso, sosteniendo su muñeca con más cuidado del necesario, Elena sintió que el tiempo se ralentizaba.

—Su ritmo cardíaco está ligeramente elevado —observó Alejandro, mirándola a los ojos—. ¿Se siente nerviosa?

"Sí", pensó Elena. "Pero no por las razones que imaginas."

—Es la situación —dijo en voz alta—. Nueva ciudad, nuevo médico, todo es...

—Abrumador —completó él, soltando suavemente su muñeca —. Lo entiendo.

Hizo que Elena tosiera en un pañuelo, luego examinó el resultado con el ceño fruncido. Elena vio las manchitas rojas en el lino blanco y apartó la mirada. Alejandro tomó notas en un pequeño cuaderno con caligrafía apretada y precisa.

—¿Cuál es el veredicto, doctor? —preguntó Elena cuando el silencio se volvió insoportable.

Alejandro cerró su cuaderno y se sentó frente a ella, quitándose los lentes para limpiarlos. Sin ellos, su rostro parecía más joven, más vulnerable.

—La tuberculosis está avanzada —dijo sin rodeos—. Sus pulmones muestran signos claros de deterioro. Pero —se apresuró a añadir cuando vio la expresión de Elena— no está en fase terminal. Todavía hay tiempo. Hay cosas que podemos intentar.

—¿Qué tipo de cosas?

—Tratamientos modernos. Terapia de aire fresco y luz solar cuando el clima lo permita. Una dieta especial rica en nutrientes. Y... —vaciló— tengo acceso a tratamientos experimentales en el hospital. Sueros que han mostrado resultados prometedores en algunos pacientes.

—¿Experimentales? —repitió Elena—. ¿Quiere decir no probados?

—Quiero decir innovadores —corrigió Alejandro, inclinándose hacia adelante con intensidad—. La medicina avanza, señorita Montserrat. Cada día descubrimos cosas nuevas. Lo que ayer era imposible hoy es rutinario. Y lo que hoy parece ciencia ficción mañana salvará vidas.

Había tal convicción en su voz que Elena no pudo evitar creerle. O al menos querer creerle.

—¿Cuándo empezamos?

La sonrisa que iluminó el rostro de Alejandro transformó completamente sus rasgos serios.

—Hoy mismo, si está dispuesta. Pero primero —se puso de pie y guardó sus instrumentos— debe prometerme que seguirá mis instrucciones al pie de la letra. Nada de esfuerzos innecesarios, descanso adecuado, y debe informarme inmediatamente si experimenta cualquier cambio en sus síntomas.

—Se lo prometo.

—Y —añadió con un tono más ligero— debe permitirme llevarla a algún evento social de vez en cuando. No todo puede ser medicina y enfermedad. Un poco de distracción es bueno para el espíritu, y un espíritu sano ayuda al cuerpo a sanar.

—¿Tiene algo en mente?

—Casualidad quiere que sí —Alejandro sacó una tarjeta de invitación de su bolsillo—. Mañana por la noche hay un baile de máscaras en el Palacio Schwarzenberg. Su tía ya está invitada, por supuesto. Pensé que quizás a usted le gustaría asistir. Con su permiso, me encantaría escoltarlas.

Elena tomó la tarjeta. El papel era grueso, cremoso, con letras doradas en relieve. "Baile de Otoño. Máscaras obligatorias. 20 de octubre, 8 de la tarde."

—No he ido a un baile en años —dijo Elena—. No estoy segura de tener la energía...

—Iremos temprano, nos quedaremos poco tiempo —prometió Alejandro—. A la primera señal de cansancio, la traeré de vuelta. Pero creo que le haría bien. Ver la sociedad vienesa en todo su esplendor, bailar un poco, olvidarse de su condición por unas horas.

Elena miró la invitación y luego a Alejandro. Había esperanza en sus ojos, y algo más. ¿Anticipación? ¿El deseo de pasar tiempo con ella fuera del contexto médico?

—De acuerdo —dijo finalmente—. Iré.

La noche siguiente, Elena se encontró frente al espejo de su habitación mientras Bertha la ayudaba a ponerse el vestido de baile. Era uno que había traído de Barcelona, de seda color champagne con detalles en encaje negro. El escote era modesto pero elegante, revelando apenas el inicio de sus clavículas. La falda caía en cascadas de tela que susurraban al moverse.

—Está hermosa, señorita —dijo Bertha, ajustando el corsé—. Nadie diría que está enferma.

Pero Elena podía ver la verdad en el espejo. El maquillaje disimulaba su palidez pero no podía ocultar completamente las ojeras ni el brillo febril de sus ojos. Parecía un fantasma disfrazado de mujer viva.

La máscara ayudaba. Era de terciopelo negro con detalles dorados, cubriendo la mitad superior de su rostro. Le daba un aire de misterio, de peligro. Le gustaba.

Cuando bajó las escaleras, encontró a su tía y a Alejandro esperándola en el vestíbulo. La condesa Markova lucía espléndida en seda azul marino con un collar de zafiros que debía costar una fortuna. Alejandro llevaba frac negro y una máscara simple de cuero oscuro que hacía que sus ojos parecieran más intensos.

—Preciosa —declaró la condesa—. ¿Verdad, doctor?

Alejandro simplemente asintió, pero la forma en que miraba a Elena decía más que cualquier palabra.

El Palacio Schwarzenberg era todo lo que Elena había imaginado y más. El edificio barroco brillaba con cientos de ventanas iluminadas, y la entrada estaba flanqueada por estatuas de mármol y faroles que proyectaban luz dorada. Carruajes descargaban invitados en un desfile interminable de sedas, terciopelos y joyas.

Dentro, el salón de baile quitaba el aliento. Los techos eran tan altos que se perdían en sombras, interrumpidos solo por enormes candelabros de cristal que colgaban como constelaciones atrapadas. Las paredes estaban cubiertas de espejos dorados que

multiplicaban la luz de miles de velas hasta el infinito. Una orquesta tocaba en una plataforma elevada: violines, violas, un piano, creando melodías que flotaban sobre las conversaciones y risas.

Y la gente. Elena nunca había visto tanta opulencia concentrada. Mujeres con vestidos que debían costar más que una casa, hombres con uniformes militares cubiertos de medallas, aristócratas cuyas familias habían gobernado Europa durante siglos. Todos con máscaras, todos anónimos y sin embargo perfectamente conscientes de quién era quién bajo el disfraz.

—No se aleje demasiado —le advirtió su tía mientras aceptaba una copa de champán de un camarero—. La alta sociedad vienesa puede ser... predatoria con las jóvenes hermosas.

Alejandro ofreció su brazo a Elena.

—¿Me permite un baile, señorita Montserrat?

Elena aceptó, y él la condujo a la pista. El vals que tocaba la orquesta era lento, romántico. Alejandro colocó una mano en su cintura, tomó su mano con la otra, y comenzaron a moverse.

Bailaba bien, notó Elena. Con confianza pero sin arrogancia, guiándola suavemente por la pista. Otros bailarines giraban a su alrededor como planetas en órbita. Elena se permitió relajarse, disfrutar del momento, olvidar por un instante que estaba muriendo.

—Lo está haciendo muy bien —murmuró Alejandro—. ¿Cómo se siente?

—Como Cenicienta en el baile —admitió Elena con una sonrisa—. Esperando que el hechizo se rompa a medianoche.

—Entonces tendremos que asegurarnos de marcharnos antes de medianoche —bromeó él.

Bailaron dos piezas más antes de que Elena necesitara descansar. Alejandro la escoltó a una de las terrazas laterales donde el aire fresco de la noche ofrecía alivio del calor del salón. Elena se apoyó contra la balaustrada de mármol, respirando profundamente el aire otoñal.

—¿Mejor? —preguntó Alejandro.

—Mucho mejor.

Permanecieron en silencio por un momento, mirando los jardines del palacio que se extendían en sombras plateadas bajo la

luna. Elena sintió la presencia de Alejandro a su lado, sólida y reconfortante. Podría acostumbrarse a esto, pensó. A tenerlo cerca. A sentirse protegida.

Entonces lo sintió.

Esa misma sensación de la primera noche. De ser observada. De una presencia que no debería estar allí.

Elena se giró bruscamente, escudriñando la terraza. Había otras parejas tomando aire fresco, camareros circulando con bandejas, pero nadie parecía prestarle especial atención. Y sin embargo...

—¿Sucede algo? —preguntó Alejandro, notando su tensión.

—No, yo... —Elena se detuvo.

Porque entonces lo vio.

Al otro extremo de la terraza, emergiendo de las sombras como si las sombras mismas lo hubieran parido, había un hombre.

Alto. Imposiblemente alto. Vestido completamente de negro: frac de corte anticuado, capa que caía desde sus hombros como alas plegadas, guantes de cuero oscuro. Su máscara era de plata pulida, cubriendo toda la mitad superior de su rostro, dejando visible solo una mandíbula fuerte y labios que parecían esculpidos en mármol pálido.

Pero eran sus ojos lo que la capturó. Incluso a través de los recortes de la máscara, Elena podía ver que eran de un gris tan claro que parecían casi plateados. Y estaban fijos en ella con una intensidad que le cortó la respiración.

El hombre inclinó la cabeza. El mismo gesto que la figura en las sombras había hecho dos noches atrás.

Y entonces comenzó a caminar hacia ella.

Se movía con una gracia que no era del todo humana. Cada paso era fluido, deliberado, como un depredador que ha detectado a su presa pero no tiene prisa porque sabe que es inevitable. Los demás invitados se apartaban de su camino sin siquiera mirarlo, como si su presencia causara una perturbación instintiva.

—¿Quién es ese? —murmuró Alejandro, siguiendo la mirada de Elena.

—No lo sé —susurró Elena, aunque algo en su interior gritaba que sí lo sabía, que siempre lo había sabido.

El hombre se detuvo frente a ellos. De cerca, era incluso más impresionante. Su estatura hacía que tanto Elena como Alejandro tuvieran que levantar la vista. Olía a algo antiguo: incienso, tierra de cementerio, y debajo de todo eso, un toque de hierro.

—Buenas noches —dijo, y su voz era como terciopelo oscuro envolviendo cuchillas de hielo. Tenía un acento que Elena no podía ubicar, algo del este europeo pero refinado por siglos de aristocracia —. Perdonen la intrusión.

Se volvió hacia Elena, y ella sintió el peso de esa mirada plateada como un toque físico.

—Pero no pude evitar notar a esta hermosa dama y tuve que acercarme a solicitar el honor de un baile.

Alejandro dio un paso adelante, colocándose sutilmente entre Elena y el extraño.

—La señorita ya ha bailado bastante por esta noche —dijo con cortesía tensa—. Necesita descansar.

—¿La señorita no puede hablar por sí misma? —preguntó el extraño, sin apartar los ojos de Elena.

Y Elena supo que debería declinar. Que todo en este hombre gritaba peligro. Que la forma en que la miraba era demasiado intensa, demasiado hambrienta, demasiado... familiar.

Pero en lugar de eso, se escuchó a sí misma decir:

—Un baile estaría bien.

—Elena —dijo Alejandro, con una nota de advertencia.

Ella le tocó el brazo suavemente.

—Estaré bien. Solo un baile.

El extraño ofreció su mano. Elena la tomó, y el contacto fue eléctrico incluso a través de los guantes. Los dedos de él eran fríos, sus manos más grandes que las de cualquier hombre que hubiera conocido.

La guió de vuelta al salón de baile. La orquesta había comenzado un nuevo vals, este más rápido, más dramático. El extraño colocó una mano en la cintura de Elena, y ella sintió esa

presión firme, posesiva, completamente diferente del toque gentil de Alejandro.

Comenzaron a bailar.

Y Elena supo inmediatamente que nunca había bailado realmente antes de este momento.

Se movía con ella como si compartieran un solo cuerpo, anticipando cada giro antes de que ella lo hiciera. La hacía girar por la pista con una precisión que rayaba en lo sobrenatural. Otros bailarines se apartaban, creando un círculo a su alrededor. Elena era vagamente consciente de que se habían convertido en el centro de atención, pero no podía importarle menos.

Porque estaba perdida en esos ojos plateados.

—¿Quién es usted? —logró preguntar mientras giraban.

—¿Importa? —respondió él con una sonrisa que revelaba dientes perfectos y blancos—. Esta noche todos somos desconocidos bajo nuestras máscaras.

—Importa —insistió Elena, aunque no estaba segura de por qué.

Él se inclinó más cerca, tanto que Elena podía sentir su aliento (extrañamente frío) contra su mejilla.

—Digamos que soy alguien que ha esperado mucho tiempo para encontrarte.

—No me conoce.

—¿No? —había algo parecido a la tristeza en su voz—. Quizás no en esta vida. Pero te he conocido antes. Te he amado antes. Te he perdido antes.

Elena debería haberse asustado. Debería haberse apartado. Pero en lugar de eso, sintió algo removerse en su pecho. Un reconocimiento que no tenía sentido lógico pero que se sentía innegablemente cierto.

—Está loco —susurró.

—Probablemente —admitió él—. Trescientos años de soledad tienden a afectar la cordura.

Antes de que Elena pudiera procesar esa afirmación imposible, él la hizo girar en un movimiento tan rápido que el salón se convirtió en un borrón de luces y sombras. Cuando se detuvo,

estaban en un rincón más oscuro del salón, parcialmente ocultos por una columna.

—Tu nombre —dijo, y no era una pregunta.

—Elena —respondió ella, antes de poder pensar en mentir.

—Elena —repitió, como si saboreara cada sílaba—. Hermoso. Aunque no es el nombre que llevabas antes.

—¿Antes?

—Cuando eras Elisabeta. Mi Elisabeta.

Sus manos aún estaban entrelazadas en la posición de baile, pero ahora él movió la suya lentamente, trazando con un dedo enguantado el interior de la muñeca de Elena. Incluso a través del guante, Elena sintió quemazón en ese toque.

—No soy quien cree que soy —dijo Elena, su voz apenas un susurro.

—Eres exactamente quien sé que eres —respondió él—. Has vuelto a mí. Como sabía que harías. Como has hecho antes y harás de nuevo.

La música cambió, volviéndose más lenta, más íntima. El extraño ajustó su agarre, acercándola más. Ahora estaban bailando mejilla con mejilla, y Elena podía sentir el frío que emanaba de su cuerpo como si fuera hielo vivo.

—Tienes miedo —observó él.

—Sí —admitió Elena.

—Bien. El miedo significa que estás viva. El miedo significa que sientes. —Hizo una pausa—. ¿Pero es solo miedo lo que sientes?

Elena no respondió, porque ambos sabían la respuesta. No era solo miedo. Había algo más. Una atracción magnética que iba más allá de lo racional. Como si cada célula de su cuerpo reconociera a este extraño y lo anhelara pese a que su mente gritaba advertencias.

—Estás enferma —dijo él de repente.

—¿Cómo...?

—Puedo olerlo. En tu sangre. —Se acercó más, y Elena sintió su nariz rozando su cuello apenas, inhalando—. Dulce pero envenenada. Muriendo, como las rosas en otoño.

—Es tuberculosis —dijo Elena, no segura de por qué le estaba confiando esto a un perfecto extraño—. Los médicos dicen que me queda poco tiempo.

—Los médicos son tontos —respondió él con desdén—. La muerte no es el final que creen que es. Hay otros caminos. Caminos oscuros, es cierto. Pero caminos al fin.

—No entiendo.

—Lo entenderás. —La hizo girar una vez más, y cuando se detuvieron, su rostro estaba a centímetros del de ella—. Cuando llegue el momento de elegir, Elena. Cuando la muerte llame a tu puerta y te ofrezcan una alternativa. Acuérdate de mí. Acuérdate de esta noche. Y elige la oscuridad.

—¿Por qué habría de hacerlo?

La sonrisa que curvó sus labios era bella y terrible a la vez.

—Porque la oscuridad es donde vivo. Y tú perteneces conmigo. Siempre lo has hecho.

La música terminó en un crescendo dramático. El extraño dio un paso atrás y levantó la mano de Elena a sus labios. Besó el dorso de su mano a través del guante, pero Elena sintió el calor de ese beso como si quemara su piel directamente.

—Hasta pronto, mi Elena —murmuró—. Muy pronto.

Y entonces, antes de que ella pudiera responder, él se dio vuelta y se alejó. Caminó hacia las puertas que daban a los jardines, y su capa ondeaba detrás de él como alas negras. Varios invitados se apartaron de su camino, y Elena notó que algunos de ellos se santiguaban discretamente después de que pasaba.

Cuando llegó a las puertas, se detuvo y miró hacia atrás una vez más. Sus ojos encontraron los de Elena a través del salón abarrotado, y ella sintió ese impacto visual como un puño en el estómago.

Luego desapareció en la noche.

Elena se quedó parada, temblando, apenas consciente de las miradas curiosas de otros invitados. Fue Alejandro quien la encontró, abriéndose paso entre la multitud con expresión preocupada.

—Elena, ¿estás bien? Vi que estabas bailando con ese hombre, y luego... ¿quién era?

—No lo sé —dijo Elena honestamente—. No me dio su nombre.

—Hay algo en él —Alejandro la tomó por los codos, estudiando su rostro—. Algo que no me gusta. La forma en que te miraba...

—Creo que necesito aire fresco —interrumpió Elena, sintiéndose repentinamente mareada.

Alejandro la guió inmediatamente hacia la terraza, sosteniéndola con firmeza cuando sus piernas amenazaron con ceder. El aire frío de la noche ayudó a aclarar la niebla en su mente.

—Deberíamos irnos —dijo Alejandro—. Ya has tenido suficiente excitación por una noche.

Elena asintió débilmente. Tenía razón. Pero mientras Alejandro iba a buscar a su tía y llamar al carruaje, Elena miró hacia los jardines oscuros.

Y allí, entre las sombras de los árboles, vio una figura observándola.

Alta. Envuelta en negro. Completamente inmóvil.

Esperando.

Cuando regresaron al palacete, Elena estaba exhausta. Su tía se retiró a sus habitaciones con un beso en la frente y un comentario sobre lo emocionante que había sido la velada. Alejandro insistió en acompañar a Elena hasta su puerta.

—Descanse —le ordenó suavemente—. Y mañana quiero verla para un examen. Bailar así no fue buena idea para alguien en su condición.

—Estoy bien —mintió Elena.

—Está pálida como un fantasma —corrigió Alejandro—. Y ese hombre... Elena, prométeme que si lo ves de nuevo, te mantendrás alejada.

—¿Por qué?

—Porque... —Alejandro vaciló, buscando palabras—. No puedo explicarlo. Pero hay algo mal en él. Algo antinatural. Y me preocupas.

Elena sintió una oleada de afecto por este hombre que se preocupaba tanto por ella.

—Lo prometo —dijo, aunque no estaba segura de poder cumplirlo.

Alejandro pareció aliviado. Le tomó la mano y la besó castamente.

—Buenas noches, Elena.

—Buenas noches, Alejandro.

Cuando entró en su habitación, Bertha ya había preparado el camisón y apagado la mayoría de las lámparas. Elena se dejó desnudar en un estado de semiconsciencia, agradecida por la eficiencia silenciosa de la doncella.

Finalmente, cuando estuvo sola, se acercó a la ventana.

La rosa negra seguía allí, perfecta e imposible.

Elena abrió la ventana para tomarla. Las espinas se clavaron en sus dedos a través del guante fino, sacando pequeñas gotas de sangre. Pero Elena apenas lo notó.

Porque junto a la rosa había una nota.

El papel era grueso, antiguo, el tipo de pergamino que ya no se fabricaba. Las palabras estaban escritas en una caligrafía elegante y anticuada:

"No temas a la oscuridad, mi Elena. Teme más a una vida desperdiciada en la luz moribunda. Te he encontrado de nuevo, y esta vez no te perderé. Espero el momento en que seas lo suficientemente valiente para venir a mí.

Tuyo desde antes del tiempo, V."

Elena leyó la nota tres veces, con el corazón latiendo cada vez más rápido. Debería estar aterrada. Debería llamar a alguien. Debería quemar la nota y la rosa y olvidar que cualquiera de esto había sucedido.

Pero en lugar de eso, presionó la rosa contra su pecho, sintiendo las espinas perforar la tela de su camisón.

Y en la oscuridad de su habitación, sola con sus pensamientos prohibidos, Elena sonrió.

Capítulo 3

Sueños Rojos

Elena no recordaba haberse quedado dormida. Un momento estaba de pie junto a la ventana, sosteniendo la rosa negra y la nota misteriosa, y al siguiente estaba en la cama con las sábanas enredadas alrededor de sus piernas. La habitación estaba sumida en una oscuridad densa, casi tangible. Incluso la chimenea se había apagado, dejando solo brasas moribundas que parpadeaban como ojos rojos en la penumbra.

Hacía frío. Un frío que penetraba hasta los huesos, antinatural para una habitación cerrada. El aliento de Elena formaba nubes de vapor en el aire.

Y entonces supo que no estaba sola.

No fue un sonido lo que la alertó. Fue algo más primitivo: ese instinto ancestral que eriza los vellos de la nuca cuando un depredador está cerca. Elena se incorporó lentamente, con el corazón martilleando contra sus costillas.

Las cortinas de la ventana ondeaban, aunque Elena estaba segura de haberla cerrado. La luna llena brillaba a través del cristal, proyectando un cuadrado de luz plateada sobre el suelo de madera. Y en ese cuadrado de luz, había una sombra.

Imposible. Las sombras no deberían existir sin algo que las proyecte. Pero esta lo hacía. Se movía, se ondulaba, crecía. Y mientras Elena observaba, paralizada entre el terror y la fascinación, la sombra se alzó.

Se solidificó.

Se convirtió en él.

El hombre del baile. Pero ahora sin máscara. Y Elena pudo finalmente ver su rostro completo.

Era hermoso de la manera en que lo son las cosas peligrosas. Rasgos aristocráticos tallados en marfil pálido, tan pálido que parecía

brillar con luz propia. Pómulos altos y afilados. Una boca que prometía placer y dolor en igual medida. Y esos ojos: plata líquida bajo cejas oscuras, antiguos y hambrientos y infinitamente tristes.

Vestía solo una camisa blanca desabrochada hasta la mitad del pecho y pantalones negros. Sus pies estaban descalzos, silenciosos contra la madera. Se movió hacia la cama con la gracia fluida de un depredador que sabe que su presa no tiene escapatoria.

Elena intentó gritar, pero su voz se había evaporado. Intentó moverse, pero sus extremidades no respondían. Estaba atrapada, indefensa, mientras él se acercaba cada vez más.

Se detuvo junto a la cama, mirándola desde arriba. La luz de la luna creaba sombras dramáticas en su rostro, haciendo que pareciera más estatua que hombre.

—No temas —dijo, y su voz era el susurro del viento a través de tumbas antiguas—. No te haré daño. No más del que deseas.

—¿Qué eres? —logró susurrar Elena.

Una sonrisa curvó sus labios.

—¿Qué crees que soy?

—No lo sé. Esto no es real. Es un sueño.

—¿Lo es? —Se arrodilló junto a la cama, acercando su rostro al de ella—. Los sueños y la realidad no están tan separados como los mortales creen. A veces se entrelazan. A veces, lo que sueñas es más verdadero que lo que vives.

Levantó una mano y rozó con los dedos la mejilla de Elena. Su toque era helado, como si sus venas corrieran con agua de glaciar en lugar de sangre. Pero en lugar de apartarse, Elena se encontró inclinándose hacia ese contacto.

—Conoces mi nombre —dijo él, no como pregunta sino como afirmación.

Y extrañamente, lo conocía. Como si siempre lo hubiera sabido, enterrado en algún rincón olvidado de su memoria.

—Vladislaus —susurró.

Algo brilló en sus ojos plateados. ¿Triunfo? ¿Alivio?

—Sí —exhaló—. Y tú eres Elena. Mi Elena. Aunque una vez te llamaste Elisabeta, y antes de eso...

Se interrumpió, sacudiendo la cabeza como si apartara recuerdos demasiado pesados.

—No entiendo —dijo Elena, aunque parte de ella temía que sí entendiera, de alguna manera imposible.

—No necesitas entender. Solo necesitas sentir.

Su mano se deslizó desde su mejilla hacia su cuello, los dedos fríos trazando la línea de su garganta con una delicadeza que la hizo temblar. Se detuvo donde el pulso latía visible bajo la piel pálida.

—Tu corazón late tan rápido —murmuró—. Como un pájaro atrapado. ¿Es miedo lo que sientes? ¿O algo más?

—Ambos —admitió Elena, sorprendiéndose de su propia honestidad.

—Bien —dijo Vladislaus, y se inclinó más cerca—. El miedo hace que la sangre sepa más dulce.

Antes de que Elena pudiera procesar esas palabras inquietantes, él se movió. De repente estaba sobre ella, en la cama, su cuerpo cubriendo el de ella sin presionarla completamente. Era como estar bajo una tormenta hecha carne: poderosa, inevitable, aterradora y electrizante.

—Debería huir —susurró Elena.

—Pero no lo harás —respondió Vladislaus, su rostro ahora tan cerca que ella podía ver detalles imposibles: la perfección inhumana de su piel, la forma en que sus pupilas se dilataban y contraían como las de un gato, el filo blanco de sus dientes cuando hablaba—. Porque parte de ti ha esperado esto. Ha anhelado esto.

—No sé de qué hablas.

—Mientes —dijo con una sonrisa—. Puedo oler las mentiras, Elena. Puedo olerlo todo. Tu miedo. Tu deseo. Tu enfermedad.

Su mano se deslizó por el costado de Elena, sobre la curva de su cintura, deteniéndose en su cadera. Incluso a través del fino algodón del camisón, ese toque era fuego y hielo mezclados.

—Estás muriendo —continuó, su voz suave como terciopelo—. Puedo escucharlo en tus pulmones cada vez que respiras. Cada aliento es una lucha. Cada día te acerca más al final.

Lágrimas ardieron en los ojos de Elena.

—Lo sé.

—¿Y si te dijera que no tiene que ser así? ¿Qué hay una manera de escapar de la muerte?

—No existe tal cosa.

—Para los mortales ordinarios, no —admitió Vladislaus—. Pero tú no eres ordinaria. Nunca lo has sido. En todas tus vidas, siempre has sido... excepcional.

Se inclinó, y sus labios rozaron la frente de Elena en algo que era casi un beso, pero más reverente. Más íntimo.

—Déjame mostrarte —susurró contra su piel—. Déjame mostrarte lo que podrías ser. Lo que podrías sentir.

—No debería...

—No deberías —estuvo de acuerdo—. Pero lo harás.

Y entonces su boca se movió. Dejó un rastro de besos helados por la sien de Elena, por su mejilla, deteniéndose en la comisura de sus labios. No la besó completamente, solo rozó con sus labios los de ella, una promesa de algo más.

Elena sintió que su cuerpo se arqueaba involuntariamente, buscando más contacto. Vladislaus soltó un sonido bajo, casi un gruñido.

—Eso es, mi amor —murmuró—. No luches contra esto. Déjate sentir.

Su boca continuó su descenso, siguiendo la línea de su mandíbula, la curva de su oreja. Cuando sus labios presionaron justo debajo de su lóbulo, Elena soltó un gemido suave que la sorprendió a sí misma.

—Hermosa —susurró Vladislaus contra su piel—. Siempre tan hermosa. En cada vida, en cada muerte, siempre vuelves a mí así. Perfecta.

Su lengua rozó el pulso de Elena, saboreándola. Ella sintió sus manos aferrándose a los hombros de él, aunque no recordaba haberlas movido. La tela de su camisa era fría bajo sus dedos, pero debajo podía sentir la solidez de músculo y hueso.

—Vladislaus —jadeó su nombre como una súplica.

—Dime que me deseas —exigió él, levantando la cabeza para mirarla a los ojos—. Dilo.

Elena sabía que debería negarse. Sabía que fuera lo que fuera esto—sueño, pesadilla, alguna locura febril—debería resistirse. Pero las palabras salieron de todas formas:

—Te deseo.

Algo salvaje brilló en los ojos de Vladislaus. Sus labios se curvaron en una sonrisa que revelaba colmillos: largos, afilados, innegablemente reales.

—Entonces tómame —dijo—. O déjame tomarte.

Su boca descendió a su cuello. Elena sintió el roce de esos colmillos contra su piel, una presión que era promesa y amenaza. Su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que él podía escucharlo, sentirlo, saborearlo en el aire entre ellos.

—Esto dolerá —advirtió Vladislaus, su voz ronca de deseo contenido—. Pero solo al principio. Después...

No terminó la frase. No necesitaba hacerlo.

Elena cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia un lado en un gesto de rendición instintiva, y susurró:

—Hazlo.

El mundo estalló en sensaciones.

El dolor llegó primero: agudo, ardiente, como si dos cuchillas de hielo hubieran perforado su piel. Elena gritó, pero el sonido se ahogó cuando la boca de Vladislaus se selló sobre la herida.

Y entonces, el placer.

Era como nada que hubiera sentido jamás. Una oleada de calor líquido que se extendió desde su cuello por todo su cuerpo, alcanzando cada terminación nerviosa. Elena sintió como si estuviera siendo consumida y completada al mismo tiempo, vaciándose y llenándose de algo oscuro y antiguo y poderoso.

Vladislaus bebía de ella con una intensidad reverente, sus manos sosteniéndola contra él como si fuera algo precioso y frágil. Elena podía sentir cada tirón de su boca, cada sorbo de su sangre, y en lugar de debilitarla, la hacía sentir más viva que nunca.

Era como ahogarse en un océano de terciopelo negro. Como arder en llamas que no quemaban. Como caer y volar simultáneamente.

"Esto es la muerte", pensó Elena con claridad extraña. "Y es hermosa."

Pero entonces Vladislaus se apartó, jadeando. Sangre—su sangre—manchaba sus labios. Sus ojos brillaban con un fuego sobrenatural.

—No puedo tomar más —dijo con voz áspera—. No aún. No antes de que estés lista para dar el siguiente paso.

Se inclinó y lamió las heridas en su cuello con ternura. Elena sintió su lengua fría sellando las perforaciones, deteniendo el sangrado.

—¿Por qué te detienes? —susurró Elena, sorprendida por la desilusión en su propia voz.

Vladislaus soltó una risa amarga.

—Porque si continúo, te convertiré en lo que soy. Y esa elección debe ser tuya, Elena. Consciente y deliberada. No robada en un sueño.

—Pero ¿qué eres?

—Creo que ya lo sabes.

Elena lo miró a los ojos, vio los colmillos manchados de rojo, sintió el frío sobrenatural emanando de su cuerpo.

—Vampiro —susurró.

Vladislaus asintió.

—Monstruo. Demonio. No-muerto. Condenado. He sido llamado todo eso y más. Y todo es verdad.

—Deberías aterrarme.

—Lo hago —dijo él—. Pero también me deseas. Las dos cosas pueden ser verdad.

Se inclinó y la besó entonces, de verdad. Sus labios fríos presionaron contra los cálidos de ella, y Elena pudo saborear su propia sangre en su boca, dulce y metálica. El beso era hambriento, desesperado, como si él estuviera tratando de devorar su alma y ofrecerle la suya al mismo tiempo.

Cuando se apartó, ambos jadeaban.

—Volveré —prometió Vladislaus—. Una y otra vez. En sueños y en vigilia. Hasta que estés lista para venir a mí.

—¿Y si nunca estoy lista?

Una sonrisa triste curvó sus labios.

—Entonces te observaré morir como he observado morir a tantos otros. Y esperaré a que regreses en tu próxima vida. Tengo toda la eternidad, después de todo.

Comenzó a retroceder, a desvanecerse en las sombras.

—Espera —llamó Elena, extendiendo una mano—. ¿Cuándo volveré a verte?

—Pronto —prometió su voz, ya distante—. Cuando la luna esté llena nuevamente. Cuando me necesites. Cuando finalmente entiendas que perteneces a la noche tanto como a la luz.

Y desapareció.

Elena despertó con un grito ahogado.

La luz gris del amanecer filtraba por las cortinas. Estaba en su cama, empapada en sudor frío. Su camisón estaba pegado a su cuerpo, su cabello enredado alrededor de su cuello. Jadeaba como si hubiera corrido kilómetros.

"Fue un sueño", se dijo a sí misma. "Solo un sueño."

Pero su cuello ardía.

Con manos temblorosas, se tocó donde Vladislaus había... donde en el sueño él había...

Sus dedos encontraron dos puntos dolorosos, ligeramente elevados. Pequeñas costras que no habían estado allí la noche anterior.

Elena se levantó de un salto, ignorando el mareo que la golpeó, y corrió al espejo del tocador. Se apartó el cabello con dedos frenéticos y giró la cabeza para examinar su cuello.

Allí, justo donde el pulso latía, había dos marcas pequeñas. Rojas. Inequívocas.

Marcas de mordida.

La habitación dio vueltas. Elena se aferró al borde del tocador, respirando profundamente, tratando de no desmayarse.

"Imposible", pensó. "Los sueños no dejan marcas físicas. Los sueños no..."

Pero ahí estaban. Reales. Innegables.

Un golpe en la puerta la sobresaltó.

—¿Señorita Elena? —era la voz de Bertha—. ¿Se encuentra bien? La escuché gritar.

Elena se cubrió rápidamente el cuello con el cabello.

—Estoy bien, Bertha. Solo... una pesadilla.

—¿Puedo entrar?

—Dame un momento.

Elena se mojó la cara con agua fría de la jarra de cerámica en su lavabo, tratando de recuperar la compostura. Su reflejo en el espejo la asustó: ojos muy abiertos, mejillas sin color, labios agrietados. Y ese brillo febril que había estado presente desde el diagnóstico parecía más intenso.

Cuando finalmente abrió la puerta, Bertha entró con una bandeja de desayuno. La doncella frunció el ceño al ver el estado de Elena.

—Señorita, parece enferma. ¿Debería llamar al doctor Ferrer?

—No —dijo Elena demasiado rápido—. Es decir, ya viene hoy para el seguimiento. Estaré bien hasta entonces.

Bertha no parecía convencida, pero asintió y comenzó a preparar ropa para Elena mientras esta picoteaba sin apetito el desayuno. Cada vez que se movía, sentía las marcas en su cuello palpitar como un segundo corazón.

Alejandro llegó exactamente a las diez de la mañana, como había prometido. Elena lo esperaba en el salón convertido en consultorio, con un pañuelo de encaje estratégicamente colocado alrededor de su cuello.

—Buenos días, Elena —saludó Alejandro, y su sonrisa se desvaneció inmediatamente cuando la vio—. Por Dios, ¿qué te pasó?

—No dormí bien —admitió Elena.

—Eso es un eufemismo —dijo Alejandro, acercándose con su maletín—. Estás pálida como la muerte. ¿Tuviste fiebre durante la noche?

—No lo sé. Quizás.

Alejandro sacó su termómetro y se lo colocó bajo la lengua mientras le tomaba el pulso. Elena vio su ceño fruncirse cada vez más.

—Tu pulso está acelerado. Y tienes fiebre ligera. —Retiró el termómetro y verificó—. 38 grados. No extremadamente alta, pero preocupante dado tu estado.

Sacó su estetoscopio.

—Necesito escuchar tus pulmones. ¿Puedes...?

Hizo un gesto hacia su espalda. Elena se volvió, y Alejandro colocó el estetoscopio contra su columna vertebral, escuchando atentamente. Elena rezó para que no notara las marcas en su cuello, ocultas por el pañuelo.

—Tus pulmones suenan peor —dijo Alejandro finalmente, con preocupación genuina en su voz—. ¿Has estado tosiendo más?

—Un poco.

—Elena, tienes que cuidarte mejor. No deberías haber bailado tanto anoche. Tu cuerpo necesita descanso, no...

Se detuvo abruptamente cuando su mano rozó accidentalmente el pañuelo, moviéndolo ligeramente.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué es eso? —preguntó Alejandro, su voz súbitamente tensa.

—¿Qué?

—En tu cuello. Vi algo. —Su mano se movió hacia el pañuelo —. ¿Puedo?

Elena supo que debería negarse. Que debería inventar alguna excusa. Pero la forma en que Alejandro la miraba, con esa mezcla de preocupación médica y algo más profundo, la hizo asentir.

Con dedos gentiles, Alejandro apartó el pañuelo.

Elena vio el momento exacto en que vio las marcas. Sus ojos se ensancharon. Su rostro se puso pálido. Retiró la mano como si se hubiera quemado.

—¿Qué...? —comenzó, luego se aclaró la garganta—. ¿Cómo te hiciste eso?

—Fue... —Elena buscó una explicación racional— Debo haberme arañado durante la noche. Sabes cómo me muevo cuando duermo con fiebre.

—Esas no son marcas de arañazos —dijo Alejandro, y su voz tenía ahora un borde afilado—. Son... parecen...

No terminó la frase, pero ambos sabían lo que parecían.

Alejandro se levantó bruscamente y caminó hacia la ventana, dándole la espalda a Elena. Cuando habló nuevamente, su voz estaba cuidadosamente controlada.

—¿Ese hombre del baile? ¿El que estaba vestido de negro?

—¿Qué pasa con él?

—¿Te hizo... te hizo daño?

—No —dijo Elena honestamente—. No me ha hecho daño.

Alejandro se volvió, y la intensidad en sus ojos la sorprendió.

—Elena, necesito que seas completamente honesta conmigo. ¿Has vuelto a ver a ese hombre desde el baile?

Elena vaciló. Técnicamente, solo lo había visto en un sueño. Pero las marcas en su cuello sugerían que quizás no había sido solo un sueño.

—No —mintió—. No lo he visto.

Alejandro no parecía creerle, pero no insistió. En cambio, regresó y tomó su rostro entre sus manos, mirándola con una mezcla de frustración y ternura.

—Elena, me preocupas. Esas marcas... sé que suena ridículo, pero parecen mordidas. Y después de ver a ese hombre anoche, después de sentir algo tan... antinatural en él... —Se detuvo, sacudiendo la cabeza—. Escúchame, hablando como un supersticioso campesino.

—No eres tú quien está siendo supersticioso —murmuró Elena —. Viena parece estar llena de historias de vampiros últimamente.

Alejandro la soltó y retrocedió, pasándose una mano por el cabello en un gesto de frustración.

—Los vampiros no existen, Elena. Son leyendas. Supersticiones de tiempos más oscuros. Pero los hombres peligrosos sí existen. Y ese hombre... —apretó la mandíbula—. Hay algo en él que me hace querer protegerte.

—No necesito protección —dijo Elena, aunque no estaba segura de que fuera verdad.

—Todos necesitamos protección a veces —respondió Alejandro suavemente—. Y yo... me importas, Elena. Más de lo que

probablemente debería, dado que apenas nos conocemos. Pero la idea de que alguien pudiera hacerte daño...

No terminó la frase. En cambio, se acercó nuevamente y con dedos gentiles examinó las marcas en su cuello. Su toque era clínico pero también íntimo, completamente diferente del toque helado de Vladislaus en el sueño.

—Voy a desinfectarlas —dijo finalmente—. Y quiero que las mantengas cubiertas. Si se infectan...

—Estaré bien —lo interrumpió Elena.

—Prométeme que tendrás cuidado. Que si ves a ese hombre de nuevo, te mantendrás alejada.

Elena no respondió.

Alejandro suspiró, luego sacó un frasco de su maletín. Empapó un algodón en líquido antiséptico y lo presionó contra las marcas. Elena hizo una mueca de dolor.

—Lo siento —murmuró Alejandro—. Pero es necesario.

Mientras trabajaba, Elena estudió su rostro. Las líneas de preocupación alrededor de sus ojos, la tensión en su mandíbula, la forma en que sus manos temblaban ligeramente. Alejandro realmente se preocupaba por ella. Y parte de Elena se sentía culpable por las mentiras que le estaba diciendo.

Pero otra parte—una parte oscura que había despertado con los sueños de Vladislaus—no sentía culpa en absoluto.

—Listo —dijo Alejandro, guardando sus instrumentos—. Vuelve a cubrirlas y... Elena, por favor. Cuídate.

—Lo haré.

Alejandro recogió su maletín, pero antes de irse, se detuvo en la puerta y la miró una última vez.

—Si necesitas cualquier cosa —dijo—. A cualquier hora del día o de la noche. Envíame un mensaje y vendré. ¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Después de que se fue, Elena regresó a su habitación. La rosa negra seguía en el alféizar, tan imposible como siempre. Y en el espejo, podía ver las marcas en su cuello, ahora cubiertas con una venda limpia que Alejandro había insistido en colocar.

Dos mundos tiraban de ella. Alejandro, con su ciencia y su luz y su deseo de salvarla de la muerte. Y Vladislaus, con su oscuridad y sus promesas de eternidad al precio de su alma.

Elena tocó las marcas a través de la venda, sintiendo el pulso de dolor que enviaban.

Y se preguntó, con una mezcla de terror y anticipación, cuándo volvería a soñar.

Capítulo 4

Confesiones Científicas

Pasaron tres días antes de que Alejandro volviera a mencionar su laboratorio. Tres días durante los cuales Elena se recuperó lentamente de lo que él diagnosticó como "un episodio febril agravado por exceso de actividad". Las marcas en su cuello sanaron con una rapidez que incluso el propio Alejandro admitió era inusual, dejando apenas dos pequeñas cicatrices rosadas que Elena escondía bajo pañuelos de encaje.

No tuvo más sueños de Vladislaus. Al menos, ninguno que recordara al despertar. Pero a veces se encontraba despertando en medio de la noche con el corazón acelerado y una sensación de pérdida tan profunda que le dolía el pecho. Y ocasionalmente, cuando estaba entre la vigilia y el sueño, creía sentir dedos fríos acariciando su mejilla o escuchar una voz antigua susurrando su nombre.

La rosa negra comenzó a marchitarse, pero Elena no podía obligarse a tirarla. La guardó entre las páginas de un libro, preservándola como uno preserva recuerdos de cosas que nunca deberían haber sucedido pero que son demasiado preciosas para olvidar.

El cuarto día, Alejandro apareció en el palacete con una propuesta.

—Creo que te haría bien salir un poco —dijo mientras tomaban té en el salón azul de la condesa—. Nada extenuante, por supuesto. Pero has estado encerrada en esta casa desde el baile.

—El doctor me ordenó reposo —señaló Elena con una sonrisa leve.

—Y el doctor ahora te está ordenando un poco de aire fresco y cambio de escenario —replicó Alejandro, sus ojos brillando con

humor detrás de sus lentes—. Dentro de límites razonables, claro está.

La condesa Markova, sentada en su diván habitual con su bastón de plata apoyado contra la rodilla, soltó un resoplido.

—El doctor quiere mostrarle su laboratorio —tradujo sin rodeos—. Lleva días dándome vueltas al tema. Muy bien, Alejandro, llévala. Pero si regresa peor de lo que está, te hago personalmente responsable.

Alejandro tuvo la decencia de verse ligeramente abochornado.

—No iba a ser tan obvio...

—Eres siempre obvio —lo interrumpió la condesa—. Es parte de tu encanto, aunque te esfuerces tanto en ser misterioso. Elena, ve. Mira sus experimentos. Déjalo presumir un poco. Los hombres necesitan eso, especialmente los brillantes.

Así fue como Elena se encontró esa tarde en el carruaje de Alejandro, atravesando las calles de Viena hacia el Allgemeines Krankenhaus, el hospital general. Era un edificio imponente de piedra gris, cuyas múltiples alas se extendían como los brazos de un pulpo gigante. El olor a antiséptico y enfermedad llegaba incluso hasta la calle.

—No te preocupes —dijo Alejandro, notando su expresión—. Mi laboratorio está en un ala separada, lejos de las salas de enfermos.

La guió a través de corredores con suelos de mármol que amplificaban cada sonido: pasos, voces lejanas, el ocasional gemido de dolor. Pasaron junto a enfermeras con uniformes almidonados y médicos que saludaban a Alejandro con respeto evidente. Elena notó las miradas curiosas que le lanzaban, las especulaciones silenciosas sobre quién podría ser esta joven pálida que el doctor Ferrer escoltaba con tanta atención.

Finalmente, Alejandro se detuvo frente a una puerta de roble oscuro en lo que parecía ser la parte más antigua del edificio. Sacó una llave de su bolsillo.

—Muy pocos tienen acceso aquí —explicó—. El hospital me ha dado... cierta libertad con mis investigaciones, siempre y cuando no interfiera con el trabajo regular.

Abrió la puerta y se hizo a un lado para que Elena entrara primero.

El laboratorio era como entrar en la mente de un genio obsesionado.

La habitación era amplia, con techos altos cruzados por vigas de madera oscura. Ventanas largas y estrechas dejaban entrar luz grisácea que iluminaba un espacio abarrotado de maravillas y horrores científicos. Mesas de trabajo cubrían casi cada superficie disponible, repletas de frascos de vidrio de todas las formas y tamaños. Algunos contenían líquidos de colores extraños: verde esmeralda, rojo rubí, un azul eléctrico que parecía brillar con luz propia. Otros contenían cosas que Elena prefería no examinar demasiado de cerca.

En un rincón había un aparato de aspecto amenazante: una construcción de metal y cables que terminaba en lo que parecían dos placas de cobre. Chispas ocasionales saltaban entre ellas con un chasquido que hacía que Elena se sobresaltara.

—Ese es mi generador galvánico —explicó Alejandro, siguiendo su mirada—. Lo uso para experimentos de estimulación eléctrica en tejido muscular.

Había estantes repletos de libros: textos médicos, tratados de química, e incluso algunos que parecían mucho más antiguos, con lomos de cuero desgastado y títulos en latín que Elena no podía leer. En las paredes colgaban diagramas anatómicos detallando el cuerpo humano en toda su complejidad vulnerable.

Pero lo que más llamó la atención de Elena fue una mesa larga en el centro de la habitación, cubierta con una sábana blanca. La forma debajo de la tela sugería algo inquietantemente humanoide.

Alejandro notó su mirada y se apresuró a explicar.

—Es un modelo anatómico —dijo—. De cera. Lo uso para estudiar la circulación sanguínea.

Levantó la sábana brevemente, revelando una figura humana increíblemente detallada con el pecho abierto, mostrando el corazón, los pulmones, las redes de venas y arterias pintadas en rojo y azul. Elena sintió su estómago revolverse levemente.

—Perdona —dijo Alejandro, cubriendo nuevamente la figura —. A veces olvido que no todos están acostumbrados a... esto.

—No, está bien —mintió Elena—. Es solo... mucho que asimilar.

Alejandro sonrió, y había tal entusiasmo genuino en su expresión que Elena no pudo evitar sonreír también.

—Este es mi santuario —dijo, extendiendo los brazos—. Aquí es donde intento lo que otros médicos consideran imposible. Donde la ciencia se encuentra con... bueno, no diría magia, pero sí con posibilidades que desafían lo convencional.

Se acercó a una de las mesas de trabajo y comenzó a mostrarle diversos experimentos. Había frascos con cultivos de bacterias, placas con tejido que decía estaba tratando de mantener vivo fuera del cuerpo, tubos de ensayo con mezclas químicas que prometían revolucionar el tratamiento de enfermedades pulmonares.

—¿Ves este suero? —señaló un frasco con líquido ámbar—. Está hecho de sangre de vacas que han sobrevivido a la tuberculosis bovina. La teoría es que su sangre contiene algo que combate la enfermedad. Si puedo aislarlo, purificarlo, inyectarlo en pacientes humanos...

Se detuvo, dándose cuenta de que estaba hablando demasiado rápido.

—Perdona. Me emociono.

—No te disculpes —dijo Elena sinceramente—. Es... impresionante. Ver cuánto trabajo pones en esto. Cuánto te importa.

Alejandro se volvió hacia ella, y algo en su expresión se suavizó.

—Especialmente ahora —dijo en voz baja—. Especialmente desde que te conocí.

Se acercó, reduciendo el espacio entre ellos. Elena sintió su pulso acelerarse, pero de una manera completamente diferente a como lo hacía con Vladislaus. Esto era cálido, seguro, como acercarse a un fuego en una noche fría en lugar de a un abismo helado.

—Elena, debo confesar algo —continuó Alejandro—. Cuando tu tía me escribió sobre ti, sobre tu condición, pensé que sería solo

otro caso. Triste, por supuesto, pero profesional. Otro paciente para estudiar, otro desafío médico para resolver.

Levantó una mano y gentilmente retiró un mechón de cabello que había caído sobre la frente de Elena. El gesto era íntimo sin ser impropio.

—Pero cuando te vi en la estación de tren —continuó—, algo cambió. No eras solo un caso. Eras... eres... —buscó las palabras— una persona extraordinaria que merece vivir. Que merece ver el futuro. Y me di cuenta de que salvar tu vida se había convertido en algo más que un desafío profesional.

—¿En qué se había convertido? —preguntó Elena, su voz apenas un susurro.

—En algo personal. —Sus dedos rozaron su mejilla—. En una misión. En... Elena, apenas te conozco, sé que es absurdo, pero me importas. Profundamente.

Elena sintió lágrimas ardiendo en sus ojos. La sinceridad en la voz de Alejandro era tan pura, tan directa, tan diferente de las promesas oscuras y seductoras de Vladislaus.

—Alejandro...

—No tienes que decir nada —se apresuró a decir él—. No espero nada de ti. Sé que estás enferma, que tienes otras preocupaciones. Solo necesitaba que supieras que... que no estás sola en esto. Que alguien está luchando por ti.

Tomó su mano, y Elena notó que temblaba ligeramente. La giró con cuidado, exponiendo la delicada piel de su muñeca donde las venas azules eran visibles bajo la palidez.

—Tu pulso —murmuró, presionando sus dedos contra el punto donde latía—. Cada vez que lo siento, cada vez que confirmo que tu corazón aún late, es una pequeña victoria.

Sostuvo su muñeca más tiempo del médicamente necesario. Sus dedos eran cálidos contra su piel, un ancla a la vida y a la luz. Elena se encontró inclinándose hacia ese calor, anhelando la normalidad y la seguridad que Alejandro representaba.

—¿Puedo mostrarte algo más? —preguntó Alejandro finalmente, soltando su mano con evidente reticencia.

Elena asintió, no confiando en su voz.

Alejandro la guió a una sección del laboratorio que estaba parcialmente oculta tras un biombo de madera tallada. Detrás había otra mesa de trabajo, esta cubierta con cuadernos y diagramas.

—Este es mi proyecto más ambicioso —dijo, su voz bajando como si compartiera un secreto sagrado—. He estado estudiando la transfusión de sangre. No es nueva como técnica, pero los resultados han sido... inconsistentes. Muchos pacientes mueren. Pero creo que he descubierto por qué.

Señaló un diagrama complejo.

—La sangre no es toda igual. Hay tipos, variaciones. Si puedo identificarlos, categorizarlos, encontrar compatibilidades... podría salvar vidas. Podría fortalecer a pacientes debilitados como tú, dándoles sangre fresca de donantes sanos.

Elena estudió los diagramas. Eran meticulosos, obsesivos incluso. Páginas y páginas de notas en la letra apretada de Alejandro, cálculos, teorías, experimentos fallidos y exitosos.

—Has estado trabajando en esto durante años —observó.

—Desde que mi hermana murió de tuberculosis —dijo Alejandro, su voz endureciéndose—. Tenía dieciséis años. Yo tenía veinte y acababa de comenzar la escuela de medicina. La vi desvanecerse lentamente, tosiendo sangre, cada día más pálida. Y no pude hacer nada. La medicina de entonces era... primitiva. Inútil.

Se volvió hacia Elena, y había una ferocidad en sus ojos que ella no había visto antes.

—Juré ese día que dedicaría mi vida a vencer las enfermedades que nos roban a las personas que amamos. A encontrar formas de preservar la vida incluso cuando parece perdida. A desafiar a la muerte misma.

—Eso es... noble —dijo Elena.

—¿Lo es? —Alejandro soltó una risa amarga—. A veces me pregunto si no es simplemente arrogancia. Jugar a ser Dios. Mis colegas ciertamente lo piensan. Dicen que voy demasiado lejos, que experimento con cosas que deberían dejarse en paz.

Hizo un gesto hacia una sección del laboratorio que Elena no había notado antes. Había más aparatos allí, más amenazantes. Algo

que parecía una cámara de vidrio conectada a tubos. Frascos con lo que Elena temía pudiera ser... ¿órganos preservados?

—¿Qué tan lejos has ido? —preguntó Elena, no segura de querer saber la respuesta.

Alejandro la miró durante un largo momento antes de responder.

—He mantenido vivo tejido cardíaco fuera del cuerpo durante tres días. He reanimado ranas muertas con electricidad. He... —vaciló— he intentado cosas que si mis superiores supieran, probablemente me despojarían de mi licencia médica.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque necesito que entiendas hasta dónde estoy dispuesto a llegar —dijo con intensidad—. Si llega el momento, Elena. Si tu condición empeora hasta el punto de... —se detuvo, su mandíbula apretándose—. No te dejaré morir. Usaré cada técnica que conozco, cada experimento, cada teoría loca. La ciencia puede lograr milagros si uno está dispuesto a ser lo suficientemente atrevido.

Elena sintió un escalofrío que no era del todo desagradable. Había algo oscuro en la dedicación de Alejandro, algo que bordeaba la obsesión. Y sin embargo, era por ella. Para salvarla.

—¿Y si no quiero ser salvada? —preguntó en voz baja—. ¿Y si estoy cansada de luchar?

Alejandro cerró la distancia entre ellos en dos pasos rápidos. Tomó su rostro entre sus manos, obligándola a mirarlo.

—No digas eso —dijo con fiereza—. No te rindas. Por favor, Elena. Eres joven, hermosa, brillante. Tienes tanto que vivir. Y yo... —su voz se quebró ligeramente— necesito que vivas. Necesito saber que todo este trabajo, todos estos años de estudio, significan algo. Que puedo salvar aunque sea a una persona.

—Alejandro...

Él apoyó su frente contra la de ella, un gesto de intimidad desesperada.

—Déjame salvarte —susurró—. Por favor. Es todo lo que pido.

Elena cerró los ojos, sintiendo el calor de su respiración contra su piel. Esto era real. Alejandro era real. Su dedicación, su

pasión, su deseo de preservar su vida. No prometía eternidad oscura ni placeres prohibidos. Prometía vida. Simple, cálida, humana vida.

Y sin embargo, una parte de ella —una parte que había despertado con los sueños de Vladislaus— se preguntaba si la vida mortal era realmente lo que deseaba.

—Te dejaré intentarlo —dijo finalmente—. Pero, Alejandro... tienes que prometerme algo.

—Cualquier cosa.

—Si llega el momento en que no haya esperanza, cuando todo lo que puedas hacer es prolongar mi agonía... déjame ir. No me mantengas viva solo porque puedes. Hay una diferencia entre salvar una vida y impedir una muerte.

Alejandro retrocedió, algo parecido al dolor cruzando su rostro.

—No puedo prometerte eso.

—¿Por qué no?

—Porque dejarte ir significaría rendirme —dijo simplemente—. Y rendirse no es algo que sepa hacer.

Se miraron durante un largo momento. Elena vio la determinación en sus ojos, la obsesión apenas controlada. Y se dio cuenta de que Alejandro podría ser tan peligroso a su manera como Vladislaus. Uno quería convertirla en algo inmortal y oscuro. El otro quería preservarla como algo humano sin importar el costo.

Y ella estaba atrapada en el medio, sin saber cuál destino era peor.

El sonido de una campana en algún lugar del hospital rompió el momento. Alejandro parpadeó, como si despertara de un trance, y se apartó.

—Perdona —dijo, ajustándose los lentes nerviosamente—. Me dejé llevar. No quería... no era mi intención presionarte.

—No lo hiciste —mintió Elena.

—Debería llevarte de regreso —dijo Alejandro, recuperando su compostura profesional—. Has estado de pie demasiado tiempo. No quiero que te canses.

Mientras recorrían el camino de regreso a través de los corredores del hospital, Elena notó que Alejandro mantenía una

mano protectora en la parte baja de su espalda, guiándola. Era un gesto posesivo pero tierno, completamente diferente de cómo Vladislaus la había tocado en el sueño.

En el carruaje de regreso, Alejandro fue inusualmente silencioso. Elena lo observó desde el asiento opuesto, notando la tensión en su mandíbula, la forma en que sus dedos tamborileaban nerviosamente contra su rodilla.

—¿En qué piensas? —preguntó finalmente.

Alejandro levantó la vista, sorprendido.

—En ese hombre del baile —admitió—. El de negro. No puedo dejar de pensar en él. En cómo te miraba. En esas marcas en tu cuello.

Elena instintivamente se llevó una mano al lugar donde las cicatrices aún eran visibles bajo el pañuelo.

—Ya te dije, fueron solo...

—Sé lo que me dijiste —la interrumpió Alejandro—. Y quiero creer que fue un accidente, que te arañaste en sueños. Pero, Elena... he visto marcas de mordidas antes. En cadáveres en la morgue, víctimas de ataques. Y esas marcas en tu cuello...

—¿Qué estás sugiriendo?

Alejandro se inclinó hacia adelante, su expresión intensa.

—No lo sé. Esa es la parte que me vuelve loco. La ciencia me dice que los vampiros son imposibles, que son meras supersticiones. Pero algo en ese hombre... algo en la forma en que aparecía y desaparecía en las sombras, en cómo otros invitados parecían evitarlo instintivamente... —Se detuvo, sacudiendo la cabeza—. Estoy hablando como un loco.

—No estás loco —dijo Elena en voz baja.

—¿Has vuelto a verlo? La verdad, Elena.

Elena vaciló. ¿Contaban los sueños? ¿Importaba que pudiera sentir aún el fantasma de labios fríos contra su cuello, el ardor dulce de colmillos perforando su piel?

—En sueños —admitió finalmente—. Solo en sueños.

Alejandro se tensó visiblemente.

—¿Y en esos sueños, él...?

No terminó la pregunta, pero ambos sabían lo que preguntaba.

—Sí —susurró Elena—. En esos sueños, él me muerde.

El color abandonó el rostro de Alejandro. Durante un momento, pareció como si fuera a vomitar. Luego se controló, respirando profundamente.

—Eso es... preocupante —dijo con voz tensa—. Los sueños pueden ser síntomas de fiebre, de alucinaciones causadas por tu enfermedad. Pero también pueden ser... recuerdos. De cosas que sucedieron mientras dormías.

—¿Estás diciendo que crees que él realmente vino a mi habitación?

—Estoy diciendo que no sé qué creer —admitió Alejandro—. Pero voy a protegerte, Elena. Voy a asegurarme de que ese hombre, sea lo que sea, no vuelva a acercarse a ti.

—No necesito...

—Sí, necesitas —la interrumpió con firmeza—. Y yo necesito hacer esto. Necesito saber que estás a salvo.

El carruaje se detuvo frente al palacete. Alejandro descendió primero y ofreció su mano para ayudar a Elena. Cuando sus dedos se tocaron, Elena sintió la calidez de su piel, tan diferente del frío sobrenatural de Vladislaus.

—Gracias por mostrarme tu laboratorio —dijo Elena—. Por confiar en mí con tus secretos.

—Gracias por escuchar —respondió Alejandro—. Y por no pensar que estoy completamente loco.

—Solo parcialmente loco —bromeó Elena con una sonrisa débil.

Alejandro sonrió también, pero no llegó a sus ojos.

—Vendré mañana para revisar tu condición —dijo—. Y, Elena... por favor. Mantén tu ventana cerrada por las noches. Con llave si es posible.

—Lo haré.

Pero ambos sabían que era una mentira.

Esa noche, Elena se acostó temprano, agotada por la excursión. Bertha le había preparado un té de hierbas que se

suponía ayudaría con la tos, y Elena lo bebió obedientemente antes de meterse bajo las sábanas.

La habitación estaba oscura excepto por el resplandor de la chimenea. Las sombras danzaban en las paredes como figuras sin forma bailando un vals silencioso.

Elena cerró los ojos, pero el sueño no llegaba. Su mente daba vueltas entre dos imágenes: Alejandro en su laboratorio, rodeado de ciencia y determinación, prometiendo salvarla con conocimiento y dedicación. Y Vladislaus en sus sueños, envuelto en oscuridad y promesas imposibles, ofreciéndole algo más que vida: eternidad.

Dos hombres. Dos caminos. Dos futuros.

Uno en la luz. Uno en la oscuridad.

Y ella atrapada entre ambos, sin saber cuál elegir. O si la elección realmente era suya para hacer.

Se dio vuelta en la cama, mirando hacia la ventana. Las cortinas estaban cerradas, pero Elena sabía que detrás de ellas, la noche esperaba. Y en esa noche, quizás, también él esperaba.

Elena se levantó antes de poder detenerse. Se acercó a la ventana y apartó las cortinas.

La calle estaba vacía. Los faroles de gas proyectaban charcos de luz dorada en el empedrado mojado. No había figura oscura observándola. Ninguna presencia sobrenatural.

Se sintió extrañamente decepcionada.

"Estoy perdiendo la cordura", pensó. "Deseando que un monstruo venga a mí en la noche."

Pero mientras regresaba a la cama, su mano rozó algo en el alféizar exterior.

Otra rosa negra.

Perfecta. Imposible. Real.

Y esta vez, había algo más. Un sobre de papel grueso, sellado con cera roja que llevaba impreso un escudo que Elena no reconocía: un dragón con alas desplegadas.

Con manos temblorosas, abrió el sobre. Dentro había una sola tarjeta con una dirección escrita en esa caligrafía elegante y antigua:

Kapuzinergruft. Medianoche. Tres noches desde hoy.

Ven sola si te atreves a conocer la verdad.

V.

Elena leyó la nota tres veces. La cripta de los Capuchinos. Un lugar de muerte y entierro. Una invitación a encontrarse con... ¿qué? ¿Un vampiro? ¿Un hombre loco? ¿Un producto de su propia imaginación febril?

Debería mostrarle esto a Alejandro. Debería buscar ayuda. Debería hacer cualquier cosa excepto lo que sabía que iba a hacer.

Guardó la nota en el cajón de su mesita de noche, junto a la primera rosa negra preservada.

Y mientras se acostaba nuevamente, con el corazón latiendo demasiado rápido, Elena supo con certeza que cuando llegara la medianoche de la tercera noche, iría.

Porque necesitaba saber.

Necesitaba entender.

Y porque, Dios la ayudara, una parte de ella deseaba ver esos ojos plateados nuevamente, sentir ese frío sobrenatural, saborear ese peligro delicioso que Vladislaus representaba.

Alejandro le ofrecía vida.

Pero Vladislaus le ofrecía algo que la asustaba aún más: la posibilidad de sentirse verdaderamente viva.

Aunque solo fuera por un momento.

Aunque el precio fuera su alma.

Capítulo 5

Paseo Bajo el Prater

Los tres días de espera fueron una tortura exquisita.

Elena pasaba las horas contando los minutos, consciente de cada tic-tac del reloj de péndulo en el salón azul. La nota de Vladislaus permanecía escondida en el cajón de su mesita de noche, pero la llevaba grabada en la memoria como si hubiera sido marcada a fuego en su piel: *Kapuzinergruft. Medianoche. Tres noches desde hoy.*

Dos noches más. Cuarenta y ocho horas. Y entonces sabría. Sabría si Vladislaus era real o una fantasía febril. Sabría qué era exactamente lo que quería de ella. Sabría si se atrevía a cruzar ese umbral hacia lo desconocido.

Alejandro visitaba cada día, por supuesto. Solícito, atento, cada vez más preocupado por el nerviosismo que Elena no podía ocultar completamente. Ella le atribuía a la enfermedad, a la ansiedad de estar en una ciudad nueva, a cualquier cosa menos la verdad: que estaba contando las horas para encontrarse con un posible vampiro en una cripta a medianoche.

La tarde del segundo día, Alejandro apareció con una propuesta diferente.

—Hace una tarde hermosa —dijo, aunque "hermosa" era generoso para describir el cielo gris de noviembre—. Pensé que un paseo por el Prater te haría bien. Aire fresco, cambio de escenario. Nada extenuante, solo caminar un poco.

Elena vaciló. Parte de ella quería quedarse en su habitación, preservando su energía para la noche siguiente. Pero otra parte —la parte que aún anhelaba normalidad, que aún quería creer que podía tener una vida simple con un hombre bueno— la impulsó a aceptar.

—Me encantaría —dijo.

El Prater era el gran parque de Viena, un espacio inmenso de árboles y senderos que una vez había sido coto de caza imperial. Ahora era un lugar donde la aristocracia paseaba en las tardes, donde familias hacían picnics en primavera, donde amantes se encontraban bajo la discreción de las sombras arbóreas.

Alejandro y Elena caminaron lentamente por una avenida bordeada de tilos antiguos. Las hojas otoñales crujían bajo sus pies, formando una alfombra dorada y carmesí. El aire olía a tierra húmeda y a leña quemada de alguna chimenea distante. A pesar del clima gris, había otras personas paseando: niñeras con sus pupilos, caballeros fumando puros, damas con sombrillas elegantes pese a la falta de sol.

—¿Cómo te sientes hoy? —preguntó Alejandro mientras caminaban.

—Mejor —mintió Elena—. El descanso me ha hecho bien.

—Me alegro. Aunque... —Alejandro frunció el ceño— sigues viéndote distraída. ¿Hay algo que te preocupe?

"Sí", pensó Elena. "Que mañana por la noche voy a encontrarme con un vampiro y no sé si regresaré. O si querré regresar."

—Solo pensativa —dijo en voz alta—. Viena es... diferente a lo que esperaba.

—¿En qué sentido?

Elena buscó palabras que fueran verdaderas sin ser toda la verdad.

—Es más oscura. No solo el clima, sino... algo en el aire. Como si la ciudad guardara secretos. Cosas antiguas que prefieren permanecer ocultas.

Alejandro la miró con expresión extraña.

—Es curioso que digas eso. Viena tiene fama de ser elegante, cultural, la ciudad de la música y el arte. Pero tienes razón. Hay una oscuridad aquí. Supersticiones viejas que persisten bajo el barniz de la modernidad. —Hizo una pausa—. ¿Sabes que hubo casos documentados de pánico vampírico en Austria hace apenas un siglo? Familias exhumando a sus muertos, clavándoles estacas, quemando corazones...

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó Elena, sintiendo un escalofrío.

—Porque quiero que entiendas que incluso las ciudades civilizadas tienen sus sombras —dijo Alejandro seriamente—. Y que esas sombras a veces contienen cosas peligrosas. Cosas que es mejor evitar.

Elena supo que estaba hablando de Vladislaus sin nombrarlo.

—Alejandro...

—Sé que crees que estoy obsesionado —la interrumpió—. Que veo peligros donde no los hay. Pero ese hombre del baile... he estado investigando. Preguntando. Nadie parece conocerlo realmente. Aparece en eventos sociales, siempre de noche, siempre solo. Y hay... rumores.

—¿Qué tipo de rumores?

—De jóvenes que han desaparecido después de ser vistas en su compañía. De muertes inexplicables. Nada concreto, nada que la policía pueda investigar formalmente. Pero suficiente para hacerme temer por ti.

Habían llegado a una parte más aislada del parque, donde los árboles se cerraban sobre el sendero formando un túnel verde-dorado. La luz que se filtraba era difusa, crepuscular, aunque apenas eran las cuatro de la tarde.

—Prometo que tendré cuidado —dijo Elena, y se sorprendió al darse cuenta de que no estaba segura de si mentía.

Alejandro se detuvo y se volvió hacia ella, tomando sus manos entre las suyas.

—Elena, yo... —comenzó, luego pareció cambiar de opinión sobre lo que iba a decir—. Eres importante para mí. Más importante de lo que debería ser alguien a quien conozco hace tan poco tiempo. Y la idea de que algo pudiera pasarte...

—No va a pasarme nada —dijo Elena suavemente.

—¿Puedes prometerlo?

Elena abrió la boca para responder, pero las palabras murieron en su garganta.

Porque lo vio.

Al final del sendero, donde los árboles se abrían a un claro pequeño, había una figura. Alta, vestida de negro, completamente inmóvil. Incluso a esa distancia, incluso sin poder ver claramente sus rasgos, Elena supo quién era.

Vladislaus.

Su corazón se detuvo y luego se aceleró salvajemente. Sintió como si el aire hubiera sido succionado de sus pulmones. El mundo se redujo a esa figura distante, a esos ojos que podía sentir sobre ella incluso sin verlos.

—¿Elena? —la voz de Alejandro sonaba lejana—. ¿Qué pasa? Estás pálida...

—Necesito sentarme —logró decir.

Había un banco de hierro forjado cerca del sendero. Alejandro la guió hacia él, preocupado. Elena se sentó, pero sus ojos seguían fijos en el lugar donde había visto la figura.

Ahora no había nadie.

—¿Lo viste? —preguntó con voz temblorosa.

—¿Ver qué?

—A... —se detuvo. Si decía que había visto a Vladislaus, Alejandro insistiría en ir a buscarlo, en confrontarlo. Y Elena, Dios la ayudara, no quería eso—. Nada. Pensé que vi algo. Debe haber sido una sombra.

Alejandro no parecía convencido, pero no insistió. En su lugar, se sentó junto a ella, manteniendo una distancia respetuosa pero reconfortante.

—Deberíamos volver —dijo—. Está empezando a hacer frío.

—Solo un momento más —pidió Elena—. El aire fresco me hace bien.

—Está bien. Pero si te sientes mal...

—Te avisaré.

Se sentaron en silencio, escuchando el susurro del viento entre las hojas, el canto distante de pájaros preparándose para la noche. Elena podía sentir la presencia de Alejandro a su lado, sólida y real y completamente humana.

Y podía sentir otra presencia también. Observándola. Esperándola.

—Debería irme —dijo Alejandro finalmente, mirando el cielo que se oscurecía—. Y tú deberías regresar también. No es seguro estar aquí cuando cae la noche.

—¿Por qué no?

Alejandro la miró con una expresión que era mitad preocupación, mitad algo más oscuro.

—Porque la noche es cuando salen las cosas que prefieren la oscuridad.

Se levantó y ofreció su mano a Elena. Ella la tomó y se puso de pie, sintiendo una oleada de mareo que Alejandro atribuyó a su enfermedad pero que Elena sabía era algo más. Era anticipación. Era miedo. Era deseo.

—Voy a escoltarte hasta la salida del parque —dijo Alejandro —. Luego tomaré un carruaje de alquiler para llevarte a casa.

—No es necesario, puedo...

—Insisto —dijo firmemente—. No voy a dejarte sola aquí.

Comenzaron a caminar de regreso por el sendero. Elena miró sobre su hombro una vez, dos veces, buscando la figura que había visto. Pero el sendero detrás de ellos estaba vacío.

Casi habían llegado a la salida principal del parque cuando Alejandro se detuvo abruptamente.

—Espera —dijo—. Olvidé mi bastón junto al banco. Espérame aquí, vuelvo en un momento.

—Puedo acompañarte...

—No, descansa. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

Y se alejó casi corriendo, dejando a Elena sola en el sendero.

Por un momento, no pasó nada. Elena esperó, escuchando los sonidos del parque al atardecer. Luego sintió ese cambio en el aire, ese frío que no tenía nada que ver con el clima.

—Sabías que vendría.

La voz vino de detrás de ella. Profunda, antigua, familiar de sueños y pesadillas.

Elena se volvió lentamente.

Vladislaus estaba a menos de tres metros, reclinado contra un tilo como si hubiera estado allí todo el tiempo. A la luz mortecina del crepúsculo, era incluso más impresionante que en sus recuerdos.

Alto y pálido, con ese aire de depredador antiguo apenas contenido bajo modales aristocráticos. Vestía un abrigo largo negro que llegaba casi hasta el suelo, y sus ojos plateados brillaban con luz propia en la penumbra.

—Sí —admitió Elena, sorprendiéndose de la firmeza de su propia voz—. Sabía.

Una sonrisa curvó los labios de Vladislaus.

—Honesta. Eso es refrescante. —Dio un paso hacia ella—. La mayoría de mortales mienten, incluso a sí mismos, sobre lo que desean.

—¿Y qué crees que deseo?

—A mí —dijo simplemente—. Como yo te deseo a ti.

Elena sintió su pulso acelerarse. Debería huir. Debería gritar para llamar a Alejandro. Debería hacer cualquier cosa excepto quedarse allí, hipnotizada por esos ojos plateados.

—No te conozco —dijo—. Ni siquiera sé tu nombre completo.

—Vladislaus Dragomir —dijo con una pequeña reverencia burlona—. Conde de Transilvania, aunque ese título significa poco ahora. Y tú eres Elena Montserrat, diecinueve años, aquejada de tuberculosis, destinada a morir joven a menos que...

—¿A menos que qué?

Dio otro paso más cerca. Ahora estaba lo suficientemente cerca para tocarla si extendía la mano.

—A menos que elijas otro camino.

—El camino de la oscuridad —dijo Elena, recordando sus palabras del sueño—. De convertirme en lo que eres tú.

—¿Y qué crees que soy?

—Un vampiro —susurró Elena—. Un no-muerto. Un monstruo.

Vladislaus soltó una risa suave que no tenía nada de humor.

—Todo eso es cierto. Pero también soy un hombre que ha caminado esta tierra durante trescientos años. Que ha visto imperios caer y ciudades nacer. Que ha amado y perdido más veces de las que puedo contar. —Sus ojos se clavaron en los de ella—. Y que te reconoció el momento en que te vi.

—No tiene sentido —protestó Elena—. Nunca nos habíamos visto antes.

—En esta vida, no. Pero tú has sido mía antes, Elena. En otras formas, otros nombres. Elisabeta en 1587, muerta de peste. Eleonora en 1689, asesinada por cazadores de brujas. Helena en 1782, ahogada en el Danubio. —Se acercó más, su voz bajando hasta ser casi un susurro—. Siempre vuelves. Siempre joven, siempre hermosa, siempre destinada a morir antes de tiempo. Y cada vez, te encuentro demasiado tarde para salvarte.

—Eso es... imposible. La reencarnación no...

—¿Existe? —Vladislaus sonrió con tristeza—. ¿Y qué hay de los vampiros? ¿Los sueños que dejan marcas? ¿Las rosas negras que crecen donde no deberían? Has visto suficiente de lo imposible para saber que el mundo contiene más misterios de los que tu ciencia admite.

Elena quería negarlo. Quería declarar que era locura, superstición, la fantasía de un hombre demente. Pero mirando esos ojos antiguos, sintiendo el frío sobrenatural que emanaba de él, sabiendo en su corazón que todo lo que decía resonaba con alguna verdad enterrada en su alma...

—¿Por qué yo? —preguntó en cambio—. ¿Por qué sigo volviendo?

—Esa —dijo Vladislaus, finalmente cerrando la distancia entre ellos completamente— es la pregunta que he intentado responder durante siglos.

Levantó una mano y rozó su mejilla con el dorso de sus dedos. Su toque era helado, como siempre, pero Elena no se apartó. En cambio, se inclinó hacia él, como una flor buscando el sol aunque ese sol fuera oscuro y mortal.

—Tal vez —continuó Vladislaus, su voz ronca— es porque nuestras almas están entrelazadas. Malditas a encontrarse una y otra vez, a anhelarse, a perderse. O tal vez es simplemente destino. O tal vez —sus dedos trazaron la línea de su mandíbula— no hay razón. Solo hay esto: tú y yo, bajo los árboles mientras la noche cae, incapaces de alejarnos el uno del otro.

—Alejandro volverá en cualquier momento —susurró Elena, aunque no era una advertencia sino una observación.

—Lo sé. Puedo oler su colonia en tu ropa, sentir la calidez de su mano donde tocó la tuya. —Los ojos de Vladislaus se oscurecieron—. Te pretende. Quiere salvarte con su ciencia.

—¿Y tú qué quieres?

—Salvarte también. Pero de una forma diferente. —Su mano se deslizó desde su mejilla hasta su cuello, presionando suavemente sobre el pulso que latía allí—. Quiero darte siglos en lugar de meses. Quiero que veas el mundo cambiar mil veces. Quiero que bailes bajo lunas que aún no han nacido y bebas de fuentes que aún no han brotado.

—Quieres convertirme en un monstruo.

—Quiero convertirte en inmortal —corrigió—. El monstruo es opcional.

A pesar de todo, Elena soltó una risa temblorosa.

—¿Haces bromas? ¿Los vampiros hacen bromas?

—Los vampiros hacen todo lo que hacen los humanos —dijo Vladislaus—. Solo que durante más tiempo. Y con más hambre.

Su pulgar acarició el lugar donde, en el sueño, había mordido. Elena sintió su cuerpo reaccionar instintivamente, arqueándose ligeramente hacia ese toque.

—En el sueño —susurró—. Cuando bebiste de mí...

—No fue un sueño —dijo Vladislaus—. Al menos no completamente. Fui a ti en la noche, sí. Te toqué, sí. Tomé apenas un sorbo de tu sangre. —Cerró los ojos como si recordara el sabor—. Dulce como miel envenenada. Enfermedad y vida mezcladas. Me embriagó más que cualquier vino.

—Eso es... violación.

—Lo sé —admitió sin vergüenza—. Y debería arrepentirme. Pero no puedo. Porque ese sabor me confirmó lo que sospechaba: que eres tú. Que finalmente te he encontrado de nuevo. Y esta vez... —abrió los ojos, y había fuego en ellos— esta vez no voy a perderte.

—No tienes elección —dijo Elena, intentando sonar firme—. Voy a morir. La tuberculosis...

—No si me eliges a mí. —Se inclinó más cerca, tanto que Elena podía sentir su aliento frío contra sus labios—. Ven a mí

mañana por la noche. A medianoche. Ya sabes dónde.

—La cripta.

—Sí. Ven sola. Y te mostraré todo. Quién eres. Quién has sido. Quién podrías ser.

—¿Y si no voy?

Una expresión de dolor cruzó el rostro perfecto de Vladislaus.

—Entonces te observaré morir. Como he hecho antes. Y esperaré a que regreses. Como siempre hago. —Su voz se quebró ligeramente—. Pero estoy cansado de esperar, Elena. Cansado de encontrarte solo para perderte. Esta vez, quiero que elijas quedarte.

Estaba tan cerca ahora que Elena podía contar cada pestaña, ver las pequeñas motas de color en sus iris plateados que cambiaban como nubes. Podía ver la perfección inhumana de su piel, las sutiles líneas alrededor de sus ojos que sugerían siglos de pesar.

Y sus labios. Dios, sus labios estaban a centímetros de los suyos.

—Vladislaus —susurró, su nombre una súplica y una pregunta.

—Dime que me deseas —exigió él, su voz ronca—. Dilo.

—Yo... —Elena sintió su cuerpo inclinándose hacia él, traicionando su mente que gritaba advertencias— te deseo.

Vladislaus soltó un sonido bajo, casi un gruñido. Su mano se deslizó desde su cuello hasta su cintura, atrayéndola contra él. Elena sintió la solidez de su cuerpo, el frío que emanaba de él como si fuera hielo viviente.

—Voy a besarte —dijo, sus labios rozando los de ella al hablar —. Y cuando lo haga, no habrá vuelta atrás. Sabrás qué soy. Qué puedo darte. Y tendrás que elegir.

—Sí —exhaló Elena, más allá del miedo, más allá de la razón.

Vladislaus cerró el último milímetro de distancia...

Y las campanas de una iglesia cercana comenzaron a sonar.

Dong. Dong. Dong.

El sonido era ensordecedor en el silencio del parque. Vladislaus se apartó como si lo hubieran quemado, siseando entre dientes. Elena dio un paso tambaleante hacia atrás, desorientada, con el corazón golpeando contra sus costillas.

—Malditas campanas —gruñó Vladislaus, llevándose una mano a la sien como si el sonido le causara dolor físico.

—¿Qué...?

—Metal bendecido —explicó con voz tensa—. Nos... molesta.

Las campanas continuaron sonando, marcando las cinco de la tarde. Vladislaus retrocedió varios pasos, poniendo distancia entre ellos.

—Tengo que irme. —Sus ojos encontraron los de ella—. Pero mañana, Elena. Mañana por la noche. Ven a mí.

—No sé si puedo...

—Mentirosa —dijo con una sonrisa triste—. Ambos sabemos que vendrás. Porque necesitas saber. Porque me deseas tanto como te deseo yo. Porque entre tu médico y yo, yo soy el único que te ofrece verdad sin engaños.

—Alejandro no me engaña.

—¿No? —Vladislaus inclinó la cabeza—. Pregúntale hasta dónde está dispuesto a llegar para salvarte. Pregúntale qué experimentos ha hecho. Qué líneas ha cruzado. Y luego decide quién es realmente el monstruo.

—¡Elena!

La voz de Alejandro cortó el aire. Vladislaus miró hacia donde vendría el médico y luego nuevamente a Elena.

—Hasta mañana, mi amor —susurró.

Y se desvaneció.

No caminó. No corrió. Simplemente dejó de estar allí, como si la niebla se lo hubiera tragado o como si nunca hubiera existido.

Elena se quedó temblando, con los labios hormigueando del casi-beso, el cuerpo ardiendo de deseo insatisfecho. Segundos después, Alejandro apareció corriendo por el sendero, sin aliento.

—¿Estás bien? Pensé que escuché voces...

—Estoy bien —logró decir Elena—. Solo... estaba hablando conmigo misma.

Alejandro la estudió con ojos preocupados, luego miró alrededor del sendero como si esperara ver algo. O alguien.

—Deberíamos irnos —dijo—. Ya es de noche.

Durante el trayecto de regreso en el carruaje, Elena apenas habló. Su mente daba vueltas entre dos imágenes: Vladislaus acercándose a besarla, y las palabras que había dejado: "Pregúntale qué experimentos ha hecho. Qué líneas ha cruzado."

—Alejandro —dijo finalmente—. ¿Hasta dónde irías para salvarme?

Alejandro la miró sorprendido por la pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Dijiste que harías cualquier cosa. Que usarías cualquier técnica, cualquier experimento. ¿Qué tan lejos es cualquier cosa?

Alejandro fue silencioso por un largo momento. Cuando habló, su voz era baja, casi avergonzada.

—Tan lejos como sea necesario. —La miró directamente—. Incluso si eso significa hacer cosas que otros considerarían... imperdonables.

Elena sintió un escalofrío.

—¿Qué has hecho, Alejandro?

—Nada que deba preocuparte —dijo rápidamente—. Aún. Pero si llega el momento, Elena, si estás al borde de la muerte y tengo una oportunidad, aunque sea remota, de traerte de vuelta... la tomaré. Sin importar el costo.

—Eso me asusta.

—Lo sé. —Tomó su mano—. Pero prefiero asustarte con mi devoción que perderte a la muerte sin luchar.

Elena miró por la ventana del carruaje hacia la noche que caía sobre Viena. Dos hombres. Dos obsesiones. Dos promesas de salvación que sonaban cada vez más parecidas, aunque una viniera envuelta en ciencia y la otra en oscuridad.

Y mañana por la noche, a medianoche, tendría que elegir.

O al menos, comenzar a elegir.

—Descansa bien esta noche —dijo Alejandro cuando el carruaje se detuvo frente al palacete—. Y Elena... mantén tu ventana cerrada.

—Lo haré —mintió.

Porque sabía que esa noche, como todas las noches, mantendría su ventana entreabierta.

Esperando.
Deseando.
Temiendo lo que podría venir a través de ella.

Capítulo 6

El Primer Ataque

Elena despertó al sonido de gritos en la calle.

Era temprano, apenas amaneciendo, y la luz que se filtraba por las cortinas era gris y enferma. Por un momento se quedó inmóvil en la cama, escuchando. Voces masculinas gritando órdenes. El sonido de botas corriendo sobre empedrado. Y debajo de todo eso, un llanto agudo, desesperado, de una mujer.

Se levantó y corrió a la ventana, apartando las cortinas.

Abajo, en la calle frente al palacete vecino, se había congregado una multitud. Policías con sus uniformes azules oscuros formaban un perímetro. Un carruaje negro sin marcas —el tipo que se usa para transportar cadáveres— esperaba con sus puertas traseras abiertas.

Y en el centro de todo, dos figuras cubiertas con sábanas blancas que ya mostraban manchas oscuras filtrándose a través de la tela.

Elena sintió que se le revolvía el estómago.

Un golpe urgente en su puerta la sobresaltó.

—¿Señorita Elena? —era Bertha, su voz temblorosa—. ¿Está despierta?

—Sí, entra.

La doncella entró, con el rostro pálido y los ojos muy abiertos.

—Oh, señorita, es terrible. Terrible. Dos jóvenes de la casa Rothstein. Las encontraron esta mañana en su habitación. Muertas. Completamente exangües, dicen. Sin una gota de sangre en sus cuerpos.

Elena se aferró al marco de la ventana para mantener el equilibrio.

—¿Qué... qué les pasó?

—Nadie lo sabe, señorita. Pero hay marcas. Marcas en sus cuellos. —Bertha se persignó—. Dios nos ampare, la gente está diciendo que es el vampiro. Que ha vuelto.

—Los vampiros no existen, Bertha.

Pero incluso mientras lo decía, Elena recordaba el frío de la piel de Vladislaus, el brillo de sus colmillos en el sueño, la forma en que se había desvanecido en el aire como humo.

—La condesa quiere verla en el salón azul —dijo Bertha—. Y el doctor Ferrer está de camino. Todos están muy alterados.

Elena se vistió rápidamente, con manos temblorosas. No podía dejar de pensar en las dos formas bajo las sábanas. ¿Jóvenes, había dicho Bertha? ¿De su edad, tal vez? Vivas ayer, muertas hoy. Drenadas de sangre.

Por alguien. O algo.

Cuando bajó al salón azul, encontró a su tía paseando con agitación, apoyándose fuertemente en su bastón. Los "dolores reumáticos" que la habían mantenido mayormente sentada parecían haber sido olvidados en su nerviosismo.

—Elena, gracias a Dios que estás bien —dijo la condesa cuando la vio—. Cuando me enteré de que las víctimas eran jóvenes de buena familia, pensé... —se interrumpió, sacudiendo la cabeza—. No importa lo que pensé. Estás aquí. Estás viva.

—¿Qué pasó exactamente, tía?

La condesa se dejó caer en su diván, de repente luciendo sus sesenta años y más.

—Las hermanas Rothstein. Greta y Louisa. Diecinueve y veinte años. Sus padres las encontraron esta mañana cuando no bajaron a desayunar. Estaban en sus camas, pálidas como la nieve, con marcas en sus cuellos. El médico que las examinó dijo que fue como si... como si alguien las hubiera drenado deliberadamente.

—Eso es horrible.

—Horrible no es suficiente palabra —dijo la condesa amargamente—. Y ahora toda la ciudad entrará en pánico. Ya están circulando rumores. Vampiros. Demonios. Cualquier superstición que puedan recordar de las historias de sus abuelas.

La puerta se abrió y entró Alejandro, desarreglado y sin aliento como si hubiera corrido todo el camino desde el hospital.

—¿Están bien? —preguntó inmediatamente, sus ojos buscando a Elena.

—Estamos bien, doctor —respondió la condesa—. Aunque sacudidas, como puedes imaginar.

Alejandro cruzó la habitación rápidamente y tomó las manos de Elena entre las suyas.

—Cuando me enteré de que había pasado tan cerca... —no terminó la frase, pero la presión de sus dedos decía todo.

—Estoy bien —aseguró Elena—. Pero esas pobres chicas...

—Las examiné —dijo Alejandro, soltándola con reticencia—. Me llamaron del hospital porque soy uno de los pocos médicos en Viena con experiencia en... casos inusuales. —Se pasó una mano por el cabello—. Elena, lo que vi allí...

—¿Qué?

Alejandro miró a la condesa, luego nuevamente a Elena.

—Marcas de mordida. Inconfundibles. Dos punzones profundos en la arteria carótida de cada víctima. Y no había sangre. Nada en las sábanas, nada en el suelo. Es como si hubiera sido... consumida.

Elena sintió que la habitación giraba ligeramente. Llevó una mano a su propio cuello, donde las marcas de su "sueño" con Vladislaus apenas habían sanado.

—¿Un animal, quizás? —sugirió la condesa, aunque su voz carecía de convicción.

—¿Qué animal puede entrar en una habitación cerrada en el tercer piso, atacar a dos personas sin que hagan ruido suficiente para despertar a la casa, y salir sin dejar rastro? —Alejandro sacudió la cabeza—. No, esto fue... otra cosa.

—Di lo que estás pensando —demandó la condesa.

—Estoy pensando en supersticiones medievales que la ciencia moderna debería haber enterrado —dijo Alejandro con frustración—. Pero también estoy pensando en ese hombre del baile. El conde Dragomir.

Elena sintió que se le helaba la sangre.

—¿Qué pasa con él?

—He estado investigando desde que te vi con él —admitió Alejandro—. Preguntando en el hospital, en la universidad. Y encontré algo. Hace tres semanas, justo después de que él llegara a Viena, hubo otra muerte. Una sirvienta en el distrito segundo. Encontrada exactamente de la misma manera.

—Eso no prueba nada —dijo Elena, aunque su voz sonaba débil incluso a sus propios oídos.

—No. Pero es una coincidencia perturbadora. —Alejandro la miró intensamente—. Elena, necesito que me digas la verdad. ¿Has vuelto a ver a ese hombre?

Elena pensó en el encuentro de ayer en el Prater. En cómo Vladislaus había estado a punto de besarla. En cómo le había pedido que fuera a la cripta esta noche.

—No —mintió.

Alejandro no parecía creerle, pero antes de que pudiera presionar más, un sirviente entró con una bandeja. Sobre ella había una carta.

—Para la señorita Elena —anunció—. Acaba de ser entregada.

Elena tomó el sobre con manos temblorosas. Era de papel grueso, sellado con cera roja que llevaba el escudo del dragón. El mismo que había visto antes.

—¿Quién la entregó? —preguntó Alejandro bruscamente.

—Un niño de la calle, señor. Dijo que un caballero le dio una moneda para traerla.

—¿Qué caballero?

—No lo sé, señor. El niño ya se fue.

Alejandro se volvió hacia Elena.

—¿De quién es?

—No lo sé hasta que la abra.

Pero lo sabía. Podía sentir la presencia de Vladislaus en el papel mismo, como si hubiera dejado una impronta de su esencia fría y antigua.

Con dedos que apenas le obedecían, rompió el sello y sacó la carta. La caligrafía era la misma que antes, elegante y antigua:

Mi querida Elena,

Sin duda habrás escuchado sobre las tragedias de esta mañana. Sé lo que estarás pensando. Sé de qué me acusarás en tu corazón.

Necesito que sepas que no fui yo. Hay otras cosas en esta ciudad, otras criaturas de la noche que no tienen mi... contención. Que cazan sin discriminación, sin cuidado.

Estás en peligro, mi amor. Más de lo que imaginas. Y necesito verte esta noche más que nunca. No solo por deseo, sino por necesidad. Hay cosas que debes saber. Cosas que debo mostrarte.

La cripta. Medianoche. Por favor.

Si no vienes, entenderé. Pero debes saber que sin mi protección, sin mi guía, estás vulnerable a los depredadores que acechan en las sombras de Viena.

Tuyo en la oscuridad, V.

—¿Qué dice? —preguntó Alejandro.

Elena dobló rápidamente la carta.

—Nada importante. Una invitación a un evento social.

—Elena —la voz de Alejandro era dura—, no me mientas. Vi el sello. Ese es el escudo de la casa Dragomir.

La condesa se puso de pie, apoyándose en su bastón.

—¿El conde Dragomir te está escribiendo? —demandó—. Elena, ¿qué ha estado pasando?

Elena se sintió acorralada, con ambos mirándola con mezclas de preocupación y acusación.

—Nada ha estado pasando. Lo conocí en el baile. Hemos intercambiado algunas palabras. Eso es todo.

—Muéstrame la carta —ordenó Alejandro.

—No.

—Elena...

—He dicho que no. —Su voz salió más fuerte de lo que pretendía—. Es mi correspondencia privada. No tienes derecho.

Algo dolido cruzó el rostro de Alejandro. Se recompuso rápidamente, pero Elena lo vio.

—Tienes razón —dijo fríamente—. No tengo derecho. Solo soy tu médico. Nada más.

Se volvió hacia la condesa.

—Con su permiso, señora, debo regresar al hospital. Hay mucho que hacer con esta... situación.

—Por supuesto, doctor.

Alejandro se dirigió a la puerta, pero se detuvo y miró a Elena una última vez.

—Ten cuidado —dijo—. Pase lo que pase. Quienquiera que sea ese hombre... ten cuidado.

Y se fue.

La condesa esperó hasta que la puerta se cerró antes de volverse hacia Elena.

—Ahora —dijo con voz peligrosamente tranquila—, vas a decirme exactamente qué está pasando entre tú y el conde Dragomir.

Elena pasó la siguiente hora siendo interrogada por su tía. Admitió el encuentro en el baile. Admitió que había vuelto a verlo brevemente (omitiendo los detalles del Prater). Admitió que había recibido flores.

No admitió los sueños. No admitió las marcas. No admitió que planeaba ir a la cripta esa noche.

La condesa escuchó todo con expresión cada vez más preocupada.

—Elena, escúchame con cuidado —dijo finalmente—. Los Dragomir son una familia antigua. Muy antigua. Y hay historias sobre ellos. Historias oscuras.

—¿Qué tipo de historias?

—Del tipo que las familias aristocráticas prefieren enterrar —dijo la condesa—. Locura. Violencia. Muertes inexplicables de cualquiera que se acercara demasiado a ellos. El último conde Dragomir registrado murió en 1609, ejecutado por la Inquisición bajo cargos de... —vaciló— brujería y vampirismo.

—Eso fue hace casi trescientos años.

—Exactamente. Y sin embargo, ahora hay un hombre usando ese nombre, ese escudo. Un hombre que aparece solo de noche. Que no come ni bebe en eventos sociales. Que hace que la gente se sienta... incómoda. —La condesa tomó la mano de Elena—. Niña, sé

que es atractivo. Sé que promete cosas emocionantes. Pero debes mantenerte alejada de él.

—¿Y si no puedo?

Las palabras salieron antes de que Elena pudiera detenerlas.

La condesa la miró con algo parecido al terror.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que... —Elena buscó las palabras correctas— siento algo cuando estoy cerca de él. Como si lo conociera. Como si hubiera estado esperándolo toda mi vida sin saberlo. Y sé que suena a locura, pero...

—Suena a encantamiento —interrumpió la condesa bruscamente—. A seducción sobrenatural. Elena, si ese hombre es lo que creo que es...

—¿Qué? ¿Un vampiro?

—¡Sí! —La condesa golpeó su bastón contra el suelo—. Sé que la ciencia moderna se burla de tales cosas. Pero he vivido mucho tiempo, niña. He visto cosas. Y sé que hay más en este mundo que lo que los libros de texto admiten.

Elena se puso de pie, necesitando moverse.

—Incluso si lo fuera, incluso si los vampiros fueran reales... ¿acaso importa? Estoy muriendo de todas formas, tía. La tuberculosis me va a matar en cuestión de meses. ¿Qué diferencia hace si es una enfermedad o un vampiro?

—Toda la diferencia del mundo —dijo la condesa con voz temblorosa—. Una te lleva a la muerte. La otra te lleva a algo mucho peor. A una existencia sin fin, sin alma, sin luz. A convertirte en depredadora de aquellos que amas.

—No lo sabes con certeza.

—¿Estás dispuesta a arriesgar tu alma inmortal para averiguarlo?

Elena no tenía respuesta para eso.

La condesa suspiró, de repente luciendo exhausta.

—Prométeme que no verás a ese hombre de nuevo. Al menos no a solas. Al menos no sin protección.

Elena pensó en la carta en su bolsillo. En la cita de medianoche. En la elección que enfrentaba.

—No puedo prometerte eso.

—Elena...

—Pero prometo tener cuidado —añadió rápidamente—. Y prometo pensar en todo lo que has dicho.

No era suficiente, y ambas lo sabían. Pero era todo lo que Elena podía ofrecer.

El resto del día transcurrió en una niebla de tensión. Las noticias de las muertes se extendieron por Viena como fuego. Los periódicos de la tarde tenían titulares sensacionalistas: "EL VAMPIRO DE VIENA ATACA DE NUEVO" y "TERROR NOCTURNO: DOS JÓVENES DRENADAS DE SANGRE".

Elena se quedó en su habitación, leyendo y releyendo la carta de Vladislaus. "Hay otras cosas en esta ciudad, otras criaturas de la noche que no tienen mi... contención."

¿Eso significaba que había admitido ser un vampiro? ¿O simplemente que conocía a otros? ¿Y qué significaba "contención"? ¿Que él no mataba? ¿O que solo mataba con más cuidado?

A medida que el día se oscurecía hacia la noche, Elena sintió crecer su ansiedad. Debería quedarse en casa. Debería escuchar a su tía, a Alejandro, a la voz de la razón que gritaba advertencias en su mente.

Pero otra voz —más suave, más oscura— susurraba otras cosas. "Necesitas saber. Necesitas entender. Y tal vez... solo tal vez... necesitas lo que él puede ofrecerte."

A las once, cuando el palacete se sumió en silencio, Elena se vistió con cuidado. Un vestido de lana oscura con capa. Botas apropiadas para caminar. Llevó el cabello recogido bajo una capucha.

Parecía como si se vistiera para un funeral. Tal vez lo era. El suyo propio.

Se deslizó por las escaleras como un fantasma, evitando los escalones que crujían. El mayordomo dormía en su silla junto a la puerta principal, roncando suavemente. Elena salió por la cocina, por una puerta lateral que daba a un callejón.

La noche vienesa la tragó.

Las calles estaban inusualmente vacías. El pánico de las muertes había hecho que la gente se quedara en casa, con puertas y ventanas bien cerradas. Los pocos faroles de gas que aún ardían proyectaban charcos de luz amarillenta que parecían más amenazantes que reconfortantes.

Elena caminó rápidamente, manteniendo la capucha baja. Conocía el camino a la Kapuzinergruft —la cripta de los Capuchinos — de mapas que había estudiado. No estaba lejos, en el corazón del Innere Stadt, bajo la Iglesia de los Capuchinos.

A medida que se acercaba, la sensación de estar siendo observada se intensificó. Varias veces se volvió bruscamente, segura de haber visto movimiento en las sombras. Pero nunca había nadie allí.

O al menos, nadie que pudiera ver.

La iglesia se alzaba ante ella, oscura y silenciosa. La entrada a la cripta estaba al costado, una puerta de hierro forjado que debería haber estado cerrada con candado.

Pero estaba entreabierta.

Elena se detuvo en el umbral, con el corazón martilleando. Esta era su última oportunidad de retroceder. De elegir la vida mortal, la luz, la seguridad de lo conocido.

Pero entonces escuchó su nombre, susurrado en esa voz antigua y seductora:

"Elena..."

Y supo que nunca había tenido realmente una elección.

Empujó la puerta y bajó las escaleras hacia la oscuridad.

Hacia Vladislaus.

Hacia la verdad, fuera cual fuera.

Y mientras descendía a la cripta donde dormían los muertos de Viena, Elena se preguntó si alguna vez volvería a ver la luz del día.

O si querría hacerlo.

Capítulo 7

La Llamada de la Sangre

Las escaleras descendían en una espiral de piedra antigua, cada peldaño gastado por siglos de procesiones fúnebres. El aire se volvía más frío con cada paso, y el olor a tierra, incienso rancio y algo más dulce y enfermizo —el aroma de la muerte contenida— llenaba los pulmones de Elena.

Una vela solitaria ardía al final de las escaleras, proyectando sombras temblorosas contra las paredes de piedra. Elena la tomó con manos que temblaban tanto por el frío como por la anticipación, y siguió adelante.

La Kapuzinergruft era el lugar de descanso final de los emperadores de Austria. Docenas de sarcófagos de bronce y plata descansaban en cámaras interconectadas, algunos tan ornamentados que parecían palacios en miniatura, otros sorprendentemente austeros. Las efigies talladas de los muertos la observaban con ojos ciegos de metal.

Elena caminó lentamente, su respiración formando nubes de vapor en el aire helado. Sus pasos resonaban en la piedra, el único sonido en ese reino de silencio eterno.

—Viniste.

La voz de Vladislaus emergió de las sombras más profundas, tan suave que podría haber sido el susurro del viento si no fuera porque aquí abajo no había viento.

Elena se volvió y lo vio emergiendo de detrás de un sarcófago particularmente grande, uno adornado con querubines y calaveras. En la luz parpadeante de la vela, parecía más espectro que hombre, su palidez casi luminiscente contra sus ropas negras.

—Dijiste que necesitabas verme —respondió Elena, sorprendida por la firmeza de su propia voz—. Aquí estoy.

Vladislaus se acercó lentamente, sus movimientos tan fluidos que parecía deslizarse más que caminar. Se detuvo a unos metros de distancia, y Elena notó que se contenía deliberadamente, como un animal salvaje tratando de no asustar a su presa.

—Temía que las muertes te hubieran asustado —dijo—. Que creyeras que fui yo.

—¿Fuiste tú?

—No. —Su voz era firme, sin vacilación—. Te dije la verdad en mi carta. Hay otros en esta ciudad. Otros que no comparten mis... escrúpulos.

—¿Qué escrúpulos puede tener un vampiro?

Las palabras flotaron entre ellos, desnudas y directas. Elena había dicho finalmente en voz alta lo que ambos habían estado bailando alrededor.

Vladislaus soltó una risa suave y amarga.

—Entonces lo has aceptado. Lo que soy.

—¿Cómo podría no hacerlo? —Elena dio un paso hacia él—. Los sueños que me han dejado marcas. Las rosas imposibles. La forma en que desapareces en el aire. Tus ojos que brillan en la oscuridad. Tu piel fría como la muerte. —Hizo una pausa—. Y esas pobres chicas esta mañana. Drenadas exactamente como dijiste que habías bebido de mí.

—Pero yo solo tomé gotas —dijo Vladislaus con intensidad—. Apenas suficiente para saborear. Nunca suficiente para dañar. Y solo porque... —se detuvo, una expresión de dolor cruzando su rostro— porque no pude resistirme. Tu sangre me llamaba. Me llama aún.

Se acercó más, reduciendo la distancia entre ellos a un metro. Elena podía ver los detalles imposibles de su rostro ahora: la perfección inhumana de su piel, las pequeñas líneas alrededor de sus ojos que hablaban de siglos de pesar, la forma en que sus labios se curvaban con una mezcla de deseo y culpa.

—Dime que te equivocas —susurró Elena—. Dime que hay una explicación racional. Que eres un hombre enfermo con una enfermedad rara que te hace...

—¿Inmortal? ¿Sediento de sangre? ¿Capaz de desaparecer en las sombras? —Vladislaus sacudió la cabeza—. No hay enfermedad

que explique lo que soy, Elena. Solo maldición. Solo oscuridad.

—Muéstramelo entonces. —Elena levantó la barbilla desafiante—. Si quieres que crea, si quieres que entienda, muéstramelo.

Vladislaus la estudió durante un largo momento. Luego asintió.

—Como desees.

Se llevó las manos a la boca y cuando las apartó, Elena vio sus colmillos completamente extendidos. Largos, afilados como agujas, blancos como hueso pulido. No eran los dientes caninos ligeramente alargados de sus sueños. Eran armas, diseñadas específicamente para perforar carne y encontrar las venas palpitantes debajo.

Elena debería haber gritado. Debería haber corrido. En cambio, se encontró dando otro paso hacia él, fascinada.

—Tócalos —dijo Vladislaus, su voz ligeramente distorsionada por los colmillos—. Para que sepas que son reales.

Con un dedo tembloroso, Elena alcanzó y rozó la punta de uno de sus colmillos. Era duro como el acero, frío, y tan afilado que cuando presionó apenas, una gota de sangre brotó de su dedo.

Vladislaus inhaló bruscamente, sus ojos dilatándose hasta que las pupilas casi consumieron el plateado de sus iris. Se apartó rápidamente, dándole la espalda.

—No hagas eso —dijo con voz tensa—. No sabes lo difícil que es... con tu sangre tan cerca... tan dulce...

—¿Qué más? —preguntó Elena—. ¿Qué más puedes hacer?

Vladislaus no se volvió hacia ella, pero habló:

—Puedo moverme más rápido de lo que tu ojo puede seguir. Puedo escuchar tu corazón latiendo desde el otro lado de la ciudad. Puedo oler cada gota de sangre en tu cuerpo, saber exactamente cuán enferma estás, cuánto tiempo te queda. —Hizo una pausa—. Y puedo hacer que desees cosas que te aterrorizarían si estuvieras en tu sano juicio.

—¿Cómo?

Se volvió entonces, y sus ojos captaron la luz de la vela con un brillo sobrenatural.

—Compulsión. Seducción sobrenatural. Llámalo como quieras. Puedo hacer que una persona desee darme su sangre, su vida, su alma. Puedo hacer que se enamoren de mí con solo mirarlas a los ojos.

Elena sintió un frío que no tenía nada que ver con la temperatura de la cripta.

—¿Es eso lo que me has estado haciendo? ¿Obligándome a desearte?

—No. —La palabra salió como un gruñido—. Nunca. Contigo nunca, Elena. Porque si te obligara, si usara mis poderes para hacerte venir a mí, no significaría nada. Sería como beber vino aguado cuando lo que anhelo es el más puro de los néctares.

Cerró la distancia entre ellos en un movimiento tan rápido que Elena apenas lo vio. Un segundo estaba a metros de distancia, al siguiente estaba justo frente a ella, tan cerca que podía sentir el frío emanando de su cuerpo como olas.

—Necesito que me desees por elección —dijo, su voz baja e intensa—. Necesito que vengas a mí conscientemente, sabiendo exactamente lo que soy, lo que hago, lo que te ofrezco. Porque solo entonces será real.

—¿Y qué me ofreces exactamente?

Los colmillos de Vladislaus se habían retraído, devolviéndole una apariencia casi humana. Levantó una mano y rozó la mejilla de Elena con el dorso de sus dedos helados.

—Tiempo. Siglos de él. La oportunidad de ver el mundo cambiar mil veces, de experimentar maravillas que aún no han sido soñadas. Poder. Velocidad. Sentidos tan agudos que cada experiencia se vuelve intensa más allá de lo imaginable.

Su mano se deslizó desde su mejilla hasta su cuello, presionando suavemente sobre el pulso que latía allí.

—Y esto —continuó—. Esta conexión entre nosotros. Este reconocimiento de almas que se han encontrado una y otra vez a través del tiempo. La oportunidad de estar juntos no solo durante una vida corta, sino para siempre.

—¿Y el precio?

—Alto —admitió sin vacilación—. Tu humanidad. Tu capacidad de caminar bajo el sol. La necesidad de beber sangre para sobrevivir. El peso de siglos de culpa por las vidas que deberás tomar. Y tu alma... bueno, eso depende de a quién le preguntes. Algunos creen que los vampiros no tienen almas. Yo prefiero creer que simplemente están... manchadas.

Elena cerró los ojos, sintiendo el frío de sus dedos contra su cuello, escuchando el eco de sus propios latidos en las bóvedas de piedra.

—No puedo tomar esa decisión ahora —susurró—. Es demasiado. Es...

—Lo sé —la interrumpió Vladislaus suavemente—. No te estoy pidiendo que elijas esta noche. Solo te estoy pidiendo que... que me dejes mostrarte más. Que me dejes demostrarte lo que podría ser.

Elena abrió los ojos y encontró los de él a centímetros de distancia.

—¿Cómo?

En lugar de responder con palabras, Vladislaus se inclinó hacia adelante, lentamente, dándole todo el tiempo del mundo para apartarse. Sus labios rozaron los de ella, apenas un susurro de contacto.

El beso fue como ser tocada por el invierno mismo. Frío, pero no desagradable. Como sumergirse en agua helada que de alguna manera quema. Elena sintió un jadeo escapar de sus labios, y Vladislaus lo aprovechó, profundizando el beso.

No era como besar a un hombre. Era como besar a una tormenta, a la medianoche, a algo antiguo y poderoso que había olvidado cómo ser gentil. Pero había ternura en él también, una delicadeza en la forma en que sus labios se movían contra los de ella, como si tuviera miedo de romperla.

Las manos de Elena se alzaron, aferrándose a los hombros de Vladislaus, necesitando algo sólido a qué sujetarse mientras el mundo giraba. Él la atrajo más cerca, un brazo rodeando su cintura, presionándola contra su cuerpo inmóvil y frío.

Cuando finalmente se separó, Elena estaba jadeando, mientras que Vladislaus ni siquiera respiraba. Porque no necesitaba

hacerlo.

—Ese —dijo con voz ronca— fue nuestro primer verdadero beso. Después de siglos de esperar, de soñar. ¿Valió la pena la espera?

—Sí —admitió Elena, más allá de la negación—. Dios me ayude, sí.

—Dios no tiene nada que ver con esto —dijo Vladislaus con una sonrisa triste—. Él abandonó a criaturas como yo hace mucho tiempo. Pero tal vez... tal vez tú no tengas que hacer lo mismo.

La guió más profundo en la cripta, hacia una cámara lateral donde un solo sarcófago descansaba en una plataforma elevada. Era de mármol negro con vetas plateadas, sin adornos excepto por el escudo del dragón tallado en la tapa.

—Este es mío —dijo—. Preparado hace siglos, esperando el día en que finalmente me canse de la eternidad y busque el verdadero descanso final.

—¿Duermes aquí?

—Cuando estoy en Viena, sí. Los vampiros no necesitan dormir en ataúdes, contrario a las leyendas. Pero la tierra natal ayuda. Y estar rodeado de muerte... nos recuerda lo que somos.

Se sentó en el borde del sarcófago y atrajo a Elena para que se sentara junto a él. Ella obedeció, consciente de la frialdad del mármol incluso a través de su falda.

—Háblame de las otras —dijo Elena—. De Elisabeta, Eleonora, Helena. De todas las veces que dices que he vuelto.

Vladislaus permaneció en silencio por un momento, sus ojos perdidos en recuerdos de siglos pasados.

—Elisabeta fue la primera —comenzó finalmente—. Rumania, 1587. Yo era joven entonces, apenas un siglo como vampiro. Ella era hija de un boyardo, hermosa y feroz. Me enamoré de ella como solo los tontos jóvenes pueden hacerlo. Pero la peste llegó antes de que pudiera reunir el coraje para convertirla. La vi morir en tres días, tosiendo sangre negra, suplicando por misericordia que no pude darle.

Su voz se quebró ligeramente.

—Eleonora vino un siglo después. Francia. Las cazas de brujas estaban en su apogeo. Era curandera, sabia. La acusaron de brujería por su conocimiento de hierbas. La quemaron. Yo estaba a kilómetros de distancia, sin saber hasta que las llamas ya la habían consumido.

—Y Helena —continuó Elena suavemente.

—Viena, 1782. Hace solo un siglo. Tan cerca de ser salvada. Tan cerca. —Los ojos de Vladislaus brillaron con lágrimas que no caerían—. Su familia se opuso a nuestro cortejo. La encerraron. Una noche, desesperada, intentó escapar. Cayó al Danubio. El frío la mató antes de que pudiera encontrarla.

Tomó la mano de Elena entre las suyas.

—Cada vez, te pierdo. Cada vez, llego demasiado tarde o las circunstancias conspiran contra nosotros. Cada vez juro que la próxima será diferente. Y ahora estás aquí de nuevo. Y de nuevo te estás muriendo. Y no voy a perder esta oportunidad, Elena. No de nuevo.

Elena sintió lágrimas en sus propios ojos.

—¿Cómo sabes que soy realmente la misma persona? ¿Que no es solo... parecido físico?

—Porque cuando te miro, veo todas ellas —dijo Vladislaus—. El fuego de Elisabeta en tus ojos. La sabiduría de Eleonora en tus palabras. La valentía desesperada de Helena en la forma en que viniste aquí esta noche. Y algo más, algo que es únicamente tuyo. Elena. Mi Elena de este siglo, de esta vida.

Se volvió hacia ella completamente, tomando su rostro entre sus manos heladas.

—Déjame salvarte esta vez. Déjame convertirte antes de que la muerte te reclame. Dame la oportunidad de pasar la eternidad contigo en lugar de otros cien años de soledad esperando tu próximo regreso.

—No sé si puedo hacer eso. Convertirme en... en lo que eres tú.

—Entonces déjame mostrarte algo más —dijo—. Algo que te ayude a decidir.

—¿Qué?

—El vínculo de sangre. —Sus ojos buscaron los de ella—. Si bebes de mí, si yo bebo de ti, forjaremos una conexión. Podrás sentir lo que siento. Ver fragmentos de mis recuerdos. Entender exactamente lo que te ofrezco y lo que significa.

—¿Me convertirá eso?

—No. La conversión requiere que mueras con mi sangre en tus venas y luego renazcas. Esto es diferente. Es solo... un vínculo. Temporal pero real.

Elena miró esos ojos antiguos y vio en ellos siglos de soledad, de pérdida, de amor que se repetía una y otra vez solo para ser arrebatado. Vio también deseo, hambre, una necesidad que iba más allá de lo físico.

Y se dio cuenta de que quería entender. Quería saber cómo era ser él, sentir lo que él sentía, ver el mundo a través de ojos que habían presenciado siglos.

—Enséñame —susurró.

Vladislaus soltó un sonido bajo, entre alivio y anticipación. Se llevó una mano a la boca, extendió sus colmillos, y se mordió la muñeca. Sangre brotó de la herida, casi negra en la tenue luz, deslizándose por su piel pálida.

Levantó la muñeca hacia los labios de Elena.

—Bebe —ordenó suavemente—. Solo un poco. Suficiente para crear el vínculo.

Elena vaciló solo un segundo antes de presionar sus labios contra la herida.

El sabor que inundó su boca era como nada que hubiera experimentado jamás. Metálico, sí, pero también dulce y amargo y complejo. Caliente pese a la frialdad de su piel. Y con cada sorbo, sintió algo expandirse en su mente.

Imágenes. Recuerdos. Emociones que no eran suyas.

Vio un castillo en ruinas bajo una luna sangrienta. Sintió el hambre de siglos, el anhelo por conexión humana mezclado con el instinto depredador. Experimentó el dolor de ver a seres amados envejecer y morir mientras permanecía inmutable. Y vio rostros, docenas de rostros de mujeres que podrían haber sido ella en otras vidas.

Y amor. Amor que se extendía a través de siglos, obsesivo y puro y completamente inmutable.

Vladislaus apartó su muñeca suavemente, y la herida ya estaba sanando.

—Ahora —dijo con voz tensa—, mi turno.

Inclinó la cabeza hacia el cuello de Elena, y ella sintió su aliento frío contra su piel. No había miedo esta vez. Solo anticipación.

—Te ofreceré tu cuello —susurró Elena, recordando sus sueños, sabiendo que esto era lo que había estado esperando desde el principio.

Apartó su capa, inclinó la cabeza hacia un lado, exponiendo la curva pálida de su garganta donde el pulso latía visible bajo la piel.

—Elena —gimió Vladislaus, su voz cruda de deseo contenido —. Si hago esto... si te muerdo mientras estás consciente, mientras me ofreces tu sangre por voluntad propia... el vínculo será más fuerte. Más permanente.

—Bien —dijo Elena, y se sorprendió al darse cuenta de que lo decía en serio—. Quiero que sea permanente.

Vladislaus no esperó más. Sus colmillos se hundieron en su cuello en un movimiento rápido y preciso.

El dolor fue instantáneo, agudo, un ardor que se extendió desde el punto de penetración. Pero duró solo un segundo antes de ser reemplazado por algo completamente diferente.

Placer.

Olas de él, calientes y líquidas, fluyendo desde su cuello a través de todo su cuerpo. Elena sintió sus ojos cerrarse, su espalda arquearse, un gemido escapar de sus labios. Era como cada caricia que había soñado, cada toque prohibido, cada deseo secreto, todo concentrado en ese punto donde su sangre fluía hacia la boca de Vladislaus.

Sintió sus manos sosteniéndola, manteniéndola firme mientras bebía. Escuchó sus propios sonidos, pequeños jadeos y suspiros que debería haberle avergonzado pero que no podía controlar. El mundo se redujo a esto: a la sensación de ser consumida y venerada simultáneamente.

Y mientras él bebía, Elena sintió el vínculo forjándose entre ellos. Como raíces invisibles hundiéndose en su alma, entrelazándose con las de él. Podía sentir su hambre, su satisfacción, su amor desesperado. Podía sentir cada gota de su sangre pasando de su cuerpo al de él, y de alguna manera perversa, se sentía como un acto de intimidad más profundo que cualquier contacto físico.

"Mío", escuchó en su mente, aunque los labios de Vladislaus estaban sellados sobre su cuello. "Finalmente mío."

Cuando finalmente se apartó, lamiendo las heridas para sellarlas, Elena estaba temblando. Se sentía débil, mareada, pero también extrañamente eufórica. Como si hubiera bebido demasiado vino o como si acabara de despertar del sueño más hermoso.

Vladislaus la sostuvo contra él, murmurando palabras en un idioma que Elena no conocía pero que de alguna manera entendía. Promesas. Votos. Declaraciones de amor eterno.

—Ahora estamos vinculados —dijo finalmente en español, su voz ronca—. Podrás sentirme cuando esté cerca. Sabrás cuando pienso en ti. Y yo... yo sentiré cada latido de tu corazón, cada respiración, cada momento de tu vida mortal que me queda.

Elena levantó la vista hacia él, viendo su rostro con nueva claridad gracias al vínculo. Podía ver la verdad de sus palabras, la sinceridad de sus sentimientos.

—¿Qué he hecho? —susurró.

—Dado el primer paso —respondió Vladislaus, besando su frente con ternura—. Hacia la oscuridad o hacia la luz, aún no lo sé. Pero lo has dado conmigo. Y eso es todo lo que he deseado durante trescientos años.

El sonido de campanas en la distancia —las campanas de medianoche— penetró la cripta. Vladislaus se tensó.

—Debes irte —dijo, aunque su tono dejaba claro que era lo último que deseaba—. Antes de que el amanecer se acerque demasiado. Antes de que te debilites más.

Elena intentó levantarse y casi cayó. Sus piernas no querían sostenerla. Vladislaus la atrapó fácilmente, levantándola en sus brazos como si no pesara nada.

—Demasiado —murmuró, con culpa en su voz—. Tomé demasiado. Perdóname, no pude controlarme, tu sangre es...

—Está bien —lo interrumpió Elena, aunque sentía que podría desmayarse en cualquier momento—. Valió la pena.

Vladislaus la llevó escaleras arriba, moviéndose con una velocidad y gracia que desafiaba la naturaleza. Cuando llegaron a la calle, la depositó suavemente en sus pies pero mantuvo un brazo alrededor de su cintura para sostenerla.

—¿Puedes caminar?

—Creo que sí.

Pero cuando dio un paso, sus piernas cedieron. Vladislaus la atrapó de nuevo, maldiciendo en rumano.

—No puedo acompañarte hasta tu casa —dijo con frustración —. Ya está muy cerca del amanecer. Si la luz del sol me toca...

—Lo sé. Puedo... puedo llegar.

Mentía, y ambos lo sabían.

Vladislaus la sostuvo durante un largo momento, su expresión torturada.

—Lo siento —susurró contra su cabello—. Siempre te dejo en peligro. Siempre te pongo en riesgo. Pero el amanecer...

—Vete —dijo Elena, encontrando fuerza que no sabía que tenía—. No quiero ser la razón de tu muerte también.

Vladislaus la besó entonces, un beso desesperado y profundo que sabía a sangre —la de ella, la de él, mezcladas. Cuando se apartó, sus ojos brillaban con un fuego sobrenatural.

—Esto no ha terminado —prometió—. Volveremos a vernos. Y la próxima vez, tomaré mejor precaución. No te pondré en peligro de nuevo.

—Vladislaus...

Pero ya se había ido, desapareciendo en las sombras restantes de la noche como humo dispersándose.

Elena se quedó sola en la calle vacía, débil y tambaleándose, con sangre en su vestido y marcas frescas en su cuello.

Y comenzó a caminar.

Cada paso era una agonía. El mundo giraba a su alrededor. Más de una vez tuvo que detenerse y apoyarse contra un edificio,

respirando profundamente, luchando contra las náuseas.

Estaba a dos calles del palacete cuando sus piernas finalmente cedieron por completo.

Cayó al empedrado, sintiendo vagamente el dolor de sus rodillas golpeando la piedra. El cielo sobre ella comenzaba a aclararse con los primeros toques del amanecer.

"Tengo que levantarme", pensó. "Tengo que llegar a casa."

Pero su cuerpo ya no le obedecía.

Escuchó pasos corriendo. Voces gritando su nombre. Y luego manos cálidas, tan cálidas después de la frialdad de Vladislaus, sosteniéndola.

—¡Elena! ¡Dios mío, Elena!

Era la voz de Alejandro, rota de terror y alivio.

—¿Qué te pasó? ¿Dónde has estado? Hay sangre... hay tanta sangre...

Elena intentó hablar, pero solo logró un gemido débil. El mundo se volvió borroso, oscureciéndose en los bordes.

Lo último que vio antes de perder la consciencia fue el rostro de Alejandro sobre ella, sus ojos agrandados de horror mientras veía las marcas en su cuello. Las marcas frescas y sangrantes de colmillos de vampiro.

Y lo último que pensó, antes de que la oscuridad la reclamara, fue:

"No me arrepiento."

Capítulo 8

Alejandro Sospecha

Elena despertó en su propia cama con la sensación de estar ardiendo y congelándose simultáneamente.

Las sábanas estaban empapadas de sudor. Su camisón se pegaba a su piel. Cada músculo de su cuerpo dolía como si hubiera sido golpeada. Y su garganta... su garganta ardía con un fuego que parecía provenir del mismo infierno.

Intentó sentarse y un mareo la golpeó con tanta fuerza que tuvo que volver a recostarse, jadeando.

—No te muevas.

La voz de Alejandro sonaba ronca, como si hubiera estado despierto toda la noche. Elena giró la cabeza y lo vio sentado en una silla junto a su cama, inclinado hacia adelante con los codos apoyados en las rodillas. Tenía ojeras profundas, el cabello despeinado, la camisa arrugada y manchada de algo oscuro que Elena reconoció con un sobresalto como sangre.

Su sangre.

—¿Cuánto tiempo...? —logró susurrar, su voz apenas audible.

—Dieciocho horas —respondió Alejandro, su tono cuidadosamente controlado—. Te encontré justo antes del amanecer, desmayada en la calle a dos calles de aquí. Has estado inconsciente desde entonces. Son las dos de la tarde del día siguiente.

Elena intentó recordar. La cripta. Vladislaus. El intercambio de sangre. La debilidad. El intento de caminar a casa...

—¿Cómo... cómo me encontraste?

—No pude dormir —dijo Alejandro, sus ojos nunca dejando su rostro—. Seguía pensando en las muertes, en ese hombre, en ti. Algo me impulsó a venir aquí justo antes del amanecer. Cuando llegué, tu tía estaba frenética. Descubrió que no estabas en tu habitación. Salí a buscarte inmediatamente.

Se levantó de la silla y se acercó a la cama. Elena vio entonces la tensión en su mandíbula, la forma en que sus manos temblaban ligeramente.

—Necesito examinarte —dijo, su voz profesional pero con un borde de algo más oscuro—. Perdiste mucha sangre. Tu presión arterial estaba peligrosamente baja cuando te encontré. Si no te hubiera hallado cuando lo hice...

No terminó la frase. No necesitaba hacerlo.

—Estoy bien —mintió Elena.

—No lo estás. —Alejandro sacó su estetoscopio de su maletín —. Y ambos sabemos por qué.

Apartó las sábanas y Elena se dio cuenta de que estaba vestida solo con su camisón. Alguien —probablemente Bertha bajo la supervisión de Alejandro— la había desvestido y limpiado la sangre. Sintió calor subir a sus mejillas.

Alejandro colocó el estetoscopio contra su pecho, escuchando su corazón. Su rostro estaba a centímetros del suyo, tan cerca que Elena podía ver las pequeñas motas doradas en sus ojos castaños, podía contar cada pestaña.

—Tu ritmo cardíaco está acelerado —murmuró—. Pero eso podría ser por... varias razones.

Movió el estetoscopio a su espalda, ayudándola a sentarse con cuidado. Sus manos eran firmes pero gentiles cuando la sostuvo.

—Respira profundo.

Elena obedeció, sintiendo el frío del metal a través de la tela delgada del camisón. Alejandro escuchó en silencio, moviéndose de un punto a otro, su expresión volviéndose cada vez más preocupada.

—Tus pulmones suenan peor —dijo finalmente—. La pérdida de sangre ha debilitado tu sistema. Tu cuerpo ya estaba luchando contra la tuberculosis, y ahora...

Se detuvo, apartando el estetoscopio. Sus manos descansaron brevemente sobre sus hombros antes de que pareciera darse cuenta y las retirara.

—Ahora necesito ver tu cuello.

Elena sintió su cuerpo tensarse instintivamente.

—Alejandro...

—Por favor, Elena. —Su voz se quebró ligeramente—. Necesito ver. Necesito saber exactamente qué... qué te hicieron.

Con dedos temblorosos, Elena apartó su cabello hacia un lado, exponiendo su cuello. Escuchó la inhalación aguda de Alejandro, sintió cómo el aire entre ellos se volvía denso de tensión.

—Dios mío —susurró.

Sus dedos rozaron la piel alrededor de las marcas, tan suavemente que apenas lo sintió. Pero Elena pudo sentir cómo temblaban, cómo se contenía.

—Estas no son como las otras —dijo Alejandro, su voz ahora clínica, refugiándose en la objetividad médica—. Las anteriores eran superficiales. Estas son profundas. Perforaron directamente la vena yugular. Otro milímetro y... —Se interrumpió, retirando su mano como si se hubiera quemado—. ¿Quién te hizo esto?

Elena no respondió.

—Elena. —Alejandro se movió para estar frente a ella, tomando su rostro entre sus manos, obligándola a mirarlo—. ¿Quién te hizo esto?

—No puedo decírtelo.

—¿No puedes o no quieres?

—Ambos.

Algo oscuro cruzó el rostro de Alejandro. Dejó caer sus manos y retrocedió varios pasos, como si necesitara distancia para controlarse.

—¿Fue él, verdad? El conde Dragomir.

—Alejandro...

—¡No me mientas! —estalló, su voz elevándose antes de que pareciera recordar dónde estaba. Continuó en un tono más bajo pero no menos intenso—. Vi la sangre en tu vestido, Elena. Vi cómo estabas vestida, a dónde habías ido. Las marcas en tu cuello son idénticas a las de esas pobres chicas que murieron. Idénticas.

Se pasó una mano por el cabello en un gesto de frustración.

—¿Qué hizo? ¿Te obligó? ¿Te... te atacó?

—No —dijo Elena rápidamente—. No me obligó. Yo... yo fui a él voluntariamente.

El silencio que siguió fue absoluto. Alejandro la miraba como si fuera una extraña, como si nunca la hubiera visto antes.

—¿Voluntariamente? —repitió finalmente—. ¿Fuiste voluntariamente a un hombre que claramente es responsable de al menos tres muertes en esta ciudad? ¿Que te... te mordió... como si fueras...?

No pudo terminar la frase. Parecía físicamente incapaz de decir la palabra.

—Como si fuera ganado —completó Elena por él—. Sí.

—¿Por qué? —La voz de Alejandro estaba llena de dolor y confusión—. ¿Por qué harías algo así? ¿Qué te prometió? ¿Qué poder tiene sobre ti?

Elena quería explicar. Quería decirle sobre el vínculo de sangre, sobre las vidas pasadas, sobre la conexión que sentía con Vladislaus que iba más allá de la lógica o la razón. Pero ¿cómo podría entenderlo? ¿Cómo podría un hombre de ciencia, de lógica, comprender algo tan profundamente irracional?

—Me ofreció algo que tú no puedes —dijo finalmente.

—¿Qué? ¿La muerte? ¿Porque eso es lo que ese hombre es, Elena. Muerte con una cara bonita y palabras seductoras.

—Me ofreció tiempo —corrigió Elena—. Más tiempo del que tú, con toda tu ciencia, puedes darme.

Alejandro la miró durante un largo momento. Luego soltó una risa áspera, sin humor.

—¿Te prometió inmortalidad? ¿Te dijo que podía convertirte en... en lo que él es? —Se acercó nuevamente, sus ojos ardiendo con intensidad—. Elena, escúchame. Los vampiros no son reales. Lo que sea que ese hombre es —un enfermo mental, un asesino con una obsesión enfermiza, un depredador que se aprovecha de jóvenes vulnerables— no es sobrenatural. Es humano. Monstruoso, quizás, pero humano.

—¿Estás seguro de eso?

—La ciencia no deja lugar para vampiros, Elena. Para la magia. Para lo imposible.

—¿Y qué hay de las cosas que has visto? —presionó Elena—. Los cuerpos sin sangre. Las marcas que ningún arma convencional

haría. La forma en que él aparece y desaparece como humo. ¿Tu ciencia explica eso?

Alejandro vaciló.

—Aún no. Pero eso no significa que no haya una explicación racional. Solo significa que aún no la hemos encontrado.

—O significa que tu ciencia está incompleta —dijo Elena—. Que hay más en el mundo de lo que tus libros admiten.

—No. —La palabra salió como un gruñido—. No voy a aceptar eso. No voy a creer en cuentos de hadas y supersticiones cuando hay vidas en juego. Cuando tu vida está en juego.

Se sentó en el borde de la cama, más cerca de lo apropiado, y tomó sus manos entre las suyas. Estaban calientes, tan calientes comparadas con las de Vladislaus. Vivas.

—Elena, por favor. No sé qué te dijo ese hombre. No sé qué promesas te hizo. Pero puedo prometerte esto: haré todo lo que esté en mi poder para salvarte. Cualquier cosa. —Su voz se intensificó—. Tengo acceso a tratamientos que nadie más en Europa tiene. Experimentos que podrían darte años, décadas quizás. No necesitas recurrir a... a cualquier locura que él esté ofreciendo.

—¿Y si no es suficiente?

—Entonces lo haré suficiente. —La determinación en su voz rayaba en lo obsesivo—. Trabajaré día y noche. Intentaré cosas que otros considerarían herejía médica. Cruzaré cualquier línea que deba cruzar. Pero no te dejaré morir, Elena. Y no te dejaré caer en las garras de ese... ese monstruo.

Elena vio la verdad en sus ojos. La sinceridad absoluta. Y algo más. Algo que la asustaba casi tanto como Vladislaus.

Obsesión.

—Necesito que me prometas algo —dijo Alejandro, sus dedos apretando los de ella—. Prométeme que no volverás a ver a ese hombre. Que no irás a él de nuevo.

—No puedo prometerte eso.

—¿Por qué no?

Porque el vínculo de sangre pulsaba en sus venas. Porque podía sentir a Vladislaus incluso ahora, durmiendo en algún lugar

oscuro, esperando la noche. Porque parte de ella —una parte creciente— quería volver a él más de lo que quería respirar.

—Porque no es tan simple como crees —dijo en cambio.

Alejandro soltó sus manos y se levantó bruscamente, caminando hacia la ventana. La luz de la tarde entraba, pintando su perfil de dorado. Parecía un hombre luchando con algo más grande que él mismo.

—¿Lo amas? —preguntó de repente, sin volverse.

La pregunta cayó entre ellos como una piedra en agua quieta.

—Apenas lo conozco —respondió Elena.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo.

Alejandro se volvió entonces, y había dolor desnudo en su rostro.

—Yo... me importas, Elena. Más de lo que debería. Más de lo que es prudente, dado que apenas nos conocemos. Pero cuando te encontré en esa calle, tan pálida, tan fría, con sangre empapando tu vestido... —Su voz se quebró—. Pensé que te había perdido. Y me di cuenta de que perderte sería insoportable.

Cruzó la habitación en tres zancadas largas y se arrodilló junto a la cama, tomando nuevamente sus manos.

—Dame una oportunidad —dijo—. Dame tiempo para demostrarte que la ciencia puede salvarte. Que no necesitas recurrir a... a lo que sea que ese hombre esté ofreciendo. Un mes. Solo un mes para intentar estabilizar tu condición.

—¿Y si fracasas?

—No voy a fracasar. —Había tal convicción en su voz—. Tengo ideas. Tratamientos que aún no he intentado. Combinaciones de sueros que podrían... —se detuvo—. Confía en mí, Elena. Por favor.

Elena miró esos ojos castaños, tan diferentes de los plateados de Vladislaus. Vio sinceridad allí, y cuidado, y algo que podría ser amor si se le diera tiempo para crecer.

Pero también vio obsesión. Vio a un hombre dispuesto a cruzar cualquier línea, a romper cualquier regla, a hacer cualquier cosa para lograr su objetivo.

Y se preguntó quién era realmente el más peligroso: el vampiro que admitía abiertamente lo que era, o el médico que pretendía que sus métodos eran racionales cuando claramente estaba descendiendo a algo mucho más oscuro.

—Un mes —acordó finalmente—. Pero con condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Honestidad total. Me dices exactamente qué tratamientos estás usando, qué experimentos estás haciendo. No me ocultas nada bajo el pretexto de que es demasiado complejo para que lo entienda.

Alejandro vaciló.

—Algunos de mis métodos son... poco convencionales. Podrían asustarte.

—Ya estoy asustada —dijo Elena—. Lo que necesito es verdad.

—Está bien. —Asintió lentamente—. Honestidad total. ¿Algo más?

—Si en un mes no hay mejoría, si estoy igual o peor... me dejas elegir mi propio camino. Sin interferencias. Sin intentar detenerme.

Alejandro apretó la mandíbula, claramente queriendo negarse. Pero finalmente asintió.

—De acuerdo. Si en un mes no hay mejoría, respetaré tu elección. —Hizo una pausa—. Pero habrá mejoría, Elena. Te lo prometo.

Se inclinó hacia adelante y, antes de que Elena pudiera reaccionar, presionó sus labios contra su frente. No fue un beso romántico, fue algo más reverente. Una promesa sellada.

Cuando se apartó, sus ojos brillaban con determinación feroz.

—Empezamos hoy —dijo—. Voy a regresar al hospital, a preparar el primer tratamiento. Regresaré esta noche con todo lo necesario.

—¿Esta noche?

—No hay tiempo que perder. —Sus ojos fueron a las marcas en su cuello—. Especialmente no después de cuánta sangre perdiste anoche.

Se levantó y comenzó a empacar su maletín.

—Mientras tanto, descansa. Bebe mucho líquido. Y, Elena... —se detuvo en la puerta, mirándola por encima del hombro— mantén tu ventana cerrada. Con llave, si es posible.

—Alejandro...

—Por favor. —Su voz era casi una súplica—. Solo dame esta oportunidad. Un mes. Y si al final decides que prefieres... lo otro... al menos lo habrás decidido con toda la información. Después de haber visto qué puede hacer la ciencia.

—De acuerdo —susurró Elena.

Alejandro asintió y salió, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Elena se quedó sola en la habitación, con la luz de la tarde pintando sombras largas en las paredes. Llevó una mano a su cuello, tocando las marcas que Vladislaus había dejado. Aún dolían, pero era un dolor dulce, mezclado con recuerdos de placer.

Y mientras tocaba las heridas, sintió algo más. El vínculo. Pulsando suavemente en sus venas como un segundo corazón. Vladislaus estaba despierto, incluso a esta hora del día. Lo sintió removerse en algún lugar oscuro, sintiendo su presencia a través de la conexión que habían forjado.

"Estás bien", sintió más que escuchó. "Gracias a Dios."

"Alejandro me encontró", pensó Elena, sin saber si Vladislaus podía escucharla a través del vínculo.

Un pulso de emoción que podría haber sido celos o preocupación o ambos.

"¿Te dijo la verdad? ¿Sobre lo que está dispuesto a hacer para salvarte?"

Elena frunció el ceño. ¿Qué significaba eso?

Pero antes de que pudiera concentrarse más en el vínculo, escuchó voces en el pasillo. Su tía, hablando con alguien en tonos urgentes.

La puerta se abrió y entró la condesa Markova, apoyándose fuertemente en su bastón. Su rostro estaba pálido, sus labios apretados en una línea delgada.

—Elena —dijo—. Necesitamos hablar.

—Tía, yo...

—Sé dónde estuviste anoche —interrumpió la condesa—. Bertha encontró tierra en tus zapatos. Tierra de cementerio. De la cripta de los Capuchinos, específicamente. Lo reconocí porque... —vaciló— porque he estado allí.

Se sentó pesadamente en la silla que Alejandro había ocupado antes.

—Hace muchos años, cuando era joven como tú, conocí a un hombre. Un conde de Transilvania. Pálido, hermoso, con ojos como plata líquida. Me sedujo con promesas de eternidad, de amor más allá de la muerte. Y casi... casi me dejé convertir.

Elena sintió que se le helaba la sangre.

—¿Qué?

—Vladislaus Dragomir —dijo la condesa—. O alguien usando ese nombre. Hace cuarenta años. Yo tenía veinte. Y era tan tonta como tú.

Levantó la mirada, y sus ojos grises estaban llenos de lágrimas no derramadas.

—Me salvaron en el último momento. Mi familia me arrancó de sus garras, me enviaron lejos. Tardé años en recuperarme, en entender que había estado bajo algún tipo de encantamiento. Y juré que si alguna vez tenía la oportunidad, protegería a otras jóvenes de caer en la misma trampa.

Se inclinó hacia adelante, tomando la mano de Elena con dedos que temblaban ligeramente.

—Elena, niña, escúchame. Lo que sientes por ese hombre no es amor. Es compulsión. Seducción vampírica. Él está en tu mente, en tu sangre, manipulándote para que desees lo que él desea.

—No —protestó Elena—. Él me dijo que nunca usó compulsión conmigo. Que necesitaba que viniera por elección.

—Y le creíste —dijo la condesa con tristeza—. Por supuesto que le creíste. Porque eso es parte de la seducción. Hacerte creer que tu elección es libre cuando en realidad...

—No —dijo Elena con más fuerza—. Tía, entiendo que estés preocupada. Pero esto es diferente. Yo soy diferente.

—Eso es exactamente lo que yo dije —replicó la condesa—. Palabra por palabra. 'Soy diferente. Mi amor es real. Él me entiende como nadie más.' Todas las víctimas de vampiros dicen lo mismo, Elena. Todas.

Se levantó, apoyándose en su bastón.

—Te voy a dar el mismo ultimátum que me dieron a mí. O cortas todo contacto con ese hombre, o te envío de regreso a España. Inmediatamente. Esta misma semana si es necesario.

—No puedes hacer eso.

—Puedo y lo haré. Eres mi responsabilidad ahora. Y no voy a observar cómo destruyes tu alma por una ilusión de amor eterno.

La condesa caminó hacia la puerta, luego se detuvo.

—El doctor Ferrer está trabajando en tratamientos para ti. Dale una oportunidad. Dale tiempo a la ciencia. Y si al final decides que prefieres la oscuridad... bueno, al menos habrás tomado esa decisión con la mente clara, no bajo la influencia de sangre vampírica.

Salió, dejando a Elena sola nuevamente.

Elena se recostó en las almohadas, sintiendo el peso de las decisiones que la rodeaban. Alejandro con su ciencia obsesiva. Vladislaus con su oscuridad seductora. Su tía con su miedo nacido de experiencia.

Y en el medio, ella misma. Muriendo lentamente. Vinculada a un vampiro. Prometida a un médico por un mes.

Atrapada entre dos mundos, dos caminos, dos futuros imposibles.

El vínculo pulsó nuevamente, y sintió la presencia de Vladislaus más claramente esta vez.

"Esta noche", sintió. "Cuando caiga la oscuridad. Vendré a ti."

"No", pensó Elena con desesperación. "No puedo. Le prometí a Alejandro un mes."

Un pulso de dolor a través del vínculo. Y luego: "Entonces te daré ese mes. Pero estaré cerca, mi amor. Siempre cerca. Esperando."

Y mientras la tarde se oscurecía hacia el anochecer, Elena cerró los ojos y se preguntó si un mes sería suficiente para decidir

entre la vida y la muerte.

O si ya había tomado esa decisión la noche que ofreció su cuello a los colmillos de un vampiro.

Capítulo 9

La Biblioteca Prohibida

Alejandro no regresó al hospital.

En lugar de eso, se encontró caminando por las calles de Viena en dirección opuesta, hacia la parte más antigua de la ciudad, donde los edificios se inclinaban unos contra otros como ancianos compartiendo secretos. Sus pies lo llevaron por instinto más que por plan consciente, siguiendo un camino que había recorrido solo una vez antes, años atrás, cuando era un estudiante de medicina demasiado curioso para su propio bien.

La Biblioteca Imperial de Viena era un edificio magnífico durante el día, con su sala de estado barroca y sus miles de volúmenes encuadernados en cuero. Pero Alejandro no se dirigía a la biblioteca pública. Se dirigía a lo que yacía debajo de ella.

Los archivos prohibidos.

Llegó a una puerta lateral, discreta, casi invisible entre las sombras del edificio principal. Tocó un patrón específico —tres golpes, pausa, dos golpes— y esperó.

La puerta se abrió una rendija, revelando el rostro arrugado de un hombre tan viejo que podría haber sido contemporáneo de los libros que guardaba.

—Doctor Ferrer —dijo el anciano con voz como papel rasgándose—. Ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado, Herr Kristoff —respondió Alejandro—. Necesito acceso a las colecciones especiales.

Los ojos del archivista, nublados por cataratas, lo estudiaron.

—¿Qué busca esta vez?

—Registros sobre la familia Dragomir. Transilvania. Siglos XVI y XVII principalmente.

Algo cambió en la expresión del anciano. Sus dedos nudosos se apretaron alrededor del borde de la puerta.

—Esa es una solicitud peligrosa, doctor.

—Lo sé.

—Los Dragomir no son... una familia ordinaria. Los registros sobre ellos están en la sección más restringida. Por buenas razones.

—Necesito verlos de todos modos.

Herr Kristoff lo estudió durante un largo momento. Luego asintió lentamente y abrió la puerta.

—Sígame. Y doctor... tenga cuidado con lo que descubra allí abajo. Algunos conocimientos tienen un precio.

Descendieron por escaleras que Alejandro recordaba vagamente de su única visita anterior. Habían sido talladas directamente en la roca sobre la que se construyó Viena, bajando más y más profundo hasta que el aire se volvió frío y húmedo. Antorchas en soportes de hierro proporcionaban la única luz, proyectando sombras danzantes que parecían tener vida propia.

Finalmente llegaron a una puerta de roble reforzada con hierro. Herr Kristoff sacó un manojo de llaves antiguas y abrió varios cerrojos en secuencia.

—Tres horas —dijo—. Eso es todo lo que puedo darle. Después debo cerrar, esté usted listo o no.

—Entendido.

La puerta se abrió con un gemido que sonó como un suspiró de dolor.

La cámara más allá era más grande de lo que Alejandro esperaba. Las paredes estaban forradas con estantes de piso a techo, todos repletos de volúmenes encuadernados en cuero oscuro. Algunos eran tan antiguos que sus lomos se desmoronaban, otros estaban atados con cadenas como si los libros mismos fueran peligrosos.

En el centro de la habitación había una mesa larga de madera negra, manchada por siglos de uso. Una lámpara de aceite ya ardía allí, como si alguien supiera que vendría.

—Los registros sobre los Dragomir están en la sección este —dijo Herr Kristoff, señalando—. Reconocerá el escudo. Un dragón con alas desplegadas.

—Gracias.

El anciano asintió y se retiró, cerrando la puerta pero no con llave. Alejandro escuchó sus pasos subiendo las escaleras, dejándolo solo con los secretos enterrados de siglos.

Se acercó a la sección indicada y encontró lo que buscaba casi inmediatamente. Una hilera completa de volúmenes, todos marcados con el dragón heráldico de los Dragomir. Tomó el primero, fechado 1580-1620, y lo llevó a la mesa.

El cuero estaba frío bajo sus dedos, casi antinatural en su frialdad. Alejandro abrió el libro y comenzó a leer.

Las primeras páginas eran genealogías estándar. Nacimientos, muertes, matrimonios. La familia Dragomir había sido poderosa una vez, controlando vastas extensiones de tierra en Transilvania. Pero a medida que avanzaba en el texto, comenzaron a aparecer anotaciones más extrañas.

1587: El conde Vladislaus Dragomir acusado de brujería por campesinos locales. Acusación desestimada por falta de evidencia.

1589: Tres muertes inexplicables en el pueblo de Bran. Todos jóvenes, todos encontrados exangües. Rumores de que el conde Dragomir fue visto en el área.

1591: El conde Dragomir aparece en la corte del emperador, pese a reportes de su muerte tres años antes. Cuando se cuestiona, afirma que fueron rumores infundados.

Alejandro sintió un escalofrío recorrer su columna. Siguió leyendo, las entradas volviéndose cada vez más perturbadoras.

1595: Doce muertes en seis meses. Todas en propiedades Dragomir. Todas con las mismas marcas: dos punzones en el cuello, cuerpos completamente drenados de sangre.

1598: El obispo local excomulga al conde Dragomir. El obispo muere misteriosamente dos semanas después.

1603: Testimonio de una sirvienta que afirma haber visto al conde alimentándose del cuello de una joven noble. La sirvienta es declarada loca y encerrada en un manicomio.

Alejandro pasó página tras página, cada entrada más alarmante que la anterior. Y entonces encontró algo que hizo que su sangre se helara.

Un retrato.

Pegado entre las páginas había un grabado en cobre, preservado cuidadosamente bajo papel de seda. Alejandro lo levantó con manos temblorosas y lo llevó más cerca de la lámpara.

El hombre en el retrato era idéntico al conde Dragomir que Elena había conocido.

No similar. Idéntico.

Los mismos pómulos altos. La misma mandíbula fuerte. Los mismos ojos que incluso en el grabado en blanco y negro parecían penetrar a través del observador. La misma expresión de arrogancia antigua y tristeza infinita.

El grabado estaba fechado: *Vladislaus Dragomir, Conde de Transilvania, 1605.*

Hace casi trescientos años.

—Imposible —murmuró Alejandro, pero su voz carecía de convicción.

Con manos cada vez menos firmes, tomó el siguiente volumen. Este cubría 1600-1650. Las entradas sobre Vladislaus Dragomir se volvían más frecuentes, más desesperadas.

1606: La Inquisición inicia investigación formal sobre el conde Dragomir. Múltiples testigos afirman haberlo visto beber sangre humana.

1607: Intento de arrestar al conde. Sus guardias resisten. Batalla resulta en veinte muertos. El conde escapa.

1608: Cazadores contratados para rastrear al conde. Todos mueren en circunstancias misteriosas.

1609: El conde Dragomir finalmente capturado. Juicio por brujería, vampirismo, y múltiples asesinatos. Declarado culpable. Sentenciado a muerte.

Alejandro sintió un destello de alivio. Entonces vio la siguiente entrada.

1609: Ejecución del conde Dragomir. Decapitado, estacado, enterrado en suelo no consagrado con ajo y cenizas de fresno. Tres sacerdotes presentes para asegurar que no pudiera regresar de la muerte.

1610: Reportes de un hombre idéntico al conde Dragomir visto en Hungría. Imposible de confirmar.

1650: Un noble usando el nombre Dragomir aparece en registros de Praga. Descripción física coincide exactamente con el conde ejecutado cuarenta años antes.

Alejandro cerró el libro bruscamente, respirando pesadamente. Su mente racional gritaba que debía haber una explicación. Descendientes. Hombres usando el mismo nombre. Coincidencia.

Pero había visto el retrato. Y había visto al hombre en el baile.

Eran la misma persona.

Se levantó de la mesa y comenzó a recorrer los estantes, buscando más información. Encontró volúmenes sobre folclore vampírico, tratados médicos sobre enfermedades de la sangre, registros de la Inquisición sobre casos de "no-muertos."

En un tomo particularmente grueso titulado *"Compendio de Manifestaciones Demoniacas en Europa Central,"* encontró un capítulo completo dedicado a vampiros.

Las descripciones eran detalladas, casi clínicas en su precisión. Alejandro leyó sobre cómo los vampiros podían vivir siglos sin envejecer, cómo necesitaban sangre humana para sobrevivir, cómo podían seducir a sus víctimas con compulsión sobrenatural.

Y leyó sobre cómo matarlos.

Estaca de fresno a través del corazón. Decapitación seguida de quema del cuerpo. Exposición a la luz solar directa. Símbolos sagrados y agua bendita.

Nota importante: Los vampiros son criaturas de gran astucia y poder. No deben ser confrontados sin preparación adecuada. Buscar siempre la guía de la Iglesia y cazadores experimentados.

Alejandro encontró su cuaderno y comenzó a tomar notas frenéticas. Métodos de matarlos. Debilidades conocidas. Formas de protección.

Entonces encontró algo que lo hizo detenerse.

Un capítulo titulado: *"Sobre la Creación de Nuevos Vampiros y la Maldición de la Sangre."*

Leyó con creciente horror:

Un vampiro puede crear otro a través del intercambio de sangre. La víctima debe beber la sangre del vampiro mientras el

vampiro bebe la de ella. Este vínculo puede realizarse gradualmente o de una sola vez.

Una vez establecido el vínculo de sangre, la víctima comenzará a sentir la presencia del vampiro. Sus pensamientos se volverán hacia él constantemente. Deseará su compañía, su toque, su mordida, como un adicto desea opio.

Este es el primer paso hacia la conversión. Si se permite continuar, la víctima perderá lentamente su voluntad propia, convirtiéndose en un títere del vampiro.

La conversión completa requiere que la víctima muera con sangre vampírica en su sistema y luego renazca como no-muerta. Este proceso es irreversible. El alma de la persona se pierde, reemplazada por un demonio sediento de sangre.

Las manos de Alejandro temblaban tanto que casi dejó caer el libro.

Elena había ido a Vladislaus voluntariamente. Había regresado con marcas de mordida y una pérdida masiva de sangre. Y en su delirio esa mañana, mientras la limpiaba, había murmurado el nombre de Vladislaus con un anhelo que le había partido el corazón.

¿Significaba eso que...?

—No —dijo en voz alta, su voz resonando en la cámara silenciosa—. No. Ella todavía es ella. Todavía es humana.

Pero ¿por cuánto tiempo?

Siguió leyendo, buscando desesperadamente alguna forma de romper un vínculo de sangre. Finalmente lo encontró, en un manuscrito tan antiguo que el latín era casi ilegible:

Si vínculum sanguinis recens est, potest disrumpi per purificationem sanguinis. Transfusio sanguinis puri, benedicta aqua, et preces sacrae fortasse sufficiant.

Su latín estaba oxidado, pero entendió lo suficiente: *Si el vínculo de sangre es reciente, puede romperse mediante purificación de la sangre. Transfusión de sangre pura, agua bendita, y oraciones sagradas quizás sean suficientes.*

Transfusión de sangre. Eso podía hacerlo. Había estado experimentando con transfusiones durante años. Si reemplazaba la sangre contaminada de Elena con sangre fresca...

Pero ¿de dónde obtendría sangre "pura"? ¿Y cómo la bendeciría? Él era hombre de ciencia, no sacerdote.

Alejandro cerró el libro y se frotó los ojos, sintiendo el peso de la fatiga y algo más oscuro. Desesperación. Porque cada página que leía, cada testimonio que encontraba, apuntaba a la misma conclusión imposible:

Los vampiros eran reales.

Y uno de ellos había puesto sus garras en Elena.

Un sonido lo sobresaltó. Pasos bajando las escaleras. Herr Kristoff regresaba.

—Cinco minutos, doctor —llamó el anciano—. Debo cerrar.

—Necesito más tiempo —protestó Alejandro.

—Lo siento. Las reglas son las reglas.

Alejandro miró frenéticamente los estantes, sabiendo que había más información aquí, más secretos que podría usar. Entonces su mirada cayó sobre un volumen delgado en el estante más bajo, casi oculto detrás de otros libros más grandes.

Lo sacó. El título estaba en alemán antiguo: *"Von der Wissenschaft des Vampirjagens"* — Sobre la Ciencia de Cazar Vampiros.

Científico. No supersticioso. Exactamente lo que necesitaba.

—¿Puedo llevarme este? —preguntó cuando Herr Kristoff entró.

El anciano miró el libro y frunció el ceño.

—Ese no debería estar aquí. Pensé que todos los tratados de cazadores habían sido trasladados a la sección del Vaticano.

—¿Puedo llevármelo? —insistió Alejandro.

Herr Kristoff vaciló, luego asintió lentamente.

—Si debe hacerlo. Pero devuélvalo cuando termine. Y doctor... —sus ojos nublados se clavaron en Alejandro con una intensidad inesperada— tenga cuidado. Cazar vampiros no es como tratar pacientes. No se puede curar a un vampiro. Solo destruirlo.

—Lo sé.

—¿Lo sabe? ¿De verdad? —El anciano sacudió la cabeza—. He visto a hombres venir aquí buscando estas cosas antes. Hombres

determinados, como usted. La mayoría nunca regresan. Y los que lo hacen... ya no son los mismos.

—Asumiré el riesgo.

Alejandro tomó el libro y algunos de sus cuadernos de notas. Mientras subían las escaleras, podía sentir el peso del conocimiento que había ganado. Y el peso de lo que significaba.

Había venido aquí buscando pruebas de que Vladislaus Dragomir era un impostor, un loco, cualquier cosa menos lo que Elena creía.

En cambio, había encontrado evidencia de que era exactamente lo que parecía ser.

Un vampiro. Inmortal. Peligroso. Y obsesionado con Elena.

Salió de la biblioteca al anochecer. El cielo sobre Viena se teñía de púrpura y naranja, las últimas luces del día muriendo. Pronto sería de noche. La hora cuando los vampiros caminaban.

Alejandro apretó el libro contra su pecho y comenzó a caminar rápidamente. Tenía mucho que hacer. Necesitaba preparar transfusiones. Conseguir agua bendita de alguna manera. Investigar los métodos descritos en el libro de cazadores.

Y necesitaba proteger a Elena. Mantenerla a salvo hasta que pudiera romper el vínculo que la ataba a ese monstruo.

Porque ahora sabía la verdad: Vladislaus no era solo peligroso. Era una criatura condenada, sin alma, que seducía a mujeres inocentes para alimentarse de ellas. Y Elena, con su enfermedad, con su desesperación, con su anhelo de más tiempo, era la víctima perfecta.

Pero Alejandro no la dejaría caer. Usaría la ciencia. Usaría el conocimiento antiguo de los cazadores. Usaría cualquier cosa y todo.

"Si los monstruos existen," pensó mientras el sol finalmente se hundía bajo el horizonte, "entonces la ciencia debe poder destruirlos."

Y si la ciencia no era suficiente, encontraría otros métodos. Cruzaría cualquier línea. Haría cualquier cosa.

Porque la alternativa —perder a Elena a la oscuridad, verla convertirse en lo que era Vladislaus— era inconcebible.

Incluso si eso significaba convertirse él mismo en un tipo diferente de monstruo.

Mientras caminaba por las calles oscurecidas de Viena, Alejandro no notó la figura que lo observaba desde un tejado cercano. No vio los ojos plateados que brillaban en la oscuridad, siguiendo cada uno de sus movimientos.

Vladislaus había sentido la perturbación a través del vínculo con Elena. Había sentido el miedo de Alejandro, su determinación creciente, su descenso hacia la obsesión.

Y sonrió.

Porque sabía algo que el buen doctor aún no comprendía: en la batalla entre ciencia y oscuridad, entre razón y pasión, entre vida mortal e inmortalidad...

La oscuridad ya había ganado.

El vínculo de sangre con Elena estaba forjado. Crecía más fuerte cada hora. Y pronto, muy pronto, ella vendría a él. No porque él la obligara, sino porque lo desearía más que la vida misma.

Todo lo que Alejandro podía hacer era retrasar lo inevitable.

Y en el proceso, probablemente perdería su propia alma intentando salvar la de Elena.

Vladislaus se desvaneció en las sombras, dejando que el médico continuara su búsqueda desesperada.

Después de todo, tenía toda la eternidad.

Y Elena... bueno, Elena tenía un mes.

Más que suficiente tiempo para que el vínculo de sangre hiciera su trabajo.

Capítulo 10

Seducción en la Capilla Abandonada

Elena aguantó exactamente tres días.

Tres días de permanecer en su habitación mientras Alejandro administraba sus tratamientos. Tres días de beber sueros amargos que le revolvían el estómago y someterse a exámenes que se volvían cada vez más invasivos. Tres días de sentir el vínculo de sangre pulsando en sus venas como un segundo corazón, llamándola, tirando de ella hacia la oscuridad donde Vladislaus esperaba.

El primer día había sido casi soportable. Alejandro llegó con su equipo médico y una determinación férrea. Le tomó muestras de sangre, tantas que Elena se sintió mareada. Le explicó su teoría: que podía diluir la "contaminación" en su sangre —nunca decía directamente "sangre vampírica"— mediante transfusiones cuidadosas de sangre fresca.

—¿De dónde obtienes la sangre? —preguntó Elena mientras él preparaba la aguja.

—De donantes en el hospital —respondió Alejandro, pero algo en su tono hizo que Elena sospechara que no estaba diciendo toda la verdad—. Jóvenes sanos que han accedido a donar por una compensación.

Elena no preguntó más. No estaba segura de querer saber.

La primera transfusión la dejó débil pero extrañamente clara. El vínculo con Vladislaus se atenuó ligeramente, como si una niebla se hubiera levantado un poco. Por un momento, Elena pudo pensar sin el constante tirón de su presencia.

Alejandro vio el cambio en sus ojos y sonrió con satisfacción.

—Está funcionando —dijo—. Ya lo ves, Elena. La ciencia puede contrarrestar incluso esto.

Pero para la noche del segundo día, el vínculo había regresado con más fuerza que antes. Como si hubiera estado contenido y ahora se liberara con venganza. Elena yacía en su cama, sudando, sintiendo la presencia de Vladislaus tan claramente como si estuviera en la habitación con ella.

"Me llamas", sintió a través del vínculo. "Puedo sentir tu necesidad. Tu anhelo."

"No", pensó Elena ferozmente. "Prometí un mes."

"Un mes es una eternidad cuando cada segundo sin ti es agonía."

"Debes esperar."

Un pulso de emoción tan intensa que la hizo jadear. Dolor. Anhelo. Y debajo de todo eso, una hambre que no tenía nada que ver con la sangre y todo que ver con ella.

"Entonces ven a mí ahora", urgió. "Solo una vez. Solo para verte. Para asegurarme de que estás bien."

"No puedo."

"Puedes. Y lo harás. Porque me deseas tanto como yo te deseo a ti."

Y esa era la terrible verdad. Con cada hora que pasaba, con cada latido de su corazón, Elena lo deseaba más. No era solo atracción física, aunque ciertamente eso era parte de ello. Era una necesidad más profunda, más primaria. Como si una parte de su alma hubiera sido arrancada y solo Vladislaus pudiera devolverla.

El tercer día, Alejandro llegó con algo diferente. Un frasco de agua que brillaba débilmente a la luz.

—¿Qué es eso? —preguntó Elena.

Alejandro vaciló.

—Agua bendita. De la Catedral de San Esteban. Mezclada con tu próxima dosis de medicamento.

—Alejandro, dijiste ciencia. No superstición.

—A veces —dijo con cuidado— la ciencia y la fe deben trabajar juntas.

Elena se negó a beberla.

—Hicimos un trato. Honestidad total. Y esto... esto no es ciencia.

—Es protección —insistió Alejandro—. Elena, he estado investigando. He encontrado cosas sobre ese hombre, sobre lo que es. Y sé que está en tu cabeza, en tu sangre. Puedo verlo en la forma en que tus ojos se pierden a veces, como si estuvieras escuchando algo que yo no puedo oír.

—¿Qué has encontrado?

Alejandro se sentó pesadamente en la silla junto a su cama.

—Registros. Que se remontan siglos. Vladislaus Dragomir no es solo un hombre usando un viejo título nobiliario. Es... el conde original. Ha estado vivo, si se le puede llamar así, durante casi trescientos años.

Elena sintió que debería estar sorprendida. Pero el vínculo le había mostrado fragmentos de sus recuerdos. Había visto siglos desfilar ante sus ojos. Ya lo sabía.

—¿Y eso cambia algo? —preguntó.

—¡Cambia todo! —Alejandro se inclinó hacia adelante, tomando sus manos—. Elena, no es humano. Es un depredador. Un parásito que se alimenta de los vivos. Todo lo que siente por ti es... es instinto. Hambre. No amor.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque criaturas como él no pueden amar. No tienen almas.

Elena retiró sus manos.

—Tú no lo conoces.

—¡Y tú sí? —El rostro de Alejandro se tensó—. ¿Realmente crees que conoces a esa cosa? ¿Después de qué, unas pocas conversaciones? ¿Unos sueños? ¿Un intercambio de sangre que te ha dejado vinculada a él como... como un adicto a su droga?

—Vete —dijo Elena con voz baja.

—Elena...

—He dicho que te vayas. —Levantó la voz—. Te di un mes. Eso no incluye insultar lo que no entiendes.

Alejandro se levantó, con el rostro pálido.

—Tienes razón. Lo siento. Yo... —se pasó una mano por el cabello— estoy asustado. Asustado de perderte. Y ese miedo me hace decir cosas que no debería.

—Entonces vete. Regresa mañana cuando puedas ser racional.

Alejandro asintió y se fue, llevándose su agua bendita y sus acusaciones.

Elena esperó hasta que escuchó la puerta principal cerrarse. Luego esperó otra hora para estar segura. Finalmente, cuando el reloj dio las nueve de la noche, se levantó y comenzó a vestirse.

Sus manos temblaban mientras se abotonaba el vestido. Parte por debilidad —las transfusiones de Alejandro la habían dejado agotada— y parte por anticipación.

Sabía que estaba rompiendo su promesa. Sabía que Alejandro se sentiría traicionado. Sabía que su tía se horrorizaría.

Pero el vínculo tiraba de ella como una corriente irresistible, y Elena ya no tenía fuerzas para resistir.

"Donde estés", pensó, proyectando a través del vínculo. "Necesito verte."

La respuesta fue inmediata, ardiente: "La capilla de San Miguel. La vieja. En ruinas. Al norte de la ciudad. Te estaré esperando."

La capilla de San Miguel había sido abandonada durante más de un siglo. Alguna vez fue parte de un monasterio próspero, pero una plaga en el siglo XVIII había matado a todos los monjes. Ahora solo quedaban ruinas: paredes de piedra cubiertas de hiedra, vidrieras rotas, el esqueleto de lo que alguna vez fue santo ahora reclamado por la naturaleza.

Elena llegó en un carruaje de alquiler, diciéndole al conductor que esperara. Él la miró con evidente desaprobación —una joven sola a esta hora, yendo a un lugar como este— pero las monedas que le dio callaron sus objeciones.

La capilla se alzaba contra el cielo nocturno como una calavera gigante. La luna llena brillaba a través de las ventanas rotas, proyectando patrones de luz y sombra sobre el piso cubierto de musgo. El altar había sido profanado hace mucho tiempo, pero aún se podía ver dónde había estado. Frescos desvaídos cubrían las paredes, mostrando escenas de santos y mártires, sus rostros casi borrados por el tiempo y la humedad.

Elena entró lentamente, sus pasos resonando en la piedra. El aire olía a tierra húmeda, a vegetación en descomposición, y debajo de todo eso, a algo más antiguo. A siglos de oraciones sin respuesta.

—Viniste.

La voz de Vladislaus emergió de las sombras cerca del antiguo altar. Elena se volvió y lo vio de pie allí, una figura oscura contra la piedra más oscura. La luz de la luna lo bañaba en plata, haciendo que pareciera más estatua que hombre.

—No podía quedarme alejada —admitió Elena—. Lo intenté. Pero el vínculo...

—Lo sé. —Vladislaus se acercó lentamente, y Elena pudo ver su rostro con más claridad. Había hambre allí, sí, pero también alivio. Como si también él hubiera estado sufriendo—. Sentí cada momento de tu lucha. Cada segundo que el médico intentaba purgar mi sangre de la tuya. Dolió, Elena. Como si me arrancaran parte de mi ser.

—Alejandro está tratando de ayudarme.

—Alejandro está tratando de poseerte. —Vladislaus se detuvo a unos metros de distancia—. Quiere mantenerte viva, sí. Pero también quiere mantenerte alejada de mí. ¿Ves la diferencia?

—Él no es así.

—¿No? —Vladislaus inclinó la cabeza—. Pregúntale de dónde viene la sangre para sus transfusiones. Pregúntale qué está dispuesto a hacer para "salvarte". Pregúntale cuánto de su obsesión es ciencia y cuánto es... otra cosa.

Elena no quería escuchar esto. No quería que Vladislaus tuviera razón sobre Alejandro. Pero había visto el fervor en los ojos del médico, la forma en que sus manos temblaban cuando la tocaba, como si estuviera conteniendo algo más oscuro.

—¿Por qué me pediste que viniera aquí? —preguntó en cambio.

—Porque necesitaba verte. Tocarte. Asegurarme de que aún eres real y no otro sueño cruel. —Vladislaus dio otro paso más cerca —. He soñado contigo durante trescientos años, Elena. Y cada vez que despierto sin ti, una parte de mí muere de nuevo.

—No puedes morir. Eres inmortal.

—El cuerpo, sí. Pero el corazón... el corazón puede romperse infinitas veces. —Estaba lo suficientemente cerca ahora para tocarla si extendiera la mano—. ¿Sabes cuántas veces he estado de pie en el borde del amanecer, listo para dar ese último paso hacia la luz? ¿Cuántas veces he decidido que la eternidad sin ti no vale la pena?

—Vladislaus...

—Pero siempre me detengo. Porque siempre hay esperanza de que regreses. Y siempre lo haces. —Su voz se quebró ligeramente—. Pero esta vez, esta vez cuando te encontré, cuando te vi en ese baile, supe que era mi última oportunidad. Porque si te pierdo de nuevo, si te veo morir de nuevo... no habrá más espera. Me encontraré con el sol y terminaré con esto.

Elena sintió lágrimas ardiendo en sus ojos.

—No digas eso.

—¿Por qué no? Es la verdad. —Finalmente cerró la distancia entre ellos, y sus manos se levantaron para enmarcar su rostro—. Eres mi razón para existir, Elena. La única luz en mi oscuridad. La única cosa hermosa en siglos de fealdad.

—Soy mortal. Enferma. Muriendo.

—Eres perfecta. —Sus pulgares acariciaron sus mejillas, limpiando lágrimas que Elena no se había dado cuenta de haber derramado—. Cada vida, cada versión tuya, perfecta a su manera. Pero tú, mi Elena de este siglo, eres la más valiente. Porque viniste a mí sabiendo lo que soy. Viniste por elección.

—No estoy segura de que sea elección cuando el vínculo me tira así.

—El vínculo amplifica lo que ya estaba allí. —Vladislaus se inclinó más cerca, su frente casi tocando la de ella—. Si no me desearas, si no sintieras esta conexión, el vínculo no tendría poder sobre ti.

—Eso hace que sea peor, ¿no crees? Que yo desee esto. Que desee a un monstruo.

Una sonrisa triste curvó los labios de Vladislaus.

—Probablemente. Pero si soy un monstruo, al menos soy tu monstruo.

Y entonces la besó.

No fue como el primer beso en la cripta, breve y lleno de promesas. Esto fue algo completamente diferente. Esto fue hambre desatada, anhelo de siglos condensado en un momento, oscuridad y luz chocando y fusionándose.

Los labios de Vladislaus eran fríos pero demandantes, moviéndose contra los de ella con una intensidad que robó el aliento de Elena. Una de sus manos se deslizó desde su mejilla hacia su cuello, sosteniéndola en su lugar, mientras la otra rodeaba su cintura, atrayéndola contra su cuerpo.

Elena sintió que sus rodillas se debilitaban. Se aferró a los hombros de Vladislaus, necesitando su solidez para no caer. El frío de su cuerpo debería haberla hecho retroceder, pero en cambio la atraía más cerca, como si pudiera fundirse con esa oscuridad helada.

El beso se profundizó. La boca de Vladislaus se abrió contra la suya, su lengua rozando sus labios, pidiendo entrada. Elena se la dio sin pensar, y sintió el momento en que sus lenguas se tocaron como una descarga eléctrica recorriendo su columna.

Podía saborear algo en su boca. Metálico y dulce a la vez. Y se dio cuenta con un estremecimiento que era sangre. No sabía si de ella o de él o de alguna pobre alma de la que se había alimentado antes. Y lo terrible era que no le importaba.

Las manos de Vladislaus se movieron, una deslizándose por su espalda, presionándola más cerca, la otra enredándose en su cabello, inclinando su cabeza para profundizar aún más el beso. Era posesivo, consumidor, como si estuviera tratando de devorar su alma a través de sus labios.

Y Elena se entregó a ello. Se entregó al beso, a la sensación, a la oscuridad que prometía. Sintió sus propias manos moverse, explorando. Los hombros de Vladislaus bajo su abrigo, duros como piedra. La curva de su cuello. El cabello en su nuca, sedoso entre sus dedos.

Cuando finalmente se separaron, ambos jadeaban —bueno, Elena jadeaba; Vladislaus no necesitaba respirar pero lo hacía de todos modos, como un eco de humanidad.

—Eso —dijo Vladislaus con voz ronca— fue nuestro primer verdadero beso. No en sueños. No interrumpido. Solo nosotros.

—Sí —logró decir Elena, su voz apenas un susurro.

—¿Valió la pena la espera de trescientos años?

Elena levantó la vista hacia esos ojos plateados que brillaban en la oscuridad.

—Sí. Dios me ayude, sí.

Vladislaus soltó un sonido bajo, entre risa y gemido.

—No llames a Dios aquí, mi amor. Hace mucho que abandonó este lugar. Solo hay oscuridad aquí. Oscuridad y nosotros.

La giró en sus brazos, presionando su espalda contra su pecho, y Elena sintió cada línea de su cuerpo contra el suyo. Una de sus manos descansó en su cintura, la otra rozando su cuello donde el pulso latía visible.

—¿Sientes eso? —murmuró contra su oído—. Tu corazón latiendo. Tan rápido. Tan vivo. Es el sonido más hermoso del mundo.

Elena sintió sus labios rozando la piel sensible detrás de su oreja, enviando escalofríos por todo su cuerpo.

—Vladislaus...

—Dime que me deseas —exigió, su voz un susurro oscuro—. Dilo de nuevo. Sin el vínculo como excusa. Sin la oscuridad para esconderte. Mírame a los ojos y dime que me deseas.

Elena se volvió en sus brazos para enfrentarlo. Levantó las manos para enmarcar su rostro, sintiendo la frialdad de su piel contra sus palmas.

—Te deseo —dijo claramente—. No sé si es amor o locura o algo entre ambos. Pero te deseo. No puedo pensar sin pensar en ti. No puedo respirar sin preguntarme dónde estás. Y cuando estoy cerca de ti, siento como si finalmente pudiera ser quien realmente soy.

Algo ardió en los ojos de Vladislaus. Triunfo, sí, pero también ternura.

—¿Y quién eres realmente, mi Elena?

—Tuya —susurró—. En esta vida o en la otra. Tuya.

Vladislaus la besó de nuevo entonces, y este beso fue diferente. Más suave pero de alguna manera más profundo. Como si estuviera bebiendo de su alma en lugar de su boca. Elena sintió el mundo disolverse alrededor de ellos, reduciéndose a esto: a la

sensación de sus labios contra los de él, a las manos de Vladislaus sosteniéndola como si fuera algo precioso, a la forma en que sus cuerpos se ajustaban perfectamente pese a la diferencia de temperatura.

Y mientras se besaban bajo los frescos desvaídos de santos olvidados, Elena sintió algo cambiar. El vínculo de sangre pulsó, fortaleciéndose, profundizándose. Sintió los pensamientos de Vladislaus como si fueran suyos:

Mía. Finalmente mía. Nunca te dejaré ir. Nunca.

Y sus propios pensamientos en respuesta:

Tuya. Siempre tuya. En la luz o en la oscuridad.

Cuando se separaron, Vladislaus apoyó su frente contra la de ella, sus ojos cerrados, su expresión casi de dolor.

—Debo apartarte de mí ahora —dijo— o no podré detenerme.

—¿Detener qué?

—De morderte de nuevo. De beber profundamente. De tomar tanto que el vínculo se vuelva permanente. —Abrió los ojos, y Elena vio hambre allí, cruda y primitiva—. Te deseo, Elena. Cada gota de ti. Tu sangre, tu alma, tu eternidad. Pero si tomo más ahora, antes de que estés lista, antes de que hayas elegido verdaderamente...

—Ya he elegido —protestó Elena.

—No. —Se apartó, poniendo distancia entre ellos—. Aún tienes dudas. Aún te preguntas si es el vínculo hablando o tu corazón. Y merezco que estés segura. Que vengas a mí sin reservas, sin preguntas.

Elena sintió la pérdida de su contacto como un dolor físico.

—¿Cuándo? ¿Cuándo estaré segura?

—Cuando elijas entre tu médico y yo. Entre la vida que él promete y la eternidad que yo ofrezco. —Vladislaus se movió hacia las sombras, como si la luz de la luna le causara dolor—. Dale su mes, Elena. Deja que intente salvarte. Y si al final decides que prefieres esa salvación, no me interpondré.

—Mientes.

Una sonrisa oscura.

—Sí, miento. Si intentas alejarte de mí ahora, después de esto, después de saber cómo sabe tu boca, cómo se siente tu

cuerpo contra el mío... te seguiré. Te acosaré. Te seduciré de nuevo una y mil veces hasta que no puedas recordar por qué alguna vez quisiste alejarte.

—Eso es...

—¿Obsesivo? ¿Posesivo? ¿Enfermizo? —Vladislaus se encogió de hombros—. Todo eso. Soy un vampiro, Elena. No jugamos limpio. No conocemos límites. Cuando amamos, lo hacemos con la intensidad de siglos. Y cuando poseemos... poseemos completamente.

Se acercó de nuevo, lo suficientemente cerca para tocarla pero sin hacerlo.

—Pero no te convertiré contra tu voluntad. Esa elección debe ser tuya. Porque si te convierto sin tu verdadero consentimiento, pasarás la eternidad odiándome. Y prefiero morir mil veces que ver odio en tus ojos.

Elena levantó una mano y rozó su mejilla. Vladislaus cerró los ojos ante el toque, inclinándose hacia él como una flor hacia el sol.

—No podría odiarte —susurró Elena.

—Aún no has visto lo que soy realmente. Lo que hago para sobrevivir. Las cosas de las que soy capaz cuando la sed se vuelve insoportable. —Abrió los ojos, y había oscuridad allí—. Soy un depredador, Elena. Y aunque intento tener... escrúpulos, al final del día, sigo siendo un monstruo.

—Todos somos monstruos de alguna manera.

—No como yo. —Tomó su mano y la presionó contra su pecho, justo sobre su corazón—. ¿Sientes eso? Nada. Mi corazón dejó de latir hace trescientos años. Estoy muerto, Elena. Caminando, hablando, sintiendo, pero muerto de todos modos.

Elena mantuvo su mano allí, sintiendo la ausencia de latidos. Debería haberla aterrorizado. En cambio, sintió una tristeza profunda.

—¿Duele? ¿Estar muerto?

—Cada segundo de cada día. —Su voz se quebró—. Pero cuando estás cerca, cuando me tocas, cuando me miras como me estás mirando ahora... duele menos.

Se miraron en el silencio de la capilla en ruinas, dos almas atrapadas entre mundos, ambos anhelando algo que sabían que probablemente no deberían tener.

—Debería regresar —dijo Elena finalmente—. Antes de que Alejandro venga a buscarme de nuevo.

—Lo sé. —Vladislaus besó su palma, luego soltó su mano—. Pero volveremos a vernos. Pronto.

—¿Cuándo?

—Cuando me necesites. El vínculo me lo dirá. Y vendré.

—Alejandro dice que puede romper el vínculo. Purgar tu sangre de la mía.

Una expresión oscura cruzó el rostro de Vladislaus.

—Puede intentarlo. Pero el vínculo no es solo sangre, Elena. Es alma. Y las almas una vez entrelazadas no se separan tan fácilmente.

Se movió hacia las sombras más profundas de la capilla.

—Ve ahora. Antes de que pierda el control y te mantenga aquí hasta el amanecer. Y después.

Elena caminó hacia la salida, pero en el umbral se detuvo y miró hacia atrás.

—Vladislaus. Lo que dijiste antes. Sobre encontrarte con el sol si me pierdes. No lo hagas. Prométemelo.

—No puedo prometer eso.

—Prométemelo. —Su voz se quebró—. No quiero llevar tu muerte sobre mi conciencia. Ni en esta vida ni en la próxima.

Vladislaus fue silencioso durante un largo momento. Luego:

—Si muero, será mi elección. No tu culpa. Nunca tu culpa, mi amor.

No era la promesa que Elena quería, pero sabía que era todo lo que obtendría.

Salió de la capilla hacia la noche, donde el carruaje aún esperaba. El conductor la miró con ojos conocedores, como si supiera exactamente qué tipo de cita había tenido en ese lugar profano.

Durante el viaje de regreso, Elena tocó sus labios, aún sintiendo el fantasma del beso de Vladislaus. Sabía que debería

sentirse culpable. Había roto su promesa a Alejandro. Había cedido a la oscuridad que todos le advertían que evitara.

Pero todo lo que sentía era una sensación de plenitud. Como si una parte de ella que había estado faltando toda su vida finalmente hubiera encontrado su lugar.

"Tuya", pensó a través del vínculo. "En esta vida o en la otra."

Y sintió la respuesta de Vladislaus, cálida pese a su frialdad:

"Mía. Siempre mía."

Cuando llegó al palacete, encontró a Alejandro esperándola en el vestíbulo. Su rostro se puso pálido cuando la vio.

—¿Dónde has estado?

Elena no respondió. No necesitaba hacerlo. Alejandro vio la verdad en sus ojos. Vio el brillo en sus labios, el color en sus mejillas que había estado ausente durante días.

—Fuiste a verlo —dijo, su voz muerta.

—Sí.

—Después de todo lo que... después de que prometiste...

—Necesitaba verlo, Alejandro. El vínculo...

—¡Al diablo con el vínculo! —explotó—. ¿No lo ves, Elena? Cada vez que vas a él, te ata más fuerte. Cada vez que lo besas, te acerca más a convertirte en lo que él es.

—Tal vez eso es lo que quiero.

Las palabras cayeron entre ellos como piedras en agua quieta.

Alejandro retrocedió como si lo hubiera golpeado.

—No. No, no lo dices en serio. Es el vínculo hablando. La sangre vampírica en tu sistema.

—¿Y si no lo es? ¿Y si esta soy yo, Alejandro? ¿La verdadera yo, eligiendo lo que realmente deseo?

—Entonces —dijo Alejandro, su voz temblorosa de emoción contenida— haré todo en mi poder para salvarte de ti misma. Incluso si eso significa cruzar líneas que juré nunca cruzar. Incluso si eso significa convertirme en el monstruo para destruir al tuyo.

Se dio vuelta y salió, dejando a Elena sola en el vestíbulo.

Y mientras subía las escaleras hacia su habitación, Elena se preguntó cuál sería peor:

La oscuridad que Vladislaus ofrecía abiertamente.
O la que Alejandro estaba abrazando en nombre de salvarla.

Capítulo 11

El Ensueño Carmesí

Elena ardía.

No era fiebre ordinaria. Alejandro había tomado su temperatura tres veces en la última hora y el termómetro marcaba solo ligeramente elevada. Pero Elena sentía como si llamas invisibles consumieran su piel desde adentro, como si su sangre hirviera en sus venas.

Habían pasado dos días desde su encuentro con Vladislaus en la capilla. Dos días durante los cuales Alejandro había intensificado sus tratamientos con una determinación que rayaba en la desesperación. Más transfusiones. Más sueros. Y ahora, incluso había traído a un sacerdote —disfrazado como "consultor espiritual"— para bendecir su habitación mientras ella dormía.

Elena podía sentir los símbolos sagrados que Alejandro había escondido por toda la habitación. Una cruz pequeña deslizada bajo su almohada. Agua bendita rociada en los marcos de las puertas. Incluso había colgado ajo —ajo real, como en los cuentos de viejas — en las esquinas de la habitación, aunque lo había escondido detrás de flores frescas para disimular el olor.

Y nada de eso importaba.

Porque el vínculo con Vladislaus era más fuerte que cualquier bendición, más poderoso que cualquier talismán. Pulsaba en sus venas como un segundo corazón, llamándola, tirando de ella hacia la oscuridad con una insistencia que no podía ignorar.

Ahora era de noche. Alejandro se había quedado nuevamente, instalándose en la silla junto a su cama como un guardián cansado. Elena podía escuchar su respiración lenta y regular. Se había quedado dormido finalmente, agotado por días de trabajo frenético en el hospital y noches cuidándola.

Elena yacía inmóvil bajo las sábanas, con los ojos cerrados, pero completamente despierta. Cada nervio de su cuerpo vibraba con conciencia. Podía sentir a Vladislaus allá afuera en la oscuridad, más cerca de lo que había estado desde la capilla.

"Estás ahí", pensó a través del vínculo. "Puedo sentirte."

"Siempre estoy aquí", vino la respuesta, oscura como terciopelo. "Esperando. Deseando. Muriendo lentamente de necesidad."

"El sacerdote bendijo mi habitación. Alejandro cree que te mantendrá alejado."

Una risa suave, sin humor: "Las bendiciones solo funcionan contra aquellos sin invitación. Pero tú ya me has invitado, mi amor. En tu corazón, en tu sangre, en cada pensamiento que tienes de mí."

"No puedes entrar. Él está aquí. Te vería."

"¿De verdad?"

Y entonces Elena sintió algo cambiar en el aire. Una presencia más fuerte, más cercana. Abrió los ojos y miró hacia la ventana.

Estaba cerrada y con llave, como Alejandro había insistido. Pero del otro lado del cristal, apenas visible en las sombras, había una figura. Alta, oscura, inconfundible.

Vladislaus estaba en su balcón.

El corazón de Elena se aceleró. Miró hacia Alejandro, que seguía dormido profundamente en su silla, con la cabeza inclinada en un ángulo incómodo.

"No puede verte", sintió Vladislaus a través del vínculo. "He nublado sus sentidos. Dormirá profundamente, soñando sueños sin significado, mientras tú y yo..."

"¿Mientras nosotros qué?"

"Compartimos algo más verdadero que la vigilia."

Elena se levantó de la cama lentamente, con cuidado de no hacer ruido. Sus pies descalzos tocaron el suelo frío. Llevaba solo un camisón de algodón blanco, fino y casi transparente a la luz de la luna.

Se acercó a la ventana como una sonámbula, atraída por esos ojos plateados que brillaban en la oscuridad.

Vladislaus presionó una mano contra el cristal. Elena levantó la suya y la colocó al otro lado, palma contra palma con solo el vidrio frío entre ellas.

"Déjame entrar", susurró, y aunque no había forma de que pudiera escuchar su voz real a través del cristal cerrado, Elena la escuchó claramente en su mente.

"Alejandro..."

"Está dormido. Y seguirá así. Dame esta noche, Elena. Solo esta noche. No para tu sangre, no para tu conversión. Solo para estar cerca de ti."

Elena sabía que debería negarse. Sabía que abrir esa ventana sería cruzar una línea de la que no habría retorno. Pero sus dedos ya se movían hacia el pestillo, como si tuvieran voluntad propia.

El pestillo se abrió con un clic suave. Vladislaus empujó la ventana abierta y entró con gracia fluida.

De pie en su habitación, parecía más irreal que nunca. Demasiado perfecto. Demasiado pálido. Demasiado claramente no-humano. Elena se preguntó cómo Alejandro, durmiendo a solo metros de distancia, no podía sentir la presencia antinatural que llenaba el espacio.

"Compulsión", dijo Vladislaus en voz baja, respondiendo su pregunta no formulada. "Sutil pero efectiva. Mientras no grites o hagas algo dramático, dormirá tranquilamente."

Se acercó, y Elena retrocedió instintivamente hasta que la parte posterior de sus rodillas chocó con la cama. Vladislaus sonrió ante su nerviosismo.

"¿Tienes miedo de mí ahora? ¿Después de todo lo que hemos compartido?"

"Tengo miedo de lo que podría hacer contigo aquí", admitió Elena. "De lo que podría permitir."

"Entonces permítelo."

Y antes de que Elena pudiera responder, Vladislaus cerró la distancia entre ellos y capturó su boca en un beso que robó el aliento de sus pulmones.

Era diferente de los besos en la capilla. Más urgente. Más hambriento. Como si días de separación hubieran alimentado un

fuego que ahora amenazaba con consumirlos a ambos.

Elena sintió sus piernas ceder y cayó hacia atrás sobre la cama. Vladislaus la siguió, su cuerpo cubriéndola, su peso presionándola contra el colchón. Pero era un peso extraño —sólido pero de alguna manera ligero, como si pudiera volverse inmaterial en cualquier momento.

Sus manos estaban en todas partes. Enredándose en su cabello. Trazando la línea de su cuello. Deslizándose por su costado sobre la tela fina del camisón. Y con cada toque, Elena sentía el calor en su cuerpo intensificándose, concentrándose donde sus dedos la rozaban.

"Vladislaus", jadeó contra sus labios. "Alejandro está justo..."

"Olvidalo", gruñó Vladislaus. "Por esta noche, solo existimos nosotros. Nadie más. Nada más."

Su boca se movió desde sus labios hacia su mandíbula, hacia su cuello. Elena sintió el roce de sus colmillos contra su piel y su cuerpo se tensó en anticipación.

"No voy a morderte", murmuró Vladislaus contra su garganta. "No esta noche. Pero déjame saborearte de otras formas."

Y entonces...

Elena despertó jadeando.

Estaba en su cama, sola. El camisón pegado a su cuerpo empapado en sudor. Su corazón latía tan rápido que pensó que podría saltar de su pecho.

"¿Un sueño?", pensó aturdida. "¿Fue solo un sueño?"

Pero se sentía tan real. Aún podía sentir el fantasma de las manos de Vladislaus en su piel, el frío de sus labios contra su cuello.

—¿Elena?

La voz de Alejandro, ronca de sueño, la sobresaltó. Giró la cabeza y lo vio levantándose de su silla, frotándose los ojos.

—Estabas... haciendo ruidos —dijo, acercándose a la cama con expresión preocupada—. ¿Otra pesadilla?

Elena no confiaba en su voz para responder. Asintió débilmente.

Alejandro se sentó en el borde de la cama y le tocó la frente.

—Estás ardiendo. Voy a traer un paño frío.

Se levantó y fue al lavabo en la esquina de la habitación. Elena aprovechó ese momento para mirar hacia la ventana.

Estaba cerrada. Con pestillo. Exactamente como debería estar.

"Fue un sueño", se dijo a sí misma con firmeza. "Solo un sueño."

Pero entonces sintió el pulso del vínculo, y con él vino la voz de Vladislaus, tan clara como si estuviera susurrando en su oído:

"¿Estás segura?"

Elena giró la cabeza bruscamente hacia la ventana. Por un segundo, podría haber jurado que vio una sombra moviéndose allí. Pero cuando parpadeó, no había nada.

Alejandro regresó con un paño húmedo y comenzó a limpiar su rostro y cuello con movimientos gentiles.

—Has estado así toda la noche —dijo con voz preocupada—. Febril, inquieta. Murmurando cosas que no podía entender.

—¿Qué tipo de cosas?

Alejandro vaciló, el paño deteniéndose a medio movimiento.

—Su nombre. —Su voz se endureció—. Has estado susurrando su nombre. Una y otra vez.

Elena cerró los ojos, sintiendo una oleada de vergüenza.

—Lo siento.

—No te disculpes. —Alejandro dejó el paño a un lado y tomó su mano—. No es tu culpa. Es el vínculo. Te está afectando más de lo que pensé que lo haría.

Miró sus manos entrelazadas —la suya tan cálida, tan viva; la de ella febril y temblorosa.

—Elena, necesito preguntarte algo. Y necesito que seas honesta conmigo.

—¿Qué?

—Cuando estás con él, cuando... cuando te toca... —Alejandro tragó con dificultad—. ¿Sientes algo? ¿O es solo el vínculo manipulando tus emociones?

Era una pregunta imposible. Porque Elena ya no sabía dónde terminaba el vínculo y comenzaban sus propios sentimientos.

—Siento algo —admitió finalmente—. Pero no sé qué es real y qué es el vínculo.

—Entonces déjame mostrarte algo real. —Alejandro levantó su mano y la presionó contra su pecho, justo sobre su corazón—. ¿Sientes eso? Mi corazón latiendo. Cálido. Vivo. Humano.

Elena podía sentirlo. El pulso constante y firme bajo su palma.

—Eso es lo que puedo ofrecerte —continuó Alejandro—. Vida. No promesas de eternidad oscura o placeres prohibidos. Solo vida simple, cálida, real.

Se inclinó más cerca, sus ojos castaños intensos en los suyos.

—Y amor, Elena. Puedo ofrecerte amor. El tipo que crece lentamente pero se vuelve más fuerte con el tiempo. El tipo que no necesita sangre o vínculos sobrenaturales. Solo... corazones que eligen latir juntos.

Elena sintió lágrimas ardiendo en sus ojos.

—Alejandro...

—Sé que es temprano. Sé que apenas nos conocemos. Pero cada día que paso cuidándote, cada noche que paso velando tu sueño, me doy cuenta de que... —su voz se quebró ligeramente— de que me estoy enamorando de ti. Y no por magia o compulsión. Solo porque eres tú.

Antes de que Elena pudiera responder, Alejandro se inclinó hacia adelante y presionó sus labios contra los de ella.

Era completamente diferente de los besos de Vladislaus. Cálido donde los de Vladislaus eran fríos. Gentil donde los de Vladislaus eran hambrientos. Humano donde los de Vladislaus eran sobrenaturales.

Pero había pasión en él también. Elena podía sentir el temblor en las manos de Alejandro donde sostenía su rostro, podía saborear la desesperación en la forma en que sus labios se movían contra los suyos. Este era un hombre al borde del abismo, aferrándose a ella como si fuera la única cosa manteniéndolo anclado.

Cuando se apartó, ambos respiraban pesadamente.

—Perdóname —dijo Alejandro, levantándose abruptamente—. Eso fue... inapropiado. Eres mi paciente. No debería haber...

—Alejandro, está bien.

—No, no lo está. —Se pasó una mano por el cabello, claramente agitado—. Estoy perdiendo objetividad. Estoy dejando

que mis sentimientos interfieran con tu tratamiento. Y eso es... es exactamente lo que él querría. Que me vuelva emocional. Irracional.

Se volvió hacia ella, y había una fiereza en sus ojos que Elena no había visto antes.

—Pero no voy a rendirme. Voy a salvarte, Elena. De tu enfermedad y de él. Incluso si eso significa... —se detuvo, como si estuviera decidiendo cuánto revelar.

—¿Incluso si significa qué?

Alejandro caminó hacia su maletín y sacó un cuaderno. Lo abrió y se lo mostró a Elena. Las páginas estaban cubiertas de diagramas, cálculos, notas en alemán y latín.

—He estado investigando. No solo medicina moderna, sino... métodos más antiguos. Formas de romper vínculos sobrenaturales. Y he encontrado algo.

Señaló un diagrama particular.

—Exsanguinación total y reemplazo. Drenar completamente tu sangre contaminada y reemplazarla con sangre pura. Es peligroso, sí. La mayoría de pacientes no sobrevivirían. Pero si lo hago con cuidado suficiente, si monitoreo cada variable...

—¿Estás hablando de drenar toda mi sangre? —Elena se sentó, horrorizada—. Alejandro, eso me mataría.

—Temporalmente, sí. —Su voz era inquietantemente calmada —. Tu corazón se detendría por varios minutos. Técnicamente estarías muerta. Pero he estado experimentando con formas de reiniciar el corazón usando galvanismo. Choques eléctricos directos al músculo cardíaco.

—Eso es una locura.

—Es ciencia. —Alejandro cerró el cuaderno con un golpe—. Y si es la única forma de liberarte de él, entonces lo haré.

Elena lo miró, viendo realmente por primera vez la profundidad de su obsesión. Alejandro no estaba simplemente tratando de salvarla. Estaba dispuesto a matarla temporalmente, a jugar a ser Dios, a cruzar cada línea ética, todo para arrancarla de las garras de Vladislaus.

Y lo más aterrador era que podía ver que lo decía en serio.

—No voy a dejar que hagas eso —dijo Elena con firmeza.

—Es tu elección, por supuesto. —Alejandro guardó el cuaderno—. Pero si tu condición empeora, si el vínculo se fortalece más... podría ser nuestra única opción.

Se acercó a la ventana y verificó el pestillo, asegurándose de que estuviera bien cerrado.

—Necesitas descansar. Dormir apropiadamente, sin... sin esos sueños.

Sacó un frasco pequeño de su maletín.

—Láudano. Solo una pequeña dosis. Te ayudará a dormir sin sueños.

Elena quería negarse. Pero la verdad era que estaba exhausta. Y la idea de más sueños como el que acababa de tener —tan vívidos, tan reales, tan imposibles de distinguir de la realidad— la aterraba.

—Está bien —aceptó.

Alejandro le dio la dosis y esperó mientras ella la bebía. El sabor era amargo, medicinal.

—Voy a quedarme aquí —dijo, volviendo a su silla—. Por si me necesitas.

—No tienes que...

—Quiero hacerlo. —Su voz era suave pero firme—. Elena, entiendo que sientes algo por ese... por Vladislaus. Entiendo que el vínculo te tira hacia él. Pero también quiero que sepas que hay alguien más aquí. Alguien que te ama sin necesidad de sangre o magia. Alguien que estaría contento con solo verte sonreír, con oír tu risa, con saber que estás viva y bien.

Se instaló en la silla, ajustándose para estar cómodo.

—Así que voy a quedarme aquí. Voy a ser esa presencia constante. Esa ancla a la humanidad. Y tal vez, solo tal vez, cuando tengas que elegir entre la luz y la oscuridad... recordarás que la luz estuvo aquí todo el tiempo.

Elena sintió el láudano comenzando a hacer efecto, una pesadez extendiéndose por sus extremidades.

—Alejandro —murmuró, su voz ya arrastrando las palabras—. Gracias. Por todo. Incluso si... incluso si al final...

—Shh. —Alejandro se acercó y besó su frente suavemente—. Descansa ahora. Ya hablaremos mañana.

Elena cerró los ojos, sintiendo la oscuridad del sueño inducido por drogas arrastrándola. Era diferente de antes —más pesada, sin sueños, sin nada.

Pero justo antes de perder la consciencia por completo, sintió un último pulso del vínculo.

"Duerme ahora, mi amor", sintió la voz de Vladislaus. "Pero sueña conmigo. Siempre sueña conmigo. Porque pronto, muy pronto, tus sueños y tu realidad serán uno. Y entonces estaremos juntos. Para siempre."

Elena durmió profundamente durante doce horas. Cuando despertó, era tarde en la tarde y Alejandro se había ido, dejando una nota diciendo que tenía que atender emergencias en el hospital pero que regresaría esa noche.

Elena se levantó lentamente, sintiéndose débil pero extrañamente clara. El láudano había funcionado. No había tenido sueños. O al menos, ninguno que recordara.

Se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Las calles de Viena se extendían debajo, bulliciosas con vida de la tarde. Gente ordinaria viviendo vidas ordinarias. Completamente inconscientes de los dramas sobrenaturales que se desarrollaban en habitaciones como la suya.

Elena tocó el pestillo de la ventana. Estaba cerrado con llave.

Lentamente, deliberadamente, lo desbloqueó.

Luego abrió la ventana unos centímetros. Solo una rendija. Apenas suficiente para que el aire nocturno pudiera entrar.

Pero suficiente.

Suficiente para una invitación.

Porque Elena sabía algo que Alejandro con toda su ciencia y Vladislaus con toda su eternidad no parecían comprender:

La elección ya estaba hecha.

Había sido hecha la primera noche que vio a Vladislaus en las sombras. Había sido confirmada con cada sueño, cada beso, cada pulso del vínculo que la ataba a él.

Alejandro podía ofrecerle vida, amor humano, días al sol.

Pero Vladislaus le ofrecía algo que deseaba más que todo eso:

Sentirse completamente viva, aunque fuera al precio de su vida mortal.

Mientras el sol se hundía bajo el horizonte y la noche comenzaba a reclamar Viena una vez más, Elena dejó la ventana entreabierta.

Y esperó.

Capítulo 12

El Ultimátum de Alejandro

Alejandro regresó al anochecer, y supo inmediatamente que algo había cambiado.

Elena estaba sentada junto a la ventana —la ventana que él había cerrado con llave esa mañana— mirando hacia la calle con una expresión de anticipación serena. Llevaba puesto uno de sus vestidos más bonitos, el de seda azul oscuro que hacía que sus ojos parecieran más grandes, más profundos. Su cabello estaba cuidadosamente peinado, no con el descuido de una enferma sino con la atención de una mujer esperando a alguien.

Y la ventana.

La maldita ventana estaba entreabierta.

—Cerraste la ventana —dijo Alejandro, su voz peligrosamente tranquila mientras dejaba su maletín junto a la puerta.

Elena se volvió hacia él, y había algo diferente en sus ojos. Una decisión. Una claridad que no había estado allí antes.

—La abrí —corrigió—. Es mi habitación, Alejandro. Mi ventana.

—La cerré por tu seguridad.

—¿Mi seguridad? —Una sonrisa leve curvó sus labios—. ¿O tu tranquilidad?

Alejandro cruzó la habitación en tres zancadas largas y cerró la ventana con un golpe que hizo temblar el cristal. Pasó el pestillo y se volvió hacia Elena.

—No es un juego, Elena. Ese hombre es peligroso. Cada segundo que pasas expuesta a él, cada momento que permites que su influencia...

—¿Su influencia? —Elena se puso de pie—. Hablas como si no tuviera voluntad propia. Como si fuera una marioneta que él maneja.

—¡Eso es exactamente lo que eres! —Las palabras salieron más fuertes de lo que Alejandro pretendía. Respiró profundamente, tratando de recuperar la compostura—. El vínculo de sangre, Elena. Te está controlando. Te hace desear cosas que normalmente...

—¿Que normalmente qué? ¿No desearía? —Elena avanzó hacia él, sus ojos brillando—. ¿Cómo lo sabes, Alejandro? ¿Cómo sabes qué desearía normalmente cuando apenas me conoces?

—Te conozco lo suficiente para saber que esto no eres tú.

—¿No? Entonces dime, ¿quién soy?

Alejandro la miró, buscando palabras. Vio a la joven pálida y frágil que había conocido en la estación de tren, desesperada por vivir. Vio a la paciente obediente que se había sometido a sus tratamientos sin quejarse. Pero esa Elena estaba desapareciendo, reemplazada por esta mujer de ojos ardientes que lo miraba con desafío.

—Eres una joven enferma que necesita tratamiento médico —dijo finalmente—. No promesas vacías de un monstruo.

—Sus promesas no son vacías.

—¿No? —Alejandro soltó una risa amarga—. ¿Te ha dicho lo que realmente significa ser lo que él es? ¿Lo que tendrías que hacer para sobrevivir?

—Sí. —La respuesta de Elena fue firme, sin vacilación—. Me lo ha dicho todo. El hambre. La necesidad de sangre. Los siglos de soledad. El precio de la inmortalidad. No me ha ocultado nada.

—Pero no lo has vivido. —Alejandro se acercó, su voz bajando a un susurro intenso—. No has sentido el hambre que te vuelve loca. No has mirado a alguien que amas y visto solo... comida. No has matado por necesidad, no por elección.

—Y tú sí.

—Por supuesto que no. Pero he leído los testimonios. Los registros de la Inquisición. He visto lo que los vampiros son capaces de hacer.

Elena cruzó los brazos.

—¿Y qué hay de lo que has hecho tú, Alejandro? En nombre de la ciencia. En nombre de salvarme.

Algo oscuro cruzó el rostro de Alejandro.

—¿Qué quieres decir?

—La sangre para las transfusiones. Dijiste que venía de donantes voluntarios en el hospital. Pero Bertha me contó algo interesante hoy. Dice que ha habido... incidentes. Pacientes del hospital quejándose de haber despertado débiles, mareados, con marcas de agujas que no recuerdan haber recibido.

Alejandro se puso rígido.

—Bertha habla demasiado.

—¿Es verdad entonces? ¿Has estado tomando sangre de pacientes sin su consentimiento?

—¡Para salvarte! —explotó Alejandro—. Sí, he tomado sangre. Pequeñas cantidades de varios pacientes, no lo suficiente para dañarlos pero suficiente para... para crear un suministro para tu tratamiento. ¿Eso me hace un monstruo?

—Te hace un hipócrita —replicó Elena—. Juzgas a Vladislaus por tomar sangre para sobrevivir, pero tú haces lo mismo. La única diferencia es que él es honesto sobre lo que es.

Alejandro dio un paso hacia atrás como si lo hubiera golpeado.

—No es lo mismo. Yo estoy tratando de curarte. Él está tratando de... de convertirte en lo que él es. De condenarte.

—O de salvarme. —Elena se acercó, cerrando la distancia entre ellos—. Alejandro, mírame. Realmente mírame. ¿Qué ves?

Alejandro la miró. Vio la palidez de siempre, las ojeras, los labios demasiado rojos contra la piel blanca. Pero también vio algo más. Un brillo en sus ojos. Una vitalidad que había estado ausente durante semanas.

—Veo a alguien que está siendo seducida hacia la oscuridad —dijo finalmente.

—Yo veo a alguien que finalmente se siente viva. —Elena levantó una mano hacia su mejilla—. Por primera vez en meses, Alejandro. Tal vez por primera vez en mi vida. Me siento... completa.

Alejandro atrapó su mano antes de que pudiera tocar su rostro, sosteniéndola con firmeza.

—Eso es el vínculo hablando. La sangre vampírica en tu sistema. Te hace sentir eufórica, poderosa, pero es una mentira,

Elena. Es como el opio. Te hace sentir maravillosamente hasta que te das cuenta de que te está matando.

—Entonces déjame morir sintiéndome maravillosamente —dijo Elena—. En lugar de vivir otros pocos meses sintiéndome vacía.

—¡No! —Alejandro apretó su mano, acercándola—. No voy a permitir eso. No voy a quedarme aquí y observar cómo te entregas a... a esa cosa.

—No es tu decisión.

—Entonces la haré mía. —Había una fiereza en los ojos de Alejandro que Elena no había visto antes—. Elena, te dije que haría cualquier cosa para salvarte. Cualquier cosa. Y lo dije en serio.

—¿Qué vas a hacer? ¿Encerrarme? ¿Mantenerme prisionera en mi propia habitación?

—Si es necesario. —No había vacilación en su voz—. Sí.

Elena trató de liberar su mano, pero Alejandro la sostuvo con más fuerza. No dolorosamente, pero con firmeza suficiente para dejar claro que no la dejaría ir.

—Suéltame, Alejandro.

—No hasta que entiendas. —Se acercó más, tanto que Elena podía ver las motas doradas en sus ojos castaños, contar cada pestaña—. No puedo perderte. No así. No a él.

—No soy tuya para perder.

—Podrías serlo. —Las palabras salieron en un susurro urgente —. Si me dejaras. Si me dieras una oportunidad real, no solo un mes de tratamientos sino... algo más.

—Alejandro...

—Te amo, Elena. —Soltó su mano pero solo para tomar su rostro entre sus palmas—. Sé que es pronto. Sé que es inapropiado. Pero lo hago. Me enamoré de ti en el momento en que te vi en esa estación de tren, pálida y frágil pero con tanta determinación en tus ojos. Y cada día desde entonces, ese amor ha crecido.

Sus pulgares acariciaron sus mejillas, y Elena sintió que temblaban.

—No es como lo que él siente por ti —continuó Alejandro—. No es obsesión de siglos o hambre sobrenatural. Es solo... amor.

Humano, imperfecto, mortal. Pero real. Y sería suficiente, Elena. Si me dejaras, sería suficiente.

Elena vio la verdad en sus ojos. El amor, sí, pero también la desesperación. La necesidad. Y debajo de todo eso, algo más oscuro. Una obsesión que rivalizaba con la de Vladislaus, solo que envuelta en retórica de ciencia y salvación.

—¿Y si no es suficiente para mí? —preguntó suavemente—. ¿Y si quiero más que mortalidad y amor humano?

Algo se quebró en la expresión de Alejandro.

—Entonces te salvaré de ti misma. —Sus manos se deslizaron desde su rostro hacia sus hombros, sosteniéndola en su lugar—. Voy a aumentar las transfusiones. Voy a duplicar las dosis de los sueros. Y si eso no funciona, si el vínculo es demasiado fuerte... entonces usaré el método del que te hablé.

—¿La exsanguinación total? —Elena sintió un escalofrío de miedo—. Dijiste que era peligroso. Que podría matarme.

—Podría. Pero es un riesgo que estoy dispuesto a tomar. —Alejandro la acercó, presionándola contra su pecho—. Porque la alternativa es perderte a él. Y eso... eso es inaceptable.

Elena podía sentir el corazón de Alejandro latiendo contra su mejilla. Rápido. Errático. El ritmo de un hombre al borde del colapso.

—Estás asustándome —susurró.

—Bien. —Su voz era ronca—. Deberías tener miedo. De él, de mí, de la elección que estás a punto de hacer. Porque una vez que cruces esa línea, Elena, una vez que te conviertas en lo que él es... no hay vuelta atrás.

La sostuvo durante un largo momento, y Elena sintió la tensión en su cuerpo. Como si estuviera usando toda su fuerza de voluntad para no sacudirla, para no suplicarle, para no hacer algo desesperado.

—Déjame intentar una cosa más —dijo finalmente, apartándola lo suficiente para mirarla a los ojos—. Dame una semana. Una semana en la que te quedes aquí, en esta habitación, donde puedo protegerte. Sin contacto con él. Sin vínculo tirando de ti. Solo tú y yo y mis tratamientos.

—¿Me estás pidiendo que sea tu prisionera?

—Te estoy pidiendo que me des una oportunidad real. —Sus manos se movieron hacia las de ella, entrelazando sus dedos—. Una semana, Elena. Si al final de esa semana aún lo deseas, si aún quieres elegir la oscuridad... no me interpondré. Te dejaré ir.

—¿De verdad?

Alejandro vaciló, y Elena vio la mentira formándose en sus ojos incluso antes de que hablara.

—No —admitió finalmente—. Probablemente no. Probablemente haría todo en mi poder para detenerte. Porque estoy obsesionado, Elena. Tan obsesionado contigo como él lo está. La única diferencia es que mi obsesión está envuelta en la ropa de la medicina en lugar de la oscuridad.

Se inclinó hacia adelante hasta que su frente descansó contra la de ella.

—Pero al menos soy honesto sobre ello. Al menos admito que lo que siento va más allá de lo racional. Que cruzaría líneas, rompería juramentos, haría cosas que me convertirían en el monstruo solo para mantenerte viva. Para mantenerte mía.

—Alejandro —Elena apenas podía respirar—, me estás aplastando.

Él la soltó inmediatamente, retrocediendo como si lo hubiera quemado.

—Perdóname. Yo... —se pasó una mano temblorosa por el cabello— estoy perdiendo el control. Estoy perdiendo todo sentido de profesionalismo, de... de cordura.

Caminó hacia el otro lado de la habitación, poniendo distancia entre ellos. Cuando habló nuevamente, su voz estaba cuidadosamente controlada.

—Voy a pedirle a tu tía que instale un cerrojo en el exterior de tu puerta. Por tu propia seguridad.

—¿Qué?

—Y voy a tener a Bertha durmiendo en la habitación contigua. Para asegurarme de que no... no hagas nada tonto durante la noche.

—No puedes encerrarme.

—Puedo y lo haré. —Se volvió hacia ella, y había acero en su mirada—. Tu tía está de acuerdo. Le conté sobre el vínculo, sobre el peligro que representa ese hombre. Ella entiende que a veces, para salvar una vida, debemos restringir la libertad.

Elena sintió una oleada de furia.

—¡No tienen derecho!

—Tenemos toda la responsabilidad. —Alejandro se acercó nuevamente, pero se detuvo a distancia segura—. Elena, sé que esto parece cruel. Sé que parece que estoy siendo un tirano. Pero en una semana, cuando el vínculo se debilite, cuando puedas pensar claramente de nuevo, entenderás. Verás que esto fue por tu propio bien.

—O me odiarás para siempre.

—Ese es un riesgo que estoy dispuesto a tomar. —Su voz se suavizó—. Prefiero que me odies y vivas que me ames y mueras. O peor, que te conviertas en lo que él es.

Se dirigió hacia la puerta, luego se detuvo y miró hacia atrás.

—Voy a quedarme aquí esta noche. Durmiendo en esa silla. Y todas las noches de esta semana. Vigilándote. Protegiéndote. Incluso de ti misma si es necesario.

—Alejandro, por favor...

—No me supliques, Elena. Porque si lo haces, podría debilitarme. Y no puedo permitirme ser débil ahora. No cuando tu vida está en juego.

Salió de la habitación, y Elena escuchó el sonido de la llave girando en la cerradura desde el exterior.

Estaba atrapada.

Se quedó de pie en el centro de la habitación, temblando de furia y miedo en partes iguales. Corrió hacia la ventana y la abrió de par en par, inclinándose hacia afuera.

—¡Vladislaus! —llamó hacia la noche—. ¡Vladislaus, ayúdame!

Pero no hubo respuesta. Solo el silencio de la calle vacía y el susurro del viento nocturno.

Y entonces lo sintió. A través del vínculo. Una oleada de furia tan intensa que la hizo tambalearse.

"Está encerrándote", sintió la voz de Vladislaus, oscura de rabia. "El médico te está encerrando como si fueras su propiedad."

"¿Puedes ayudarme? ¿Puedes venir?"

Un pulso de frustración.

"No sin tu invitación explícita. Y con él vigilando, con la habitación bendecida... incluso si rompo esas barreras, podría ponerte en peligro. Podría herirte accidentalmente."

"Entonces ¿qué hago?"

"Espera. Sé paciente. El médico cometerá un error. Bajará la guardia. Y cuando lo haga..."

La puerta se abrió de nuevo. Alejandro entró con su maletín médico y una expresión de determinación férrea.

—Cierra la ventana, Elena.

—No.

—Ciérrala o la cerraré yo.

Elena lo miró desafiante, pero algo en su expresión —la forma en que sus manos se apretaban en puños, la tensión en su mandíbula— le dijo que hablaba en serio. No solo sobre cerrar la ventana. Sobre todo.

Lentamente, cerró la ventana.

Alejandro asintió y comenzó a sacar instrumentos de su maletín. Jeringas. Frascos. Y algo nuevo: una pequeña botella de líquido claro.

—¿Qué es eso? —preguntó Elena.

—Sedante. —Alejandro lo levantó hacia la luz—. Ligero. Solo lo suficiente para asegurarme de que duermas profundamente esta noche. Sin sueños. Sin... comunicación con él a través del vínculo.

—No voy a dejarte drogarme.

—No es una petición. —Alejandro llenó una jeringa con el líquido—. Elena, puedes hacerlo fácil o difícil. Pero va a suceder de todas formas.

Elena retrocedió hacia la pared.

—Si me tocas, gritaré. Despertaré a toda la casa.

—Adelante. Tu tía ya sabe lo que estoy haciendo. Bertha también. Todos en esta casa entienden que estoy tratando de

salvarte. —Se acercó lentamente—. Así que grita si quieres. Nadie vendrá a rescatarte.

Era la verdad, y Elena lo sabía. Su tía, traumatizada por su propia experiencia con Vladislaus décadas atrás, apoyaría cualquier cosa que Alejandro hiciera. Bertha era leal a la condesa sobre todo.

No había escapatoria.

—Por favor —susurró Elena—. No hagas esto.

Algo se suavizó en los ojos de Alejandro. Se detuvo, la jeringa sostenida entre sus dedos temblorosos.

—No quiero hacerlo —admitió—. Odio cada segundo de esto. Pero, Elena... te estás muriendo. No solo de tuberculosis ahora. El vínculo te está consumiendo. Cada día estás más pálida, más débil. Tu cuerpo está tratando de mantener dos tipos de sangre, humana y vampírica, y te está desgarrando.

Se acercó hasta estar directamente frente a ella.

—En tres días, si esto continúa, tu corazón fallará. Y entonces morirás. O peor, él te convertirá justo antes de que mueras, y entonces estarás perdida para siempre.

Levantó la jeringa.

—Así que voy a hacer esto. Voy a sedarte. Voy a drenarte de su sangre y reemplazarla con sangre pura. Y voy a salvarte aunque me odies por ello.

Elena vio que no había forma de razonar con él. Alejandro había cruzado alguna línea invisible en su mente, pasando de médico dedicado a algo mucho más oscuro.

—Estás tan obsesionado como él —dijo en voz baja.

—Lo sé. —Alejandro sonrió tristemente—. La diferencia es que mi obsesión te mantiene viva. La suya te mata.

Dio un paso más cerca.

—¿Vas a dejarme hacer esto fácilmente? ¿O tengo que llamar a Bertha para que te sujete?

Elena miró la jeringa, luego nuevamente a Alejandro. Y tomó una decisión.

—Fácilmente —dijo, extendiendo su brazo—. Pero Alejandro... cuando despierte, cuando esto termine... te voy a odiar. Y voy a

encontrar una forma de llegar a él. No importa lo que hagas, no importa cuánto me encierres. Encontraré una forma.

—Lo sé. —Alejandro tomó su brazo con gentileza, localizando la vena—. Pero al menos estarás viva para odiarme. Y eso es suficiente.

Insertó la aguja. Elena sintió el pinchazo, luego el flujo frío del sedante entrando en su vena.

—Perdóname —susurró Alejandro mientras el mundo de Elena comenzaba a difuminarse—. Por favor, perdóname.

Pero Elena ya no podía responder. La oscuridad la arrastraba, pesada e ineludible.

Y mientras caía en el sueño inducido por drogas, lo último que sintió fue el vínculo estirándose, adelgazándose, como un hilo a punto de romperse.

Y escuchó el grito de Vladislaus en su mente, lleno de furia y dolor:

"¡No! ¡Elena!"

Luego, nada.

Capítulo 13

El Duelo en la Niebla

Elena despertó con la sensación de estar vacía.

No era solo debilidad física, aunque ciertamente eso también. Era algo más profundo, más visceral. Como si una parte esencial de ella hubiera sido arrancada, dejando un hueco que palpitaba con dolor fantasma.

El vínculo.

Se había debilitado tanto que apenas podía sentirlo. Solo un hilo tenue donde antes había habido una conexión ardiente. Vladislaus era una presencia distante ahora, como una voz escuchada a través de paredes gruesas.

Se sentó lentamente, con el mundo girando a su alrededor. Su brazo estaba vendado donde Alejandro había insertado las agujas. Múltiples vendajes, de hecho, lo que significaba que había hecho exactamente lo que prometió: transfusiones masivas, drenando la sangre "contaminada" y reemplazándola con sangre "pura."

La habitación estaba llena de luz matutina. ¿Cuánto tiempo había dormido?

La puerta se abrió y entró Alejandro, con ojeras profundas pero expresión satisfecha. Llevaba su maletín y una bandeja con desayuno.

—Estás despierta —dijo, dejando la bandeja en la mesa junto a la cama—. Bien. Temía haber usado demasiado sedante.

—¿Cuánto tiempo? —La voz de Elena salió ronca, áspera.

—Treinta y seis horas. —Alejandro se acercó para tomarle el pulso—. Necesitabas el descanso. Tu cuerpo pasó por mucho durante los procedimientos.

Elena miró su brazo vendado, luego a Alejandro.

—¿Qué hiciste exactamente?

—Tres transfusiones completas en el transcurso de doce horas. —Había orgullo en su voz—. Reemplacé aproximadamente el sesenta por ciento de tu volumen sanguíneo total. Más habría sido demasiado peligroso, pero creo que fue suficiente para...

—¿Para qué?

—Para romper el vínculo. —Alejandro soltó su muñeca, aparentemente satisfecho con su pulso—. O al menos debilitarlo significativamente. ¿Puedes sentirlo aún? ¿A él?

Elena cerró los ojos y buscó en su interior. El vínculo estaba allí, sí, pero era como un susurro en lugar de un grito. Como una luz distante en lugar de un fuego ardiente.

—Apenas —admitió.

La sonrisa de Alejandro fue triunfante.

—Excelente. Entonces funcionó. Dame otra semana de tratamientos y el vínculo se romperá por completo. Serás libre de él, Elena. Libre para elegir tu propio camino sin la influencia de su sangre.

Elena lo miró, viendo la fatiga en su rostro, la obsesión apenas contenida en sus ojos.

—¿A qué costo, Alejandro? ¿Cuántos pacientes más drenaste para obtener toda esa sangre?

Alejandro se tensó.

—Eso no es...

—¿Cuántos?

—Siete. —Alejandro se volvió hacia la ventana, sin poder mirarla—. Pequeñas cantidades de siete pacientes diferentes. No lo suficiente para dañarlos seriamente, pero suficiente para crear el volumen que necesitaba.

—Sin su consentimiento.

—¡Para salvarte! —Se volvió bruscamente—. Elena, deja de actuar como si esto fuera equivalente a lo que él hace. Yo tomo sangre para curar. Él la toma para alimentarse. No es lo mismo.

—¿No? Ambos están tomando lo que quieren de otros sin preguntar. La única diferencia es que tú te dices a ti mismo que está bien porque es por una buena causa.

Alejandro cruzó la habitación en dos zancadas y se arrodilló junto a la cama, tomando sus manos.

—Tienes razón —dijo, su voz quebrada—. Tienes toda la razón. Me he convertido en lo que juré nunca ser. Un médico que hace daño en lugar de sanar. Pero, Elena... —sus dedos apretaron los de ella— lo haría de nuevo. Lo haría mil veces si significara salvarte de él.

—No quiero ser salvada de él.

—Eso es el vínculo hablando.

—¡No! —Elena retiró sus manos—. Esto soy yo hablando. La verdadera yo. Y necesitas escuchar, Alejandro, porque solo voy a decir esto una vez: lo amo.

El silencio que siguió fue absoluto.

Alejandro se quedó inmóvil, arrodillado junto a la cama, como si sus palabras lo hubieran convertido en piedra. Cuando finalmente habló, su voz era apenas un susurro:

—No puedes amarlo. Es un monstruo.

—Entonces amo a un monstruo.

—¡No sabes lo que dices! —Alejandro se puso de pie bruscamente—. El vínculo te hace sentir esas cosas. Te hace creer que lo amas cuando en realidad solo es...

—¿Qué? ¿Sangre vampírica? ¿Compulsión? —Elena se sentó más recta, ignorando el mareo—. Alejandro, he estado pensando con claridad sobre esto durante días. Semanas. Cada momento que no estoy drogada por tus sedantes o debilitada por tus transfusiones, pienso en él. Lo deseo. Lo amo.

—Dices eso ahora. Pero espera. Dame una semana más. Cuando el vínculo se rompa completamente...

—No va a cambiar nada. —Elena lo miró directamente a los ojos—. Porque no es solo el vínculo, Alejandro. Es él. La forma en que me mira como si fuera lo más precioso del mundo. La forma en que me entiende sin necesidad de palabras. La forma en que me hace sentir... viva.

—Te hace sentir viva porque estás muriendo. —Alejandro se acercó nuevamente, desesperación en cada línea de su rostro—.

Esto es solo... es la enfermedad hablando. El miedo a la muerte. Te aferras a sus promesas de inmortalidad porque tienes miedo de...

—¿De morir? Por supuesto que tengo miedo. —Elena sintió lágrimas ardiendo en sus ojos—. Tengo diecinueve años, Alejandro. Debería tener toda la vida por delante. En cambio, tengo meses, tal vez semanas. Y sí, la idea de la eternidad con alguien que me ama es... es seductora.

—No te ama. No puede amarte. Los vampiros no...

—¡Deja de decirme lo que sienten los vampiros! —La voz de Elena se elevó—. ¿Cómo lo sabes? ¿Leíste algunos libros viejos escritos por cazadores que nunca conocieron realmente a uno? ¿Testimonios de la Inquisición que torturaron confesiones de personas inocentes?

Se inclinó hacia adelante, su voz bajando pero intensificándose.

—Yo lo he conocido, Alejandro. He hablado con él. He visto el dolor en sus ojos cuando habla de las vidas pasadas que ha perdido. He sentido su ternura cuando me toca como si pudiera romperse. He experimentado su amor a través del vínculo, y es más real que cualquier cosa que haya sentido jamás.

Alejandro la miraba como si fuera una extraña.

—Te ha lavado el cerebro completamente.

—O tal vez —dijo Elena cansadamente— por primera vez en mi vida, sé exactamente lo que quiero. Y no es ser salvada. No es vivir unos pocos años más solo para morir eventualmente de todos modos. Es estar con él. En la luz o en la oscuridad.

Alejandro retrocedió como si lo hubiera golpeado. Su rostro pasó por una serie de emociones —dolor, furia, desesperación— antes de asentarse en algo frío y determinado.

—Entonces no te estoy salvando para ti —dijo finalmente—. Te estoy salvando para mí. Porque no puedo... no voy a... —su voz se quebró— no voy a perderte a él. No así.

Se volvió y caminó hacia la puerta.

—Voy al hospital. Tengo más preparaciones que hacer para los próximos tratamientos. Bertha se quedará afuera de tu puerta. No intentes salir.

—Alejandro...

Pero ya se había ido, cerrando la puerta con firmeza tras de sí. Elena escuchó la llave girar en la cerradura.

Sola nuevamente, Elena cerró los ojos y buscó el vínculo. Tan débil ahora, pero aún allí. Como un hilo de seda que pudiera romperse con el menor tirón.

"Vladislaus", pensó con toda su fuerza. "¿Puedes oírme?"

Durante un momento aterrador, no hubo respuesta. Luego:

"Apenas." La voz era distante, como si hablara desde muy lejos. "¿Qué te hizo? El vínculo está... desapareciendo."

"Transfusiones. Reemplazó mi sangre. Está tratando de romper la conexión entre nosotros."

Una oleada de furia oscura pulsó a través del vínculo debilitado.

"Voy a matarlo."

"No. Por favor, no. Ya es suficientemente malo que..."

"¿Que qué? ¿Que esté usando métodos que rivalicen con los míos en crueldad? ¿Que te esté manteniendo prisionera? ¿Que te esté drenando sin tu verdadero consentimiento?"

Elena no pudo negar ninguno de esos puntos.

"Aún así. No lo mates. Por mí."

Un largo silencio. Luego:

"Está bien. No lo mataré. Pero voy a confrontarlo. Voy a hacerle saber que si continúa por este camino, si te lastima más allá de lo que ya ha hecho... entonces se acabaron las restricciones. Entonces es guerra."

"Ten cuidado. Ha estado investigando. Sabe cómo lastimarte."

"Lo sé. Puedo sentir su mente trabajando, planeando. Pero él no me conoce realmente, Elena. No sabe de lo que soy capaz cuando lo que amo está amenazado."

El vínculo pulsó una vez más, luego se desvaneció a casi nada.

"Vladislaus..."

"Descansa ahora, mi amor. Conserva tu fuerza. Y no te preocupes. Vendré por ti. Pronto."

Y entonces la conexión se cortó por completo, dejando a Elena sintiéndose más sola de lo que jamás había estado.

Alejandro caminaba por las calles de Viena con pasos furiosos, su mente un torbellino de pensamientos oscuros.

"Lo ama", seguía repitiendo en su cabeza. "Dice que lo ama."

Imposible. Tenía que ser imposible. El vínculo de sangre, la compulsión vampírica, alguna forma de magia oscura. Tenía que ser eso. Porque la alternativa —que Elena genuinamente eligiera a ese monstruo sobre él— era insoportable.

Estaba tan perdido en sus pensamientos que casi no notó el cambio en el aire a su alrededor. Un frío repentino. Una sensación de presencia.

Se detuvo en un callejón estrecho entre dos edificios antiguos. La niebla nocturna se estaba levantando temprano esta noche, enrollándose alrededor de sus tobillos como dedos fríos.

Y entonces lo vio.

Vladislaus Dragomir emergió de las sombras al final del callejón. No caminó. Simplemente apareció, como si la oscuridad misma le hubiera dado forma.

Alejandro sintió su corazón acelerarse. Instintivamente, su mano fue a su bolsillo, donde guardaba una estaca de fresno que había comenzado a llevar desde que empezó su investigación.

—Doctor Ferrer. —La voz de Vladislaus era suave pero cargada de amenaza—. Qué conveniente encontrarte aquí.

—No hay nada conveniente en esto. —Alejandro mantuvo su voz firme—. Me has estado siguiendo.

—Por supuesto. —Vladislaus se acercó lentamente, moviéndose con esa gracia inhumana que delataba su naturaleza—. Necesitaba hablar contigo. Lejos de Elena. Lejos de testigos.

Alejandro apretó la estaca en su bolsillo.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Ah, pero sí. —Vladislaus se detuvo a unos metros de distancia—. Tenemos que hablar sobre lo que le has estado haciendo. Las transfusiones forzadas. El encarcelamiento. Los sedantes.

—La estoy salvando. De ti.

—¿La estás salvando? —Una sonrisa fría curvó los labios de Vladislaus—. O la estás manteniendo para ti. Hay una diferencia.

—No soy yo quien la está convirtiendo en un monstruo.

—No, solo la estás drenando como si lo fueras. —Vladislaus inclinó la cabeza—. Dime, doctor, ¿cuántos pacientes has usado? ¿Cuántos has violado médicamente para obtener la sangre para tus experimentos? Al menos cuando yo tomo sangre, soy honesto sobre lo que soy.

Alejandro sintió furia ardiendo en su pecho.

—No me compares contigo. Yo actúo por amor. Tú actúas por hambre.

—¿Amor? —Vladislaus soltó una risa sin humor—. ¿Llamas amor a drogarla? ¿A encerrarla? ¿A drenarle la sangre sin su consentimiento real?

—¡Todo es para salvarla!

—¡De mí! —La voz de Vladislaus se elevó, resonando en el callejón—. No de la muerte. No de la enfermedad. De mí. Porque no puedes soportar que me elija a mí sobre ti.

Dio otro paso más cerca, y sus ojos brillaron con luz sobrenatural en la niebla.

—Pero ya me eligió, doctor. Me eligió la noche que vino a mí en la capilla. Me eligió cuando ofreció su cuello voluntariamente. Me eligió cuando dijo que me amaba pese al vínculo, pese a tu ciencia, pese a todo.

—Mientes. —Pero la voz de Alejandro carecía de convicción.

—¿De verdad? Entonces pregúntale. Pregúntale sin drogas nublando su mente, sin tu presencia intimidándola. Pregúntale a quién elige realmente.

Alejandro sacó la estaca de su bolsillo, sosteniéndola entre sus dedos temblorosos.

—No voy a darle esa opción. Porque sé que el vínculo la ha corrompido. Que no puede pensar claramente. Así que voy a romper el vínculo. Y si tengo que mantenerte alejado de ella por la fuerza... lo haré.

Vladislaus miró la estaca con una mezcla de diversión y desdén.

—¿De verdad crees que esa cosa puede detenerme?

—Es de fresno. Revestida con plata. Según los textos, debería...

—Herirme, sí. Tal vez incluso matarme si apuntaras bien. —Vladislaus se encogió de hombros—. Pero tendría que estar quieto. Y no lo estaré.

Y entonces se movió.

Fue más rápido de lo que Alejandro había anticipado. Un segundo estaba a metros de distancia, al siguiente estaba justo frente a él, su mano cerrándose alrededor de la muñeca de Alejandro con fuerza de hierro.

—Déjala ir —siseó Vladislaus, su rostro a centímetros del de Alejandro—. Suelta la estaca y aléjate de Elena. Mientras aún puedas.

Alejandro luchó contra el agarre, pero era como intentar mover piedra. Con su mano libre, sacó algo más de su bolsillo —un frasco pequeño de agua bendita— y lo arrojó al rostro de Vladislaus.

El vampiro siseó y retrocedió, soltando la muñeca de Alejandro. Humo se elevó donde el agua había tocado su piel, dejando marcas rojas y ampolladas.

—Bastardo —gruñó Vladislaus, limpiándose el rostro con la manga.

Alejandro aprovechó la oportunidad. Embistió hacia adelante con la estaca, apuntando al corazón de Vladislaus.

Pero Vladislaus era rápido. Giró en el último segundo, y la estaca solo rozó su costado, desgarrando su abrigo y la piel debajo. No era una herida mortal, pero la plata hizo su trabajo. Vladislaus gritó de dolor mientras la quemadura se extendía desde la herida.

—Primera sangre para ti, doctor. —Vladislaus presionó una mano contra su costado—. Pero será la última.

Se abalanzó.

Esta vez, Alejandro no tuvo oportunidad de reaccionar. Vladislaus lo golpeó como una tormenta, arrojándolo contra la pared del callejón con fuerza suficiente para noquear el aire de sus pulmones. La estaca cayó de sus dedos entumecidos, repiqueteando en los adoquines.

Vladislaus lo inmovilizó allí, una mano alrededor de su garganta, elevándolo hasta que los pies de Alejandro apenas tocaban el suelo.

—Podría matarte ahora —dijo Vladislaus, su voz mortalmente calmada—. Sería fácil. Un apretón y tu cuello se rompería. Dos segundos y estarías muerto.

Alejandro luchó por respirar, sus manos arañando la muñeca de Vladislaus inútilmente.

—Pero no lo haré —continuó Vladislaus—. Porque Elena me pidió que no lo hiciera. Porque, a pesar de todo lo que le has hecho, todavía se preocupa lo suficiente por ti para querer que vivas.

Acercó su rostro, sus colmillos completamente extendidos.

—Así que voy a darte una advertencia, doctor. Una. Déjala ir. Deja de drenarla. Deja de drogarla. Deja de encerrarla. Déjala tomar su propia decisión.

—Nunca —logró jadear Alejandro.

Vladislaus soltó un sonido bajo, entre gruñido y risa.

—Entonces esto es guerra. Y cuando llegue el momento, cuando Elena esté al borde de la muerte y tengas que elegir entre dejarla morir o dejarla vivir como lo que soy... espero que recuerdes que te di una oportunidad.

Lo arrojó al suelo. Alejandro aterrizó pesadamente, golpeándose el hombro contra los adoquines.

Cuando levantó la vista, Vladislaus ya se estaba retirando hacia las sombras.

—Una última cosa, doctor. —La voz de Vladislaus flotó desde la oscuridad—. Puedes drenar toda la sangre que quieras. Puedes romper el vínculo físico. Pero no puedes romper lo que Elena y yo compartimos. Porque trasciende la sangre. Trasciende la vida y la muerte. Es algo que tú, con toda tu ciencia, nunca entenderás.

—¿Y qué es eso? —gritó Alejandro.

—Amor verdadero. —Las palabras fueron apenas un susurro —. El tipo que dura siglos. El tipo que sobrevive a la muerte misma. El tipo que tú profesas sentir pero que nunca has experimentado realmente.

Y entonces se fue, desapareciendo en la niebla como si nunca hubiera estado allí.

Alejandro se quedó en el callejón durante largos minutos, jadeando, tocando su garganta donde los dedos de Vladislaus habían dejado marcas oscuras. Su cuerpo entero temblaba —parte por miedo, parte por furia, parte por la terrible certeza de que Vladislaus podría haber tenido razón.

Finalmente se puso de pie, recuperó su estaca, y comenzó a caminar hacia el hospital. Tenía trabajo que hacer. Más preparaciones. Porque ahora sabía que esto era verdaderamente guerra.

Y en la guerra, solo uno podía ganar.

Esa noche, Elena despertó de un sueño inquieto al sentir un pulso débil a través del vínculo.

"Confronté al médico", sintió la voz de Vladislaus. "Le advertí. Pero no sé si escuchará."

"¿Estás herido?"

"Nada que no sane. Aunque debo admitir, es más inteligente de lo que pensé. Agua bendita y una estaca de plata. Hizo su investigación."

"Ten cuidado."

"Siempre. Pero tú también, mi amor. Porque ahora que sabe que estoy dispuesto a luchar por ti, él también escalará sus esfuerzos. Se volverá más desesperado. Más peligroso."

"Lo sé."

Un pulso de emoción a través del vínculo. Preocupación. Amor. Y debajo de todo eso, una oscuridad que sugería que Vladislaus estaba preparado para hacer cosas terribles si era necesario.

"Aguanta un poco más. Encontraré una forma de llegar a ti. Lo prometo."

El vínculo se desvaneció nuevamente, dejando a Elena sola con sus pensamientos.

Afuera de su puerta, escuchó a Bertha moverse, su guardiana nocturna. En algún lugar de la ciudad, Alejandro estaba planeando su próximo tratamiento, su próxima forma de "salvarla."

Y en las sombras de Viena, Vladislaus esperaba, preparándose para el momento en que pudiera reclamar lo que consideraba suyo.

Elena yacía en la oscuridad, atrapada entre dos obsesiones, dos amores, dos futuros imposibles.

Y se preguntó cuál de ellos destruiría primero al otro.

O si la destruirían a ella en el proceso.

Capítulo 14

La Revelación del Cementerio

Elena esperó tres noches.

Tres noches durante las cuales observó, estudió, aprendió los patrones. Bertha se quedaba dormida alrededor de la medianoche, su cabeza cayendo contra la pared del pasillo donde montaba guardia. Alejandro venía cada mañana a las siete en punto para administrar sus tratamientos, luego regresaba al hospital hasta la noche. La condesa verificaba su bienestar al mediodía pero nunca entraba, solo llamaba a través de la puerta cerrada.

Tres noches para que el vínculo se debilitara aún más, hasta que Vladislaus era apenas un susurro en el fondo de su mente. Tres noches sintiéndose cada vez más vacía, más incompleta.

Y tres noches planeando su escape.

La cuarta noche, cuando el reloj dio medianoche y los ronquidos suaves de Bertha filtraban bajo la puerta, Elena puso su plan en acción.

Se había guardado las pastillas para dormir que Alejandro le daba cada noche, escondiéndolas bajo su lengua y escupiéndolas cuando él se iba. Ahora tenía seis de ellas, pulverizadas y mezcladas con agua en una taza.

—¿Bertha? —llamó con voz débil a través de la puerta—. Bertha, por favor, necesito agua. Me siento mal.

Escuchó movimiento. Un gruñido somnoliento. Luego el sonido de la llave girando en la cerradura.

Bertha entró, con los ojos medio cerrados, llevando una jarra de agua.

—Señorita, debería estar durmiendo...

—Lo sé, lo siento. —Elena tomó la jarra con manos temblorosas—. Pero tengo tanta sed. ¿Podrías... podrías quedarte solo un momento? Me siento tan sola aquí encerrada.

La expresión de Bertha se suavizó. La doncella había estado incómoda con todo este asunto del encarcelamiento desde el principio.

—Solo un momento, entonces.

Se sentó en la silla junto a la cama. Elena le ofreció la taza que había preparado.

—¿Beberías conmigo? Solo para que no me sienta tan... tan aislada.

Bertha vaciló, luego asintió. Tomó la taza y bebió un sorbo largo.

Cinco minutos después, estaba profundamente dormida en la silla, su cabeza inclinada en un ángulo incómodo, roncando suavemente.

Elena sintió una punzada de culpa mientras tomaba las llaves del cinturón de Bertha. Pero la culpa no fue suficiente para detenerla.

Se vistió rápidamente con el vestido más oscuro que tenía y una capa gruesa. Las llaves temblaban en sus manos mientras abría la puerta de su habitación y se deslizaba al pasillo.

El palacete estaba en silencio. Elena bajó las escaleras de puntillas, evitando los escalones que crujían, su corazón latiendo tan fuerte que estaba segura de que despertaría a toda la casa.

Pero nadie vino. Nadie la detuvo.

Salió por la puerta de la cocina hacia la noche de Viena.

El aire frío golpeó sus pulmones como un shock. Elena se tambaleó, aferrándose al marco de la puerta. Estaba más débil de lo que pensaba —las transfusiones de Alejandro la habían dejado frágil, como si un viento fuerte pudiera llevársela.

Pero no podía detenerse ahora.

"Vladislaus", pensó con toda su fuerza a través del vínculo debilitado. "Estoy libre. ¿Dónde estás?"

Durante un momento aterrador, no hubo respuesta. El vínculo era tan tenue que pensó que tal vez ya no podía alcanzarlo en absoluto.

Luego:

"Elena." La voz era débil, distante, pero inequívocamente él. "Dios mío, Elena. ¿Cómo..."

"Escapé. Necesito verte. Necesito..."

"El cementerio de San Marx. Al norte de la ciudad. Ven. Te estaré esperando."

Elena comenzó a caminar. Las calles de Viena estaban desiertas a esta hora, iluminadas solo por faroles de gas ocasionales que proyectaban charcos de luz amarillenta en el empedrado. Sus pasos resonaban en el silencio, y más de una vez tuvo que detenerse y apoyarse contra un edificio, jadeando, esperando que su fuerza regresara.

Le tomó casi una hora llegar al cementerio de San Marx. Era un lugar antiguo, en su mayoría abandonado ahora, usado solo para entierros de indigentes. Los ricos preferían cementerios más nuevos y prestigiosos.

Pero este lugar tenía su propia belleza oscura. Monumentos desmoronados se alzaban entre la hierba crecida. Ángeles de piedra con alas rotas vigilaban sobre tumbas olvidadas. La niebla se enrollaba entre las lápidas como dedos fantasmales.

Y allí, de pie junto a una cripta particularmente grande cubierta de musgo, estaba Vladislaus.

Se volvió cuando Elena entró por las puertas de hierro forjado, y incluso a la luz débil de la luna, pudo ver el alivio en su rostro.

—Viniste —dijo, y había algo quebrado en su voz—. Pensé... después de que el vínculo se debilitara tanto, pensé que tal vez te había perdido.

Elena caminó hacia él, cada paso un esfuerzo. Cuando finalmente lo alcanzó, sus piernas cedieron.

Vladislaus la atrapó antes de que cayera, levantándola en sus brazos como si no pesara nada.

—Estás tan débil —murmuró, llevándola hacia la cripta donde había estado esperando—. ¿Qué te ha hecho?

—Transfusiones. Tres de ellas. Intentó drenar tu sangre de la mía.

Vladislaus gruñó bajo, un sonido casi animal.

—Voy a matarlo.

—No. —Elena levantó una mano temblorosa hacia su mejilla —. Me prometiste. Por mí.

—Tu promesa se está volviendo cada vez más difícil de mantener. —Pero su tono se suavizó mientras la depositaba suavemente en los escalones de la cripta—. Especialmente cuando veo lo que te está haciendo.

Se sentó junto a ella, manteniendo un brazo alrededor de sus hombros para sostenerla erguida. Elena se inclinó contra él, agradecida por su solidez incluso si era fría como la piedra.

—¿De quién es esta cripta? —preguntó.

Vladislaus fue silencioso por un momento. Luego:

—Mía. Bueno, de mi familia. Los Dragomir. Compramos este terreno hace más de doscientos años, cuando aún era un cementerio respetable.

Señaló la inscripción casi borrada en la puerta de la cripta. Elena pudo distinguir apenas el dragón heráldico, el mismo que había visto en sus cartas.

—¿Hay alguien enterrado aquí?

—Uno. —La voz de Vladislaus se volvió distante—. Ven. Déjame mostrarte.

La ayudó a ponerse de pie y abrió la puerta de la cripta. El interior olía a tierra húmeda y tiempo. Un solo ataúd descansaba en una plataforma de piedra, cubierto de polvo y telarañas.

Vladislaus llevó a Elena más cerca, sacando una vela de algún lugar y encendiéndola con un movimiento de su mano —un truco que Elena aún no había visto y que le recordó lo poco que realmente sabía sobre lo que él podía hacer.

A la luz de la vela, pudo ver la inscripción en la placa de plata del ataúd:

Elisabeta Dragomir 1565 - 1587 Amada esposa Perdida demasiado pronto

Elena sintió algo frío en su pecho.

—Tu esposa.

—Sí. —Vladislaus pasó una mano sobre la inscripción con ternura que hablaba de siglos de dolor—. Murió de peste cuando

tenía veintidós años. Yo la amaba... Dios, cómo la amaba. Habíamos estado casados solo tres años.

—¿Eras humano entonces?

—No. Ya era vampiro. Había sido convertido cinco años antes, contra mi voluntad, por un antiguo que deseaba un compañero. —Su voz se endureció—. Lo maté por ello, eventualmente. Pero el daño ya estaba hecho.

Se volvió para mirar a Elena.

—Elisabeta sabía lo que era. Nos casamos de todos modos. Ella decía que no le importaba si yo era monstruo mientras fuera su monstruo.

Elena sintió lágrimas ardiendo en sus ojos.

—Suena como si te amara mucho.

—Y yo la amé. Tanto que cuando murió, cuando la peste la consumió en días y no pude hacer nada para salvarla... —su voz se quebró— consideré seriamente caminar hacia el sol y terminar con todo.

Se arrodilló junto al ataúd, y Elena vio algo que nunca había visto antes: lágrimas en los ojos de Vladislaus. Rojas como la sangre, pero lágrimas de todos modos.

—Pero no lo hice. Porque tenía la esperanza tonta de que de alguna manera, en algún lugar, volvería a encontrarla. Que las almas como la suya no simplemente... desaparecen.

Levantó la vista hacia Elena.

—Y tenía razón. Un siglo después, te encontré. O la encontré a ella. Eleonora, la curandera en Francia. Tenía su sonrisa. Su bondad. Su forma de inclinar la cabeza cuando escuchaba. No podía ser coincidencia.

Se puso de pie y se acercó a Elena, tomando su rostro entre sus manos.

—Y ahora tú. Elena. Tienes sus ojos. Su valentía. La misma forma de mirarme como si vieras más allá del monstruo hacia el hombre que alguna vez fui.

—¿De verdad crees que soy ella? ¿Reencarnada?

—No lo sé. —Vladislaus presionó su frente contra la de ella—. La reencarnación, el destino, la coincidencia... no importa qué es.

Solo sé que cada vez que te encuentro, te reconozco. Y cada vez que te pierdo, una parte de mí muere de nuevo.

Sus pulgares acariciaron las mejillas de Elena, limpiando lágrimas que no sabía que estaba derramando.

—Por eso no puedo dejarte ir, Elena. Por eso lucharé contra tu médico, contra tu enfermedad, contra el mismo Dios si es necesario. Porque he pasado trescientos años perdiendo versiones de ti. No voy a perder esta.

Elena levantó sus propias manos para cubrir las de él.

—¿Y si no soy ella? ¿Y si solo soy... yo? Elena. No una reencarnación de tu esposa perdida sino solo una chica que casualmente se parece a ella.

Vladislaus la estudió durante un largo momento. Luego sonrió, triste pero genuino.

—Entonces te amo de todos modos. Porque seas quien seas —Elisabeta renacida o Elena única en su clase— eres la única que ha hecho que estos siglos de existencia valgan algo.

La besó entonces, suave y reverente. No era el hambre ardiente de besos anteriores. Era algo más tierno. Más verdadero.

Cuando se separaron, Vladislaus se quitó el abrigo y lo envolvió alrededor de los hombros de Elena.

—Estás temblando. El frío te está afectando más de lo que debería.

—Las transfusiones me debilitaron.

—Lo sé. Puedo olerlo. Tu sangre es... diferente ahora. Más diluida. Menos tuya. —Frunció el ceño—. Está matándote, Elena. Lentamente. Sus tratamientos están haciendo más daño que bien.

—Él cree que está rompiéndote el vínculo.

—Está rompiendo tu vida. —Vladislaus la guió de vuelta a los escalones de la cripta, sentándola y luego arrodillándose frente a ella —. Elena, necesito preguntarte algo. Y necesito una respuesta honesta.

—¿Qué?

—Si tuvieras que elegir ahora. Esta noche. Entre él y yo. Entre vida mortal con sus tratamientos o inmortalidad conmigo. ¿Qué elegirías?

Elena miró esos ojos plateados, vio los siglos de dolor allí, el amor desesperado, la esperanza frágil.

—A ti —susurró—. Elegiría a ti.

Vladislaus cerró los ojos, como si esas palabras le hubieran causado dolor y placer en igual medida.

—¿Estás segura? Porque una vez que cruces ese umbral, Elena, no hay vuelta atrás. Serás como yo. Inmortal, sí, pero también condenada. Necesitarás sangre para sobrevivir. Caminarás solo en la oscuridad. Verás a todos los que amas envejecer y morir mientras tú permaneces sin cambios.

—Lo sé.

—¿Y aún me eliges?

—Sí. —Elena tomó sus manos heladas entre las suyas—. Porque una vida corta sin ti no es vida en absoluto. Es solo... esperar morir. Pero contigo, incluso en la oscuridad, me siento viva.

Vladislaus abrió los ojos, y había lágrimas de sangre deslizándose por sus mejillas.

—Entonces conviérteme —dijo Elena—. Ahora. Antes de que Alejandro pueda detenerme. Antes de que pierda el valor.

—No. —Vladislaus se puso de pie abruptamente, dándole la espalda—. No así. No aquí, en un cementerio, cuando estás débil y desesperada. No cuando apenas puedes mantenerte en pie.

—¿Entonces cuándo?

—Cuando estés fuerte. Cuando hayas tomado la decisión sin la presión de tu enfermedad o del médico o de mí. Cuando sea verdaderamente tu elección, hecha con mente clara y corazón firme.

Se volvió hacia ella.

—Y cuando llegue ese momento, Elena, no será en secreto. No será en la oscuridad. Será con ritual apropiado, con respeto por lo que estás sacrificando. Porque convertirte es... es un sacramento oscuro, sí, pero sigue siendo un sacramento.

Elena sintió frustración ardiendo en su pecho.

—¿Y si no llego a ese punto? ¿Y si Alejandro...?

—Entonces me aseguraré de que llegues. —Vladislaus se arrodilló de nuevo frente a ella y comenzó a desabrochar su camisa —. Pero primero, necesitas fuerza. Y para eso...

Abrió su camisa, revelando su pecho pálido. Y allí, justo sobre su corazón, Elena vio una cicatriz. Antigua, elevada, en forma de cruz.

—¿Qué es eso? —preguntó, extendiendo la mano para tocarla.

—La marca de mi conversión. —Vladislaus cubrió su mano con la suya, presionándola contra la cicatriz—. El vampiro que me convirtió me talló esto mientras me transformaba. Una cruz, como burla a Dios. Como recordatorio de que estaba condenado.

Elena pudo sentir bajo su palma la ausencia de latidos. El pecho de Vladislaus estaba inmóvil, sin el subir y bajar de la respiración, sin el pulso constante de la vida.

—Debe haber sido terrible.

—Lo fue. Pero ahora... —presionó la mano de Elena más firmemente contra su pecho— ahora es solo un recordatorio. De lo que era. Lo que perdí. Y lo que gané.

Se inclinó más cerca.

—Bebe de mí, Elena. No lo suficiente para convertirte, pero sí para fortalecerte. Mi sangre te dará fuerza para sobrevivir a los próximos días. Para resistir cualquier cosa que el médico intente.

—Pero ¿no fortalecerá eso el vínculo?

—Sí. —Una sonrisa oscura—. Y él lo sabrá. Sabrá que me encontraste. Sabrá que elegiste venir a mí. Y sabrá que está perdiendo.

Vladislaus se mordió la muñeca, abriendo una vena. Sangre oscura brotó, casi negra a la luz de la luna.

—Bebe —ordenó suavemente—. Y sé fuerte.

Elena vaciló solo un segundo antes de presionar sus labios contra la herida.

El sabor que inundó su boca era familiar ahora —metálico, dulce, complejo. Pero esta vez había algo más. Podía sentir el poder en ella, fluyendo por su garganta, llenando sus venas con fuego frío.

Las imágenes vinieron con la sangre. Fragmentos de recuerdos de Vladislaus:

Una joven con cabello oscuro riendo bajo el sol. Elisabeta.

Un castillo en llamas. Gritos. El olor de la muerte.

Siglos de soledad. De cazar. De matar. De sobrevivir.

Y luego rostros. Uno tras otro. Eleonora. Helena. Otras cuyos nombres se habían perdido en el tiempo. Todas con algo de Elena en ellas. Todas perdidas demasiado pronto.

Y finalmente, Elena misma. Vista por primera vez en el baile, y Vladislaus sintiendo su corazón —que había estado silencioso durante trescientos años— dar un vuelco fantasmal de reconocimiento.

Elena se apartó, jadeando. Podía sentir la sangre de Vladislaus mezclándose con la suya, el vínculo fortaleciéndose con cada latido de su corazón.

Y se sintió... poderosa. Por primera vez en meses, se sintió fuerte.

—Mejor —dijo Vladislaus con satisfacción, lamiendo la herida en su muñeca hasta que se cerró—. Ya veo el color volviendo a tus mejillas. Mi sangre combate las debilidades que sus transfusiones causaron.

Se puso de pie y ayudó a Elena a levantarse también. Esta vez, sus piernas la sostuvieron.

—Ahora —dijo— necesito llevarte de vuelta antes de que el médico descubra que te has ido. Antes de que llame a la policía o haga algo igualmente dramático.

—No quiero volver.

—Lo sé. Pero debes. Por ahora. —Vladislaus tomó su rostro entre sus manos—. Porque si simplemente desapareces, si huyes conmigo esta noche, él moverá cielo y tierra para encontrarte. Habrá cazas. Habrá violencia. Y yo preferiría evitar eso si es posible.

—Entonces ¿qué hago?

—Vuelves. Actúas como si esta noche nunca hubiera pasado. Y esperas. —Sus pulgares acariciaron sus mejillas—. Porque muy pronto, Elena, todo llegará a un punto crítico. El médico intentará algo desesperado. Tu enfermedad empeorará. Y entonces, cuando el momento sea correcto, vendré por ti. Te sacaré de allí apropiadamente. Y nadie podrá detenernos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he vivido trescientos años. He aprendido a ser paciente. A esperar el momento perfecto. —Sonrió oscuramente—. Y el momento perfecto está cerca. Puedo sentirlo.

La besó una vez más, largo y profundo, saboreándola como si fuera la última vez.

—Ahora ve. Antes de que el sol comience a salir. Y Elena...

—¿Sí?

—Recuerda esto. Recuerda esta noche. Recuerda que me elegiste. Porque cuando vengan las dudas, cuando el médico intente convencerte de que esto es locura, quiero que recuerdes que fuiste tú quien vino a mí. Tú quien bebió mi sangre voluntariamente. Tú quien dijo que me ama.

—No lo olvidaré.

—Bien. —Vladislaus se apartó, retrocediendo hacia las sombras más profundas de la cripta—. Ahora vete. Y que la oscuridad te proteja hasta que volvamos a encontrarnos.

Elena caminó de regreso a través del cementerio, sintiéndose más fuerte con cada paso. El vínculo pulsaba en sus venas, renovado, poderoso. Podía sentir a Vladislaus observándola irse, su presencia una constante cálida (aunque fría) en el fondo de su mente.

El viaje de regreso al palacete fue más fácil que el de ida. La sangre de Vladislaus le había dado energía, claridad. Llegó justo cuando el cielo al este comenzaba a aclararse con los primeros toques del amanecer.

Bertha seguía dormida en la silla. Elena la despertó suavemente, fingiendo que ella también acababa de despertar.

—¿Bertha? ¿Qué haces aquí? ¿Te quedaste dormida?

La doncella se despertó sobresaltada, confundida y avergonzada.

—Oh, señorita, lo siento. Yo... debo haber...

—Está bien. —Elena sonrió—. Pero tal vez deberías ir a tu propia cama ahora. Pareces agotada.

Bertha se fue, murmurando disculpas, sin darse cuenta de que había sido drogada, sin saber que Elena había salido en absoluto.

Elena se metió en la cama justo cuando escuchó la llave de Alejandro en la puerta principal.

Y mientras yacía allí, esperando su inevitable visita matutina, tocó su cuello donde Vladislaus la había besado, su muñeca donde había bebido su sangre.

Y sonrió.

Porque Alejandro podía intentar lo que quisiera. Podía drenarla, drogarla, encerrarla.

Pero el vínculo estaba de vuelta. Más fuerte que nunca.

Y ella había hecho su elección.

Capítulo 15

Juramentos de Medianoche

Alejandro supo el momento en que entró en la habitación de Elena.

Era algo en el aire. Una carga. Un cambio en la calidad de la luz, como si las sombras fueran más profundas de lo que deberían ser. Y cuando miró a Elena, durmiendo aparentemente inocente en su cama, vio lo que había temido.

Color en sus mejillas. Un brillo rosado que había estado ausente durante días.

Su mano fue a su cuello antes de que pudiera detenerse, buscando el pulso. Latía fuerte, constante, más vigoroso de lo que había estado en semanas.

Elena abrió los ojos y lo miró sin sobresalto, como si hubiera sabido que estaba allí todo el tiempo.

—Buenos días, Alejandro.

Su voz era clara. Sin el jadeo débil que había marcado sus palabras recientemente. Sin la fragilidad.

Alejandro retiró su mano como si se hubiera quemado.

—¿Qué hiciste?

—¿Perdón?

—No juegues conmigo, Elena. —Su voz salió más dura de lo que pretendía—. Estabas muriendo ayer. Apenas podías sentarte sin ayuda. Y ahora...

Se levantó abruptamente, caminando hacia la ventana para poner distancia entre ellos. Necesitaba pensar. Necesitaba entender.

—Ahora estás fuerte. Saludable. Como si... —se volvió bruscamente— como si alguien te hubiera dado sangre.

Elena se sentó lentamente, sin molestarse en negar.

—¿Y si lo hizo?

—¿Cuándo? ¿Cómo? Bertha estaba vigilando. La puerta estaba cerrada con llave. Yo mismo verifiqué antes de irme anoche. —Se acercó de nuevo a la cama—. A menos que... ¿él entró? ¿Vino aquí?

—No.

—Entonces ¿cómo?

Elena lo miró con ojos que ya no mostraban culpa o miedo, solo determinación tranquila.

—Salí. Fui a él.

La sangre se drenó del rostro de Alejandro.

—Eso es imposible. Bertha estaba...

—Dormida. Le di las pastillas para dormir que tú me dabas a mí. —No había disculpa en su tono—. Tomé sus llaves y me fui.

Alejandro sintió como si el suelo se moviera bajo sus pies. Retrocedió hasta que chocó con la pared, necesitando algo sólido contra lo que apoyarse.

—¿Tienes idea de lo peligroso que fue eso? Estabas débil. Enferma. Podrías haber colapsado en la calle. Podrías haber muerto.

—Pero no lo hice. —Elena apartó las sábanas y se puso de pie, moviéndose con una gracia que no había poseído en semanas—. Llegué a él. Y él me dio lo que necesitaba.

—¿Su sangre? —Alejandro sintió bilis subiendo por su garganta—. Elena, ¿tienes idea de lo que acabas de hacer? El vínculo que trabajé tan duro para romper, todo ese progreso...

—No era progreso. —Elena se acercó a él, y Alejandro vio algo diferente en sus ojos. No solo fuerza, sino convicción—. Era tortura. Me estabas vaciando, Alejandro. No salvándome. Vaciándome.

—¡Estaba purificando tu sangre!

—Estabas quitándome la única cosa que me hace sentir viva. —Ahora estaba directamente frente a él—. Y no voy a dejarte hacerlo más.

Alejandro vio entonces la verdad de la situación. Había perdido. Todo su trabajo, todos sus esfuerzos, todo había sido deshecho en una noche.

—No puedes hacer esto —dijo, su voz quebrándose—. Elena, por favor. Dame otra oportunidad. Otra semana. Puedo...

—¿Qué? ¿Drenarme de nuevo? ¿Encerrarme más estrictamente? —Elena sacudió la cabeza—. No, Alejandro. Se acabó. Tomé mi decisión.

—¿Te pidió que te conviertas? —La pregunta salió como un gruñido—. ¿Te mordió de nuevo?

—Bebí de él. Voluntariamente. Para fortalecerme. —Elena levantó su barbilla desafiante—. Pero no me convirtió. Dijo que no lo haría hasta que estuviera segura, hasta que fuera el momento correcto.

—¿Y cuándo será eso? ¿Cuándo estarás tan enferma que sea tu única opción?

—Tal vez. O tal vez cuando simplemente esté lista para elegir la eternidad sobre... esto. —Hizo un gesto abarcando la habitación, el palacete, la vida mortal.

Alejandro sintió algo quebrarse dentro de él. Todas sus certezas, todas sus convicciones sobre poder salvarla con ciencia, se desmoronaban.

—No te dejaré ir tan fácilmente —dijo, aunque su voz carecía de la convicción anterior.

—No es tu elección. —Elena tocó su mejilla suavemente, y Alejandro sintió el calor de su mano—calor que había estado ausente durante días—. Alejandro, te aprecio. De verdad. Has hecho tanto por mí, has cuidado de mí cuando nadie más lo hizo. Pero esto no es amor. Es obsesión.

—¿Y lo que él siente es diferente?

—Sí. Porque él me deja elegir. Me deja ser quien soy, incluso si eso significa perderme. —Bajó su mano—. Tú solo quieres salvarme para que pueda ser quien quieres que sea.

Las palabras golpearon a Alejandro como bofetadas físicas. Se apartó de la pared, negando con la cabeza.

—No. No, estás confundida. El vínculo te está haciendo pensar...

—El vínculo no está pensando por mí. —La voz de Elena era firme—. Soy yo. Elena. Tomando mi propia decisión. Y necesitas

aceptarlo.

Alejandro la miró durante un largo momento. Vio la determinación en sus ojos, la fuerza en su postura. Vio que había perdido no solo la batalla sino toda la guerra.

Y algo oscuro se torció en su pecho.

—Está bien —dijo finalmente, su voz peligrosamente tranquila —. Si eso es lo que realmente quieres.

Elena pareció sorprendida por su súbita capitulación.

—¿De verdad?

—No. —Una sonrisa amarga curvó sus labios—. Pero no voy a seguir luchando contra ti. Eso claramente no funciona. Así que voy a cambiar de táctica.

—¿Qué quieres decir?

Alejandro se dirigió hacia la puerta, luego se detuvo y miró hacia atrás.

—Voy a dejar de intentar salvarte de él. En cambio, voy a salvar lo que pueda. Incluso si eso significa... medidas extremas.

—Alejandro...

Pero ya se había ido, cerrando la puerta con firmeza tras de sí. Elena escuchó sus pasos bajando las escaleras, luego el sonido de la puerta principal cerrándose.

Y por primera vez, sintió un escalofrío de miedo. Porque un Alejandro que luchaba era predecible. Pero un Alejandro que había aceptado la derrota...

Ese era mucho más peligroso.

Vladislaus sintió la perturbación a través del vínculo esa tarde.

Elena estaba angustiada, preocupada por algo que Alejandro había dicho. El vínculo era lo suficientemente fuerte ahora para que pudiera sentir sus emociones con claridad, aunque no siempre las razones detrás de ellas.

"¿Qué pasa, mi amor?" proyectó a través del vínculo.

"Alejandro. Dijo algo... algo sobre medidas extremas. Y luego se fue. No ha regresado."

"¿Quieres que investigue?"

"¿Puedes?"

Vladislaus sonrió en la oscuridad de su refugio diurno.

"Para ti, haría cualquier cosa. Incluso caminar bajo el sol crepuscular si fuera necesario."

Esperó hasta que el sol estuviera lo suficientemente bajo —no podía arriesgarse a la luz directa— y luego salió. El vínculo con Elena actuaba como una brújula, guiándolo hacia donde ella estaba, pero también hacia donde Alejandro había estado.

Siguió el rastro del médico por las calles de Viena, usando sentidos que ningún humano poseía. El olor de su colonia. El eco de sus pasos. El residuo de su presencia en el aire.

Lo llevó al Allgemeines Krankenhaus. El hospital.

Vladislaus se deslizó por las sombras, evitando a los guardias, moviéndose a través de corredores hasta llegar a una parte del edificio que reconoció de su última visita furtiva: el laboratorio de Alejandro.

La puerta estaba entreabierta. Luz se filtraba por la rendija.

Vladislaus se acercó silenciosamente y miró adentro.

Alejandro estaba allí, encorvado sobre una mesa de trabajo, rodeado de frascos y tubos y aparatos que Vladislaus no reconocía. Había algo sobre la mesa que hizo que Vladislaus se tensara.

Un cuerpo. Cubierto con una sábana, pero inequívocamente un cadáver.

—¿Qué demonios está haciendo? —murmuró Vladislaus.

Como si lo hubiera escuchado, Alejandro levantó la vista. Sus ojos estaban rojos, como si hubiera estado llorando. O como si no hubiera dormido en días.

—Sé que estás ahí —dijo con voz cansada—. Puedo sentirte. Observándome. Juzgándome.

Vladislaus empujó la puerta abierta y entró.

—¿Qué estás haciendo, doctor?

Alejandro soltó una risa sin humor.

—Finalmente cruzando la última línea. La que juré nunca cruzar. —Apartó la sábana, revelando el rostro del cadáver. Era joven, tal vez veinticinco años, con rasgos que podrían haber sido apuestos en vida—. Murió esta mañana. Accidente de carruaje. Ninguna familia que lo reclamara.

—¿Y?

—Y voy a resucitarlo. —Alejandro tocó el aparato junto al cuerpo—un dispositivo de aspecto amenazante con cables y placas de metal—. Usando galvanismo. Electricidad directa al corazón. Si puedo reiniciar su corazón, si puedo traerlo de vuelta...

—Estarás jugando a ser Dios. —Vladislaus se acercó más, estudiando el cadáver—. Y creando un abominio.

—No diferente a lo que eres tú. —Alejandro levantó la vista, desafío en sus ojos—. Al menos mi creación será traída de vuelta con ciencia. No con magia oscura.

—¿Y por qué? ¿Por qué hacer esto?

Alejandro fue silencioso por un momento. Luego:

—Porque si puedo dominar esto... si puedo traer a alguien de vuelta de la muerte... entonces cuando Elena muera, podré traerla de vuelta también. Sin necesidad de convertirla en lo que eres tú. Podrá tener vida. Vida real. No tu imitación antinatural.

Vladislaus sintió algo parecido a la lástima.

—Estás loco.

—Probablemente. —Alejandro activó el aparato. Electricidad chisporroteó—. Pero prefiero estar loco con esperanza que cuerdo con desesperación.

—No funcionará. —Vladislaus se movió hacia la puerta—. Lo que sea que traigas de vuelta no será humano. No de verdad. Será... otra cosa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he visto a otros intentarlo. Nigromantes. Alquimistas. Todos pensaban que podían burlar a la muerte con ciencia o magia. Y todos crearon solo... horrores. Cosas que deberían haber permanecido muertas.

Se detuvo en el umbral.

—Pero hazlo si debes. Satisface tu curiosidad científica. Solo deja a Elena fuera de ello.

—No puedo hacer eso. Ella es la razón por la que lo estoy haciendo. —Alejandro lo miró directamente—. Y cuando tenga éxito, cuando pueda ofrecerle vida verdadera en lugar de tu oscuridad... entonces veremos a quién elige realmente.

Vladislaus podría haber discutido. Podría haber explicado todas las formas en que el plan de Alejandro fracasaría. Pero vio la determinación en los ojos del médico y supo que las palabras serían inútiles.

—Entonces buena suerte, doctor. —Su voz goteaba con sarcasmo—. Espero que tu monstruo te traiga la paz que buscas.

Se fue, dejando a Alejandro solo con su cadáver y sus sueños imposibles.

Esa noche, cerca de medianoche, Elena sintió el tirón del vínculo.

"Ven a mí", susurró la voz de Vladislaus en su mente. "A la capilla donde nos besamos. Necesito verte."

Elena no vaciló. Esperó hasta que Bertha —ahora vigilando con más atención pero aún confiando en las cerraduras— se quedara dormida. Esta vez no necesitó drogarla. Simplemente esperó, paciente, hasta que los ronquidos vinieron.

La ventana. Vladislaus le había enseñado que las cerraduras eran irrelevantes cuando podía deslizarse por ventanas. Esta vez dejó una nota, sabiendo que sería descubierta pero sin importarle:

He salido. No me busques. Regresaré cuando esté lista. —Elena

La capilla de San Miguel estaba exactamente como la recordaba. Ruinosa. Hermosa en su decadencia. Y allí, de pie entre las sombras del altar profanado, estaba Vladislaus.

Se volvió cuando ella entró, y algo en su expresión la detuvo.

—¿Qué pasa? ¿Qué viste?

—Tu médico. En su laboratorio. Intentando resucitar un cadáver. —Vladislaus caminó hacia ella—. Se ha vuelto completamente loco, Elena. Está intentando crear vida de la muerte usando electricidad y desesperación.

Elena sintió un escalofrío.

—Dijo que cambiaría de táctica. Que tomaría medidas extremas.

—Esto está más allá de extremo. Esto es... —Vladislaus se detuvo frente a ella— esto es un hombre perdido en la obsesión. Ya

no se trata de salvarte. Se trata de probarse a sí mismo que puede vencer a la muerte. Que puede vencerme.

Tomó las manos de Elena entre las suyas.

—Pero eso no es lo que quiero hablar esta noche. Esta noche... —se arrodilló ante ella, una imagen imposible de un depredador antiguo mostrando sumisión— esta noche quiero hacer votos contigo.

—¿Votos?

—Promesas. Juramentos. —Levantó la vista hacia ella, sus ojos plateados brillando en la oscuridad—. Elena, he pasado trescientos años buscándote. Y ahora que te he encontrado, ahora que has elegido venir a mí por voluntad propia, quiero que sepas... quiero que entiendas exactamente lo que significas para mí.

Se puso de pie lentamente, sin soltar sus manos.

—Así que hago este voto: No te convertiré sin tu deseo explícito. No importa cuán desesperado me vuelva, no importa cuán cerca estés de la muerte, no te llevaré a la oscuridad a menos que me lo pidas con tus propias palabras. ¿Entiendes?

Elena sintió lágrimas ardiendo en sus ojos.

—Sí.

—Y —continuó Vladislaus— te prometo que cuando llegue ese momento, cuando tomes esa decisión, lo haré apropiadamente. Con ritual. Con respeto. Con toda la solemnidad que merece el acto de renunciar a tu alma mortal.

Llevó las manos de Elena a sus labios, besando los nudillos con ternura reverente.

—Te prometo que te protegeré. Que cuidaré de ti. Que te enseñaré lo que significa ser como yo. Y que nunca, nunca, te dejaré sola en la oscuridad.

Sus labios se movieron hacia las muñecas de Elena, besando justo sobre donde las venas pulsaban visibles bajo la piel.

—Te prometo que te amaré. No solo en esta vida sino en todas las que vengan. Porque seas quien seas —Elisabeta renacida o Elena única— eres mi alma gemela a través de los siglos.

Elena sintió el tirón del vínculo intensificándose con cada voto, sintió la verdad de sus palabras resonando en su sangre.

—Y ahora —dijo Vladislaus suavemente— necesito que hagas tus propios votos. Si estás dispuesta.

Elena miró esos ojos antiguos y supo exactamente qué decir.

—Prometo —comenzó, su voz firme— que nunca te abandonaré. Que cuando llegue el momento de elegir, elegiré la oscuridad contigo sobre la luz sin ti.

Vladislaus cerró los ojos, como si esas palabras le causaran dolor exquisito.

—Prometo —continuó Elena— que no tendré miedo. De lo que eres, de lo que seré, de lo que tendremos que hacer para sobrevivir. Entraré en la noche con los ojos abiertos.

Liberó una de sus manos y la llevó al rostro de Vladislaus, acariciando su mejilla.

—Y prometo amarte. No porque el vínculo me obligue, no porque la enfermedad me desespere, sino porque mi corazón te eligió mucho antes de que mi sangre lo hiciera.

Vladislaus abrió los ojos, y había lágrimas de sangre allí.

—Elena...

Ella se inclinó hacia adelante, parándose de puntillas para presionar sus labios contra los de él.

—Y prometo —susurró contra su boca— que cuando ese momento llegue, cuando esté lista para cruzar al otro lado, lo haré con alegría. Porque significa la eternidad contigo.

Vladislaus la besó entonces, profundamente, desesperadamente, vertiendo trescientos años de anhelo en ese contacto. Sus manos se movieron hacia su cintura, atrayéndola contra su cuerpo, y Elena fue voluntariamente.

Cuando finalmente se separaron, ambos temblaban.

—Estos votos son vinculantes —dijo Vladislaus con voz ronca —. En mi mundo, en el mundo de la oscuridad, las promesas hechas en sangre son sagradas. No pueden romperse.

—No quiero romperlas.

—Bien. —La acercó de nuevo, presionando su frente contra la de ella—. Porque ahora, en todos los sentidos excepto el físico, eres mía. Y yo soy tuyo.

Se quedaron así durante un largo momento, simplemente sosteniéndose el uno al otro en el silencio de la capilla en ruinas.

Finalmente, Vladislaus habló de nuevo:

—Necesito llevarte de vuelta. Antes de que el médico haga algo desesperado.

—¿Crees que lo hará?

—Sé que lo hará. Un hombre que intenta resucitar cadáveres es un hombre que ha perdido toda razón. —Vladislaus se apartó, pero mantuvo sus manos—. Pero esta vez, no te dejaré enfrentarlo sola. Voy a quedarme cerca. Vigilando. Y si intenta lastimarte...

—No lo hará. Puede estar obsesionado, pero no me haría daño.

—¿Estás segura? Porque las transfusiones ya te estaban matando. ¿Qué más podría intentar en nombre de salvarte?

Elena no tenía respuesta para eso.

Vladislaus la llevó de regreso al palacete, moviéndose a través de las sombras de Viena con ella en sus brazos. Cuando llegaron, la depositó suavemente en el suelo.

—Esta es la última vez que te dejo regresar allí —dijo—. La próxima vez que nos veamos, será para siempre. De una forma u otra.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que siento que se acerca. El final. La crisis. Todo está convergiendo hacia un punto. —Tocó su mejilla suavemente—. Y cuando ese momento llegue, estaré listo. Estaré esperando. Y vendré por ti.

La besó una última vez, suave y dulce.

—Hasta entonces, recuerda tus votos. Y sé fuerte.

—Lo haré.

Vladislaus se desvaneció en las sombras, dejando a Elena sola en la calle vacía.

Entró por la puerta principal, ya sin preocuparse por el sigilo. Encontró a su tía esperándola en el vestíbulo, con expresión severa.

—¿Dónde has estado?

—Con él. —Elena levantó su barbilla—. Y volveré a ir. Y eventualmente, no regresaré en absoluto.

La condesa estudió su rostro durante un largo momento. Luego suspiró.

—Estás tan perdida como yo lo estuve. Pero al menos yo tuve a alguien que me salvó. Tú... —sacudió la cabeza— tú has elegido la oscuridad conscientemente.

—Sí.

—Entonces que Dios tenga misericordia de tu alma. —La condesa se dio vuelta—. Porque yo ya no puedo ayudarte.

Se fue, dejando a Elena sola.

Pero Elena no se sentía sola. Podía sentir el vínculo pulsando cálidamente en sus venas. Podía sentir los votos que había hecho resonando en su sangre.

Y sabía, con certeza absoluta, que había tomado la decisión correcta.

Incluso si eso significaba perderlo todo.

Incluso si eso significaba convertirse en algo que una vez habría considerado monstruoso.

Porque al final, el amor —verdadero amor, amor que trascendía la vida y la muerte— valía cualquier precio.

Incluso el de su alma.

Capítulo 16

El Horror del Laboratorio

Elena despertó tres días después con sangre en su almohada.

No era la primera vez. Había estado tosiendo sangre durante semanas. Pero esto era diferente. Más. Un charco carmesí que había brotado de sus pulmones durante la noche, manchando las sábanas de blanco prístino con rojo oscuro.

Se sentó lentamente, limpiándose la boca con el dorso de su mano temblorosa. La habitación giró a su alrededor. El vínculo con Vladislaus pulsó con alarma —podía sentir su preocupación inmediata incluso a la distancia.

"Estoy bien", proyectó débilmente. "Solo... un mal episodio."

"Mientes." La voz de Vladislaus era tensa. "Puedo sentir tu debilidad a través del vínculo. Elena, ¿cuánta sangre?"

"No mucha. Estaré..."

Otra tos la sacudió, esta vez produciendo más sangre. Salpicó su camisón, sus manos, el suelo junto a la cama.

"Voy a ir." La voz de Vladislaus era firme. "Ahora mismo. A plena luz del día si es necesario."

"No. El sol te mataría."

"Entonces viviré el tiempo suficiente para llegar a ti. Para convertirte antes de que..."

"¡No!" Elena proyectó la palabra con toda la fuerza que pudo reunir. "Prometiste. Dijiste que no me convertirías sin mi petición explícita. Hicimos votos."

Un largo silencio. Luego:

"Los votos no significan nada si estás muerta."

"Significan todo. Especialmente si estoy muerta. —Elena se limpió la boca de nuevo—. Aguantaré. Solo... solo un poco más. Hasta que el momento sea correcto."

"Elena..."

Pero antes de que pudiera responder, la puerta se abrió. Su tía entró, vio la sangre, y gritó.

Alejandro llegó dentro de la hora.

Subió las escaleras de dos en dos, irrumpiendo en la habitación de Elena con su maletín médico y una expresión que estaba entre el triunfo y la desesperación.

—Lo logré —dijo sin preámbulo—. Funcionó. El experimento funcionó.

Elena, ahora limpia y recostada en sábanas frescas, lo miró con confusión.

—¿Qué experimento?

—El galvanismo. La resurrección. —Alejandro se acercó a la cama, sus ojos demasiado brillantes, su sonrisa demasiado amplia—. Lo traje de vuelta, Elena. Traje a un hombre de vuelta de la muerte usando solo electricidad y ciencia. ¡Ninguna magia! ¡Ninguna maldición! ¡Solo conocimiento puro!

Elena sintió un escalofrío recorrer su columna.

—Alejandro, ¿de qué estás hablando?

Él se sentó en el borde de la cama, tomando sus manos. Elena notó que las suyas temblaban.

—El cuerpo del accidente de carruaje. Lo resucité. Su corazón había dejado de latir durante seis horas, pero lo traje de vuelta. Ahora está... está vivo. Caminando. Hablando.

—Eso es... imposible.

—¡Es ciencia! —La voz de Alejandro se elevó—. Y significa que puedo hacer lo mismo por ti. Cuando tu corazón falle, cuando la enfermedad finalmente te reclame, podré traerte de vuelta. No como lo que es Vladislaus —algo no-muerto, antinatural— sino como un ser humano vivo. ¡Viva de verdad!

Elena estudió su rostro. Vio la fiebre en sus ojos, la forma en que sus manos no podían quedarse quietas. Esto no era el Alejandro racional que había conocido. Esto era un hombre al borde del colapso.

—Alejandro —dijo suavemente—, ¿estás seguro de que está... bien? ¿El hombre que trajiste de vuelta?

—Está perfecto. Bueno, todavía algo lento. Y tiene problemas para recordar quién era antes. Pero eso es solo temporal. El cerebro necesita tiempo para... para recalibrar después de estar muerto. Pronto estará completamente normal.

"No lo estará", pensó Elena, pero no dijo nada.

Alejandro sacó su estetoscopio y comenzó a examinarla, sus movimientos bruscos, nerviosos.

—Tus pulmones suenan peor. Mucho peor. —Frunció el ceño —. Las transfusiones no están funcionando tan bien como esperaba. El vínculo que él renovó está... está interfiriendo con tu curación.

—¿O tal vez las transfusiones están interfiriendo con el vínculo? —sugirió Elena.

—Es lo mismo. —Alejandro apartó el estetoscopio—. Elena, necesito que entiendas algo. Estás muriendo. No en meses. No en semanas. En días. Tal vez menos.

—Lo sé.

—¿Y aún te niegas a dejarme...?

—Sí. —Elena retiró sus manos de las de él—. Porque tu solución no es vida, Alejandro. Es... otra cosa. Algo que pretendes que es vida pero que no lo es.

—¿Cómo puedes decir eso sin siquiera verlo? —Alejandro se puso de pie abruptamente—. Ven conmigo. Al hospital. Deja que te lo muestre. Que veas con tus propios ojos que la ciencia puede lograr lo que su oscuridad promete.

Elena vaciló. Algo le decía que ir sería un error. Pero la curiosidad —y la necesidad de ver exactamente en qué se había convertido Alejandro— ganó.

—Está bien. Iré.

La sonrisa de Alejandro fue demasiado amplia, demasiado brillante.

—Excelente. Trae tu abrigo. Hace frío hoy.

El hospital estaba inusualmente silencioso cuando llegaron.

Alejandro la guió a través de corredores que Elena no había visto antes, bajando escaleras hacia las partes más antiguas del edificio. El aire aquí era más frío, húmedo, oliendo a antiséptico y algo más. Algo enfermizo-dulce que Elena no podía identificar.

—Aquí —dijo Alejandro, deteniéndose frente a una puerta pesada de roble—. Está en mi laboratorio privado. Lo he estado vigilando, tomando notas. Es... es extraordinario, Elena. Un verdadero milagro de la ciencia.

Abrió la puerta.

El laboratorio era grande, lleno de aparatos médicos que Elena reconocía y otros que parecían salidos de pesadillas. Tubos de vidrio llenos de líquidos de colores extraños. Dispositivos eléctricos que chisporroteaban suavemente. Y en el centro de todo, atado a una mesa de examen con correas de cuero...

Una cosa.

No podía llamarlo hombre, aunque había sido uno alguna vez. Tenía la forma básica —dos brazos, dos piernas, una cabeza— pero algo estaba profundamente mal.

La piel era del color incorrecto. Pálida pero también grisácea, como carne que había empezado a pudrirse y luego se había detenido. Los ojos estaban abiertos, mirando al techo, pero no parpadeaban. No se movían. Solo miraban fijamente con una vacuidad que era más aterradora que cualquier emoción.

Y el olor. Dios, el olor. Como carne podrida apenas cubierta con formaldehído.

Elena retrocedió instintivamente.

—Alejandro, ¿qué es eso?

—Es el sujeto de mi experimento. —Alejandro se acercó a la mesa, acariciando el brazo de la cosa con orgullo paternal—. Johann Weiss, veinticinco años, murió hace cuatro días de traumatismo en la cabeza. Y ahora... ahora está vivo.

—Eso no está vivo. —Elena apenas podía forzar las palabras —. Alejandro, eso es... es...

—¿Qué? ¿Un abominación? —Alejandro se volvió hacia ella con ojos ardientes—. ¿No diferente a tu vampiro?

—Vladislaus está muerto pero mantiene su forma. Su mente. Eso es... —Elena señaló la cosa en la mesa— eso no es humano. Ni siquiera es consciente.

—Todavía no. Pero con tiempo, con más experimentos...

Como si respondiera a su voz, la cosa en la mesa se movió. Lentamente, dolorosamente, giró su cabeza hacia Alejandro. Y abrió su boca.

El sonido que salió no era voz humana. Era un gemido bajo, gutural, lleno de dolor y confusión. Las manos de la criatura tiraron de las correas, no violentamente sino con movimientos débiles y sin coordinación.

—Shh, shh. —Alejandro se inclinó sobre la cosa, tocando su frente—. Está bien. Estás bien. Solo necesitas más tiempo.

—Alejandro. —La voz de Elena temblaba—. Eso no está bien. Eso está sufriendo.

—Son solo ajustes neurológicos. Pasarán.

—¿Cuánto tiempo ha estado haciendo esos ruidos?

Alejandro no respondió.

—¿Alejandro? ¿Cuánto tiempo?

—Desde que despertó. Hace tres días. —Finalmente la miró—. Pero eso no significa nada. El cerebro tarda tiempo en...

La cosa en la mesa gimió de nuevo, más fuerte esta vez. Y entonces Elena vio algo que hizo que su sangre se helara.

Lágrimas.

La criatura estaba llorando.

Lágrimas lentas y gruesas deslizándose desde sus ojos sin parpadear, cayendo por sus mejillas grisáceas mientras gemía en agonía constante.

—Está sufriendo —susurró Elena—. Dios mío, Alejandro, está consciente. Puede sentir. Y está sufriendo.

—Es temporal. Una vez que ajuste el voltaje, una vez que...

—¡No! —Elena se volvió hacia él, horror en su rostro—. No es temporal. Lo trajiste de vuelta, pero no lo hiciste correctamente. Su cerebro está... está dañado. Consciente pero incapaz de funcionar. Atrapado en su propio cuerpo, sintiendo todo pero sin poder comunicarse o...

Se interrumpió, su mano yendo a su boca mientras náuseas la golpeaban.

—Necesitas terminar con esto. Necesitas dejarlo morir de nuevo.

—¿Matarlo? —Alejandro pareció genuinamente sorprendido—. ¡Después de todo el trabajo que puse en traerlo de vuelta!

—¡No es vida! ¡Es tortura!

Alejandro miró a la cosa en la mesa, luego de vuelta a Elena. Y en sus ojos, Elena vio la primera grieta en su negación. Vio que, en algún nivel, sabía que tenía razón.

—Puedo arreglarlo —dijo, pero su voz carecía de convicción—. Solo necesito más tiempo. Más experimentos.

—No puedes arreglarlo. —Elena se acercó, tocando su brazo —. Alejandro, por favor. Esto es... esto ha ido demasiado lejos. Necesitas detenerlo. Dejarlo ir.

Por un momento, pensó que podría estar alcanzándolo. Vio dolor en su rostro, duda.

Luego las correas se rompieron.

La cosa —Johann Weiss, quien había sido un hombre alguna vez— se sentó con un movimiento brusco. Sus manos, más fuertes de lo que parecían, agarraron el borde de la mesa.

Y se puso de pie.

—Imposible —jadeó Alejandro—. No debería tener la fuerza para...

La criatura giró hacia Elena. Y en sus ojos sin vida, vio algo. Hambre. Necesidad. No por sangre como Vladislaus, sino por algo más fundamental.

Vida.

Quería su vida.

—Alejandro... —Elena retrocedió hacia la puerta.

La criatura dio un paso hacia adelante. Luego otro. Sus movimientos eran torpes, descoordinados, pero determinados.

—Quédate quieto. —Alejandro se interpuso entre la criatura y Elena—. Johann, quédate quieto. Soy tu médico. Estoy tratando de ayudarte.

La criatura lo apartó de un golpe. Alejandro salió volando, golpeando contra un banco lleno de frascos de vidrio. Estos se estrellaron, esparciendo líquidos y cristales por el suelo.

Elena corrió hacia la puerta, pero la criatura era más rápida de lo esperado. Una mano la agarró por el hombro, dedos fríos y

húmedos hundiéndose en su carne.

—¡Suéltala! —Alejandro se levantó, sangrando por un corte en su frente—. ¡Johann, suéltala!

La criatura la volteó para mirarla. Elena se encontró mirando directamente esos ojos muertos, viendo el sufrimiento allí, la confusión. Y algo más.

Reconocimiento.

Sabía que ella estaba muriendo. Podía olerlo en ella, sentirlo. Y quería eso. Quería su cercanía a la muerte, como si pudiera absorberla y usarla para...

Elena nunca sabría para qué. Porque en ese momento, la ventana del laboratorio se hizo añicos.

Vladislaus entró en una explosión de vidrio y luz solar moribunda. Humo se elevó de su piel donde los últimos rayos del sol poniente lo tocaron, pero no vaciló.

Se movió como la tormenta misma, arrancando a la criatura de Elena y arrojándola contra la pared opuesta con fuerza suficiente para agrietar el yeso.

—No la toques —gruñó, colocándose entre Elena y la cosa que había sido Johann Weiss—. Nunca la toques.

La criatura se levantó lentamente. Y por primera vez desde que había sido resucitada, parecía totalmente enfocada. Toda su atención estaba en Vladislaus.

Dos cosas no-vivas. Dos imitaciones de humanidad. Enfrentándose en un laboratorio lleno de experimentos fallidos.

—Vladislaus, ten cuidado. —Elena se aferró a su brazo—. Es más fuerte de lo que parece.

—Lo sé. Puedo olerlo. —Vladislaus arrugó su nariz—. La muerte y la electricidad. Una mezcla repugnante.

La criatura se abalanzó.

Vladislaus la encontró a mitad de camino. Chocaron con un impacto que sacudió todo el laboratorio. Tubos se cayeron. Instrumentos se estrellaron al suelo. Los dos lucharon, cada uno tratando de ganar ventaja.

Pero Vladislaus era más rápido, más ágil, más experimentado. Había luchado durante tres siglos. Sabía exactamente dónde golpear,

cómo moverse, cuándo retirarse.

En treinta segundos, tenía a la criatura inmovilizada contra el suelo, con una mano alrededor de su cuello.

—Lo siento —dijo, y genuinamente parecía lamentarlo—. Pero esto es misericordia.

Apretó. Hubo un crujido enfermizo. La criatura se estremeció una vez, dos veces.

Luego se quedó quieta.

Vladislaus se puso de pie lentamente, mirando el cuerpo a sus pies.

—Paz —murmuró—. Finalmente.

Se volvió hacia Alejandro, quien se había quedado contra la pared, mirando con horror.

—Esto es lo que creas cuando juegas a ser Dios sin entender las reglas. —La voz de Vladislaus estaba llena de desdén—. Pensaste que podías burlar a la muerte con ciencia. Pero solo creaste sufrimiento.

Alejandro no respondió. Solo miraba el cuerpo de su creación, lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Vladislaus se volvió hacia Elena, examinándola.

—¿Estás herida?

—No. Asustada, pero no herida.

—Bien. —La acercó, envolviéndola en su abrazo frío—. Nos vamos. Ahora. No voy a dejarte aquí ni un segundo más.

—¿Qué hay de...? —Elena miró hacia Alejandro.

—Que lidie con su monstruo. Que explique al hospital cómo un cadáver cobró vida y destruyó su laboratorio. —La voz de Vladislaus era dura—. Ya no es tu problema.

—Alejandro... —Elena comenzó.

Pero el médico levantó la vista, y lo que vio en sus ojos la hizo retroceder. No había cordura allí. Solo ruina.

—Habría funcionado —susurró—. Solo necesitaba más tiempo. Más ajustes. Habría...

—No habría funcionado —interrumpió Vladislaus—. Porque la muerte no es algo que se pueda revertir. Solo se puede transformar. Y hay solo dos formas de hacerlo: mi camino, que preserva la mente

y el alma a un precio terrible. O tu camino, que trae de vuelta el cuerpo pero destruye todo lo demás.

Se movió hacia la ventana rota, todavía sosteniendo a Elena.

—Cuando estés listo para admitir la derrota, doctor, sabes dónde encontrarme. Pero hasta entonces... aléjate de Elena. O la próxima vez, no será tu creación la que muera.

Y antes de que Alejandro pudiera responder, Vladislaus saltó por la ventana con Elena en sus brazos.

Volaron a través del anochecer de Viena, moviéndose tan rápido que el mundo se volvió un borrón. Cuando finalmente se detuvieron, estaban en el tejado de un edificio antiguo que miraba sobre toda la ciudad.

Vladislaus depositó a Elena suavemente, aunque mantuvo sus manos en su cintura para estabilizarla.

—¿Estás bien? Verdaderamente.

Elena asintió, aunque estaba temblando.

—Fue horrible. Lo que hizo. Lo que creó.

—Lo sé. —Vladislaus la atrajo más cerca—. Eso es lo que sucede cuando hombres que no entienden la muerte intentan conquistarla. Crean solo... horror.

—¿Eres diferente?

La pregunta flotó entre ellos.

Vladislaus fue silencioso por un largo momento. Luego:

—Sí. Porque fui convertido por alguien que entendía el proceso. Que sabía preservar la mente, el alma, la esencia de quién era mientras transformaba el cuerpo. No es perfecto —nunca lo es— pero sigo siendo yo. Vladislaus. Solo... diferente.

Levantó la vista hacia el cielo oscurecido.

—Lo que ese médico creó no era humano ni no-muerto. Era algo atrapado entre ambos. Consciente pero roto. Vivo pero muerto. Sufriendo pero incapaz de encontrar liberación.

—Como un infierno personal.

—Exactamente. —Vladislaus la miró—. Es por eso que necesitas entender, Elena. Cuando te convierta —si me lo pides— no será así. Será... ritual. Antiguo. Hecho correctamente. Despertarás como tú misma. Transformada pero no destruida.

—Lo sé. Confío en ti.

Vladislaus cerró sus ojos, como si esas palabras le causaran dolor físico.

—¿Incluso después de ver lo que vi convertirme? ¿Lo que soy capaz de hacer?

—Especialmente después de eso. —Elena tocó su mejilla—. Porque vi que no mataste por placer. Mataste por misericordia. Le diste paz a algo que sufría.

—Todavía maté.

—Y yo todavía te amo.

Vladislaus abrió sus ojos, y había tal emoción allí que Elena sintió lágrimas arder en sus propios ojos.

—Entonces ven conmigo —dijo—. Esta noche. No regreses a ese lugar. No regreses a tu tía o al médico o a cualquier cosa que te ate a la vida mortal. Ven conmigo y déjame mostrarte lo que podría ser.

Elena vaciló. Sabía que debería negarse. Que debería regresar, al menos para recoger sus cosas, para despedirse adecuadamente.

Pero cuando miró esos ojos plateados, cuando sintió el vínculo pulsando entre ellos, supo cuál era su respuesta.

—Sí. Llévame contigo.

Vladislaus sonrió —una verdadera sonrisa, llena de alegría y alivio y amor— y la besó.

Y mientras el sol finalmente se hundía por completo, regalándoles la noche, Vladislaus tomó la mano de Elena y la guió hacia la oscuridad.

Hacia su nuevo hogar.

Hacia su futuro.

Hacia la eternidad que ambos habían elegido.

Capítulo 17

En el Umbral de la Eternidad

Vladislaus vivía en un palacio.

No era una metáfora. Elena se quedó boquiabierta cuando él la llevó por las puertas de hierro forjado hacia un edificio que había estado abandonado durante décadas según los registros de la ciudad, pero que por dentro era magnífico.

—Compulsión —explicó Vladislaus cuando vio su expresión—. Hago que la gente vea ruinas donde hay belleza. Los mantiene alejados. Me da privacidad.

El interior era como retroceder doscientos años. Candelabros colgaban de techos altos. Tapices antiguos cubrían las paredes de piedra. Muebles que pertenecían a museos llenaban las habitaciones. Y por todas partes, el emblema del dragón de los Dragomir.

—Este fue el palacio de mi familia —dijo Vladislaus, guiándola por el gran salón—. Cuando me convertí en vampiro, cuando tuve que abandonar mi título mortal, no pude renunciar a este lugar. Así que lo mantuve. Lo preservé. Esperando el día en que pudiera compartirlo con alguien.

Levantó su mano y la besó.

—Ese día ha llegado.

Elena giró lentamente, absorbiendo la grandeza oscura de todo. Era hermoso, sí, pero también profundamente solitario. Pudo imaginar a Vladislaus aquí durante siglos, solo, rodeado de recuerdos de una vida que ya no podía tener.

—¿Vives aquí completamente solo?

—Tengo sirvientes. Humanos que han jurado lealtad y secreto a cambio de... compensación. —Vladislaus se encogió de hombros—. Vienen durante el día, cuando duermo. Limpian, mantienen, se aseguran de que el lugar no se derrumbe. Pero de noche, cuando estoy despierto, sí. Estoy solo.

—¿Ya no lo estarás?

—No. Si te quedas. —La miró—. Elena, necesito que entiendas: no tienes que convertirte. Puedes vivir aquí, conmigo, como humana por el tiempo que te quede. Días, semanas, sin embargo largo sea. Te cuidaré. Te amaré. Y cuando llegue el final...

—¿Qué? ¿Me dejarás morir?

—Si eso es lo que eliges, sí. —Había dolor en su voz—. Porque respeto tu autonomía más de lo que temo tu muerte. Aunque me destruiría perderte de nuevo.

Elena se acercó, colocando sus manos en su pecho donde no latía ningún corazón.

—No voy a dejarte. Y no voy a morir. No realmente. —Levantó la vista hacia él—. Cuando llegue el momento, cuando esté lista, quiero que me conviertas.

—¿Estás segura?

—Más segura de lo que he estado de nada.

Vladislaus cerró sus ojos, apoyando su frente contra la de ella.

—Entonces que así sea. Pero primero... —la levantó en sus brazos— primero déjame mostrarte tu nueva casa.

Los siguientes tres días fueron los más extraños y maravillosos de la vida de Elena.

Vladislaus le mostró todo. Las habitaciones vastas del palacio, cada una preservada exactamente como había estado en su apogeo. La biblioteca llena de miles de libros, muchos tan antiguos que sus páginas se desmoronaban al tocarlas. La sala de música con instrumentos que habían sido tocados por manos que se habían convertido en polvo hace siglos.

Y su habitación.

—Esta era la habitación de Elisabeta —dijo Vladislaus suavemente mientras abría las puertas hacia una cámara adornada con tapices de terciopelo azul oscuro y dorado—. La preservé exactamente como era el día que murió. No he entrado aquí en... —su voz se quebró— en trescientos años.

Elena entró lentamente. Era hermosa pero también desgarradora. Pudo ver evidencia de la mujer que había vivido aquí.

Un cepillo para el cabello sobre el tocador, todavía con mechones de cabello oscuro enredados en las cerdas. Un libro abierto junto a la cama, marcando la página que nunca había terminado de leer. Un vestido extendido sobre una silla, como si Elisabeta fuera a regresar en cualquier momento para ponérselo.

—Vivió aquí contigo. Sabiendo lo que eras.

—Sí. Durante tres años. Los tres años más felices de mi existencia. —Vladislaus se quedó en el umbral, como si tuviera miedo de entrar—. La amaba tanto, Elena. Y ella me amaba. Incluso sabiendo que estaba casada con un monstruo.

Elena se volvió hacia él.

—¿Querías convertirla?

—Desesperadamente. Cada noche. Especialmente cuando la peste llegó. —Sus manos se apretaron en puños—. Pero ella se negó. Dijo que prefería vivir tres años como humana conmigo que una eternidad como lo que yo era. Dijo que su alma era demasiado preciosa para renunciarla, incluso por amor.

—¿Y la respetaste?

—Hasta el final. La sostuve mientras moría, sintiendo cada aliento debilitarse, sabiendo que una sola mordida podría salvarla. Pero cumplí su deseo. —Las lágrimas de sangre brillaron en sus ojos —. Y la he estado persiguiendo a través de los siglos desde entonces, esperando que tal vez, solo tal vez, esta vez la respuesta sería diferente.

Elena cruzó la habitación y lo abrazó.

—Esta vez lo es. Esta vez digo sí.

Vladislaus la sostuvo como si pudiera romperse.

—No tienes que dormir aquí. Puedo preparar otra habitación. Esta está llena de fantasmas.

—No. —Elena se apartó, mirando alrededor de la habitación —. Quiero estar aquí. Entre sus cosas. Es como... como conocer quién era. Quién fui, si realmente soy ella renacida.

Se acercó al tocador y levantó el cepillo cuidadosamente. Mechones de cabello se cayeron, convirtiéndose en polvo al tocar el aire.

—¿Crees que me habría gustado? ¿Si nos hubiéramos conocido?

—Te habrías amado. —Vladislaus entró finalmente en la habitación, acercándose—. Porque tenías el mismo espíritu feroz. La misma determinación. La misma capacidad de amar más allá de la razón.

Tocó el cabello de Elena, enroscando un mechón alrededor de su dedo.

—Excepto que ella eligió la muerte. Y tú elegiste la oscuridad conmigo.

—¿Eso te hace feliz?

—Y me rompe el corazón al mismo tiempo. —Vladislaus besó su frente—. Porque sé lo que te estoy pidiendo que renuncies. El sol. El calor. El envejecimiento con alguien que amas. Niños. Una vida normal.

—No quiero una vida normal. Quiero esta. Contigo.

Esa noche, Elena durmió en la cama de Elisabeta, envuelta en sábanas que olían a siglos. Y soñó con una mujer de cabello oscuro que la miraba con ojos que podrían haber sido suyos.

"Cuídalo", susurró el fantasma. "Está roto de formas que nunca sanará. Pero puedes hacer que el dolor sea soportable."

"Lo haré", prometió Elena.

Cuando despertó, Vladislaus estaba sentado junto a la cama, observándola dormir.

—¿Cuánto tiempo has estado ahí? —preguntó ella.

—Horas. No necesito dormir tanto como los humanos. Y me gusta verte. —Rozó su mejilla—. Es como ver un milagro cada vez que abres los ojos.

Elena se sentó, y sintió inmediatamente el mareo golpearla. Tosió, y sangre salpicó su mano.

Vladislaus se tensó.

—Está empeorando.

—Lo sé.

—Elena, no tienes mucho tiempo. Días a lo sumo. Si vas a elegir la conversión, necesitamos hacerlo pronto.

—¿Qué tan pronto?

—Esta noche, si estás lista. —Tomó su mano manchada de sangre y la limpió con su pañuelo—. He estado preparando. El ritual requiere ciertas cosas. Símbolos. Palabras antiguas. No es solo morder y beber, Elena. Es... sagrado, a su manera oscura.

—¿Qué necesito hacer?

—Primero, necesitas estar segura. Completamente segura. Porque una vez que comience, no hay vuelta atrás. —Sus ojos buscaron los suyos—. Morirás, Elena. Tu corazón se detendrá. Tu aliento cesará. Por varios minutos, estarás verdaderamente muerta. Y luego, si el ritual funciona, renacerás como algo nuevo.

—¿Y si no funciona?

—Entonces simplemente... te vas. Sin dolor. Sin sufrimiento. Solo silencio. —Vladislaus bajó la vista—. Pero ha pasado. He convertido a otros a través de los siglos. Compañeros que no duraron. Y cada vez que el ritual falló...

—¿Qué pasó?

—Se fueron. Solo... no regresaron. —Su voz era apenas un susurro—. Y tuve que enterrarlos, sabiendo que los había matado por mi egoísmo. Por mi necesidad de no estar solo.

Elena levantó su mano libre a su mejilla.

—No fallará. No conmigo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque el vínculo nos conecta. Porque he sido tuya a través de los siglos, incluso si no lo recuerdo. Porque esto... —presionó su mano sobre su corazón— esto se siente correcto.

Vladislaus la besó entonces, profundamente, desesperadamente.

—Esta noche entonces —dijo contra sus labios—. Al amanecer. En el momento entre la noche y el día, cuando las fronteras entre los mundos son más delgadas. Te llevaré al otro lado.

Vladislaus pasó el día preparando.

Elena lo observó desde la puerta de su cámara ritual —una habitación en las profundidades del palacio que nunca había visto antes. Estaba tallada directamente en la roca, las paredes cubiertas de símbolos que no reconocía. Algunos parecían cristianos —cruces invertidas, versículos de la Biblia escritos al revés— pero otros eran

más antiguos. Paganos. De religiones que habían muerto mucho antes de que Cristo naciera.

En el centro de la habitación había una mesa de piedra. Un altar, se dio cuenta Elena. Y alrededor de él, Vladislaus estaba colocando velas. Docenas de ellas, todas negras, dispuestas en patrones que parecían significar algo.

—¿Qué son todos estos símbolos? —preguntó Elena.

—Protección. Poder. Pasaje. —Vladislaus no levantó la vista de su trabajo—. La conversión es peligrosa. Estoy literalmente arrancando tu alma de tu cuerpo mortal y atándola a algo no-muerto. Sin las salvaguardias adecuadas, sin el ritual, tu alma podría simplemente... irse. Perderse entre mundos.

—¿Eso asusta?

—Debería. —Finalmente la miró—. Elena, aún puedes cambiar de opinión. Puedo llamar al médico. Puedes morir en paz, rodeada de personas que te conocieron como humana. No tienes que hacer esto.

Elena entró en la habitación, sintiendo el poder que emanaba de los símbolos. Hormigueaba contra su piel como electricidad estática.

—Sí tengo que hacerlo. Porque sin esto, sin ti, no hay nada en mi futuro excepto oscuridad. Al menos de esta forma, tengo oscuridad contigo.

Vladislaus dejó las velas y cruzó hacia ella, tomando su rostro entre sus manos.

—Te amo —dijo simplemente—. A través de siglos y vidas y muertes. Te amo. Y prometo hacer esto correctamente. Traerte al otro lado intacta. Completa. Tú misma.

—Lo sé.

—¿Hay alguien a quien necesites ver antes? ¿Decir adiós? Tu tía, tal vez, o...

—No. —Elena sacudió la cabeza—. Mi tía nunca entendería. Y Alejandro... —se estremeció recordando el horror en su laboratorio— no quiero verlo de nuevo.

—Entonces esta noche. Cuando la luna esté en su punto más alto. —Besó su frente—. Hasta entonces, descansa. Come.

Despídete del sol si quieres. Porque después de esta noche, nunca volverás a verlo.

Elena pasó el día vagando por el palacio, memorizando cada detalle. Sabía que después de esta noche, lo vería de manera diferente. Con ojos que podían ver en la oscuridad, que notaban detalles que ningún humano podría.

Pero también sería diferente ella misma. Transformada. Ya no humana.

Pensó en todo lo que estaba renunciando. La posibilidad de hijos. De envejecer. De morir naturalmente rodeada de nietos. De sentir el sol en su piel sin que la quemara.

Y pensó en lo que estaba ganando. Siglos con Vladislaus. Poder. Libertad de la enfermedad que la había plagado. La oportunidad de ver el mundo cambiar mil veces.

Cuando llegó el anochecer, supo que había hecho su elección.

Encontró a Vladislaus en la biblioteca, leyendo un libro tan antiguo que las páginas eran pergamino en lugar de papel.

—Estoy lista —dijo.

Él levantó la vista, y en sus ojos vio miedo. No por él mismo, sino por ella. Por lo que estaba a punto de hacer.

—¿Estás segura? Una última vez, Elena. ¿Estás segura?

—Completamente.

Vladislaus cerró el libro lentamente y se puso de pie.

—Entonces vamos. Mientras todavía tengo el valor para hacer esto.

La llevó de vuelta a la cámara ritual. Las velas ya estaban encendidas, proyectando sombras danzantes contra las paredes talladas. El aire olía a incienso y algo más. Algo oscuro y antiguo.

—Quítate el vestido —dijo Vladislaus con voz tensa—. No por... por razones carnales. Sino porque el ritual requiere que estés desnuda. Despojada de todas las ataduras terrestres.

Elena obedeció, desabrochando su vestido con dedos que temblaban solo ligeramente. Lo dejó caer al suelo, luego su enagua, hasta que estuvo desnuda excepto por el colgante que Vladislaus le había dado semanas atrás.

Él la miraba con una mezcla de deseo y reverencia.

—Eres hermosa —susurró—. Elisabeta era hermosa también, pero tú... tú tienes una luz en ti que ella nunca tuvo. Algo feroz y salvaje.

Se quitó su propia camisa, revelando su pecho pálido con la cicatriz en forma de cruz sobre su corazón.

—Acuéstate en el altar.

Elena se acercó a la mesa de piedra. Estaba fría bajo su piel desnuda, pero no incómoda. Casi... adecuada.

Vladislaus se inclinó sobre ella, y vio que sus manos temblaban.

—Tengo miedo —admitió—. No por mí. Por ti. De fallarte. De que esto no funcione y te pierda de la única forma final.

Elena levantó una mano hacia su mejilla.

—No fallarás. Confío en ti.

Vladislaus tomó su mano y la besó.

—Entonces comencemos. Y que lo que sea que gobierne la oscuridad tenga misericordia de nosotros.

Comenzó a recitar palabras en un idioma que Elena no conocía. Latín, tal vez, o algo más antiguo. Su voz llenó la cámara, resonando contra la piedra, haciendo que las velas parpadearan.

Y mientras hablaba, se inclinó hacia abajo.

Sus colmillos se extendieron, blancos como hueso pulido en la luz de las velas.

—Esto dolerá al principio —advirtió—. Y luego... luego se sentirá como si estuvieras cayendo. Dejándote ir. No luches contra eso, Elena. Deja que suceda.

—Lo haré.

Vladislaus colocó una mano sobre su corazón, sintiendo su latido constante.

—Te amo —dijo una última vez.

Luego hundió sus colmillos en su cuello.

El dolor fue instantáneo, ardiente. Peor que cualquier vez anterior porque esta vez, no estaba tratando de ser gentil. Esta vez, estaba drenándola realmente.

Elena sintió su sangre fluir fuera, caliente y rápida. Sintió su corazón acelerar, luego desacelerarse, luego hacerse errático.

Y entonces, tal como Vladislaus había dicho, comenzó a caer.

El mundo se volvió borroso. Las velas se fusionaron en una masa de luz. El techo de la cámara parecía alejarse infinitamente.

Y entonces... oscuridad.

No la oscuridad de cerrar los ojos. La oscuridad de la nada. Del vacío.

Elena flotaba en ella, sin forma, sin cuerpo, solo conciencia sin ancla.

"¿Es esto la muerte?" se preguntó. "¿Es esto todo?"

Y entonces escuchó la voz de Vladislaus, distante pero clara:

"Regresa a mí. Bebe. Y vive de nuevo."

Sintió algo presionar contra sus labios. Líquido, cálido y metálico. Sangre.

Su sangre.

No. La de él.

Bebió sin pensar, sin voluntad propia. Solo instinto. Y con cada trago, sintió algo regresar. Forma. Sustancia. Ser.

Su corazón dio un latido. Débil. Fantasmal.

Luego otro.

Luego se detuvo por completo.

Y en ese momento de silencio absoluto, Elena murió.

Verdaderamente, completamente, murió.

Y entonces...

Renació.

Capítulo 18

El Despertar de la Sed

El primer aliento fue agonía.

No porque doliera, sino porque era innecesario. Los pulmones de Elena se llenaron de aire que su cuerpo ya no necesitaba, un reflejo muscular de una vida que había terminado.

Abrió los ojos.

El mundo explotó en detalles.

Podía ver cada grieta en el techo de piedra sobre ella. Cada veta en la roca. Podía contar las partículas de polvo flotando en el aire iluminado por las velas. Podía ver los hilos individuales en la camisa de Vladislaus, las fibras microscópicas entretejidas.

Y los colores. Dios, los colores. Incluso en la luz tenue de las velas, todo era más vibrante, más vivo de lo que jamás había sido.

—Elena. —La voz de Vladislaus era un trueno suave—. ¿Puedes oírme?

Cada sílaba era clara como cristal. Podía escuchar las armonías en su voz, los tonos que ningún oído humano captaría. Y debajo de eso, otros sonidos: el crujir de las velas quemándose, el susurro del aire moviéndose por la cámara, el sonido distante de la ciudad más allá de las paredes del palacio.

Y algo más. Un latido. No el suyo —su propio pecho estaba en silencio, inmóvil— sino el de Vladislaus.

Pero eso era imposible. Vladislaus estaba muerto. No tenía latido.

Excepto que lo tenía. Débil, lento, apenas perceptible. Un latido cada treinta segundos. Como un eco fantasmal de vida.

—¿Cómo...? —Elena se sentó, y el movimiento fue demasiado rápido, demasiado suave. Un segundo estaba acostada, al siguiente estaba erguida sin la transición intermedia—. Tu corazón. Puedo escucharlo.

Vladislaus sonrió, alivio y orgullo mezclados en su expresión.

—Los vampiros tenemos latidos. Solo... muy espaciados. Una vez por minuto en algunos. Con los más viejos, una vez por hora. —Tomó su mano y la presionó sobre su pecho—. Siente.

Elena esperó. Diez segundos. Veinte. Treinta.

Entonces lo sintió. Un latido solitario, fuerte y lento. Luego silencio nuevamente.

—Extraño —murmuró.

—Todo es extraño al principio. —Vladislaus la ayudó a bajar del altar—. Despacio. Tus sentidos están abrumados. Si te mueves demasiado rápido...

Elena dio un paso y el mundo se desenfocó. De repente estaba al otro lado de la habitación sin recordar haber cruzado el espacio.

—Dios —jadeó, aferrándose a la pared—. ¿Qué...?

—Velocidad. Uno de nuestros dones. —Vladislaus estaba a su lado instantáneamente—. Pero necesitas aprender a controlarla. Ahora mismo, tu mente está procesando información cientos de veces más rápido que antes. Tu cuerpo puede moverse igual de rápido. Pero necesitas práctica para hacer que ambos trabajen juntos.

Elena miró sus manos. Parecían iguales —misma forma, mismos dedos delgados— pero eran diferentes. Más pálidas. Y cuando hizo un puño, sintió fuerza allí que nunca había poseído.

—¿Cuánto más fuerte soy?

—Intenta. —Vladislaus señaló un banco de madera pesado contra la pared—. Levántalo.

Elena se acercó al banco. Parecía sólido, tallado en roble macizo. Como humana, nunca habría podido siquiera inclinarlo.

Ahora, cuando se agachó y lo agarró, se levantó como si estuviera hecho de papel.

—Es tan ligero —dijo asombrada, sosteniéndolo sobre su cabeza con una mano.

—Para ti, sí. Para un humano... —Vladislaus sonrió— ese banco pesa más de cien kilos.

Elena lo bajó lentamente, maravillada. Toda su vida había sido frágil, débil, limitada por su enfermedad. Ahora...

Se llevó una mano a su pecho. Ningún latido. Ninguna respiración a menos que conscientemente eligiera inhalar. Ningún pulso de sangre moviéndose por sus venas.

—Estoy muerta —susurró.

—Estás no-muerta. —Vladislaus se acercó, tomando su rostro entre sus manos—. Hay una diferencia. La muerte es ausencia. Tú estás... transformada. Cada célula de tu cuerpo ha cambiado. Ya no envejeces. Ya no enfermas. Ya no mueres.

—¿Y el precio?

Vladislaus bajó sus manos a su cuello, trazando las venas que ya no pulsaban con sangre caliente.

—Hambre. Pronto la sentirás. Una necesidad ardiente de sangre. Y solo sangre humana la saciará realmente.

Como si sus palabras la hubieran conjurado, Elena sintió algo removerse en su vientre. No era hambre normal. Era algo más profundo, más primitivo. Una sed que ardía en cada fibra de su ser.

—Ya la siento —dijo, su voz saliendo más ronca de lo que pretendía.

—Lo sé. Puedo olerlo en ti. El despertar del hambre. —Vladislaus se apartó, poniendo distancia entre ellos—. Elena, necesito que entiendas algo. La sed de un recién nacido es... abrumadora. Podría hacerte hacer cosas que lamentarías. Matar sin intención. Drenar completamente a alguien cuando solo pretendías tomar un poco.

—¿Qué hago?

—Aprendes control. Y rápido. —Caminó hacia una puerta que Elena no había notado antes—. Tengo a alguien esperando. Un voluntario. Alguien que sabe lo que somos y ha consentido en ser tu primera... comida.

Abrió la puerta, revelando una habitación pequeña más allá. Y allí, sentado en una silla, estaba un hombre joven. Tal vez veinticinco años, con cabello rubio y ojos azules que se agrandaron ligeramente cuando vio a Elena.

El momento en que lo vio, el momento en que su olor golpeó sus sentidos recién agudizados, Elena sintió que el hambre rugía en vida.

Podía oler su sangre. Cálida. Viva. Bombeando a través de venas que podía ver bajo su piel incluso desde el otro lado de la habitación. Podía escuchar su corazón latiendo —rápido, nervioso, delicioso.

Quería saborearlo. Necesitaba saborearlo.

—No. —La mano de Vladislaus en su hombro la detuvo antes de que siquiera se diera cuenta de que se había movido—. No te abalances. Ese es el camino hacia convertirte en bestia. Necesitas aprender a acercarte con control. Con intención.

Elena temblaba con el esfuerzo de contenerse. Cada instinto gritaba que se abalanzara, que desgarrara, que bebiera hasta que ya no hubiera nada que beber.

—No puedo... es demasiado fuerte...

—Sí puedes. —Vladislaus se movió frente a ella, bloqueando su vista del humano—. Mírame. Solo a mí. Respira —aunque no lo necesites— y enfócate.

Elena lo intentó. Inhaló, aunque el aire no hacía nada por la sed. Se enfocó en los ojos plateados de Vladislaus, usándolos como ancla.

Lentamente, el frenesí disminuyó a algo manejable. Todavía hambrienta. Todavía sedienta. Pero ya no al borde de perder el control.

—Bien —dijo Vladislaus suavemente—. Ahora, acércate. Lentamente. Y cuando llegues a él, no lo muerdas inmediatamente. Primero, usa compulsión.

—¿Compulsión?

—El poder de hacer que un humano desee darte su sangre. De calmarlo para que no luche. —Vladislaus se hizo a un lado—. Míralo a los ojos. Y quiere que esté calmado. Quiere que confíe en ti. Proyecta eso hacia él.

Elena se acercó lentamente al hombre. Él la miraba, claramente aterrorizado pero intentando no mostrarlo.

—Está bien —dijo Elena, y notó que su voz tenía una cualidad que nunca había tenido antes. Sedosa. Persuasiva—. No voy a lastimarte.

Los ojos del hombre se encontraron con los suyos. Y Elena sintió algo fluir de ella hacia él. Como dedos invisibles alcanzándolo, envolviéndose alrededor de su mente.

—Vas a estar bien —continuó, su voz bajando a un susurro—. Esto no dolerá. De hecho... lo disfrutarás.

Vio el cambio en él. El miedo en sus ojos se desvaneció, reemplazado por algo parecido a la confianza. Incluso placer anticipado.

—Inclina tu cabeza —ordenó suavemente.

Él obedeció, exponiendo su cuello.

Elena miró hacia Vladislaus, quien asintió.

—Ahora muerde. Pero solo toma un poco. No lo drenes. Cuando yo diga que pares, paras.

Elena se inclinó hacia el cuello expuesto. Podía ver las venas pulsando bajo la piel. Podía oler la sangre tan claramente como si ya estuviera en su lengua.

Sus colmillos se extendieron —ella ni siquiera había sabido que podía hacerlo hasta que sucedió— largos y afilados.

Y mordió.

La sangre que inundó su boca fue éxtasis puro.

Caliente. Dulce. Viva. Nada como la sangre de Vladislaus, que era fría y cargada de poder. Esto era vida líquida, y cada trago la hacía sentir más fuerte, más vital, más ella misma.

Bebió y bebió, sintiendo la sangre correr por su garganta, llenándola con energía que había anhelado sin saber que la necesitaba.

—Elena. Para. —La voz de Vladislaus era firme.

Pero Elena apenas lo escuchó. La sed era demasiado fuerte. El placer demasiado intenso.

—Elena. PARA.

La mano de Vladislaus en su hombro, tirándola hacia atrás. Elena gruñó —un sonido animal, no humano— e intentó resistir.

—No. —Vladislaus la apartó físicamente del humano—. No ahora. No así. No te conviertas en lo que temo que seas.

Elena jadeaba, con sangre manchando sus labios, sus colmillos todavía extendidos. Miró al humano y vio que estaba pálido, mareado, pero vivo.

Vivo. Ella no lo había matado.

La realización la golpeó como agua fría. Había estado cerca. Tan cerca de beber hasta que ya no hubiera nada que beber. Hasta que el hombre fuera un cadáver vacío a sus pies.

—Dios mío —susurró—. Casi...

—Pero no lo hiciste. —Vladislaus la giró para mirarlo—. Porque te detuve. Y la próxima vez, te detendrás tú misma. El control viene con la práctica.

El humano se levantó lentamente, tambaleándose. Vladislaus lo atrapó y lo guió hacia la puerta.

—Ve a las habitaciones de arriba. Bertha te dará comida y dinero. Y gracias por tu servicio.

El hombre asintió, todavía bajo la influencia de la compulsión de Elena, y se fue.

Dejando a Elena y Vladislaus solos en la cámara ritual.

Elena se miró las manos, todavía temblando por la emoción de alimentarse.

—¿Siempre es así? ¿Tan... intenso?

—Al principio, sí. Con el tiempo, aprendes a saciarte con menos. A apreciar la calidad sobre la cantidad. —Vladislaus le ofreció un pañuelo—. Límpiate la boca. Luego hay algo más que necesitas experimentar.

—¿Qué?

—El sol. O más bien, tu nueva relación con él.

Vladislaus la llevó escaleras arriba, a través del palacio, hasta una habitación con ventanas grandes que daban al este. El cielo estaba empezando a aclararse —las primeras insinuaciones del amanecer.

—Párate aquí —dijo Vladislaus, guiándola hacia la ventana—. Y observa.

Elena se quedó inmóvil mientras el cielo pasaba de negro a azul oscuro a púrpura. Y entonces, el primer rayo de sol apareció sobre el horizonte.

Vladislaus se tensó a su lado, retrocediendo instintivamente. Pero se obligó a quedarse quieto.

—Ahora mira tu mano. Extiéndela hacia la luz.

Elena extendió una mano temblorosa hacia el rayo de sol que se filtraba por la ventana.

El momento en que la luz tocó su piel, sintió un hormigueo. No dolor, no quemadura, pero definitivamente incomodidad.

—Todavía estás recién nacida —explicó Vladislaus—. Los muy jóvenes pueden tolerar algunos segundos de luz solar indirecta. Pero nunca luz directa. Nunca el pleno mediodía. Eso te mataría tan seguramente como una estaca en el corazón.

Elena retiró su mano, mirando la piel que ya se estaba poniendo rosa.

—Nunca más podré caminar bajo el sol.

—No. —Vladislaus cerró las cortinas pesadas, bloqueando la luz naciente—. Ese es el precio más alto. La belleza del día. El calor. Los colores que solo la luz del sol puede traer.

Se volvió hacia ella.

—¿Lo lamentas ya?

Elena consideró. Pensó en todos los amaneceres que había visto. Las tardes caminando por jardines bañados en luz dorada. La forma en que el sol se sentía en su piel.

Todo perdido ahora. Para siempre.

Pero entonces pensó en Vladislaus. En los siglos que tendrían juntos. En el poder que ahora corría por sus venas. En la libertad de la enfermedad, de la muerte, del tiempo mismo.

—No —dijo finalmente—. No lo lamento.

Vladislaus la besó entonces, profundamente, saboreando la sangre que aún manchaba sus labios.

—Entonces ven —dijo cuando se separaron—. Es casi amanecer. Tiempo de dormir. Juntos, por primera vez, sin que ninguno de nosotros necesite despertar.

La llevó a su cámara —no la habitación de Elisabeta sino la suya propia. Estaba dominada por una cama enorme con cortinas de terciopelo negro. No un ataúd, notó Elena con alivio.

—Los ataúdes son mitos —dijo Vladislaus, viendo su expresión—. Podemos dormir donde queramos. Solo preferimos oscuridad. Silencio.

Se desvistieron y se metieron entre las sábanas. Elena esperaba sentir frío acostándose junto al cuerpo de Vladislaus, pero ya no lo sintió. Su propia piel era igualmente fría ahora.

Él la acercó, su cuerpo curvándose alrededor del suyo.

—Duerme —murmuró contra su cabello—. Y cuando despiertes al anochecer, comenzaremos tu verdadera educación. Te enseñaré todo. Cómo cazar. Cómo esconderte. Cómo moverte por el mundo sin ser detectada. Cómo vivir durante siglos sin perder la cordura.

—¿Y amarás? —preguntó Elena con sueño—. ¿Me enseñarás cómo amar como vampiro?

—Ya sabes cómo hacer eso. —Vladislaus besó su sien—. Me has estado enseñando desde el momento en que nos conocimos.

Elena cerró los ojos, sintiendo el tirón del sueño diurno. Era diferente del sueño humano —más profundo, más completo. Como rendirse a la oscuridad por completo.

Mientras la consciencia se desvanecía, tuvo un último pensamiento:

"Soy vampiro. Inmortal. Condenada. Y completamente feliz."

Afuera, el sol se elevó sobre Viena, bañando la ciudad en luz dorada.

Pero en las profundidades del palacio Dragomir, dos vampiros yacían entrelazados en la oscuridad.

Y por primera vez en trescientos años, Vladislaus durmió sin pesadillas.

Porque finalmente, después de todos estos siglos, no estaba solo.

Capítulo 19

Lecciones de Oscuridad

Elena despertó al anochecer con todos sus sentidos en llamas.

Podía escuchar cada sonido en el palacio. Las ratas en las paredes. El viento silbando a través de grietas en la piedra antigua. Y más lejos, mucho más lejos, los sonidos de Viena cobrando vida con la noche: carruajes traqueteando sobre adoquines, conversaciones filtradas de tabernas, el latido colectivo de cien mil corazones humanos.

Era abrumador. Mareante.

—Aprenderás a filtrar —dijo la voz de Vladislaus desde la oscuridad junto a ella—. A enfocarte en lo que importa e ignorar el resto. Pero toma tiempo.

Elena se volvió hacia él. Incluso en la oscuridad absoluta de la cámara, podía verlo perfectamente. Cada detalle de su rostro, cada pestaña, cada pequeña imperfección que lo hacía menos estatua y más real.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Doce horas. El sol se puso hace media hora. —Se estiró con gracia felina—. Es hora de comenzar tu educación apropiadamente.

Se levantaron y se vistieron. Vladislaus le había preparado ropa —vestidos en tonos oscuros que no mostrarían manchas de sangre, le explicó prácticamente. Elena se sorprendió de lo fácil que era moverse ahora, cómo su cuerpo obedecía cada comando sin el retraso o torpeza que había aceptado como normal cuando era humana.

—Lo primero —dijo Vladislaus mientras la guiaba al salón principal— es aprender a controlar tu fuerza. Todo ahora es más frágil de lo que parece.

Demostró acercándose a una mesa donde había copas de cristal dispuestas. Levantó una delicadamente.

—Como vampiro, podrías aplastar esto sin pensarlo. —Apretó ligeramente, y la copa se hizo añicos en su mano—. Así que debes aprender a tocarlo todo como si fuera vidrio. Incluyendo humanos.

Elena lo intentó con la siguiente copa. Fue demasiado delicada al principio, luego demasiado fuerte. Se hizo pedazos.

—De nuevo —dijo Vladislaus pacientemente.

Practicaron durante una hora. Levantar copas. Sostener libros sin rasgar las páginas. Abrir puertas sin arrancarlas de sus bisagras. Para cuando terminaron, Elena tenía mejor control, aunque Vladislaus advirtió que llevaría semanas perfeccionarlo completamente.

—Lo segundo —continuó— es aprender tu velocidad. Ya la experimentaste anoche, pero de forma descontrolada. Ahora necesitas dominarla.

La llevó al gran salón, despejando muebles hacia los lados para crear un espacio abierto.

—Corre hacia esa pared. Tan rápido como puedas.

Elena corrió, y el mundo se volvió un borrón. Se estrelló contra la pared con fuerza suficiente para agrietar el yeso.

—Demasiado rápido sin dirección —observó Vladislaus—. Necesitas aprender a pensar a esta velocidad. Tu mente debe moverse tan rápido como tu cuerpo, o te matarás contra obstáculos.

Practicaron. Una y otra vez. Corriendo, deteniéndose, girando. Esquivando obstáculos que Vladislaus colocaba en su camino. Gradualmente, Elena aprendió a coordinar su nueva velocidad con su pensamiento.

—Mejor —dijo Vladislaus finalmente—. Pero aún tienes mucho que aprender. Hay vampiros que han vivido siglos y pueden moverse tan rápido que son invisibles para el ojo humano. Podrías alcanzar ese nivel... con tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Un siglo? ¿Dos? —Se encogió de hombros—. La edad trae poder. Los vampiros de mil años pueden hacer cosas que yo, con mis meros trescientos años, solo puedo soñar.

La idea de vivir mil años era tan vasta que Elena no podía comprenderla. Así que la empujó a un lado para considerarla más tarde.

—¿Qué más necesito aprender?

—Compulsión. El arte de controlar mentes humanas. —Vladislaus hizo señas hacia una puerta—. Bertha nos está esperando. Voluntariamente.

La doncella estaba en una habitación pequeña, de pie con expresión neutral. Cuando Elena entró, algo cambió en los ojos de Bertha —reconocimiento, seguido de miedo.

—¿Señorita Elena? Pero usted está... usted es...

—Vampiro. Sí. —Elena se acercó lentamente—. Y necesito que me ayudes, Bertha. Necesito practicar algo contigo.

—¿Practicar qué?

—Esto. —Elena miró directamente a los ojos de Bertha, recordando la sensación de la noche anterior. Ese alcance de dedos invisibles—. Vas a sentarte.

Bertha parpadeó, confundida. Pero no se sentó.

—Más fuerte —instruyó Vladislaus desde detrás de Elena—. Proyecta tu voluntad. Haz que desee obedecerte.

Elena lo intentó de nuevo, enfocándose más intensamente.

—Siéntate.

Esta vez, Bertha obedeció, hundiéndose en una silla con expresión desconcertada.

—Bien —dijo Vladislaus—. Ahora hazle olvidar este encuentro.

—¿Cómo?

—Igual. Mírale a los ojos y ordénale que olvide. La mente humana es sorprendentemente maleable bajo compulsión vampírica.

Elena se concentró, buscando esa conexión de nuevo.

—Bertha, vas a olvidar que vine aquí. Vas a olvidar que sabes lo que soy. Cuando despiertes de esto, solo recordarás que estabas limpiando y te sentiste cansada.

Vio el cambio en los ojos de Bertha. La confusión se desvaneció, reemplazada por una expresión en blanco.

—¿Funcionó? —preguntó Elena.

Vladislaus chasqueó los dedos frente al rostro de Bertha. Ella parpadeó y miró alrededor, desconcertada.

—¿Cómo llegué aquí? Debo haberme quedado dormida mientras limpiaba. —Se levantó, sacudió su vestido, y salió sin volver a mirarlos.

Elena se volvió hacia Vladislaus con asombro.

—Es tan fácil.

—Para humanos comunes, sí. —Vladislaus cerró la puerta tras Bertha—. Pero hay excepciones. Algunas mentes son naturalmente resistentes. Cazadores entrenados. Ciertos individuos con fuerza de voluntad férrea. Y por supuesto, otras criaturas sobrenaturales son inmunes.

—Como tú.

—Como nosotros. —Sonrió—. Puedes intentar obligarme si quieres. No funcionará.

Elena lo intentó de todos modos, solo por diversión. Miró directamente a esos ojos plateados y proyectó con toda su fuerza:

—Baila.

Vladislaus se rió.

—Siento el intento como cosquillas. Agradable pero ineficaz. —Se acercó, besando su frente—. Pero es bueno practicar de todos modos.

Le enseñó más a lo largo de las horas siguientes. Cómo usar sombras para esconderse, fundiéndose en la oscuridad tan completamente que incluso otros vampiros tendrían problemas para detectarla. Cómo escuchar conversaciones a kilómetros de distancia, filtrando sonidos irrelevantes. Cómo rastrear presas por el olor, siguiendo el rastro de sangre a través de calles llenas de gente.

—Y ahora —dijo Vladislaus cuando la luna estaba alta— la lección más importante. Cómo cazar sin matar.

La llevó a los tejados de Viena, saltando de edificio en edificio con una facilidad que Elena pronto imitó. Desde arriba, la ciudad se extendía ante ellos como un tapiz de luces y sombras.

—Mira abajo —instruyó Vladislaus—. ¿Qué ves?

Elena vio calles llenas de humanos. Parejas caminando del brazo. Comerciantes cerrando tiendas. Trabajadores cansados

dirigiéndose a casa.

—Comida —dijo, y sintió vergüenza inmediatamente.

—No te avergüences. Es lo que son ahora para ti. —Vladislaus señaló a un hombre caminando solo por un callejón—. Ese. Observa.

Se movió, un borrón de sombra, y un segundo después estaba detrás del hombre. Una mano en su hombro, palabras susurradas demasiado bajo para que Elena escuchara incluso con su oído agudizado.

El hombre se relajó, se volvió, inclinó su cabeza.

Vladislaus bebió. No mucho. Solo unos segundos. Luego se apartó, lamiendo las heridas para cerrarlas. Más compulsión. El hombre continuó caminando, sin darse cuenta de lo que había sucedido.

Vladislaus regresó al tejado.

—Tu turno.

Elena sintió su pulso acelerarse —excepto que no tenía pulso, se recordó. Solo nerviosismo haciéndola sentir como si lo tuviera.

Escaneó las calles y encontró objetivo: una mujer joven, tal vez de su edad, caminando sola.

—Buena elección —murmuró Vladislaus—. Aproximadamente tu tamaño, sola pero no vulnerable. Hazla sentir segura.

Elena saltó del tejado, aterrizando silenciosamente detrás de la mujer. Sus movimientos eran más suaves ahora, más controlados después de las horas de práctica.

—Disculpa —dijo, acercándose.

La mujer se volvió, sobresaltada. Elena vio el miedo instantáneo en sus ojos —una mujer sola abordada en la oscuridad — y rápidamente proyectó calma.

—No tengas miedo. Solo... necesito tu ayuda con algo.

Vio la compulsión tomar efecto. El miedo en los ojos de la mujer se desvaneció.

—¿Ayuda con qué?

—Solo párate quieta. Esto no dolerá. —Elena guió suavemente a la mujer hacia las sombras más profundas entre edificios—. De hecho, lo disfrutarás.

Más compulsión, más profunda esta vez. La mujer inclinó su cabeza con expresión soñadora.

Elena se inclinó, sus colmillos extendiéndose. Y mordió.

La sangre era diferente de la del hombre de anoche. Más ligera, más dulce. Elena se encontró saboreándola, bebiendo lentamente en lugar del frenesí que había experimentado antes.

"Control", pensó. "Vladislaus tiene razón. Puedo aprender control."

Bebió hasta sentirse satisfecha pero no llena. Luego se apartó, lamiendo las heridas como Vladislaus le había mostrado. Su saliva tenía propiedades coagulantes, se dio cuenta. Las marcas de mordida se cerraron casi instantáneamente.

—Ahora hazla olvidar —llamó Vladislaus desde arriba.

Elena miró a los ojos de la mujer.

—Fuiste a dar un paseo. Te sentiste un poco mareada, así que te apoyaste contra este edificio por un momento. Ahora te sientes mejor. Ve a casa.

La mujer parpadeó, se sacudió ligeramente, luego siguió caminando como si nada hubiera pasado.

Elena regresó al tejado, sintiéndose triunfante.

—¿Cómo estuvo?

—Bien. Muy bien para tu segunda cacería. —Vladislaus la acercó—. Pero nota algo: bebiste más que yo. Tomé solo lo suficiente para quitarme el borde del hambre. Tú bebiste hasta estar satisfecha.

—¿Eso es malo?

—No es malo. Pero es la diferencia entre vampiros mayores y recién nacidos. Con el tiempo, necesitarás menos para sostenerte. Yo puedo pasar una semana con una sola alimentación si es necesario. Tú, ahora mismo, necesitarás alimentarte cada noche o dos.

—¿Eventualmente necesitaré menos?

—Sí. Tu cuerpo se está ajustando. Dale un año, y podrás pasar tres o cuatro días entre alimentaciones. Un siglo, y serás como yo. —Sonrió—. Aunque algunos vampiros nunca aprenden

moderación. Se alimentan todas las noches porque disfrutan de ello, no porque lo necesiten.

Pasaron el resto de la noche cazando juntos. Vladislaus enseñándole las sutilezas: cómo elegir presas que no serían extrañadas si desaparecían (aunque enfatizó que no deberían desaparecer, que matar era innecesario). Cómo variar sus patrones de caza para no levantar sospechas. Cómo reconocer cazadores de vampiros antes de que te reconocieran a ti.

—Hay menos de los que solía haber —dijo Vladislaus—. La Iglesia ya no patrocina cacerías oficiales. Pero todavía existen. Individuos obsesionados que han perdido seres queridos a vampiros. Investigadores que estudian lo oculto. Necesitas poder reconocerlos.

—¿Cómo?

—Por su olor. Llevan ajo, agua bendita, madera de fresno. Por sus movimientos: vigilantes, siempre escaneando las sombras. Y por sus ojos: tienen la mirada del fanático.

—¿Como Alejandro?

Vladislaus se puso rígido ante el nombre.

—Alejandro no es cazador. Es... algo diferente. Más peligroso a su manera porque realmente cree que está haciendo el bien. —Miró a Elena—. Vendrá por ti eventualmente. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—¿Y qué harás cuando lo haga?

Elena consideró la pregunta. Parte de ella —la parte que recordaba ser humana, ser cuidada por él— quería creer que Alejandro podía aceptar su elección. Pero la nueva parte de ella, la parte depredadora que ahora podía oler la obsesión en los humanos como una enfermedad...

—No lo sé —admitió—. Espero no tener que matarlo.

—Yo también. Pero prepárate para esa posibilidad. —Vladislaus tomó su mano—. Porque cuando venga, no vendrá a salvarla. Vendrá a destruir lo que él ve como el monstruo que se llevó su paciente.

Comenzaron a dirigirse de regreso al palacio cuando Elena sintió algo. Una presencia. Familiar pero cambiada por sus nuevos sentidos.

—Alguien nos está siguiendo —susurró.

—Lo sé. —Vladislaus no se giró—. Lo he sentido durante la última hora. Quería ver si lo notarías.

—¿Quién es?

—Averigüémoslo.

Vladislaus se movió tan rápido que incluso Elena apenas pudo seguirlo. Desapareció, luego reapareció segundos después arrastrando una figura.

La arrojó al tejado ante Elena. Un hombre joven, tal vez treinta años, vestido completamente de negro. Y colgando de su cuello: ajo trenzado y un crucifijo de plata.

Un cazador.

—Por favor —jadeó el hombre, mirando entre Elena y Vladislaus—. No me maten. Solo estoy observando. Solo estudiando.

—¿Estudiando? —Vladislaus inclinó su cabeza—. ¿O cazando?

—Estudiando, lo juro. Soy investigador, no asesino. Solo... solo quiero entender. —El hombre se levantó lentamente, con las manos levantadas—. Llevo años rastreando vampiros por Europa. Documentando sus hábitos. Sus sociedades. No los cazo. Solo... observo.

Elena pudo oler la verdad en él. Y también miedo, pero no el miedo ciego de alguien que veía monstruos. Esto era miedo mezclado con fascinación.

—Déjalo ir —dijo.

Vladislaus la miró.

—¿Estás segura? Los investigadores pueden ser tan peligrosos como los cazadores. La información que recopila podría usarse contra nosotros.

—Lo sé. Pero no está mintiendo. Y... —Elena miró al hombre — creo que podría ser útil. Alguien que entiende ambos mundos.

Vladislaus estudió su rostro, luego suspiró.

—Tu misericordia te honra. Pero también podría matarte algún día. —Se volvió hacia el investigador—. ¿Cómo te llamas?

—Heinrich. Heinrich Volker.

—Bien, Heinrich Volker. Te dejaré ir. Pero si alguna vez revelas nuestra ubicación, si alguna vez pasas información sobre nosotros a

cazadores, te encontraré. Y tu muerte será... lenta.

—Entendido. —Heinrich asintió fervientemente—. Gracias. Ambos.

Se fue rápidamente, desapareciendo en la noche.

Vladislaus se volvió hacia Elena con expresión ilegible.

—Eso fue riesgo o compasión. Aún no estoy seguro de cuál.

—Tal vez ambos. —Elena tomó su mano—. Pero preferí arriesgarme que matar a alguien que no representa amenaza real.

—Entonces todavía mantienes tu humanidad. Después de solo un día como vampiro, todavía valoras la vida humana. —Vladislaus sonrió—. Eso es... raro. Refrescante. La mayoría de recién nacidos se vuelven monstruosos durante semanas antes de recuperar su cordura.

—¿Tú lo hiciste?

—Sí. —Había dolor en su voz—. Maté a siete personas en mi primera semana. No porque lo necesitara, sino porque no pude controlar mi hambre. Su sangre está en mis manos todavía, siglos después.

Elena apretó su mano.

—Entonces me aseguraré de ser mejor que eso. De honrar lo que me diste sin perder lo que era.

Regresaron al palacio mientras el cielo comenzaba a aclararse con el amanecer inminente. Vladislaus cerró todas las cortinas, asegurándose de que ni un solo rayo de luz pudiera penetrar.

—Mañana —dijo mientras se preparaban para dormir— te enseñaré más. Cómo luchar. Cómo defenderte contra cazadores. Cómo reconocer otros vampiros y navegar nuestras políticas.

—¿Hay política vampírica?

—Por supuesto. Donde hay inmortales, hay jerarquías. Territorios. Reglas. —Vladislaus la atrajo hacia la cama—. Pero eso puede esperar. Por ahora, duerme. Y sueña con la eternidad que nos espera.

Elena se acomodó contra él, sintiéndose segura pese a saber que era un depredador acostado con otro depredador.

Pero mientras la oscuridad del sueño la reclamaba, tuvo un último pensamiento persistente:

En algún lugar de Viena, Alejandro todavía estaba vivo. Todavía estaba obsesionado. Todavía planeaba.

Y eventualmente, inevitablemente, sus caminos se cruzarían de nuevo.

Solo esperaba que cuando lo hicieran, pudiera mantener su humanidad suficiente para no matarlo.

Capítulo 20

El Cerco se Cierra

Elena llevaba una semana como vampiro cuando supo que Alejandro había encontrado el palacio.

No fue un presentimiento. Fue certeza absoluta transmitida por sentidos que ahora podían detectar peligro a kilómetros de distancia.

Estaba cazando sola esa noche —Vladislaus insistía en que practicara sin su supervisión— cuando percibió algo en el aire. Un olor. Familiar pero mezclado con otras cosas. Ajo. Plata. Madera de fresno. Y debajo de todo eso, desesperación humana.

Se quedó inmóvil en el tejado donde había estado observando a su presa, cada músculo tenso.

"Vladislaus", proyectó a través del vínculo que ahora compartían como vampiros. Era diferente del vínculo de sangre que habían tenido antes —más claro, más inmediato. "Algo va mal. Huelo a cazador cerca del palacio."

La respuesta fue instantánea: "Regresa. Ahora. No te enfrentes solo."

Elena se movió, volando a través de los tejados de Viena más rápido de lo que jamás había conseguido antes. El miedo —no por ella misma sino por Vladislaus— le daba alas.

Llegó al palacio en minutos. Las puertas de hierro forjado estaban cerradas como siempre, la compulsión que hacía que los humanos vieran ruinas todavía funcionaba. Pero algo estaba diferente.

Marcas en las puertas. Recientes. Como si alguien hubiera estado probando su fuerza, tratando de forzar la entrada.

Elena aterrizó silenciosamente en el patio. Las ventanas del palacio brillaban con luz de velas desde dentro —Vladislaus sabía que ella regresaba.

Pero entonces escuchó otra cosa. Pasos. Varios. Moviéndose alrededor del perímetro del palacio.

No estaban solos.

Elena se fundió en las sombras, tal como Vladislaus le había enseñado, y observó.

Tres figuras emergieron de la oscuridad, todas vestidas de negro. Dos hombres y una mujer. Llevaban equipo: estacas de madera, frascos que probablemente contenían agua bendita, crucifijos de plata. Y rifles. Rifles con balas que brillaban plateadas a la luz de la luna.

Cazadores. Reales. No como Heinrich el investigador, sino verdaderos asesinos.

Y liderándolos, saliendo de las sombras con un maletín médico modificado lleno de armas, estaba Alejandro.

Elena sintió su corazón no-latiente dar un vuelco fantasma.

Lucía terrible. Como si no hubiera dormido en días. Su ropa estaba arrugada, manchada. Tenía barba crecida, ojos hundidos. Pero en esos ojos ardía una determinación feroz que la hizo retroceder instintivamente más profundo en las sombras.

—¿Estás seguro de que están aquí? —preguntó uno de los cazadores, un hombre grande con cicatrices en su rostro.

—Absolutamente. —La voz de Alejandro era áspera pero firme —. Heinrich me dio la ubicación antes de... antes de que ya no pudiera.

Elena sintió un escalofrío. ¿Qué le había hecho Alejandro a Heinrich?

—¿Y cuántos vampiros? —preguntó la mujer cazadora.

—Dos. El antiguo, Vladislaus Dragomir, tiene aproximadamente trescientos años. Es rápido, fuerte, y extremadamente peligroso. —Alejandro abrió su maletín, revelando un arsenal—. Y la recién nacida. Elena Montserrat. Solo tiene una semana. Debería ser relativamente débil aún.

"Débil", pensó Elena con furia creciente. "Veremos qué tan débil."

—El plan es simple —continuó Alejandro—. Rodeamos el palacio. Esperamos hasta el amanecer. Cuando el sol salga,

incendiamos el lugar. Los obligamos a huir hacia la luz del día o a quemarse adentro.

—Eso es... brutal —dijo el segundo cazador, un hombre más joven que parecía menos convencido—. ¿Estás seguro de que esto es necesario? Quizás podríamos simplemente...

—¿Qué? ¿Negociar con monstruos? —Alejandro se volvió hacia él con ojos llameantes—. Estas criaturas mataron a la mujer que amo. La convirtieron en uno de ellos. No voy a descansar hasta que estén destruidos. Ambos.

Elena sintió el veneno en sus palabras. No solo estaba aquí por ella. Estaba aquí por venganza. Por obliterar lo que ella había elegido convertirse.

"Vladislaus", proyectó urgentemente. "Son cuatro. Cazadores experimentados. Y planean quemarnos al amanecer."

"Lo sé. Los he estado sintiendo acercarse durante la última hora. Ven adentro. Tenemos que hablar."

Elena se movió, un borrón de sombra, deslizándose por una ventana lateral antes de que los cazadores pudieran verla.

Vladislaus la esperaba en el gran salón, su expresión sombría.

—Heinrich habló.

—Alejandro dijo algo sobre que "ya no podía". ¿Crees que lo...?

—¿Lo mató? Posiblemente. O lo torturó hasta que cedió. —Vladislaus caminó hacia las ventanas, mirando las sombras afuera—. De cualquier manera, el médico ha cruzado finalmente en territorio que no puede regresar.

—¿Qué hacemos?

—Tenemos opciones. —Vladislaus se volvió hacia ella—. Podríamos huir. Salir del palacio ahora, antes de que establezcan su perímetro completamente. Encontrar otro refugio en la ciudad.

—¿Pero?

—Pero regresarán. Y la próxima vez traerán más. El médico no se detendrá. Su obsesión lo ha consumido completamente. —Vladislaus cruzó los brazos—. O podríamos quedarnos. Luchar. Matarlos a todos antes del amanecer.

—¿Eso incluye a Alejandro?

—Especialmente a Alejandro. Es el líder. Sin él, los otros podrían dispersarse. —Vladislaus estudió su rostro—. Pero es tu elección, Elena. Era tu médico. Tu... amigo, supongo. Si quieres que viva, encontraremos otra forma.

Elena cerró los ojos, sintiendo el peso de la decisión. Parte de ella —la parte que recordaba ser humana, ser cuidada por Alejandro cuando estaba muriendo— quería encontrar una forma de salvarlo de sí mismo.

Pero la otra parte, la parte vampiro que podía oler su obsesión como enfermedad, sabía la verdad: Alejandro estaba más allá de salvar. Se había convertido en el monstruo mismo que afirmaba estar cazando.

—Deja que intente hablar con él primero. —Elena abrió sus ojos—. Si puedo hacerle ver razón, hacerle entender que esta es mi elección...

—No escuchará.

—Aún así tengo que intentarlo. —Elena se movió hacia la puerta—. Saldrá. Solo. Para confrontarlo. Si no puedo llegar hasta él, si ataca... entonces haremos lo que debamos.

Vladislaus la atrapó antes de que pudiera salir, girándola para mirarlo.

—Si sales ahí, si te expones, están armados con plata. Una bala en el corazón, Elena, y morirás. Verdaderamente. Finalmente. No habrá retorno de eso.

—Lo sé. Pero tengo que intentarlo.

—Entonces iré contigo.

—No. —Elena tocó su mejilla—. Necesita ver que puedo enfrentarlo sola. Que no soy la paciente débil que era. Si vienes, solo probará su punto sobre monstruos controlándome.

Vladislaus cerró sus ojos, dolor cruzando su rostro.

—Odio esto. Odiaba cuando Elisabeta mostraba valentía que la ponía en peligro. Y te odio por hacer lo mismo.

—No me odias.

—No. Te amo. Desesperadamente. Locamente. Lo cual hace esto peor. —Abrió sus ojos—. Pero tienes razón. Debe ser tu elección. Tu confrontación. Solo... prométeme que si las cosas van

mal, correrás. No lucharás. No tratarás de ser heroica. Solo correrás de regreso a mí.

—Lo prometo.

Lo besó entonces, largo y profundo, saboreándolo como si pudiera ser la última vez.

Luego salió al patio.

Los cuatro cazadores se tensaron inmediatamente, levantando sus armas. Pero Elena levantó sus manos en un gesto de paz.

—No estoy aquí para luchar. Solo para hablar.

Alejandro dio un paso adelante, su rifle apuntando directamente a su corazón. A esta distancia, incluso como vampiro, no podría esquivar si disparaba.

—No hay nada que decir. —Su voz temblaba—. Estás muerta, Elena. O peor que muerta. Y voy a liberarte.

—No estoy muerta, Alejandro. Estoy más viva de lo que jamás estuve como humana. —Elena dio un paso adelante lentamente—. Mira. Mírame realmente. Sin el filtro de tus prejuicios.

Alejandro la miró. Elena vio el shock en sus ojos mientras realmente la veía.

Ella ya no era la joven pálida y enferma que había conocido. Ahora había color en sus mejillas —color robado de otros, sí, pero color de todos modos. Sus ojos brillaban con vida sobrenatural. Se movía con gracia y fuerza. Sin tos. Sin debilidad. Sin muerte acechando cada respiración.

—Es una ilusión —dijo Alejandro, pero su voz carecía de convicción—. Magia oscura haciéndote parecer saludable mientras por dentro te pudres.

—No me pudro. Me transformé. —Elena dio otro paso—. Alejandro, por favor. Intenta entender. Esto fue mi elección. No fui forzada. No fui engañada. Elegí esto. Elegí a él. Elegí la eternidad sobre meses de agonía.

—¡Elegiste convertirte en un monstruo!

—¿Y qué te convierte eso? —Elena señaló su rifle—. Viniste aquí para matarme. Para quemarme viva. ¿Quién es el monstruo, Alejandro?

Por un momento, algo vaciló en sus ojos. Duda. Dolor. Pero luego la determinación regresó, más dura que antes.

—Yo soy el que debe limpiar el desastre. El que debe asegurarse de que tu alma no sea condenada por toda la eternidad. —Ajustó el agarre en su rifle—. Y si eso me convierte en monstruo, que así sea.

—Alejandro, escúchame. —Elena proyectó calma, intentando usar compulsión como Vladislaus le había enseñado—. Baja el arma. Vete. Olvida que me viste. Vive tu vida sin esta obsesión destruyéndote.

Vio la compulsión tomar efecto momentáneamente. El brazo de Alejandro tembló, el rifle bajando ligeramente.

Luego su mano fue a su bolsillo, sacando algo. Un crucifijo de plata. La empuñó como escudo, y la compulsión se rompió como cristal.

—Pensé que intentarías eso. —Había triunfo amargo en su voz—. Me preparé. El sacerdote bendijo este crucifijo específicamente para protegerme de manipulación vampírica.

Elena retrocedió, sintiéndose impotente.

—Entonces no puedo alcanzarte. No puedo hacerte ver razón.

—No hay razón que ver. Solo verdad. —Alejandro volvió a levantar su rifle—. Y la verdad es que te amo demasiado para dejarte continuar como esto. Así que te liberaré. Y luego mataré a la criatura que te hizo así.

—Si me disparas, él te matará. —Elena lo dijo con calma, sin malicia—. Y no será rápido.

—No me importa. Mientras ambos estén destruidos, mi trabajo estará completo. —La voz de Alejandro se quebró—. Perdóname, Elena. Esto no es lo que quería. Pero es lo que debe hacerse.

Su dedo se movió hacia el gatillo.

Y entonces Vladislaus estaba allí, apareciendo de la nada, apartando a Elena del camino justo cuando el disparo resonaba en la noche.

La bala de plata pasó zumbando por donde había estado su corazón un segundo antes.

—¡FUEGO! —gritó Alejandro.

Los otros tres cazadores abrieron fuego. Una tormenta de balas de plata llenó el aire.

Vladislaus se movió como relámpago, arrastrando a Elena con él, esquivando, girando, demasiado rápido para que las balas los encontraran.

Pero no podían esquivar para siempre.

Una bala rozó el brazo de Vladislaus. Otra atravesó el hombro de Elena. Ambos sintieron el ardor de la plata envenenando su carne.

—¡Adentro! —gruñó Vladislaus, arrojándola hacia la puerta del palacio.

Elena corrió. Vladislaus la cubrió, moviéndose tan rápido que era solo un borrón, desarmando a uno de los cazadores, arrojando a otro contra una pared.

Pero Alejandro era persistente. Recargó, apuntó, disparó de nuevo.

Esta bala encontró su marca. Golpeó a Vladislaus en el pecho, justo debajo del corazón.

Vladislaus se tambaleó, cayendo de rodillas.

—¡VLADISLAUS! —Elena corrió de regreso, olvidando su promesa de huir.

—Vete —tosió, sangre negra brotando de sus labios—. Elena, vete...

Pero ella ya lo estaba levantando, arrastrándolo hacia la puerta con fuerza recién nacida que no debería haber tenido.

Más disparos. Uno rozó su pierna. Otro golpeó la puerta junto a su cabeza.

Entonces estaban adentro. Elena cerró de golpe la pesada puerta de roble, deslizando barras de hierro en su lugar.

Vladislaus colapsó en el suelo del gran salón, tosiendo más sangre. La herida en su pecho humeaba, la plata quemando desde dentro.

—Está mal —jadeó—. La bala está cerca del corazón. Si no la saco...

—Te sacaré. —Elena se arrodilló junto a él, con las manos temblando—. Solo dime qué hacer.

—Necesitas... llegar con tu mano. Encontrar la bala. Sacarla. —Su voz se debilitaba—. Dolerá. Podría matarme si tocas mi corazón. Pero si la bala se queda...

—Lo haré. Solo... no mueras. Por favor no mueras.

Elena rasgó su camisa, revelando la herida. Podía ver la plata brillando dentro, envuelta en carne quemada.

Metió su mano en la herida.

Vladislaus gritó, su cuerpo arqueándose. Pero Elena no se detuvo. Sintió alrededor, sus dedos tocando costillas, músculo, y entonces...

Metal. Caliente. Pulsando con veneno.

Lo agarró y tiró.

La bala salió en un chorro de sangre negra. Vladislaus se estremeció violentamente, luego se quedó quieto.

Por un momento terrible, Elena pensó que había muerto.

Luego tomó un aliento tembloros. Otro. La herida comenzó a sanar lentamente, la carne cerrándose alrededor del agujero.

—Gracias —susurró—. Mi Elena. Mi salvadora.

Elena colapsó junto a él, temblando por la adrenalina que su cuerpo ya no producía pero que su mente recordaba.

—Casi te pierdo.

—Y casi te pierdo yo. —Vladislaus se sentó con dificultad, tocando la herida de bala en su hombro—. Estamos parejos, creo.

Afuera, escucharon voces. Alejandro dando órdenes. Los cazadores rodeando el edificio. Preparándose para el asedio.

—Están esperando el amanecer —dijo Elena—. Para quemarnos.

—Lo sé. —Vladislaus se puso de pie, todavía débil pero funcionando—. Lo cual nos da tal vez tres horas.

—¿Para qué?

—Para preparar nuestras defensas. Y para decidir: ¿luchamos o huimos?

Elena miró la puerta barricada. Afuera estaba Alejandro, el hombre que la había cuidado, que la había amado a su manera

retorcida. El hombre que ahora quería verla destruida.

Y adentro estaba Vladislaus, el vampiro que había esperado trescientos años, que le había dado la eternidad que anhelaba.

No había manera de que ambos sobrevivieran esto.

Alguien tenía que morir.

Y Elena tendría que elegir quién.

Capítulo 21

La Última Noche

—Tenemos que huir —dijo Elena, observando cómo Vladislaus se curaba lentamente—. No podemos enfrentarnos a cuatro cazadores armados con plata. Casi te matan con una sola bala.

—No vamos a huir. —Vladislaus se puso de pie, todavía tambaleándose pero recuperando fuerza con cada segundo—. Este es mi hogar, Elena. Durante trescientos años, he preservado este lugar. No voy a abandonarlo por un médico obsesionado y sus mercenarios.

—No son mercenarios. Son verdaderos cazadores. —Elena podía olerlos incluso a través de las paredes de piedra—. Esa mujer ha matado al menos a una docena de vampiros. El hombre grande, más. Lo llevo en su piel como perfume.

—Entonces tendrán que añadirnos a su cuenta. O morir intentándolo. —Vladislaus caminó hacia un armario tallado, abrió las puertas y reveló un arsenal—. Porque no pienso morir esta noche. Y tampoco tú.

Elena se acercó, mirando las armas. Espadas antiguas. Dagas de varios siglos. Ballestas. Y cosas más extrañas: frascos de líquidos que brillaban débilmente, amuletos que irradiaban poder oscuro.

—¿Qué es todo esto?

—Trescientos años de preparación. —Vladislaus sacó una espada, probando su peso—. Sabía que eventualmente vendría el día en que cazadores encontrarían este lugar. Así que me preparé.

Levantó uno de los frascos brillantes.

—Esto es sangre de vampiro antiguo mezclada con hierbas. Arrojada sobre un humano, los quema como ácido. —Señaló los amuletos—. Estos crean barreras temporales, muros de fuerza que incluso las balas no pueden penetrar. Y estas... —tocó una daga en particular, con inscripciones que parecían moverse en la hoja— estas

fueron forjadas por un herrero vampiro hace doscientos años. Pueden cortar acero como mantequilla.

—¿Herrero vampiro? ¿Hay más como tú?

—Hubo. Ya no. La Iglesia los cazó hasta casi la extinción durante las Inquisiciones. —Una expresión sombría cruzó su rostro —. Yo sobreviví siendo más cuidadoso. Más solitario. Pero hay otros dispersos por Europa. Viejos. Peligrosos. Algunos que harían que yo pareciera un santo.

Comenzó a distribuir armas, entregando a Elena una daga y uno de los amuletos de barrera.

—Llevarás esto. Si te ves en peligro inmediato, actívalo. Te comprará segundos, tal vez minutos.

—¿Y entonces qué? ¿Luchamos hasta el amanecer y esperamos que no hayan traído suficiente aceite para quemar el lugar?

—No. Atacamos primero. —Vladislaus se movió hacia las ventanas, mirando hacia la oscuridad—. Antes de que puedan establecer su perímetro completamente. Los separamos. Los cazamos uno por uno.

—Incluido a Alejandro.

No era una pregunta. Vladislaus se volvió hacia ella.

—Especialmente a Alejandro. Es el líder. El fanático. Mientras viva, nunca se detendrá. Encontrará este lugar de nuevo, traerá más cazadores, más armas. Hasta que uno de nosotros esté muerto.

Elena sintió algo retorcerse en su pecho. No dolor físico —los vampiros no sentían ese tipo de dolor— sino algo más profundo. Pesar. Por el hombre que Alejandro había sido. Por lo que su obsesión lo había convertido.

—Entiendo —dijo finalmente—. Y tienes razón. Pero... déjame intentar una vez más. Una última conversación. Si puede escuchar razón, si hay alguna parte del hombre que conocí todavía dentro de él...

—No la hay. —Vladislaus la interrumpió gentilmente—. He visto hombres como él antes. Consumidos por su causa hasta que no queda nada más. Pero... —suspiró— si necesitas intentarlo, lo intentarás. Solo dame treinta minutos primero.

—¿Para qué?

—Para debilitarlos. Quitarles su ventaja. —Una sonrisa oscura curvó sus labios—. Olvidaron algo sobre sitiar el hogar de un vampiro.

—¿Qué?

—Que los vampiros no están limitados por puertas.

Veinte minutos después, Elena observaba desde una ventana del segundo piso mientras Vladislaus ponía su plan en acción.

Los cazadores habían establecido un perímetro, uno en cada punto cardinal alrededor del palacio. El hombre grande estaba al norte. La mujer al sur. El cazador más joven al este. Y Alejandro al oeste, el más cerca de las puertas principales.

Vladislaus eligió al cazador joven primero.

Elena lo vio moverse, deslizándose desde una ventana lateral tan silenciosamente que ni siquiera ella podía escucharlo. El cazador no tuvo ninguna oportunidad. Un segundo estaba vigilando, el siguiente Vladislaus estaba detrás de él, una mano sobre su boca, silenciando cualquier grito.

No lo mató. En lugar de eso, bebió. Profundamente. Drenándolo hasta que el hombre colapsó, inconsciente pero vivo.

—Uno menos —murmuró Elena, sintiendo una mezcla de alivio y aprensión.

Vladislaus se movió hacia el siguiente objetivo. El hombre grande al norte.

Este fue más difícil. El cazador se volvió justo cuando Vladislaus se acercaba, levantando su rifle. Pero Vladislaus fue más rápido, golpeando el arma y arrojándola lejos.

Lucharon. El cazador era fuerte, entrenado, con cicatrices que hablaban de décadas de experiencia. Pero Vladislaus era vampiro. En diez segundos, tenía al hombre inmovilizado, bebiendo de su cuello hasta que también cayó inconsciente.

—Dos —contó Elena.

Eso dejaba a la mujer y a Alejandro.

Vladislaus se dirigió hacia la mujer. Pero esta vez, algo salió mal.

Ella debió haber visto a sus compañeros caer. O tal vez simplemente tenía mejores instintos. Porque cuando Vladislaus emergió de las sombras, ella ya estaba girando, su rifle levantándose.

Disparó.

Vladislaus esquivó, pero apenas. La bala de plata rozó su costado.

—¡Aquí! —gritó la cazadora—. ¡Al sur! ¡Es el antiguo!

Alejandro apareció segundos después, su propio rifle levantado. Ahora eran dos contra uno, ambos armados, ambos apuntando.

—Mierda —siseó Elena.

Se movió sin pensar, arrojándose por la ventana, aterrizando en el patio con una gracia que la sorprendió incluso ahora.

—¡Alto! —gritó, interponiéndose entre Vladislaus y los cazadores—. Nadie más tiene que morir esta noche.

—Apártate, Elena. —La voz de Alejandro era fría, muerta—. No voy a pedirlo dos veces.

—No. —Elena se mantuvo firme—. Alejandro, por favor. Mira lo que has hecho. Dos hombres inconscientes, posiblemente muertos. Todo esto por... ¿qué? ¿Porque no pudiste aceptar mi elección?

—Tu elección fue estar bajo compulsión vampírica. No era real.

—¡Era real! ¡ES real! —Elena extendió sus brazos—. ¡Mírame! ¿Parezco compelida? ¿Parezco una esclava? Soy libre, Alejandro. Más libre de lo que jamás fui como humana moribunda.

La cazadora los miró, confusión cruzando su rostro.

—Doctor Ferrer, dijo que ella fue convertida contra su voluntad. Pero ella está... está defendiéndolo. Eligiendo estar aquí.

—Está confundida —insistió Alejandro—. El vínculo de sangre la hace creer que ama a su creador. Pero es solo programación. Control mental.

—¿Lo es? —La cazadora bajó su rifle ligeramente—. Porque he cazado vampiros durante veinte años. He visto progenie. Y la

mayoría odian a sus creadores. La convierten en esclavos, sí. Pero esclavos resentidos, no... esto.

Señaló a Elena, quien había tomado instintivamente la mano de Vladislaus, sosteniéndola como ancla.

—Ella lo eligió —continuó la cazadora lentamente—. ¿Verdad? Antes de la conversión. Le pidió que la convirtiera.

—Eso no importa. —Alejandro apuntó su rifle directamente al corazón de Vladislaus—. Lo que importa es que él mató lo que era ella. La hizo esto.

—La salvé —dijo Vladislaus con calma—. De una muerte lenta y agonizante. Le di siglos en lugar de semanas. ¿Eso me hace monstruo?

—¡Sí! —Alejandro disparó.

Pero Elena ya se estaba moviendo. Activó el amuleto que Vladislaus le había dado, y un muro brillante de energía apareció entre ellos y los cazadores.

La bala de plata golpeó la barrera y cayó inofensivamente al suelo.

—Elena, no. —Vladislaus tocó su hombro—. Deja que esto termine. Uno de nosotros debe morir esta noche. Mejor que sea yo, habiendo vivido trescientos años, que tú, quien apenas comenzó.

—Nadie más muere. —Elena se volvió hacia él, luego de regreso hacia Alejandro—. Hay otra manera.

—¿Qué manera? —preguntó la cazadora.

Elena miró entre ellos. Vladislaus con sus siglos de soledad. Alejandro con su obsesión consumidora. La cazadora profesional atrapada entre un contrato y su conciencia.

Y tomó una decisión.

—Una prueba —dijo—. Alejandro, dijiste que estoy bajo compulsión. Que mi amor por Vladislaus es falso, programado. Pero si puedes probar eso, si puedes mostrar que no tengo libre albedrío... entonces me rendiré. Dejaré que hagas lo que creas que debes.

—¿Elena, qué estás haciendo? —siseó Vladislaus.

—Confiando en mi elección —respondió sin mirarlo—. Alejandro, hay un sacerdote en la Catedral de San Esteban. El padre

Kristoph. Estudia lo sobrenatural. Tiene métodos para probar compulsión vampírica. Llévame a él al anochecer. Si me examina y dice que estoy bajo control mental, ganas. Pero si dice que mi voluntad es mía...

—¿Entonces qué? —Alejandro bajó su rifle ligeramente—. ¿Me voy? ¿Pretendo que no vi lo que vi?

—Entonces aceptas que esta fue mi elección. Y vives tu vida. Sin esta obsesión destruyéndote. —Elena dio un paso hacia la barrera, su rostro a centímetros de Alejandro a través del escudo brillante—. Por favor. Dame esta oportunidad de probar que soy yo. Que siempre he sido yo.

Alejandro miró hacia Vladislaus.

—¿Y tú? ¿Aceptas estos términos?

—No tengo que hacerlo. Podría matarte ahora mientras tu atención está dividida. —Vladislaus inclinó su cabeza—. Pero sí. Acepto. Porque creo en Elena. En su fuerza. En su elección.

La cazadora bajó completamente su rifle.

—Creo que deberíamos aceptar. Esto no es lo que nos contrataste, Doctor Ferrer. Dijiste que era una víctima. Pero ella no actúa como víctima.

Alejandro se quedó en silencio durante un largo momento. Elena pudo ver la guerra en sus ojos. El deseo de simplemente disparar, de terminar esto con violencia. Versus algo más. Duda. La primera grieta en su certeza absoluta.

—Mañana al anochecer —dijo finalmente—. En la catedral. Tú, yo, y el padre Kristoph. Si pasa su prueba... —su voz se quebró — si realmente es tu elección... entonces me voy. Y no regreso.

—¿Y tus cazadores?

—Se van conmigo. Libero el contrato. —Miró a la mujer, quien asintió—. Pero si falla. Si el sacerdote dice que estás compelida...

—Entonces haces lo que creas que debes —completó Elena—. No resistiré.

—Elena, no puedes... —comenzó Vladislaus.

—Sí puedo. Porque sé la verdad. Y la verdad me hará libre. O... —sonrió tristemente— más libre de lo que ya soy.

Alejandro asintió lentamente.

—Mañana entonces. Al anochecer. No llegues tarde. O vendré aquí y terminaré lo que empecé.

—Estaré allí.

La barrera cayó mientras el amuleto se agotaba. Alejandro y la cazadora retrocedieron lentamente, sus armas todavía levantadas pero ya no apuntando.

—Tus hombres —dijo Vladislaus—. Los que dejé inconscientes. Están en el lado este del edificio. Vivos. Solo... drenados.

Alejandro no respondió. Simplemente se volvió y desapareció en la noche, la cazadora siguiéndolo.

Elena esperó hasta que sus pasos se desvanecieron antes de colapsar.

—¿Qué acabas de hacer? —Vladislaus la atrapó, sosteniéndola —. Elena, esa prueba del sacerdote... podría decir que estás compelida. Podrían detectar el vínculo entre nosotros y asumir que es control en lugar de amor.

—Lo sé. Es un riesgo. —Elena se apoyó en él—. Pero era la única manera de evitar que murieran esta noche. Tú, Alejandro, los cazadores. Todos.

—Prefieres arriesgar tu propia existencia.

—Prefiero arriesgarme yo que perderte a ti. O convertirme en asesina de alguien que una vez se preocupó por mí. —Elena levantó la vista hacia él—. ¿Es tan terrible?

Vladislaus la abrazó con fuerza.

—Es noble. Y aterrador. Y muy tú. —Besó su cabeza—. Tanto Elisabeta. Tanto Elena. Ambas valientes hasta la temeridad.

—¿Y si fallo la prueba?

—Entonces no fallarás. Yo me aseguraré. —Había algo oscuro en su tono—. El padre Kristoph me conoce. Hemos... llegado a acuerdos en el pasado. Podría persuadirlo.

—No. —Elena se apartó para mirarlo—. No hagas eso. Si la prueba va a significar algo, debe ser honesta. Sin persuasión. Sin amenazas. Solo... la verdad de lo que soy.

—¿Y si la verdad es que estás compelida? ¿Que el vínculo entre nosotros es tan fuerte que ha anulado tu voluntad?

—Entonces supongo que tendré mi respuesta. —Elena tocó su mejilla—. Pero no lo creo. Porque cuando te miro, cuando elijo estar aquí, siento que es yo. La verdadera yo. No alguna versión programada.

Vladislaus cerró sus ojos, apoyándose en su toque.

—Trescientos años —murmuró—. Trescientos años de soledad. Y finalmente te encuentro, finalmente te tengo, y podrías perderte mañana por permitir que un sacerdote nos juzgue.

—No me perderás. —Elena lo besó suavemente—. Confía en mí. En nosotros. En lo que compartimos.

—Confío en ti. Es el mundo en el que no confío. —Vladislaus abrió sus ojos—. Pero si esto es lo que debes hacer, entonces te apoyaré. Y mañana, cuando enfrentes al sacerdote, estaré allí. Observando. Esperando. Listo para arrebatarte si las cosas van mal.

—No irán mal.

—Reza para que no lo hagan. —Vladislaus la llevó de regreso al palacio—. Porque si te pierdo ahora, después de encontrarte finalmente... no habrá suficiente oscuridad en el mundo para esconderme de mi dolor.

Pasaron las horas restantes antes del amanecer en silencio, sostenidos juntos en la cámara de Vladislaus. Ninguno habló de miedos o dudas. Solo existieron en el momento, saboreando la cercanía mientras duraría.

Cuando el sol comenzó a salir, Elena sintió el tirón del sueño diurno. Pero luchó contra él, queriendo permanecer despierta, queriendo cada segundo.

—Duerme —murmuró Vladislaus—. Necesitarás tu fuerza para mañana.

—Tengo miedo —admitió—. No de la prueba. Sino de lo que podría significar. De perder esto. Perderte.

—Entonces no dejaré que eso suceda. —Vladislaus la atrajo más cerca—. Sea lo que sea que tome. Hagas lo que hagas. No te perderé de nuevo.

Elena cerró sus ojos, dejando que el sueño la reclamara.

Y mientras la oscuridad la llevaba, su último pensamiento fue:

"Mañana. Todo se decide mañana."

Afuera, en algún lugar de Viena, Alejandro se sentaba en su laboratorio destruido, limpiando su rifle.

Y planeando.

Porque sin importar lo que el sacerdote dijera, sin importar qué pruebas pasara Elena...

En su corazón, ya había tomado su decisión.

Uno de ellos no vería otro amanecer.

Y no sería él.

Capítulo 22

El Juicio del Alma

La Catedral de San Esteban se alzaba contra el cielo nocturno como una acusación de piedra.

Elena se detuvo en la entrada, sintiendo algo que nunca había experimentado como vampiro: aprensión genuina. No por su existencia física —sabía que podía huir más rápido de lo que cualquier humano pudiera seguir— sino por algo más profundo.

Su alma. Si aún tenía una.

—Todavía podemos irnos —dijo Vladislaus junto a ella, su mano encontrando la suya—. Huir de Viena esta noche. Dejar que el médico se ahogue en su obsesión mientras vivimos nuestras vidas en otra parte.

—No. —Elena apretó su mano—. Esto necesita terminar. Una forma u otra.

—Entonces entremos. Y que lo que sea que gobierne este lugar tenga misericordia de nosotros. —Vladislaus sonrió con amargura—. Aunque dudo que la divinidad tenga mucha misericordia para criaturas como nosotros.

Empujó las pesadas puertas de roble.

El interior de la catedral estaba iluminado por cientos de velas. Su luz parpadeante proyectaba sombras danzantes sobre pilares góticos y bóvedas arqueadas. El olor a incienso llenaba el aire, mezclado con algo más: santidad antigua, acumulada durante siglos de oraciones.

Elena sintió una leve incomodidad —no dolor, pero sí conciencia. Este era un lugar sagrado. Y ella era, innegablemente, profana.

—Padre Kristoph —llamó Vladislaus hacia la oscuridad—. Sé que estás aquí. Puedo oler el agua bendita que llevas.

Una figura emergió de las sombras detrás del altar. Un hombre mayor, tal vez setenta años, con cabello blanco y ojos que habían visto demasiado. Vestía sotana negra y llevaba un crucifijo de plata que brillaba en la luz de las velas.

—Vladislaus Dragomir. —Su voz era sorprendentemente fuerte para su edad—. Han pasado... ¿qué, cincuenta años desde nuestra última conversación?

—Sesenta y dos. Cuando viniste a pedirme información sobre el vampiro que estaba cazando monjas. —Vladislaus inclinó su cabeza—. Le diste buena cacería, según recuerdo.

—Y tú cumpliste tu palabra de no interferir. —El padre Kristoph bajó las escaleras del altar, estudiando a Elena con interés intenso—. Esta debe ser la señorita Montserrat. La que causó todo este... alboroto.

—Soy Elena, sí. —Elena dio un paso adelante—. Y vine voluntariamente, padre. Para probar que mis acciones son mías propias.

—Veremos. —El sacerdote señaló los bancos—. Siéntense. Todos. El doctor Ferrer debería llegar pronto.

Como si lo hubiera invocado, las puertas de la catedral se abrieron de nuevo. Alejandro entró, acompañado por la cazadora de la noche anterior. Ambos iban armados —Elena podía ver los bultos de armas escondidas bajo sus abrigos— pero las mantuvieron ocultas.

Por ahora.

Alejandro se detuvo al verla. Elena vio algo cruzar su rostro. Dolor. Anhelo. Y debajo de todo eso, ira apenas contenida.

—Viniste —dijo.

—Dije que lo haría. —Elena no se movió de su posición junto a Vladislaus—. ¿Aceptarás los resultados de esta prueba? Honestamente. Sin importar lo que diga el padre Kristoph.

—Si dice que tu voluntad es verdaderamente tuya, sí. Me iré. —Alejandro se acercó más, cada paso medido—. Pero si dice que estás compelida, que el vínculo vampírico ha anulado tu capacidad de elegir...

—Entonces no resistiré lo que creas que debes hacer —terminó Elena—. Lo prometí. Y cumplo mis promesas.

El padre Kristoph los observaba a todos con la intensidad de alguien acostumbrado a juzgar almas.

—Antes de comenzar, necesito que todos entiendan la naturaleza de esta prueba. No es infalible. No es científica. Pero ha sido usada por la Iglesia durante siglos para determinar la presencia de influencia demoníaca o sobrenatural en la voluntad de una persona.

Se acercó a Elena, sosteniéndose a un metro de distancia.

—Señorita Montserrat, ¿consientes en ser examinada?

—Sí.

—¿Y entiendes que podría causarte... incomodidad?

—Soy vampiro, padre. La incomodidad es relativa. —Elena intentó sonreír—. Pero sí, entiendo y consiento.

—Bien. —El padre Kristoph sacó varios objetos de los bolsillos profundos de su sotana. Un frasco de agua bendita. Un crucifijo más grande que el que llevaba al cuello. Y algo que hizo que Vladislaus se tensara: una hostia consagrada, sellada en cristal—. Estos son los instrumentos de prueba. Cada uno reacciona a la presencia de oscuridad de manera diferente.

Primero levantó el agua bendita.

—El agua bendita quema a los vampiros. Esto es conocido. Pero también reacciona a almas bajo compulsión demoníaca. Si estás bajo control vampírico tan profundo que tu voluntad no es tuya, el agua te quemará más intensamente que si simplemente eres vampiro por elección propia.

—¿Estás diciendo que va a quemarme de cualquier manera? —preguntó Elena.

—Es probable. Pero la intensidad importa. —El padre Kristoph destapó el frasco—. ¿Lista?

Elena miró a Vladislaus, quien asintió tensamente. Luego extendió su mano.

El sacerdote vertió unas gotas sobre su palma.

El ardor fue instantáneo. Elena apretó los dientes contra el dolor, observando cómo su piel borboteaba y humeaba donde el

agua la tocaba. Era agonía pura, como si su mano estuviera sumergida en fuego.

Pero era soportable. No el tipo de dolor que habría destruido su voluntad.

Después de diez segundos, el padre Kristoph asintió y le permitió retirar su mano. Vladislaus inmediatamente la tomó, lamiendo las quemaduras para ayudarlas a sanar.

—Reacción estándar —anunció el sacerdote—. Dolor apropiado para un vampiro joven. No la intensidad que esperaría de alguien bajo compulsión completa.

—Eso no prueba nada —dijo Alejandro—. Podría simplemente tener alta tolerancia al dolor.

—Quizás. Pasemos a la segunda prueba. —El padre Kristoph levantó el crucifijo grande—. Este ha sido bendecido específicamente para repeler influencia vampírica. Si un vampiro ha compelido a alguien, el crucifijo romperá esa compulsión temporalmente. La persona volverá a su voluntad original.

Se acercó más, sosteniendo el crucifijo directamente frente al rostro de Elena.

—Mírale, señorita Montserrat. Y dime: ¿deseas estar aquí? ¿Deseas ser vampiro?

Elena miró el símbolo sagrado. Sintió un leve malestar —como si algo la empujara gentilmente— pero nada más. Su mente permaneció clara. Sus pensamientos, sus propios.

—Sí —dijo con firmeza—. Deseo estar aquí. Elegí la conversión. Elegí a Vladislaus. Elegí todo esto.

El padre Kristoph sostuvo el crucifijo allí por un momento más, estudiando su rostro. Luego lo bajó.

—Su expresión no cambió. Sus pupilas no se dilataron. No hubo signo de que una compulsión se rompiera y reformara. —Miró a Alejandro—. Si estuviera bajo control, habría habido un cambio. Aunque fuera momentáneo.

—Podría estar tan profundamente compelida que ni siquiera el crucifijo puede romperlo —insistió Alejandro—. Haz la tercera prueba.

El padre Kristoph suspiró pero asintió. Levantó el cristal que contenía la hostia consagrada.

—Esta es la prueba final. Y la más... definitiva. —Su tono se volvió sombrío—. Una hostia consagrada representa la presencia literal de Dios, según nuestra fe. Un vampiro no puede tocarla sin sufrir daño extremo. Pero un alma humana bajo compulsión, forzada a servir a la oscuridad contra su voluntad... esa alma todavía clama por salvación. Cuando se le ofrece la hostia, se alcanzará hacia ella, incluso sabiendo que el cuerpo vampírico será destruido.

Abrió el cristal, revelando el pequeño disco de pan consagrado.

—Señorita Montserrat, si estás bajo compulsión, si tu voluntad verdadera ha sido suprimida, tu alma intentará tomar esto. No podrás evitarlo. Es instinto espiritual. —Extendió su mano, ofreciendo la hostia—. Pero si verdaderamente has elegido esto, si tu voluntad es tuya propia... podrás resistir.

Elena miró la hostia. Incluso desde un metro de distancia, podía sentir su poder. Santidad condensada en un pequeño círculo. Pureza que rechazaba todo lo que ahora era ella.

Y no sintió ningún impulso de alcanzarla.

—No la quiero —dijo simplemente—. No deseo ser salvada de lo que elegí ser.

—Estás segura. —El padre Kristoph dio un paso más cerca—. Porque si tomo esto como rechazo final de la gracia, entonces mi veredicto será que has elegido la condenación conscientemente. No hay vuelta atrás de eso.

—Lo sé. Y lo elijo de todos modos.

El sacerdote sostuvo la hostia directamente frente a ella. Elena pudo ver su mano temblando ligeramente —ya sea por edad o tensión, no estaba segura.

Segundos pasaron. Diez. Veinte. Treinta.

La mano de Elena permaneció a su lado. No hubo alcance. No hubo anhelo. Solo calma firme.

Finalmente, el padre Kristoph guardó la hostia.

—He visto suficiente. —Se volvió hacia Alejandro—. Doctor Ferrer, mi veredicto es este: la señorita Montserrat no está bajo

compulsión vampírica. Su voluntad es su propia. Eligió la conversión conscientemente y mantiene esa elección ahora.

—No. —Alejandro sacudió la cabeza—. Eso es imposible. Nadie elegiría esto. Nadie elegiría condenación.

—Sin embargo, ella lo hizo. —El padre Kristoph puso una mano en el hombro de Alejandro—. Hijo, he estado haciendo este trabajo durante cincuenta años. He visto verdadera compulsión. He visto almas gritando por liberación atrapadas en cuerpos que ya no controlan. Esta mujer... no es eso.

—Pero es un monstruo. —La voz de Alejandro se quebró—. Bebe sangre. Caza humanos. Ya no es humana.

—No. Ya no lo es. —El sacerdote miró a Elena con algo que podría haber sido lástima—. Pero esa transformación fue su elección. Y por lo tanto, debe llevar el peso de esa elección.

Se volvió hacia Vladislaus.

—En cuanto a ti, anciano... he ignorado tu presencia en esta ciudad durante décadas porque te comportas con moderación. No matas. No conviertes sin consentimiento. Existes en las sombras sin causar el tipo de caos que requeriría intervención.

—Agradezco tu... tolerancia —dijo Vladislaus secamente.

—No es tolerancia. Es pragmatismo. —El padre Kristoph se dirigió de regreso al altar—. La Iglesia ya no caza vampiros sistemáticamente. Los recursos son limitados. Y después de siglos de experiencia, hemos aprendido que hay diferentes grados de oscuridad. Algunos vampiros son monstruos que deben ser destruidos. Otros... son simplemente trágicos.

Miró directamente a Alejandro.

—Tu trabajo aquí está hecho, doctor. El veredicto ha sido dado. Ella eligió libremente. Debes aceptar eso y seguir adelante.

—No puedo. —Alejandro sacó su rifle de debajo de su abrigo, apuntándolo directamente a Vladislaus—. No después de lo que me ha quitado.

La cazadora puso una mano en su brazo.

—Doctor Ferrer, el trato fue claro. Si pasaba la prueba...

—¡Al diablo con el trato! —Alejandro la apartó—. Esto es mi vida. Mi propósito. No voy a dejarlo ir.

Vladislaus no se movió, no mostró miedo. Solo se quedó allí, con Elena ligeramente detrás de él.

—Entonces dispara —dijo con calma—. Intenta matarme. Pero sabes cómo terminará. O fallarás, y te mataré. O tendrás éxito, y Elena te matará. De cualquier manera, morirás aquí esta noche.

—No me importa. —Alejandro apuntó con cuidado—. Mientras tú mueras primero.

—¡No! —Elena se movió, colocándose directamente entre el rifle y Vladislaus—. Alejandro, por favor. No hagas esto. No te conviertas en el monstruo que crees que estás cazando.

—Apártate, Elena.

—No.

—Apártate o te dispararé también. —Su dedo se movió hacia el gatillo—. Te amo demasiado para dejarte vivir como esto.

—No es amor. —Elena se mantuvo firme—. El amor respeta la elección. El amor permite libertad. Lo que sientes es obsesión. Posesión. Y estoy harta de ello.

Algo en su tono debe haberlo alcanzado. Alejandro vaciló, el rifle temblando ligeramente.

—Yo... yo solo quería salvarte.

—No necesitaba ser salvada. Necesitaba ser escuchada. —Elena dio un paso hacia él—. Y ahora necesitas escucharme una última vez: Vete. Vive tu vida. Encuentra paz. Porque si disparas este rifle, si lastimas a Vladislaus, te destruiré yo misma. No porque me obligue. Sino porque lo elijo.

Alejandro la miró, y Elena vio el momento en que algo se rompió dentro de él. La última resistencia, la última esperanza de que ella regresara con él.

El rifle bajó.

—Me robaste todo —susurró—. Mi propósito. Mi amor. Mi razón de existir.

—No te robé nada. Simplemente elegí un camino diferente. —Elena tocó su mejilla gentilmente—. Pero puedes encontrar un nuevo camino, Alejandro. Uno que no me incluya. Uno que no incluya obsesión o caza o muerte.

—No sé cómo.

—Aprenderás. —Elena se apartó—. Ahora vete. Antes de que cambie de opinión sobre mostrarte misericordia.

Alejandro miró entre ella y Vladislaus una última vez. Luego, con movimientos de hombre derrotado, se volvió y caminó hacia las puertas de la catedral.

La cazadora lo siguió, pero se detuvo brevemente junto a Elena.

—Cuidado con él —susurró—. Hombres como ese... cuando pierden su obsesión, o encuentran una nueva o... —no terminó la frase.

—¿O qué?

—O se destruyen a sí mismos. —La cazadora se fue, dejando esas palabras colgando en el aire.

Elena, Vladislaus y el padre Kristoph se quedaron solos en la catedral.

—¿Fue la decisión correcta? —preguntó Elena—. ¿Dejarlo vivir?

—Fue la decisión misericordiosa —dijo el padre Kristoph—. Si fue correcta... solo el tiempo lo dirá.

Se acercó a Elena, estudiando su rostro en la luz de las velas.

—Señorita Montserrat, has elegido un camino oscuro. Un camino que te costará tu alma, si crees en tales cosas. Pero lo elegiste conscientemente, con ojos abiertos. Y por eso... te respeto, aunque lamente tu elección.

—¿Todavía podría salvarme? —preguntó Elena curiosamente —. Si lo pidiera. Si dijera que me arrepiento.

—Posiblemente. La gracia de Dios es infinita, dicen. Pero... — el sacerdote suspiró— requerirías tu propia muerte verdadera. Tu destrucción completa. Solo entonces tu alma podría ser liberada para juicio.

—Entonces creo que no me arrepentiré pronto.

—No pensé que lo harías. —El padre Kristoph se volvió hacia Vladislaus—. Cuídala, anciano. Ella eligió la oscuridad por ti. No desperdicies ese sacrificio.

—No lo haré. —Vladislaus tomó la mano de Elena—. Cuidaré de ella durante todos los siglos que nos quedan.

—Entonces vayan. Y traten de no causar demasiados problemas en mi ciudad. —El sacerdote hizo un gesto de despedida —. Ya tengo suficiente de qué preocuparme sin vampiros causando escándalos.

Elena y Vladislaus salieron de la catedral juntos, emergiendo en la noche de Viena.

El aire se sentía más ligero de alguna manera. Como si un peso hubiera sido levantado.

—Acabó —dijo Elena—. Realmente acabó.

—¿Lo está? —Vladislaus miró hacia las sombras donde Alejandro había desaparecido—. No estoy tan seguro. Los hombres como él no se rinden tan fácilmente.

—Entonces nos ocuparemos de ello si regresa. —Elena se estiró, disfrutando de la forma en que su cuerpo obedecía ahora sin enfermedad, sin debilidad—. Pero esta noche, solo quiero celebrar. Vivir. Existir sin miedo de que alguien intente matarnos.

—Entonces celebremos. —Vladislaus la tomó en sus brazos—. ¿Qué desea mi señora? ¿Cazar? ¿Explorar la ciudad? ¿Volver a casa y pasar horas aprendiendo nuevas formas en que tu cuerpo transformado puede experimentar placer?

Elena se rió —un sonido que no había hecho en días.

—La tercera opción suena tentadora.

—Entonces a casa. —Vladislaus la levantó fácilmente—. Y esta noche, te mostraré todo lo que significa ser vampiro. Las alegrías, no solo las cargas.

Saltaron a los tejados, volando a través de Viena bajo estrellas que brillaban más luminosas para ojos vampíricos.

Y mientras el viento azotaba su cabello y la ciudad se extendía debajo como un tapiz de luces, Elena sintió algo que no había sentido en toda su vida mortal:

Libertad completa.

No de la enfermedad —aunque eso también.

Sino de expectativas. De juicio. De la necesidad de ser alguien más que ella misma.

Era vampiro. Era monstruo. Era condenada.

Y era completamente, gloriosamente feliz.

Detrás de ellos, en las sombras junto a la catedral, Alejandro observaba cómo desaparecían en la noche.

La cazadora tenía razón sobre él. Hombres como él, cuando perdían su obsesión, o encontraban una nueva o se destruían.

Alejandro ya había decidido cuál sería.

Pero primero, un último acto. Un último intento de salvar lo que amaba.

Incluso si eso significaba destruirla.

Metió la mano en su bolsillo, tocando el objeto que había traído como último recurso.

Un frasco. Lleno de líquido claro.

Veneno. Destilado de ajo, plata y agua bendita.

No mataría a un vampiro inmediatamente. Pero lo debilitaría. Lo haría vulnerable.

Y entonces podría terminar el trabajo apropiadamente.

Alejandro sonrió en la oscuridad.

La guerra no había terminado.

Apenas acababa de comenzar.

Capítulo 23

Sangre y Cenizas

Elena debería haber sabido que la paz no duraría.

Llevaban tres noches de dicha sin interrupciones. Tres noches de cazar juntos, de explorar los límites de sus habilidades vampíricas, de pasar las horas antes del amanecer enredados en las sábanas de seda de Vladislaus.

Tres noches en las que casi pudo olvidar que Alejandro seguía vivo en algún lugar de Viena.

La cuarta noche, Elena despertó con sed ardiente. Más intensa de lo habitual. Como si su cuerpo vampírico clamara por sangre con urgencia que rozaba el pánico.

—¿Vladislaus? —Se sentó en la cama, tocando su garganta—. Algo está mal. La sed es... diferente.

Vladislaus se despertó instantáneamente, todos sus sentidos alerta.

—¿Diferente cómo?

—Más fuerte. Desesperada. Como si no hubiera comido en días en lugar de anoche. —Elena se levantó, tambaleándose ligeramente—. Y me siento débil. Mis piernas...

Se dio cuenta entonces. El vaso de agua junto a la cama. Agua que no necesitaba beber —los vampiros no necesitaban hidratación— pero que había bebido por hábito antes de dormirse.

Agua que sabía ligeramente amarga.

—No —susurró—. No, él no...

Vladislaus olió el vaso, sus ojos ensanchándose.

—Ajo. Plata. Agua bendita. Todo destilado en forma concentrada. —Miró a Elena con horror—. ¿Cuánto bebiste?

—Solo unos tragos. Yo... no pensé nada de ello. Solo tenía sed y... —Elena sintió sus piernas ceder. Vladislaus la atrapó antes de que cayera—. ¿Voy a morir?

—No. No si puedo evitarlo. —Vladislaus la llevó rápidamente fuera de la habitación, bajando las escaleras hacia las bóvedas debajo del palacio—. Este veneno debilita a los vampiros. Te hace vulnerable. Pero no es fatal si se trata rápidamente.

—¿Cómo?

—Dilución. Necesitas sangre fresca. Mucha. Para expulsar el veneno de tu sistema. —Vladislaus la depositó en un diván en una de las cámaras inferiores—. Quédate aquí. Voy a traer...

Las puertas del palacio arriba retumbaron. El sonido de madera astillándose. Voces gritando órdenes.

Vladislaus se congeló.

—No. No puede ser tan pronto. ¿Cómo supo que el veneno habría hecho efecto ahora?

—Porque me conoce. —Elena tosió, y sangre negra salpicó sus labios—. Sabe que tengo hábitos humanos todavía. Que bebería agua sin pensar. Calculó el tiempo exacto en que estaría débil.

Más sonidos de arriba. Pasos. Múltiples. No solo Alejandro entonces.

Vladislaus se movió hacia la puerta de la cámara, su cuerpo tenso como alambre.

—Quédate aquí. No salgas sin importar qué escuches. Entendido?

—Vladislaus, no. Estás solo contra...

—No importa cuántos haya. —Sus ojos brillaron con furia antigua—. Nadie amenaza lo que es mío. Nadie.

Desapareció antes de que Elena pudiera protestar.

Elena se quedó sola en la cámara, escuchando los sonidos de batalla estallando arriba. Gritos. Disparos. El sonido de muebles rompiéndose. Y debajo de todo, el rugido de Vladislaus —no humano, completamente bestial.

Intentó levantarse. Sus piernas se negaron a sostenerla. El veneno había hecho su trabajo demasiado bien.

—Mierda —jadeó, arrastrándose hacia la puerta—. Mierda, mierda, mierda.

Los sonidos de lucha se acercaban. Alguien estaba bajando las escaleras.

Elena buscó un arma. Cualquier cosa. Sus dedos cerraron alrededor de un candelabro de hierro, pesado y terminado en punta.

No era mucho. Pero serviría.

La puerta se abrió de golpe.

Alejandro entró, su ropa salpicada de sangre. Sostenía una estaca de fresno en una mano y su rifle en la otra. Detrás de él venían tres hombres —no la cazadora de antes, notó Elena. Nuevos reclutas.

—Encontré a la cría —gritó Alejandro por encima de su hombro—. Mantengan ocupado al antiguo. Yo me ocupo de ella.

Cerró la puerta con firmeza, dejándolos solos.

Elena intentó levantarse de nuevo. Falló. Se quedó apoyada contra la pared, sosteniendo el candelabro con manos temblorosas.

—El veneno está funcionando —observó Alejandro, acercándose lentamente—. Puedo ver que apenas puedes moverte. Perfecto.

—Alejandro, por favor. —La voz de Elena salió débil—. No tiene que ser así.

—Sí tiene que serlo. —Se arrodilló frente a ella, pero fuera de alcance del candelabro—. Elena, todavía puedo salvarte. El veneno ha debilitado tu cuerpo vampírico. Si actúo ahora, si destruyo tu corazón no-muerto, tu alma puede ser liberada. Todavía es joven en condenación. Todavía puede encontrar paz.

—No quiero paz. Quiero vivir.

—Esto no es vida. —Alejandro levantó la estaca—. Es una parodia de vida. Y te amo demasiado para dejarte continuar en esta... existencia.

—Si me amas, respeta mi elección.

—Tu elección estaba equivocada. —Lágrimas corrían por sus mejillas ahora—. Y yo soy lo suficientemente fuerte para corregirla. Incluso si eso significa que me odiarás para siempre.

Se movió hacia adelante.

Elena intentó balancear el candelabro. Demasiado lento. Demasiado débil. Alejandro lo apartó fácilmente.

—Perdóname —susurró, levantando la estaca sobre su corazón—. Por favor, perdóname por esto.

—Nunca. —Elena lo miró directamente a los ojos—. Si haces esto, si me matas contra mi voluntad, me convertiré en lo que más temes. Un monstruo. Porque volveré. De alguna manera. Y te cazaré.

—No puedes volver de esto. Nadie puede. —Alejandro apuntó con cuidado—. Adiós, mi amor. Que encuentres paz en el más allá.

La estaca bajó.

Y entonces Vladislaus estaba allí, apareciendo de la nada, su mano atrapando la muñeca de Alejandro a centímetros del pecho de Elena.

—No —gruñó—. Eso no.

Con un movimiento casual, arrojó a Alejandro contra la pared opuesta. El médico golpeó con fuerza suficiente para agrietar la piedra.

Vladislaus se arrodilló junto a Elena, examinándola rápidamente.

—¿Estás herida?

—Solo el veneno. ¿Los otros?

—Muertos. —No había remordimiento en su voz—. Todos.

Alejandro se levantó lentamente, escupiendo sangre.

—Por supuesto. El antiguo vampiro contra humanos comunes. Nunca fue justo.

—Nada sobre esto es justo. —Vladislaus se puso de pie, colocándose entre Alejandro y Elena—. Has perdido, doctor. Tus cazadores están muertos. Tu veneno falló en matar. Y ahora estás solo en mi hogar, enfrentándome sin ventaja.

—Todavía tengo esto. —Alejandro levantó el rifle, apuntando directamente al corazón de Vladislaus—. Balas de plata. A esta distancia, incluso tú no puedes esquivarlas.

—Cierto. —Vladislaus no se movió—. Pero si disparas, moriré. Y en los segundos antes de que muera, te mataré. Mi último acto será destrozarte. ¿Realmente quieres ese fin?

—Si eso significa que ella queda libre de ti... sí.

—No quedaría libre. —Elena habló desde detrás de Vladislaus, su voz fortaleciéndose a medida que su cuerpo comenzaba a metabolizar el veneno—. Si lo matas, Alejandro, pasaré la eternidad

cazando a cualquiera que alguna vez te importó. Tu familia. Tus amigos. Todos. Como venganza.

—Mientes. No harías eso. No eres ese tipo de monstruo.

—¿No? —Elena se las arregló para ponerse de pie, apoyándose pesadamente en Vladislaus—. Me convertiste en esto cuando envenenaste mi agua. Cuando trajiste hombres para matarnos. Cuando decidiste que tu definición de amor era más importante que mi voluntad.

Dio un paso tembloroso hacia adelante.

—Así que adelante. Dispara. Mata a Vladislaus. Y luego observa cómo me convierto exactamente en el monstruo que siempre temiste que fuera.

Alejandro los miró. La certeza que había sostenido durante semanas finalmente se agrietó.

—Yo solo... solo quería salvarte.

—No necesitaba salvación. Necesitaba que me dejaras ir. —Elena tocó el brazo de Vladislaus, sintiendo su fuerza, su solidez—. Pero no pudiste. Y ahora aquí estamos. En este momento. Donde uno de nosotros debe morir.

—No tiene que ser así. —Vladislaus habló sorprendentemente gentil—. Doctor, puedes bajar el arma. Caminar. Vivir el resto de tu vida natural. Nadie te seguirá. Nadie te perseguirá. Solo... vete.

—¿Y después qué? ¿Vivo sabiendo que ella está ahí afuera, bebiendo sangre, matando gente?

—No mato gente —corrigió Elena—. Bebo. Moderadamente. De voluntarios o de aquellos que no lo recordarán. Vladislaus me enseñó control. Me enseñó cómo ser lo que soy sin ser monstruo.

—Todavía eres monstruo. Solo uno educado.

—Entonces soy un monstruo educado que era humana. Que te conoció. Que apreció tu cuidado cuando estaba muriendo. —Elena extendió una mano—. Alejandro, por favor. Suelta el arma. Vete. Vive. Encuentra a alguien más que amar. Alguien que corresponda de la manera que necesitas.

Durante un momento largo, tenso, pareció que Alejandro podría hacerlo. El rifle tembló, bajando ligeramente.

Entonces endureció su mandíbula.

—No. No puedo. Porque si te dejo ir, si permito que continues así, ¿qué tipo de hombre soy? ¿Qué significó todo esto? ¿Todos los sacrificios?

—Significó que amabas de manera equivocada —dijo Vladislaus tristemente—. Y hay honor en eso, supongo. Amor mal dirigido sigue siendo amor.

—No quiero tu comprensión, monstruo. —Alejandro volvió a levantar el rifle—. Quiero tu muerte.

—Entonces tendrás que ganártela.

Vladislaus se movió.

Alejandro disparó.

El tiempo pareció ralentizarse. Elena vio la bala salir del cañón, vio a Vladislaus girar, casi lo suficientemente rápido pero no del todo—

La bala lo golpeó en el hombro en lugar del corazón. Vladislaus giró con el impacto pero no cayó.

Y entonces estaba sobre Alejandro, golpeando el rifle lejos, levantando al médico por la garganta.

—Suficiente —gruñó—. He mostrado misericordia. He dado oportunidades. No más.

Sus colmillos se extendieron completamente.

—¡NO! —Elena corrió hacia adelante, olvidando su debilidad —. Vladislaus, no lo mates. Por favor.

—¿Por qué no? Intentó matarme. Intentó matarte. ¿Cuántas oportunidades merece?

—Ninguna. Todas. No lo sé. —Elena alcanzó a Vladislaus—. Pero si lo matas, Alejandro gana. Porque prueba que somos los monstruos que él cree que somos.

—Ya somos monstruos.

—Entonces seamos monstruos que eligen misericordia.

Vladislaus la miró, luego a Alejandro, quien luchaba inútilmente contra su agarre.

—Tu bondad te destruirá algún día.

—Tal vez. Pero hoy, me hace más fuerte que mi sed de sangre.

Vladislaus suspiró y bajó a Alejandro, aunque no lo soltó completamente.

—Bien. Vivirás, doctor. Pero no por mi misericordia. Por la de ella.

Miró a Alejandro directamente a los ojos, proyectando compulsión más fuerte de lo que Elena había visto nunca.

—Escúchame cuidadosamente. Vas a olvidar este lugar. Vas a olvidar cómo encontrarnos. Cuando despiertes mañana, recordarás que Elena Montserrat murió de tuberculosis. En paz. Sin dolor. Y la llorarás apropiadamente. Pero seguirás adelante.

—No... no puedes... —Alejandro luchó contra la compulsión, su crucifijo brillando débilmente.

—Puedo. Y lo haré. —Vladislaus intensificó su control—. Porque la alternativa es tu muerte. Y Elena, en su infinita bondad, prefiere que vivas. Aunque sea en ignorancia.

Elena vio la lucha en los ojos de Alejandro. Su voluntad contra la compulsión de Vladislaus. El crucifijo ofrecía algo de protección pero no suficiente.

Lentamente, la resistencia se desvaneció.

—Elena... murió... —repitió Alejandro con voz monótona—. Tuberculosis. En paz.

—Sí. Y la lloraste. Y seguiste adelante. —Vladislaus soltó su agarre—. Ahora vete. Camina de regreso a tu vida. Y no regreses nunca.

Alejandro se volvió como sonámbulo, caminando hacia las escaleras.

Se detuvo en el umbral, mirando hacia atrás una vez. Por un momento, algo de claridad retornó a sus ojos.

—Te amé —susurró—. Verdaderamente.

—Lo sé —respondió Elena—. Y lo lamento. Lamento no poder amarte de la misma manera.

—Yo también.

Entonces se fue, subiendo las escaleras, sus pasos resonando en la piedra. Escucharon la puerta principal abrirse y cerrarse.

Silencio.

Elena colapsó contra Vladislaus, temblando.

—¿De verdad funcionará? ¿La compulsión?

—Por un tiempo. Tal vez meses. Tal vez años. —Vladislaus la sostuvo cerca—. Eventualmente podría romperla. Algunos humanos con voluntades particularmente fuertes pueden sacudirse incluso compulsión profunda. Pero para entonces, con suerte habrá seguido adelante apropiadamente.

—¿Y si no?

—Entonces la próxima vez, no seré misericordioso. —No había duda en su voz—. Le di tres oportunidades. Nadie merece una cuarta.

Elena asintió, aceptando eso.

—El veneno. Todavía puedo sentirlo.

—Entonces vamos a expulsarlo. —Vladislaus la levantó fácilmente—. Necesitas alimentarte. Profundamente. De múltiples fuentes si es necesario.

—¿Los cuerpos arriba...?

—Muertos pero frescos. Su sangre todavía es utilizable. —Vio su expresión—. Elena, sé que prefieres alimentarte de los vivos. Pero esta es emergencia. Beberás de los muertos esta vez, o el veneno podría incapacitarte permanentemente.

Elena odiaba la idea. Pero sabía que tenía razón.

Vladislaus la llevó arriba a donde yacían los tres cazadores. No se veían pacíficos. Vladislaus los había matado con eficiencia brutal —gargantas desgarradas, cuellos rotos.

—No mires sus rostros —aconsejó—. Solo alimentate. Déjame cargar con la culpa de sus muertes.

Elena se arrodilló junto al más cercano, un hombre joven que no podría haber tenido más de veinticinco años. Sintió una punzada de pesar. Luego el ardor del veneno en sus venas la hizo olvidar piedad.

Bebió.

La sangre de los muertos era diferente. Más fría. Más espesa. Pero era sangre y su cuerpo la necesitaba desesperadamente.

Se alimentó de los tres, drenándolos más completamente de lo que jamás había tomado de los vivos. Para cuando terminó, los cuerpos eran cáscaras vacías.

Y Elena se sentía fuerte de nuevo. El veneno expulsado, reemplazado por sangre fresca, aunque manchada por muerte.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Vladislaus.

—Como monstruo. —Elena miró sus manos, manchadas de sangre—. Realmente esta vez. No solo vampiro. Monstruo.

—No. Superviviente. —Vladislaus limpió sus manos con su pañuelo—. Hiciste lo necesario para vivir. Eso no te hace monstruo. Te hace pragmática.

—Sigues diciendo eso. Que no soy monstruo. Pero bebí de los muertos, Vladislaus. Drené cadáveres como... como...

—Como vampiro. Que es lo que eres. —La giró para mirarlo —. Elena, escúchame. Monstruosidad no es lo que eres. Es cómo eliges comportarte. Esta noche, cuando podrías haber dejado que matara a Alejandro, elegiste misericordia. Esa elección importa más que cuya sangre bebiste.

—¿De verdad lo crees?

—Lo sé. Porque he vivido trescientos años. Y he visto vampiros que eran monstruos verdaderos. Tú no eres uno de ellos. Ni siquiera estás cerca.

Elena quería creer eso. Pero mirando los cuerpos drenados a sus pies, la duda persistía.

—¿Qué hacemos con ellos?

—Los cremamos. —Vladislaus comenzó a arrastrar los cuerpos hacia la chimenea grande en el salón principal—. No podemos arriesgar que sean descubiertos. Preguntas llevarían a investigaciones. Investigaciones llevarían aquí.

Trabajaron en silencio, apilando los cuerpos, encendiendo el fuego. El olor era horrible pero necesario.

Mientras las llamas consumían la evidencia, Elena y Vladislaus se quedaron de pie juntos, observando.

—¿Es así como será siempre? —preguntó Elena—. ¿Escondernos? ¿Destruir evidencia? ¿Vivir con miedo de ser descubiertos?

—Sí. —Vladislaus no endulzó la respuesta—. Esta es la realidad de lo que somos. Depredadores que deben esconderse

entre la presa. Monstruos que pretenden ser humanos. Para siempre.

—¿Y todavía vale la pena?

—Pregúntame en un siglo. —Vladislaus la acercó—. Pero por ahora, esta noche, habiendo sobrevivido a envenenamiento y cazadores y tu médico obsesionado... sí. Vale la pena.

Elena se apoyó en él, observando los cuerpos convertirse en cenizas.

—¿Crees que Alejandro realmente olvidará?

—Con suerte. Pero humanos... humanos son impredecibles. —Vladislaus besó su cabeza—. Por eso debemos estar vigilantes. Siempre.

Las primeras luces del amanecer comenzaban a filtrar por las ventanas rotas. Necesitarían repararlas antes de la próxima noche.

—Ven —dijo Vladislaus—. El sol está saliendo. Tiempo de dormir. Y mañana... mañana comenzamos de nuevo. Reconstruyendo lo que se rompió esta noche.

Bajaron a las cámaras inferiores, a la cama de Vladislaus donde tantas noches habían pasado enredados.

Mientras se acomodaban juntos, Elena sintió algo cambiar en ella. Aceptación, tal vez. O resignación.

Esto era lo que había elegido. Inmortalidad con precio. Poder con costo. Amor con oscuridad eterna.

Y mientras el sueño diurno la reclamaba, rodeada por el frío abrazo de Vladislaus, Elena sonrió.

Porque incluso siendo monstruo, incluso habiendo bebido de los muertos, incluso enfrentando eternidad de esconderse y cazar y vivir en sombras...

Era libre.

Y amada.

Y completamente, irrevocablemente, ella misma.

Capítulo 24

Nuevo Amanecer en la Oscuridad

Seis meses después, Elena se paró en el balcón del palacio Dragomir, observando Viena despertar bajo el sol que nunca más podría tocar.

Había aprendido a apreciar los amaneceres de esta manera. Vicariosamente. A través de vidrios gruesos que filtraban suficiente luz para ver pero no suficiente para quemar. Era como observar un mundo al que ya no pertenecía, hermoso pero inalcanzable.

—Pensando de nuevo en el sol —dijo Vladislaus, uniéndose a ella con dos copas de cristal llenas de sangre tibia.

No de humanos. Habían desarrollado un sistema: voluntarios compensados que donaban en el hospital, y Vladislaus tenía contactos que desviaban suministros. No era tan satisfactorio como cazar, pero Elena había insistido. Quería aferrarse a tanta humanidad como pudiera.

—Siempre pienso en el sol al amanecer —admitió, aceptando la copa—. ¿Eso se vuelve más fácil?

—No. Después de trescientos años, todavía lo extraño. —Vladislaus bebió—. Pero el dolor se vuelve familiar. Casi cómodo.

Elena bebió su propia copa, arrugando ligeramente la nariz. Sangre fría nunca sabría bien.

—Recibí carta de mi tía.

—¿Qué dice?

—Que el funeral fue hermoso. Que lloraron apropiadamente por Elena Montserrat, quien sucumbió a la tuberculosis rodeada de seres queridos. —Había amargura en su voz—. Vladislaus mantuvo la compulsión en ella también. Mi tía cree que morí hace seis meses.

—Era necesario. —Vladislaus puso una mano en su hombro—. No podías seguir siendo Elena Montserrat. Esa mujer está muerta oficialmente. Ahora eres... otra persona.

—¿Elena Dragomir? —Había dicho el nombre en voz alta solo unas pocas veces, probándolo.

—Si quieres. O cualquier nombre que elijas. —Vladislaus sonrió—. He usado una docena de identidades a través de los siglos. Es parte de la vida inmortal. Cada pocas décadas, finges tu muerte, te mudas, comienzas de nuevo.

—Suena solitario.

—Lo es. Pero menos ahora que te tengo. —La besó suavemente—. Y en unas décadas, cuando debamos mudarnos de Viena, iremos juntos. Tal vez París. O Roma. Has mencionado querer ver Roma.

—¿Hay muchos vampiros allí?

—Algunos. Europa está salpicada de nosotros. La mayoría se mantienen ocultos como yo. Algunos... menos discretos. —Su expresión se ensombreció—. Algún día necesitaré presentarte a la sociedad vampírica apropiadamente. Pero no todavía. Sigues siendo tan joven. Vulnerable.

Elena había aprendido que en el mundo vampírico, la edad lo era todo. Recién nacidos como ella ocupaban el escalón más bajo. Vladislaus, con sus trescientos años, era respetado pero difícilmente anciano. Había vampiros de mil años, incluso mayores, cuyo poder hacía que Vladislaus pareciera débil en comparación.

—¿Alguna vez los has conocido? ¿Los realmente antiguos?

—Una vez. Hace un siglo. Un vampiro que afirmaba haber conocido a Julio César. —Vladislaus se estremeció—. Era... desconcertante. Tan antiguo que apenas parecía humano. Solo forma y hambre con una pizca de intelecto.

—¿Eso es lo que nos espera? ¿Volvernos menos humanos mientras más tiempo vivimos?

—Para algunos. No para todos. —Vladislaus se volvió hacia ella—. Todo es elección, Elena. Incluso en esto. Puedes aferrarte a la humanidad o dejarla ir. He visto ambos caminos. Y te prometo, mientras estés conmigo, te ayudaré a mantener lo que eras.

—¿Y quién mantendrá lo que tú eras?

—Tú. —Dijo simplemente—. Ya lo estás haciendo. Antes de encontrarte, estaba... deslizándome. Volviéndome más monstruo,

menos hombre. Pero tú me anclas. Me recuerdas por qué elegí mantener mi humanidad en primer lugar.

Un sonido desde abajo interrumpió el momento. La puerta principal abriéndose. Pasos.

—¿Esperábamos a alguien? —preguntó Elena.

—No. —Vladislaus se tensó, moviéndose instantáneamente a una posición defensiva—. Quédate detrás de mí.

Bajaron las escaleras juntos. En el gran salón, encontraron una figura.

Heinrich Volker. El investigador que los había estado siguiendo meses atrás.

Lucía terrible. Demacrado, con un brazo en cabestrillo, moretones amarillando en su rostro.

—Herr Volker —dijo Vladislaus con cautela—. Dijimos que no debías revelar nuestra ubicación.

—No lo hice. No conscientemente. —Heinrich se tambaleó, aferrándose a una silla para sostenerse—. Pero el doctor Ferrer... me torturó. Durante días. Hasta que cedí. Lo siento. Lo siento tanto.

Elena recordó la vaga mención de Alejandro meses atrás. "Heinrich me dio la ubicación antes de que ya no pudiera."

—¿Te liberó?

—Él... —Heinrich tragó con dificultad— murió. Hace dos semanas. Suicidio. Se arrojó al Danubio. Encontraron su cuerpo río abajo.

El silencio cayó sobre la habitación como una mortaja.

—¿Suicidio? —La voz de Elena apenas era un susurro.

—La compulsión —dijo Vladislaus lentamente—. Debe haber comenzado a romperse. Recordó lo que hizo. Lo que perdió. Y no pudo vivir con ello.

Elena sintió algo retorcerse en su pecho. No pesar exactamente —Alejandro había intentado matarla múltiples veces. Pero tampoco triunfo. Solo... vacío.

—Vine a advertirles —continuó Heinrich—. Antes de morir, Ferrer escribió todo. Sus experiencias. Sus teorías sobre vampiros. Lo documentó todo en diarios. Y su hermana los encontró.

—¿Su hermana? —Vladislaus se tensó—. No sabía que tenía familia.

—Gemela. Cristina Ferrer. Y está... obsesionada con encontrar a los vampiros que dice mataron a su hermano. —Heinrich los miró directamente—. Tiene sus notas. Sabe de este lugar. Y está reuniendo cazadores. Reales esta vez. No mercenarios sino verdaderos creyentes.

—Mierda —murmuró Vladislaus—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Semanas a lo sumo. Está trabajando con la Iglesia. Reuniendo recursos. Esto no es como antes. Esto es guerra apropiada.

Elena sintió miedo frío. No por ella misma sino por Vladislaus. Este era su hogar. Trescientos años de historia contenidos en estas paredes.

—Entonces nos vamos —dijo—. Esta noche. Empacamos lo esencial y huimos.

—No. —Vladislaus caminó hacia las ventanas, mirando su ciudad—. He huido suficientes veces en mi existencia. Viena es mía. Este palacio es mío. No me echarán de nuevo.

—Vladislaus, sé razonable...

—No. —Se volvió, y había acero en sus ojos—. Elena, sé que eres joven. Que no entiendes todavía. Pero hay límites a cuánto puede retroceder un vampiro antes de perder todo sentido de sí mismo. He alcanzado ese límite.

—¿Prefieres luchar? ¿Posiblemente morir?

—Prefiero plantarme. Y si muero... al menos será en mi propio terreno. —Su expresión se suavizó—. Pero tú no tienes que quedarte. Eres joven. Puedes huir, comenzar de nuevo en otra parte. Encontrar otro vampiro que te enseñe.

—¿Estás loco? —Elena cruzó hacia él—. No te dejé hace seis meses. No te dejaré ahora.

—Elena...

—No. Mi turno para plantarme. —Tomó sus manos—. Dijiste que soy tu ancla. Que te mantengo humano. Bueno, tú eres la mía. Sin ti, ¿qué soy? Solo otro monstruo vagando por la eternidad. No voy a permitir eso.

Vladislaus la miraba con expresión que podría haber sido dolor o amor o ambos.

—Podrías morir.

—Entonces muero. Pero muero eligiendo estar contigo en lugar de huir. —Elena sonrió—. Además, solo tengo seis meses. Apenas he empezado esta vida inmortal. Sería una pena desperdiciarla huyendo en mi primera crisis real.

A pesar de todo, Vladislaus se rió.

—Eres tan testaruda como Elisabeta. Ella también se negó a huir cuando la peste llegó. Dijo que prefería morir en su hogar que vivir como refugiada.

—Entonces soy consistente a través de las vidas. —Elena miró a Heinrich—. ¿Nos ayudarás?

—¿Ayudarlos? —Heinrich pareció sorprendido—. Yo... no soy luchador. Soy investigador.

—Entonces investiga. Averigua cuántos cazadores viene Cristina Ferrer. Qué armas traen. Cuándo planean atacar. —Vladislaus sacó una bolsa de monedas de su bolsillo y se la arrojó—. Te compensaremos generosamente por la información. Y después, puedes irte antes de que comience la lucha.

Heinrich atrapó la bolsa, sopesándola.

—Me convertiste en traidor a mi propia especie.

—Te estamos dando opción —corrigió Elena—. Puedes ayudar a criaturas que te mostraron misericordia cuando podrían haberte matado. O puedes irte ahora con las manos vacías y conciencia clara. Tu decisión.

Heinrich los miró durante un largo momento. Luego asintió.

—Los ayudaré. Pero después... después quiero estudiarlos. Apropiadamente. Documentar cómo viven los vampiros cuando no están siendo cazados. Para mis registros.

—Trato hecho. —Vladislaus extendió su mano—. Asumiendo que sobrevivamos.

—Sí. Asumiendo eso. —Heinrich estrechó su mano, estremeciéndose ligeramente al tocar la carne fría como muerte—. Regresaré en tres días con lo que averigüe.

Se fue, dejando a Elena y Vladislaus solos nuevamente.

—¿Qué ahora? —preguntó Elena.

—Ahora nos preparamos. —Vladislaus caminó hacia el armario de armas que había mostrado antes—. Fortificamos este lugar. Instalamos trampas. Reunimos aliados si podemos encontrar algunos.

—¿Hay otros vampiros en Viena?

—Dos que conozco. No amigos exactamente, pero... conocidos. Podría persuadirlos para ayudar. Por precio. —Vladislaus comenzó a sacar armas, probándolas—. Y tú... tú necesitas aprender a luchar apropiadamente. Has tenido seis meses de entrenamiento básico. Ahora necesitas preparación de guerra.

Durante los siguientes tres días, Elena aprendió más sobre combate vampírico de lo que había aprendido en todos los meses anteriores combinados.

Vladislaus era maestro despiadado. La hizo practicar hasta que sus movimientos eran instintivos. Esquivar estacas. Desarmando atacantes. Usando su velocidad vampírica como arma.

—Recuerda —instruyó mientras luchaban— los humanos son más lentos pero inteligentes. Cazadores experimentados saben cómo compensar su debilidad. Trabajan en equipo. Usan trampas. Te obligarán a cometer errores.

Elena esquivó su golpe, contratacando con golpe que habría aplastado un cráneo humano. Vladislaus lo bloqueó fácilmente.

—¿Y si es demasiado? ¿Demasiados de ellos?

—Entonces usas tu ventaja final. —Vladislaus la inmovilizó, su voz baja en su oído—. Huyes. Eres más rápida que cualquier humano. Si la batalla se vuelve contra ti, no luchas hasta la muerte. Corres. Vives para luchar otro día.

—¿Pero dijiste que te plantabas?

—Yo me planto porque he vivido trescientos años. Porque he agotado huir. —La liberó, girándola para mirarlo—. Pero tú tienes siglos por delante. Si muero, si este lugar cae... prométeme que correrás. Que sobrevivirás.

—No.

—Elena...

—No voy a prometerte eso. —Elena tocó su mejilla—. O ambos vivimos o ambos morimos. Pero no te dejaré enfrentarlos solo.

Vladislaus cerró sus ojos, apoyándose en su toque.

—Qué hice para merecer tu lealtad, no lo sabré nunca.

—Me diste elección. Y vida eterna. Y amor. —Elena lo besó suavemente—. Eso es suficiente.

El tercer día, Heinrich regresó con noticias.

—Dieciocho cazadores —informó—. Más Cristina Ferrer misma. Están bien armados. Rifles con balas de plata. Estacas de fresno. Agua bendita. Y algo más... —vaciló— traen un sacerdote. Uno especializado en exorcismos.

—Exorcismos no funcionan en vampiros —dijo Vladislaus—. No somos poseídos. Somos transformados.

—Lo sé. Pero él cree que puede... qué fue el término... 'deshacer la maldición'. Liberarlos a ambos de su estado vampírico y permitirles morir apropiadamente. —Heinrich sacudió la cabeza—. Es locura. Pero cree cada palabra.

—¿Cuándo atacan?

—Cinco noches desde ahora. Luna nueva. Dicen que es simbólico. Oscuridad contra oscuridad. —Heinrich entregó un fajo de papeles—. Aquí están sus planes. Lo que pude reunir de todos modos.

Vladislaus hojeó los papeles, su expresión oscureciéndose.

—Están siendo metódicos. Rodeando el edificio. Bloqueando rutas de escape. Forzándonos a luchar o quemarnos cuando salga el sol.

—¿Podemos ganar contra diecinueve?

—Posiblemente. Si tenemos ayuda. —Vladislaus miró a Elena —. He hecho contacto con los otros vampiros. Acordaron venir. Por precio alto. Pero vendrán.

—¿Cuántos?

—Dos. Ambos mayores que yo. Uno tiene quinientos años. El otro casi setecientos. —Vladislaus sonrió oscuramente—. Cristina Ferrer no sabe contra qué se enfrenta. Piensa que estamos solos. Vulnerables.

—¿Y no lo estamos?

—Estamos en desventaja. Pero no indefensos. —Vladislaus colocó los papeles—. Cinco noches. Tenemos cinco noches para preparar nuestras defensas. Para convertirnos de presa a depredadores.

Miró a Elena, y ella vio determinación férrea allí.

—Cuando vengan, estaremos listos. Y les enseñaremos por qué los vampiros han sobrevivido durante milenios mientras cazadores van y vienen como estaciones.

Elena asintió, sintiendo esa misma determinación cristalizándose dentro de ella.

Esto era. La prueba final. Lucha o huye. Vive o muere.

Y había elegido luchar.

Con Vladislaus. Por Vladislaus.

Hasta el final, fuera cual fuera ese final.

—Entonces preparémonos —dijo—. Y que vengan con todo lo que tienen.

—Porque nosotros haremos lo mismo.

Capítulo 25

La Batalla de las Almas Perdidas

La quinta noche llegó con niebla espesa enrollándose por las calles de Viena como dedos fantasmales.

Elena se paró en el salón principal del palacio Dragomir, observando a los dos vampiros ancianos que Vladislaus había reclutado. Ambos la ponían nerviosa de maneras que Vladislaus nunca lo hizo.

El primero se llamaba Katerina. Quinientos años, Vladislaus había dicho, y se veía en cada movimiento. Había una quietud en ella que no era humana —como si hubiera olvidado cómo simular vida. Su rostro era hermoso pero inmóvil como máscara de porcelana. Cuando hablaba, lo hacía con acento que Elena no podía identificar, arrastrando palabras de idiomas muertos hace siglos.

El segundo era Magnus. Casi setecientos años. Alto, pálido incluso para vampiro, con ojos que habían visto el ascenso y caída de imperios. Miraba a Elena como entomólogo podría mirar a insecto —con interés clínico pero sin calidez.

—Así que esta es la recién nacida por quien arriesgamos nuestros cuellos —dijo Magnus, circulando alrededor de Elena—. Apenas seis meses. Ni siquiera completamente transformada todavía.

—Tiene corazón fuerte —dijo Katerina con su voz extraña y atemporal—. Vi eso en recién nacidos antes. Algunos se rompen después de conversión. Se vuelven bestias o se destruyen. Esta... ella elige.

—Elegir no es suficiente contra diecinueve cazadores. —Magnus se detuvo frente a Vladislaus—. Tu precio es alto, anciano. Qué nos ofreciste nuevamente?

—Derechos de caza en mi territorio durante un siglo —respondió Vladislaus—. Ambos. Sin interferencia de mí.

—Y si morimos esta noche?

—Entonces el trato es nulo. Obviamente.

Magnus se rió sin humor.

—Al menos eres honesto sobre el riesgo. Muy bien. Lucharemos. Pero si las cosas se ponen imposibles, huimos. No planeo morir por tu romance con recién nacida.

—Entendido. —Vladislaus se volvió hacia todos ellos—. Revisemos las defensas una vez más.

Pasaron la siguiente hora repasando el plan. El palacio había sido fortificado durante los últimos cinco días. Puertas reforzadas con barras de hierro. Ventanas cubiertas con cortinas gruesas para proteger contra fuego. Trampas colocadas en puntos estratégicos — cables para hacerlos tropezar, aceite que podía incendiarse, falsos pisos que se colapsarían bajo peso.

—Los dejaremos entrar —explicó Vladislaus—. En pequeños grupos. Los separamos. Los cazamos en nuestro territorio donde tenemos ventaja.

—¿Y el sacerdote? —preguntó Elena.

—Yo me ocupo del sacerdote. —Katerina habló con certeza helada—. He matado muchos hombres santos. Uno más no hace diferencia.

—No lo mates si puede evitarse —dijo Vladislaus—. Sacerdotes muertos traen atención no deseada.

—Entonces lo drenar casi hasta morir. Mismo resultado. Menos problema. —Katerina sonrió, revelando colmillos que parecían más largos, más afilados que los de vampiros normales—. Tengo práctica.

Un golpe en la puerta principal interrumpió el planeamiento.

Todos se congelaron. Demasiado temprano. Los cazadores no debían atacar hasta medianoche.

Vladislaus se movió hacia la puerta con cautela, oliendo el aire.

—Solo uno. Humano. —Abrió una rendija—. ¿Quién es?

—Heinrich Volker. Tengo información urgente.

Vladislaus abrió la puerta completamente. Heinrich entró apresuradamente, jadeando.

—Cambiaron el plan. Atacan ahora. Están a minutos de distancia.

—¿Qué? ¿Por qué tan pronto? —exigió Elena.

—No sé. Tal vez sospecharon que sabían. Tal vez solo quisieron sorprenderlos. —Heinrich miró alrededor del salón—. Necesitan estar listos. Ya.

—Posiciones todos. —La voz de Vladislaus se volvió de acero —. Heinrich, escóndete en las bóvedas inferiores. No salgas sin importar qué escuches.

Heinrich asintió y corrió hacia las escaleras.

Elena, Vladislaus, Katerina y Magnus tomaron sus posiciones. Elena junto a Vladislaus en el balcón del segundo piso con vista al salón. Katerina en las sombras cerca de la entrada. Magnus en las vigas del techo, invisible a ojos humanos.

Esperaron.

Minutos se estiraron como horas. Cada sonido era amplificado. El viento contra las ventanas. El crujir de la vieja madera. Sus propias respiraciones innecesarias.

Entonces —el sonido de cristal rompiéndose. No las puertas. Las ventanas. Múltiples ventanas simultáneamente.

Entraron como ola. No diecinueve sino más. Elena contó rápidamente —al menos treinta. Cristina Ferrer había reclutado más cazadores.

—Mierda —siseó Vladislaus—. Superados en número tres a uno.

—Entonces peleamos más inteligente. —Magnus se dejó caer de las vigas directamente sobre dos cazadores, rompiéndoles los cuellos antes de que pudieran gritar.

El caos estalló.

Los cazadores abrieron fuego. Balas de plata silbaban por el aire. Elena se movió, usando su velocidad vampírica, esquivando, girando. Una bala rozó su brazo. Ardió como fuego líquido pero no se detuvo.

Vladislaus estaba junto a ella, luchando con precisión brutal. Desarmando. Rompiendo huesos. No matando innecesariamente pero no mostrando piedad tampoco.

Katerina era torbellino. Se movía tan rápido que era apenas visible, apareciendo detrás de cazadores, drenándolos en segundos, dejándolos desplomados e inconscientes.

Pero seguían viniendo. Demasiados.

Elena luchó contra dos cazadores, bloqueando sus estacas, usando la fuerza que Vladislaus le había enseñado a canalizar. Los arrojó escaleras abajo donde Katerina los terminó.

—¡Allí! —Una voz gritó desde abajo—. ¡La recién nacida! ¡Concéntrense en ella!

Súbitamente seis cazadores convergieron en su posición. Demasiados para luchar a la vez.

Elena corrió, usando velocidad, pero uno consiguió agarrarla. La tiró al suelo. Una estaca descendió hacia su corazón.

Vladislaus apareció de la nada, golpeando la estaca lejos, arrojando al cazador contra la pared con tanta fuerza que el hombre no se volvió a levantar.

—¡Permanece cerca de mí! —gritó sobre el caos—. ¡No te separes!

Elena asintió, manteniéndose a su lado mientras luchaban retrocediendo hacia las habitaciones superiores donde los corredores estrechos les darían ventaja.

Pero entonces la vio. Entrando por la puerta principal, rodeada por cazadores como guardia personal.

Cristina Ferrer.

Era imagen espejo de Alejandro. Mismo cabello oscuro. Mismos ojos castaños. Misma intensidad ardiente. Pero donde Alejandro había tenido amor torcido, Cristina tenía solo odio puro.

—¡Vladislaus Dragomir! —Su voz resonó por el salón—. ¡Monstruo que mató a mi hermano! ¡Muestra tu cara!

Vladislaus se congeló. Elena sintió tensión correr por su cuerpo.

—No la maté —dijo con voz que llevaba con claridad sobrenatural—. Tu hermano eligió su propio final. Saltó al Danubio por propia mano.

—¡Mentiras! —Cristina levantó crucifijo—. Tú lo compeliste. Lo torturaste con tu magia oscura hasta que ya no pudo vivir consigo

mismo. ¡Eso es asesinato!

—Fue misericordia. —Vladislaus bajó las escaleras lentamente, Elena siguiéndolo—. Tu hermano estaba obsesionado. Enfermo. Intentó matarme múltiples veces. Intentó matar a Elena contra su voluntad. La compulsión era la única alternativa a su muerte.

—Él la amaba. Quería salvarla.

—Quería poseerla. —Elena habló, dando un paso adelante—. Tu hermano no podía aceptar mi elección. Así que sí, Vladislaus lo compelió. Para protegerme. Para protegerlo de sí mismo.

Cristina finalmente la miró realmente. Horror cruzó su rostro.

—Tú. Elena Montserrat. Supuestamente muerta de tuberculosis. —Escupió a un lado—. Pero aquí estás. Monstruo como él. Abominación.

—Mujer que eligió inmortalidad sobre muerte. —Elena se mantuvo firme—. Tu hermano no pudo aceptar eso. ¿Puedes tú?

—Nunca. —Cristina señaló—. ¡Mátenlos! ¡Mátenlos a todos! ¡Que ningún vampiro abandone este lugar con vida!

Los cazadores atacaron de nuevo con renovado fervor.

La batalla se intensificó. Magnus caía de los techos, arrebataba cazadores, los arrojaba como muñecos. Katerina se movía entre ellos como fantasma, dejando cadáveres a su paso.

Pero los cazadores también eran profesionales. Trabajaban en equipos, cubriendo los ángulos muertos de cada uno. Donde uno caía, otro ocupaba su lugar.

Elena luchó junto a Vladislaus, sus movimientos sincronizándose. Bloqueó una estaca destinada a su espalda. Él desvió una bala que habría atravesado su cráneo.

Y entonces apareció el sacerdote.

Salió de las sombras, sosteniendo hostia consagrada en alto, recitando latín.

Katerina atacó desde arriba, yendo por su garganta.

El sacerdote giró, empujando la hostia directamente en su rostro.

El grito de Katerina fue sobrenatural. La carne donde la hostia tocó humeaba, quemándose como ácido. Se alejó, agarrándose el

rostro arruinado.

—¡Demonios! —bramó el sacerdote—. ¡Los expulso de esta tierra! ¡Los condeno de regreso al infierno del que surgieron!

Siguió recitando, su voz creciendo más fuerte. Y Elena sintió algo. Tirón. Como si hilos invisibles atados a su alma fueran jalados.

—¿Qué... qué está haciendo? —jadeó.

—Exorcismo modificado —gruñó Vladislaus, también sintiéndolo—. No funciona en vampiros. No puede. Nosotros no estamos poseídos.

Pero el tirón se intensificaba. Elena sintió su voluntad vacilando. Su agarre en su identidad aflojándose.

—¡Está funcionando! —gritó triunfantemente el sacerdote—. ¡Los siento debilitarse! ¡Sus maldiciones deshaciéndose!

—Imposible —siseó Magnus desde arriba—. Los exorcismos no...

Se cortó mientras una bala de plata lo golpeó en el pecho. No el corazón pero cerca. Cayó de las vigas, estrellándose en el suelo.

Los cazadores convergieron en él.

—¡No! —Vladislaus se movió para ayudar pero fue cortado por más cazadores.

Elena vio a Magnus luchar, pero eran demasiados. Estacas se hundían en su cuerpo. No en el corazón todavía pero debilitándolo. Incapacitándolo.

Y entonces un cazador consiguió ángulo correcto. La estaca atravesó el corazón de Magnus.

El vampiro de setecientos años dejó escapar grito que heló la sangre de Elena. Su cuerpo convulsionó una vez. Dos veces. Luego comenzó a desmoronarse. Literalmente desmoronarse, convirtiéndose en cenizas grises que se esparcieron por el suelo.

—¡Uno caído! —gritó Cristina—. ¡Solo tres más!

Katerina, su rostro todavía humeante, rugió con ira y se lanzó contra el sacerdote. Esta vez tuvo éxito. Lo golpeó brutalmente a un lado, rompiendo su brazo. La hostia cayó.

Katerina la aplastó bajo su pie, aunque hacerlo quemó su piel.

—Bastardo —gruñó—. Tu magia no funciona sin tus juguetes.

Bebió del sacerdote profundamente, dejándolo pálido y apenas consciente.

Pero la distracción costó. Tres cazadores la rodearon. Dispararon a quemarropa.

Balas de plata atravesaron su pecho. Una encontró su corazón.

Katerina miró hacia abajo, sorpresa en su rostro arruinado.

—Oh —dijo simplemente.

Luego ella también se convirtió en cenizas.

Dos caídos. Solo quedaban Elena y Vladislaus.

Y todavía había al menos veinte cazadores de pie.

—Tenemos que huir —dijo Elena urgentemente—. Vladislaus, nos superan...

—No. —Había algo en su voz. Resignación. Aceptación—. Pero tú sí. Usa la ruta de escape. La que te mostré. La que lleva a las alcantarillas. Corre y no mires atrás.

—No voy a dejarte.

—No estás dejándome. Me estás honrando. —Vladislaus la besó rápidamente—. Al vivir. Al sobrevivir. Al llevar nuestra historia hacia adelante.

—Vladislaus...

—¡Vete! —La empujó hacia las escaleras—. ¡Ahora!

Elena corrió. No por cobardía sino por supervivencia. Porque en el fondo sabía que tenía razón. Si ambos morían aquí, todo habría sido por nada.

Bajó las escaleras hacia las bóvedas. Detrás de ella escuchó el grito de batalla de Vladislaus. El sonido de lucha intensificándose.

Encontró la ruta de escape —una puerta oculta detrás de estantería. La abrió, revelando túnel estrecho.

Se detuvo. Escuchando.

Los sonidos de batalla cesaban. Demasiado rápido.

Y entonces escuchó la voz de Cristina:

—¡Lo tenemos! ¡El antiguo está contenido!

No. Elena se giró.

Corrió de regreso arriba. Sabiendo que era imprudente. Sabiendo que probablemente moriría. Pero incapaz de dejar a

Vladislaus sin pelear.

Irrumpió de vuelta en el salón principal y vio:

Vladislaus, inmovilizado por seis cazadores, cada uno sosteniendo cadenas de plata envueltas alrededor de sus extremidades. Humeaba donde el metal tocaba su piel pero no podía librarse.

Cristina Ferrer se paró frente a él, estaca de fresno en mano.

—Por mi hermano —dijo—. Por Alejandro. Que puedas arder en infierno por la eternidad.

Levantó la estaca.

Elena se movió más rápido de lo que sabía que era posible. Cruzó el salón en pestañeo, arrojándose entre la estaca y Vladislaus.

La punta penetró su espalda, atravesándola justo debajo de su corazón. No fatal pero agonizante.

Elena jadeó, cayendo de rodillas.

—Elena, no... —Vladislaus luchó contra las cadenas con fuerza renovada—. ¿Por qué? ¿Por qué no huiste?

—Porque... —Elena tosió sangre negra— no podía. Incluso sabiendo que moriría. No podía dejarte solo.

Cristina miró la estaca sobresaliendo de la espalda de Elena con expresión ilegible.

—Idiota. Podrías haber vivido.

—No sin él. —Elena alcanzó hacia atrás, tratando de agarrar la estaca pero fallando—. Nunca sin él.

Algo cambió en el rostro de Cristina. La furia fría se agrietó, revelando algo más. Dolor. Comprensión.

Bajó otra estaca que había estado a punto de levantar.

—¿Lo amas? ¿Realmente?

—Con todo lo que soy.

—Alejandro te amaba así también. —Cristina se arrodilló, encontrando los ojos de Elena—. Por eso no pudo dejarte ir. Por eso se destruyó.

—Lo sé. —Elena sintió lágrimas de sangre corriendo por sus mejillas—. Y lo lamento. Lamento su dolor. Pero no puedo arrepentirme de mi elección.

Cristina la estudió durante largo momento. Luego, lentamente, alcanzó y tomó la estaca sobresaliendo de la espalda de Elena.

—Esto va a doler —dijo.

La sacó en un movimiento suave. Elena gritó mientras la madera salía, llevándose tejido con ella.

—¿Por qué...? —jadeó Vladislaus.

—Porque reconozco amor real cuando lo veo. —Cristina se puso de pie, mirando la estaca manchada de sangre—. Mi hermano pensó que te amaba. Pero lo que sentía era obsesión. Posesión. Esto... —señaló a Elena arrastrándose hacia Vladislaus pese a su herida— esto es diferente.

Miró a los cazadores.

—Suéltenlo.

—¿Qué? —Uno protestó—. ¡Pero vinimos a...!

—A vengar a mi hermano. Sí. —Cristina arrojó la estaca—. Pero él se destruyó a sí mismo. No estos vampiros. Si voy a honrar su memoria, será recordando al hombre que era antes de la obsesión lo consumiera. No perpetuando su locura.

Uno por uno, los cazadores soltaron las cadenas de plata.

Vladislaus colapsó, luego inmediatamente se arrastró hacia Elena. La tomó en sus brazos, presionando su mano contra la herida masiva en su pecho.

—Estúpida. Mi Elena estúpida, valiente, hermosa. —La besó —. ¿Por qué no huiste?

—Porque tú no habrías huido. —Elena tocó su rostro—. Y vamos juntos. Siempre juntos.

—Siempre —acordó.

Cristina observó su intercambio, algo como tristeza cruzando su rostro.

—Sálvala. Si puedes. Si realmente la amas, sálvala.

—Su herida no es fatal. Se curará. —Vladislaus levantó a Elena—. Pero necesita sangre. Mucha.

—Hay cadáveres suficientes aquí. —Cristina hizo gesto abarcando los cazadores caídos—. Úsalos. Y luego... entonces váyanse. Salgan de Viena. Porque aunque yo pueda perdonar, otros

no lo harán. La Iglesia escuchará de esta noche. Vendrán más cazadores.

—Entendido. —Vladislaus inclinó su cabeza—. Gracias. Por misericordia no merecida.

—No es misericordia. Es lección aprendida. —Cristina se volvió hacia la puerta—. Mi hermano murió porque no pudo aceptar elección. No cometeré su error.

Se detuvo en el umbral.

—Pero si alguna vez la lastimas, si traicionas el amor que demuestra esta noche... vendré por ti. Y la próxima vez, no habrá misericordia.

—No la lastimaré. Lo juro. —Vladislaus sostuvo a Elena más cerca—. Ella es mi alma a través de los siglos. Mi único amor verdadero.

Cristina asintió y salió, sus cazadores siguiéndola.

Cuando se fueron, Vladislaus bajó a Elena al suelo gentilmente.

—Bebe. De los caídos. Cura.

Elena bebió. De múltiples cadáveres. Lentamente, agonizantemente, sintió la herida cerrar. No completamente —dejaría cicatriz, algo raro en vampiros pero no desconocido con heridas de fresno— pero suficiente.

Cuando terminó, Vladislaus la ayudó a ponerse de pie.

Miraron alrededor del salón. Destruido. Manchado de sangre. Cuerpos por todas partes. Katerina y Magnus reducidos a cenizas.

—Nuestro hogar —dijo Elena tristemente.

—Era solo lugar. —Vladislaus tomó su mano—. El hogar es donde estemos juntos.

—¿Entonces nos vamos?

—Sí. Esta noche. Antes de que más vengan. —Miró las ruinas de su palacio de trescientos años—. He sobrevivido siglos dejando lugares atrás. Puedo hacerlo de nuevo.

—¿Dónde iremos?

—Donde quieras. París. Roma. Londres. El mundo es nuestro, Elena. Tenemos eternidad para explorarlo. —Vladislaus la besó

suavemente—. Pero primero, necesitamos recoger a Heinrich de las bóvedas. El pobre hombre probablemente está aterrorizado.

Encontraron a Heinrich acurrucado en esquina, temblando.

—¿Acabó? —preguntó.

—Acabó. —Elena le ayudó a ponerse de pie—. Gracias. Por la advertencia. Nos salvó la vida.

—¿A dónde irán ahora?

—Lejos. —Vladislaus le entregó una bolsa más pesada de monedas—. Esto es por tu servicio. Y una cosa más: olvida esta dirección. Olvida que alguna vez conociste vampiros en Viena. Por tu propia seguridad.

Heinrich sopesó la bolsa, luego asintió.

—Entendido. Pero... ¿puedo preguntar algo?

—¿Qué?

—¿Vale la pena? ¿Inmortalidad? ¿Después de todo esto?

Elena y Vladislaus se miraron.

—Sí —dijeron al unísono.

Heinrich sonrió débilmente.

—Entonces les deseo siglos de felicidad. Los que sea que tengan.

Se fue, desapareciendo en la noche.

Elena y Vladislaus empacaron solo esenciales. Algunas ropas. Documentos de identidad falsos que Vladislaus había acumulado. Dinero suficiente para comenzar de nuevo.

Cuando el cielo comenzó a aclararse con amanecer inminente, se pararon en la entrada del palacio Dragomir por última vez.

—¿Lamentos? —preguntó Vladislaus.

Elena pensó en todo lo que había perdido. El sol. Su vida mortal. Relaciones humanas normales. Su tía que la creía muerta. Alejandro que se había destruido.

Pero también pensó en lo que había ganado. Siglos con Vladislaus. Poder. Libertad de enfermedad. La capacidad de elegir su propio destino.

—Ninguno —dijo—. ¿Y tú?

—Solo uno. —Vladislaus cerró la puerta detrás de ellos—. Que no te encontré siglos antes. Que desperdiciamos tanto tiempo

separados.

—Entonces no desperdiciemos más. —Elena tomó su mano—. Tenemos eternidad por delante. Usémosla sabiamente.

—Sabiamente —acordó Vladislaus—. Y juntos.

Se movieron por Viena una última vez, dos sombras entre sombras, invisibles a ojos mortales. Para cuando el sol se elevó completamente, ya habían ido.

Dejando atrás ciudad que había sido hogar.

Dejando atrás vidas que ya no podían vivir.

Pero llevando consigo lo único que importaba: uno al otro.

Epílogo

Un Siglo Después

París, 1987.

Elena se paró en balcón de su apartamento en Montmartre, observando ciudad de luces abajo. Un siglo había pasado desde esa noche en Viena. Cien años de vagar, explorar, vivir.

Habían estado en París. Luego Roma. Londres. Nueva York brevemente. De regreso a París ahora porque Elena amaba la ciudad de artistas y soñadores.

Habían adoptado innumerables identidades. Aprendido docenas de idiomas. Presenciado el ascenso y caída de imperios, el nacimiento de tecnología que habría parecido magia en 1887.

Y a través de todo, habían permanecido juntos.

—¿Pensando de nuevo en el pasado? —Vladislaus se unió a ella, ofreciéndole copa de sangre —sintética ahora, sangre fabricada que habían comprado de red subterránea vampírica. El mundo había cambiado, y ellos con él.

—Solo recordando. Viena. Esa última noche. Cuán cerca estuvimos de perder todo.

—Pero no lo hicimos. —Vladislaus la envolvió con su brazo—. Sobrevivimos. Como siempre sobrevivimos.

—¿Crees que Cristina Ferrer aún vive?

—Humana de 1887? No. Habría muerto hace décadas. —Vladislaus hizo pausa—. Pero a veces me pregunto si tuvo paz. Si perdonarse a sí misma por dejar que viviéramos.

—Espero que sí. —Elena se apoyó en él—. Me mostró más misericordia que su hermano alguna vez pudo.

—Amor versus obsesión. Siempre la diferencia. —Vladislaus besó su cabeza—. ¿Cuánto tiempo permanecemos en París esta vez?

—¿Cincuenta años? Sesenta? —Elena sonrió—. O hasta que alguien note que no envejecemos.

—Entonces otro siglo en algún otro lugar. Y luego otro. Y otro. —Vladislaus la giró para mirarlo—. Eternidad es larga, Elena. ¿Todavía vale la pena?

Elena pensó en siglo que habían compartido. Las maravillas que habían visto. Las guerras que habían sobrevivido. Los amores que habían encontrado y perdido —porque sí, habían tomado amantes humanos ocasionalmente, acordado entre ellos que amor no requería exclusividad cuando se tenía eternidad.

Pensó en cómo habían crecido juntos. Cómo él le había enseñado a ser vampiro. Cómo ella le había enseñado a recordar su humanidad.

Pensó en cicatriz en su pecho donde la estaca había atravesado. Recordatorio permanente de la noche que eligió morir en lugar de dejar que Vladislaus enfrentara muerte solo.

—Sí —dijo—. Cada segundo. Cada siglo. Todo ello vale la pena.

—Entonces a otro siglo. —Vladislaus levantó su copa—. A nosotros. A la oscuridad que elegimos. Y al amor que hace soportable esa oscuridad.

—A nosotros —Elena hizo eco.

Chocaron sus copas, el sonido de cristal claro en la noche.

Y en algún lugar, en distancia imposible, Elena imaginó que podía escuchar eco de campanas de iglesia en Viena.

Pero eso era solo fantasía. Viena estaba atrás. Pasado enterrado.

El futuro se extendía ante ellos, infinito e incierto.

Y juntos, caminarían en él.

Noche tras noche.

Siglo tras siglo.

Para siempre.